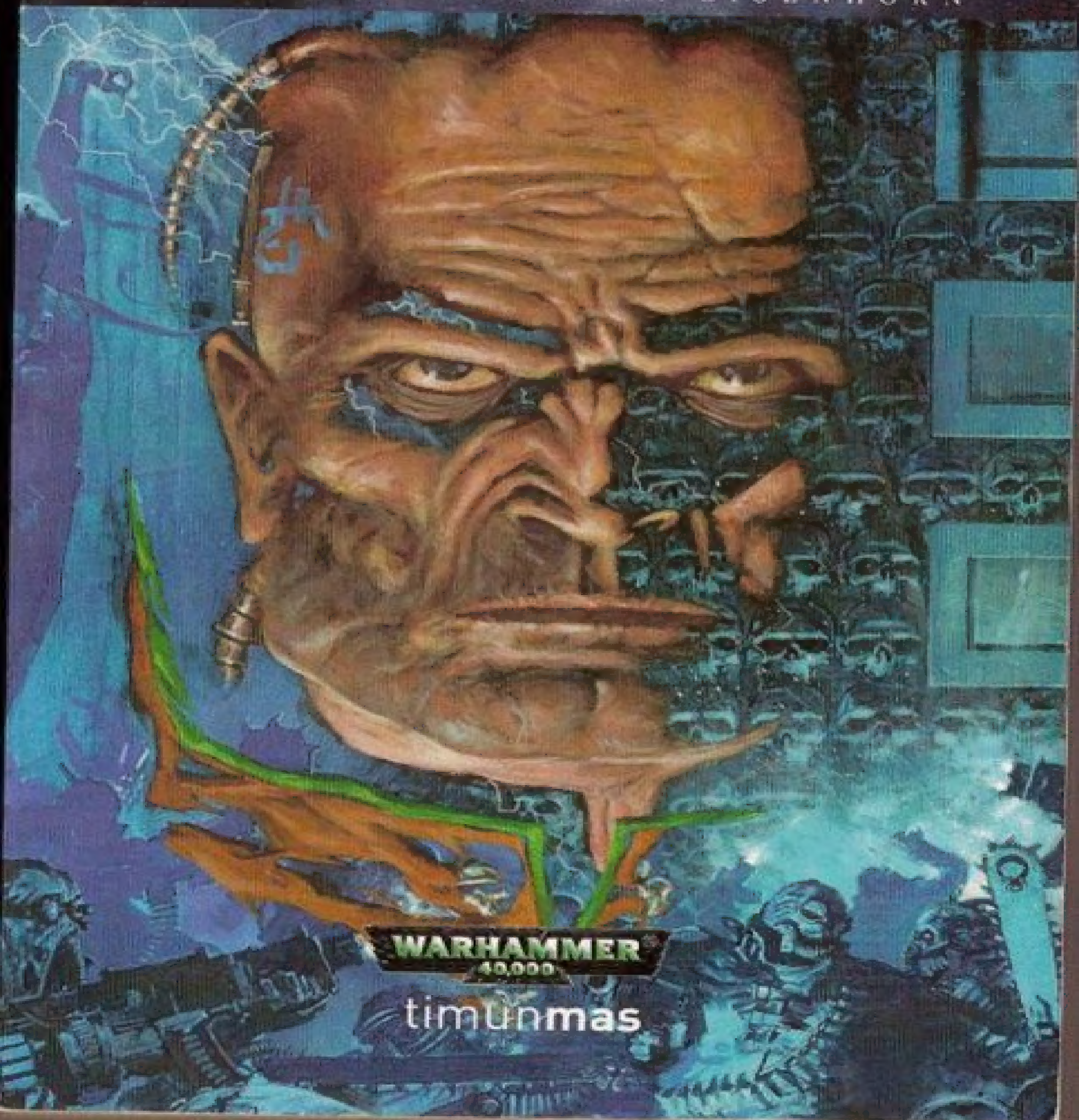
HERETICUS

Dan Abnett

LIBRO 3 DE LA TRILOGIA EISENHORN



Annotation

"Los otros dos se giraron rápidos como centellas. Uno se apresuró a desenfundar su pistola, mientras que el otro se abalanzó contra mí con las manos convertidas en garras. Se encontró con un tahn wyla que le partió la cabeza en dos como si fuera un melón maduro".

"El cadaver rodó hasta caer por el borde del tejado del vagón hacia la oscuridad. Me quedé de pie y preparado, con Barbarizadora estremeciendose en mis manos. El vessorita que quedaba retrocedió sin dejar de apuntarme con una pistola automática de gran calibre. Apenas podíamos permanecer en pie, y teníamos que esforzarnos por mantener el equilibrio, tal era la fuerza de la tremenda ventisca."

"Disparó una vez. Un ulsar desvió el proyectil. Disparó de nuevo, y casi se cayó al resbalarle los pies. Hice un uin ulsar que lanzó el proyectil hacia la oscuridad."

"—Me llamo Gregor Eisenhorn. Soy el hombre al que tenéis que matar."

La Inquisición libra una guerra secreta a lo largo de incontables mundos contra los enemigos más repugnantes de la humanidad: el alienígena, el impuro y el pagano. Cuando el enfrentamiento contra un antiguo enemigo se vuelve mortífero, el inquisidor Eisenhorn se ve obligado a tomar medidas terribles para salvar su propia vida y la de sus compañeros. Pero ¿durante cuánto tiempo puede tratar un individuo con el Caos antes de convertirse en aquello mismo que ha jurado destruir?

Uno

El caso de Udwin Prídde
Una pequeña charla con Verveu K
Algo parecido a la venganza

Cuando llegó el momento, fue casi imposible detener a Fayde Thuring.

Yo fui el único culpable de aquello. Le había permitido campar por sus respetos durante demasiado tiempo. Había pasado inadvertido durante casi ocho décadas, ya lo largo de ese período pasó de no ser más que un hereje aficionado a convertirse en algo muchísimo más poderoso.

Yo cometí el error. Pero no fui yo quien lo pagó.

El centésimo sexagésimo día del 386.M41, un noble de unos sesenta años apareció en las sesiones del auto interrogatorio que se celebraba en la catedral imperial de Eriale, la capital legislativa de Uvege, al suroeste de la tercera mayor masa continental del planeta.

Era un terrateniente que había enviudado joven, y había amasado su fortuna en Durer tras la liberación mediante una empresa agrícola de éxito y las riquezas heredadas de su difunta esposa. En el 376, ya un hombre maduro y próspero, llegó a la aristocracia latifundista de Uvege, una región floreciente de grandes pastos y cultivos, se casó en segundas nupcias y ascendió socialmente. Su nueva esposa era Vértice, treinta años menor que él, y la hija mayor de la venerable Casa Samargue. La inmensa riqueza que antaño poseía la Casa Samargue iba desapareciendo poco a poco a medida que los eficaces métodos de explotación de los terrenos por parte de las empresas creadas por el Administratum tomaban lentamente el control de la economía ganadera de Uvege.

El nombre del noble era Udwin Pridde, y había sido convocado por el jerarca de la Sede de Eriale para responder a las acusaciones de contumacia, brujería y, sobre todo, herejía.

En la estancia de suelo de mármol, frente a él, se encontraba una representación señorial de inquisidores de la naturaleza más augusta. El inquisidor Eskane Koth, un amalatiano, nacido y criado en Tracian Primaris, y que en el futuro sería conocido como la Paloma de Avignon. El inquisidor Laslo Menderef, natural de las tierras bajas de Sancour, y que más tarde se convertiría en Menderef el Grave, un istvaano con una gran capacidad de discernimiento en los crímenes heréticos y una escasa higiene corporal. El inquisidor Poul Rassi, hijo de las estepas de Kilwaddi, un servidor del orden anciano, justo y fiable. El inquisidor novicio Bastían Verveuk.

Y yo mismo. Gregor Eisenhorn. Inquisidor y mandatario principal del auto interrogatorio.

Pridde era el primero de los doscientos sesenta individuos identificados por la labor de Lord Rorken como posibles herejes que debían ser juzgados por la Corte Formal de Investigación. Mantenía un aspecto digno a pesar de parecer nervioso. Jugueteaba con su cuello abotonado mientras se encaraba con nosotros. Había contratado a un defensor llamado Fen de Clincy para que hablara en su nombre.

Era el tercer día de sesiones. Mientras el defensor continuaba con su perorata y describía a Pridde con unos adjetivos que habrían hecho palidecer de envidia a un santo por su enorme virtud, hojeé sin demasiado interés el catálogo de casos pendientes y suspiré al ver la magnitud del trabajo que se avecinaba. El catálogo, del cual todos teníamos una copia, era más grueso que mi muñeca. Ya llevábamos tres días y todavía no habíamos avanzado más allá de los preámbulos del primer caso. Los ritos de apertura nos habían llevado todo un día, y el reconocimiento legal de la autoridad de la Ordos Helicana en Durer, junto a otros asuntos legales menores, había llevado otro. Me pregunté, que el Emperador perdone mi falta de caridad, si la enfermedad de Lord Rorken era verdadera o tan sólo se trataba de una excusa para librarse de todo aquel tedio.

Afuera hacía un agradable día veraniego. Los ciudadanos acaudalados de Eriale paseaban en barca en sus decorativos lagos artificiales, comían en los restaurantes de las colinas de Uvege, o celebraban lucrativas reuniones de negocios en las casas de cafeína del distrito comercial de la ciudad.

En la fresca y resonante cúpula de la catedral no se oía más que la voz gimoteante de Fen de Clincy.

Los rayos de luz dorada del sol entraban por los vitrales y bañaban los bancos de la galería de audiencia. Aquella zona estaba medio vacía. Sólo había unos cuantos dignatarios, algunos jerarcas locales y funcionarios y los archiveros de la Crónica Planetaria. Parecían estar tan aburridos y somnolientos como yo, y sabía que sus anotaciones sobre la audiencia no concordarían con los comentarios oficiales grabados por los servidores pictográficos. El mismísimo Jerarca Onnopel estaba dormitando ya. Aquel idiota obeso. Si su control de la fibra moral de su rebaño hubiese sido más firme, toda aquella situación no habría sido necesaria.

Divisé a mi anciano sabio, Uber Aemos, que aparentaba estar escuchando con gran atención, aunque yo sabía que su mente estaba muy lejos de allí. También vi a Alizebeth Bequin, mi querida amiga y camarada, que estaba leyendo una copia de los informes de las sesiones. Tenía un aspecto majestuoso y formal con su túnica oscura y su medio velo. Pude distinguir, mientras ella fingía pasar las páginas, la placa de datos escondida dentro de su cubierta. Sin duda, se trataba de otro ejemplar de poesía. Aquello me hizo soltar una breve carcajada, y tuve que carraspear rápidamente para ahogar ese sonido.

—¿Señor? ¿Ocurre algo? —me preguntó el defensor interrumpiendo su discurso.

Hice un gesto negativo con una mano.

—Nada. Por favor, continúe. Y apresúrese con su alegato.

La catedral de Eriale tan sólo tenía unas cuantas décadas de antigüedad, y había sido reconstruida a partir de los mismos escombros de la guerra en un triunfante estilo gótico alto. Tan sólo unos cincuenta años antes, todo aquel subsector, el ofidiano, había estado en manos del archienemigo. De hecho, yo había tenido el honor de ser testigo del embarque de la gran fuerza de combate imperial que lo había liberado. Aquello había ocurrido en Gudrun, el antiguo mundo capital del subsector helicano, ciento cincuenta años atrás a veces, me sentía muy viejo.

Ya había vivido por aquel entonces durante ciento ochenta y ocho años, así que estaba a principios de la edad madura para la clase social imperial privilegiada. Un cuidadoso empleo de prótesis y unos tratamientos con medicamentos rejuvenecedores habían retrasado el deterioro natural de mi cuerpo y de mi mente, y, lo que era más importante, habían reparado los daños y las heridas que mi trabajo me había supuesto. Era robusto, saludable y vigoroso pero, en ocasiones, la increíble cantidad de recuerdos me traía a la mente todos los años que llevaba vividos. Por supuesto, yo no era más que un chaval comparado con Aemos.

Allí, sentado sobre un trono flotante dorado en el centro de la mesa elevada, ataviado con las vestiduras propias de un gran auditor general, pensé que quizás había sido demasiado severo con aquel zoquete de Onnopel. Cualquier territorio reconquistado, recuperado de la disformidad, tenía por fuerza que estar plagado por la herejía durante algún tiempo hasta que las leyes imperiales se hicieran respetar. De hecho, todavía no se había fundado ninguna ordo en el subsector ofidiano, por lo que la jurisdicción correspondía al Oficio Helicano, el vecino más inmediato. Un auto interrogatorio como aquél llegaba justo a tiempo. Tras cincuenta años de libertad, era justo el momento para que llegara la Inquisición y revisara la estructura profunda de esa nueva sociedad. Procuré recordar que todo aquello era un tedio necesario, y que Rorken había estado en lo cierto al llamarme a mí. El subsector ofidiano, con una recuperación tan floreciente como aquélla, necesitaba que la Inquisición comprobara su estado espiritual al igual que la catedral reconstruida necesitaba canteros que mantuvieran vigilada su integridad física mientras las piedras acababan de asentarse.

—¿Señor Inquisidor? —me susurró Verveuk.

Levanté la vista y me di cuenta de que Fen el defensor había finalizado por fin su discurso.

—Su declaración queda anotada, defensor. Puede retirarse —le dije mientras hacía una pequeña marca en mi placa. El hizo una reverencia.

—Confío en que el acusado le habrá pagado por adelantado por su tiempo —le comentó el inquisidor Koth con cierto tono socarrón—. Puede que dentro de poco sus bienes queden inmovilizados durante un tiempo.

—Ya he recibido el pago por mi discurso, señor —le confirmó Fen.

—Por lo que parece, de un modo generoso —le indiqué—. ¿Le pagaron por palabra?

Mis colegas inquisidores lanzaron unas risas entre dientes. Excepto Verveuk, quien lanzó una carcajada tremendamente aguda, como si yo hubiese hecho el mejor chiste explicado jamás ante el Trono Dorado. Por el Emperador, ¡era un pelota redomado! Si alguna vez una tráquea había reclamado expresarse, ésa era la suya.

Al menos, su rebuzno había logrado despertar a Onnopel. El jerarca se despertó de repente con un respingo y gruñó «¡Oíd, oíd!» con un leve y falso gesto de asentimiento de su cabeza de múltiples papadas, como si no hubiese dejado de escuchar atentamente todo lo que se decía desde el principio. Luego se ruborizó intensamente y fingió ponerse a buscar algo que se le había caído debajo de su banco oratorio.

—Si no hay más comentarios del Ministorum —dije con voz seca—, quizá podamos continuar. ¿Inquisidor Menderef?

—Gracias, gran auditor general —me contestó Menderef respetuosamente mientras se ponía en pie.

El defensor se había apresurado a marcharse, y había dejado a Pridde sólo en mitad de la amplia estancia. Pridde estaba encadenado, pero su lujosa vestimenta con su reborde de encaje parecía incomodarle más que las esposas de sus manos. Menderef rodeó la mesa para ponerse cara a cara con él, pasando lentamente las hojas de un manuscrito.

Comenzó el interrogatorio.

Laslo Menderef era un individuo delgado de cien años de edad, su escaso pelo castaño estaba pegado a su cráneo con un pelo en forma de pico sobre la frente y su rostro era enjuto y anguloso, con la piel tensa sobre los huesos. Llevaba puesta una larga túnica sencilla de terciopelo de color azul marino con la insignia del cargo y el broche con el símbolo del Ordo Hereticus prendidos sobre su pecho. Tenía una forma fría de comportarse que yo admiraba, aunque no me interesaba en absoluto la filosofía radical que practicaba. También era el interrogador más capacitado del personal de Sakarof. Sus ágiles manos de largos dedos encontraron un punto en el manuscrito y se detuvieron allí.

—¿Udwin Pridde? —dijo en voz alta.

—Señor —le contestó Pridde.

—El día cuadragésimo segundo de 380.M41 acudió a la casa de una boticaria de Clude que no tenía licencia, y compró dos viales de sangre

umbilical, un mechón de cabello procedente de la cabeza de un asesino ejecutado y un pequeño muñeco símbolo de la fertilidad tallado en un hueso de dedo humano.

—No hice nada de eso, señor.

—¡Ah! —exclamó Menderef en un tono de voz amistoso—. Entonces, me he equivocado. —Se giró hacia mí y asintió—. Al parecer, ya hemos acabado aquí, gran auditor —me dijo.

Se quedó callado los segundos suficientes como para que Pridde relajara los hombros y lanzara un suspiro de alivio antes de darse la vuelta en redondo para encararse de nuevo con él. Por el Emperador, su técnica era soberbia.

—Es un mentiroso —dijo.

Pridde dio un paso atrás sobresaltado, de repente alerta de nuevo.

—Se... señor...

—La boticaria fue ejecutada por sus prácticas ignominiosas por los arbites de Eriale el invierno de 382. Ella mantenía un cuidadoso registro de todas sus ventas y de sus clientes, supongo que con la estúpida idea de hacer un trato si se daba el caso de que la atraparan por su delito. Su nombre, señor Pridde, está en esa lista. Las compras que hizo también están en esa lista. ¿Le gustaría verlo todo?

—Todo es pura mentira, señor.

—Una mentira... Ummm...

Menderef comenzó lentamente a dar la vuelta alrededor del acusado. Pridde se esforzó por no perderle de vista, pero no se atrevió a girarse para seguirle con la cabeza. En cuanto Menderef se detuvo a su espalda, Pridde empezó a temblar.

—¿Nunca ha estado en Clude?

—Voy allí a veces, señor.

—¿A veces?

—Una o quizá dos veces al año.

—¿Por qué motivo?

—Hay un mercader de alimentos en Clude que...

—Sí, sí que lo hay. Aarn Wisse. Ya hemos hablado con él. Aunque admite que le conoce y que tiene tratos comerciales con usted, nos ha dicho que no le vio en ningún momento del año 380 ni al año siguiente. No tiene ningún recibo suyo de compra en su libro de contabilidad.

—Está equivocado, señor.

—¿Lo está? ¿O lo está usted?

—¿Señor?

—Pridde... Su defensor ya se ha pasado buena parte del día ensalzando, incluso exagerando, sus múltiples virtudes. No nos haga malgastar más nuestro tiempo. Sabemos que visitó a la boticaria. Sabemos lo que compró. Procure mejorar su situación colaborando en el esclarecimiento de las preguntas de este interrogatorio.

Pridde ese estremeció. Contestó en voz baja.

—Yo compré esos objetos, señor. Sí.

—Más alto, para la corte, por favor. Veo las luces ámbar parpadeando en los grabadores de voz. No registran sus palabras. Verá, las luces tienen que parpadearen verde. Así, como ahora, que están recibiendo mi voz con claridad. La luz verde significa que le pueden oír.

—¡Señor, compró esos objetos!

Menderef asintió y volvió a consultar su manuscrito.

—Dos viales de sangre umbilical, un mechón de cabello procedente de la cabeza de un asesino ejecutado y un pequeño muñeco símbolo de la fertilidad tallado en un hueso de dedo humano, ¿se refiere a esos objetos?

—Sí, señor...

—¡Las luces verdes, señor Pridde, las luces verdes!

—¡Sí, señor!

Menderef cerró el manuscrito y caminó lentamente hasta colocarse de nuevo delante de Pridde.

—¿Le importaría explicar por qué y para qué?

Pridde le miró y tragó saliva con dificultad.

—Para mis crías.

—¿Sus crías?

—Las crías de mi ganado, señor.

—¿Su ganado le pidió que comprara todo eso?

Koth y Verveuk se rieron.

—No, no, señor... Había comprado cincuenta animales de cría de una granja del sur de Uvege dos años antes. Cosicanos de costados rojos. ¿Conoce la raza, señor?

Laslo Menderef giró la cabeza para mirarnos, alzando las cejas con una expresión de fingida sorpresa. Verveuk se rió de nuevo.

—No conozco los nombres de todas las razas de ganado, señor Pridde.

—Son una buena raza, la mejor. Certificada por el Administratum Oficio Agricolae. Tenía la esperanza de montar una granja y establecer un rebaño de cría para mi empresa.

—Ya veo. ¿Y qué ocurrió?

—Enfermaron en cuanto llegó el invierno. Ninguna de las hembras dio crías, lo que parieron no estaba acabado... unos seres... Los incineraré. Le pedí al Ministorum que bendijera mi granja, pero se negó. Me dijeron que se debía a algún defecto de mi ganado. Estaba desesperado. Había invertido mucho capital en aquel rebaño. Y entonces, esa boticaria me dijo...

—¿Qué le dijo?

—Que era la disformidad. Que la disformidad estaba en el ganado y en la tierra, en los propios prados. Me dijo que podía arreglar aquello si seguía sus consejos.

—¿Le sugirió usar la brujería rural para curara su ganado enfermo?

—Sí.

—¿Y usted pensó que eso era buena idea?

—Como ya le he dicho, señor, estaba desesperado.

—Sé que lo estaba. Sin embargo, no era por el ganado, ¿verdad? su esposa le pidió que comprara todo eso, ¿no es cierto?

—¡No, señor!

—¡Sí, señor! ¡Su esposa, de la familia Samargue, desesperada por recuperar el poder y la gloria para su casa en declive!

—S... ssí...

—¡Las luces verdes, señor Pridde!

—¡Sí!

Por la documentación de la que disponía y por las charlas previas, yo ya sabía que la gran pieza que queríamos cazar en Durer era la Casa Samargue. Debo reconocer que fue a Verveuk a quien se le ocurrió la idea de comenzar con Pridde, un elemento menor, nada más que un simple cómplice, y utilizarlo como palanca para derribara la familia de nobles. Gracias a su testimonio, sería mucho más fácil poner en evidencia la corrupción de la antigua casa familiar.

Menderef continuó con su interrogatorio durante más de una hora, y lo cierto es que fue un espectáculo cautivador. Cuando las campanas de la catedral tocaron la hora nona, me lanzó una sutil mirada para indicarme que no tenía sentido seguir interrogando a Pridde en aquellos momentos.

Un descanso, que le daba la oportunidad al acusado de pasear arriba y abajo en su celda mientras se preocupaba cada vez más, nos iría bien para las sesiones de la tarde de aquel día.

—Suspenderemos la sesión por un corto espacio de tiempo —declaré —. Alguaciles, llévense al acusado a su celda. Reanudaremos la sesión cuando toquen de nuevo las campanas, dentro de una hora.

Estaba hambriento y tenía el cuerpo entumecido. El almuerzo me ofrecía un descanso en condiciones, aunque tuviera que soportar a Verveuk.

Bastían Verveuk tenía treinta y dos años estándar, y tomó posesión del cargo oficial de inquisidor hacía siete meses. Era un chaval de rostro juvenil, o eso me parecía a mí, de estatura media con el cabello rubio peinado al estilo paje y con los ojos hundidos pero de mirada ferviente. Parecía estar ansioso todo el tiempo. Ansioso y sumido en una especie de arrebato espiritual.

Tenía una mente ordenada y brillante y, sin duda, había servido bien a Osma cuando sólo tenía el cargo de interrogador. Pero por fin había llegado su momento, e intentaba ascender de rango con una ambición carente de todo pudor y modestia. Su traslado al personal de Rorken, para un «aprendizaje suplementario», había resultado, probablemente, de la pérdida de paciencia por parte de Osma. Ese era el Osma de siempre. Era el mismo que me había acosado cincuenta años antes, excepto que estaba decidido a conseguir el puesto de Orsini: Gran Maestre de la Inquisición en el subsector helicano. El Gran Maestre Orsini se estaba muriendo, y Osma era su heredero escogido. Tan sólo era cuestión de tiempo.

Rorken también se estaba muriendo, si los rumores que corrían de boca en boca eran ciertos. En cuestión de muy poco tiempo, me quedaría sin amigos en las altas esferas de la Ordos Helicana.

A causa de la enfermedad de Rorken, yo había acabado con Verveuk en mi equipo. No era más que una carga que tenía que soportar. Sus modales, sus anhelos, su brillante ansiedad por cumplir... sus malditas preguntas.

Estaba de pie en mitad de la cálida sacristía de la catedral, bebiendo una copa de vino y degustando un plato de pan de semillas, pescado ahumado y un queso cremoso local de sabor fuerte producido en la misma región de Uvege, mientras conversaba con Rassi, un inquisidor mayor, de tez pálida y tranquilo, de las filas del Ordo Malleus, y que se había

convertido en un buen amigo en aquellos últimos años, a pesar de su relación con el cáustico Osma.

—¿Cuánto calculas, Gregor? ¿Un mes?

—¿Para esto, Poul? Dos, quizá tres.

Lanzó un suspiro y jugueteó con el tenedor con la comida que tenía en el plato. Llevaba su bastón de empuñadura de plata bajo el brazo para tener libres las manos.

—Quizás hasta seis si todos los acusados traen a un maldito defensor.

Nos echamos a reír. Kotli pasó a nuestro lado para volver a llenarse el vaso y nos saludó con un gesto de asentimiento.

—No mires —murmuró Rassi—, pero acaba de llegar el presidente de tu club de admiradores.

—Oh, mierda. ¡No me dejes a solas con él! —le siseé desesperado, pero Rassi ya se había dado la vuelta para marcharse.

Verveuk apareció a mi lado. Llevaba en la mano un plato con una tarrina de carne, pepinillos en vinagre y ensaladilla que estaba claro que no se iba a comer.

—¡Todo va bien! ¿Verdad? —me dijo para iniciar la conversación.

—Oh, sí, muy bien.

—Por supuesto, usted tiene mucha más experiencia en este tipo de situaciones, así que lo sabe mejor que yo. Pero es un buen comienzo, ¿verdad?

—Sí, es un buen comienzo.

—Pridde es la llave que nos abrirá la puerta de la Casa Samargue.

—Estoy seguro de eso.

—La actuación de Menderef ha sido magnífica, ¿verdad? El interrogatorio cruzado, me refiero. Tan hábil, tan bien llevado. El modo en que hizo derrumbarse a Pridde.

—Yo... esto... No esperaba menos de él.

—Realmente magnífico, sí, realmente.

Sentí que tenía que decir algo más.

—Tu elección de Pridde... Como primer acusado. Bien escogido, bien... Ha sido una buena decisión.

Me miró como si yo fuera el amor de su vida y le hubiera prometido hacer algo muy importante por él.

—Señor, me siento verdaderamente honrado de que me lo diga. Sólo hice lo que creí mejor. De veras, señor, oír eso de su boca me llena el

corazón de...

—¿Pescado guisado? —le pregunté mientras le ofrecía una bandeja.

—No, gracias, señor.

—Está muy bueno —comenté, poniendo una porción en una rebanada de pan—. Aunque, al igual que muchas cosas en esta vida, te puedes cansar con bastante rapidez de ello.

No pilló la indirecta. Lo más probable era que la indirecta hubiera tenido que ser grabada en la punta de un proyectil bólter explosivo y luego dispararselo por uno de los agujeros de la nariz para que se diera cuenta.

—Señor, creo que puedo aprender tanto de usted —me dijo mientras dejaba a un lado el plato con la comida intacta—. Es una oportunidad que pocos de los de mi nivel pueden llegar a alcanzar.

—No puedo imaginarme por qué —le contesté. Sonrió.

—Siento que casi debería agradecer esta oportunidad a los terribles tumores que están afectando a mi señor Rorken.

—Yo también siento que me gustaría vengarme de ellos —murmuré.

—Es tan poco común que un, si me permite la expresión, inquisidor veterano como usted... un inquisidor de campo, me refiero, no a uno atado a una mesa de despacho... participe en un proceso como éste y se reúna con agentes inferiores como yo. Lord Rorken siempre ha dicho excelencias de usted. Hay tantas cosas que quiero preguntarle, tantas cuestiones, lo he leído todo sobre sus casos. La Conspiración P'Glao, por ejemplo. La he revisado de cabo a rabo, y quiero que me cuente acerca de muchos detalles. Y otros asuntos...

«Ahí viene», pensé.

Y allí vino.

—Los huéspedes demoníacos. Y Quixos. Hay tanto que le llama la atención a un erudito como yo. ¿Podría contarme detalles y opiniones personales? Quizá no en este momento... más tarde...a lo mejor podríamos cenar juntos y charlar sobre ello...

—Bueno, a lo mejor.

—Los informes son tan incompletos...o más bien, restringidos. Me encantaría saber cómo se enfrentó a Prophaniti. Y a Cherubael.

Me esperaba que dijera el nombre. Aun así, al oírlo, me estremecí.

Cherubael. Eso era lo que todos me preguntaban. Todos y cada uno de los inquisidores neófitos con los que me encontraba. Eso era lo único en lo

que realmente estaban interesados. Maldito interés. Aquel asunto ya había acabado, yo había acabado con todo ello.

Cherubael.

Durante ciento cincuenta años, el demonio me había acosado en sueños, y había convertido cada uno de ellos en una pesadilla. Durante siglo y medio había permanecido en mi cabeza una sombra sobre el horizonte de la cordura, una leve silueta siseante en los rincones oscuros de mi conciencia.

Había acabado con Cherubael, lo había derrotado.

Pero, aun así, los neófitos me hacían preguntas, y hacían florecer todos los recuerdos de nuevo.

Nunca les diría la verdad. ¿Cómo podría hacerlo?

—¿Señor?

—Lo siento, Verveuk, mi mente divagaba. ¿Qué me estaba diciendo?

—Le había preguntado si ése no era uno de sus hombres.

Godwyn Fischig, vestido con un largo abrigo negro, seguía siendo una figura poderosa e imponente a pesar de todos los años que habían pasado. Había entrado en la sacristía por la puerta trasera y estaba mirando a su alrededor, buscándome.

Puse mi plato y mi vaso en las manos del sorprendido Verveuk y me fui directamente hacia él.

—No esperaba verte por aquí —le susurré mientras me lo llevaba aparte.

—No es lo que suelo hacer, pero me agradecerás que haya aparecido de este modo.

—¿De qué se trata?

—He encontrado un filón. No acertarías ni un millar de siglos a quién hemos descubierto.

—Supongamos que no dispongo de esos cien mil años. Suéltalo, Fischig.

—Thuring —me dijo—. Hemos descubierto a Thuring.

En mi opinión, la venganza no es una motivación adecuada para un inquisidor. Había jurado que Thuring pagaría por la muerte de mi viejo amigo Midas Betancore, por supuesto, pero los ochenta años que habían transcurrido desde el asesinato de Midas habían estado repletos de asuntos mucho más importantes y urgentes. No había tenido ni el tiempo ni la

oportunidad de emplear los meses, o incluso los años, que hubiera necesitado para cazara Thuring. No merecía... la pena.

Al menos, eso era lo que Lord Rorken siempre me aconsejaba cuando sacaba el tema. Fayde Thuring. Un elemento sin importancia dentro del submundo de herejías en la sombra que existía en el seno de la sociedad imperial. Un don nadie que acabaría tarde o temprano en manos de la justicia por algún error propio. Alguien que no merecía mi atención. Que no merecía la pena.

De hecho, le había creído muerto durante bastante tiempo. Mis agentes e informadores me habían mantenido al tanto de sus actividades, y a principios del 352.M41 me enteré de que había entrado a formar parte de una fraternidad del Caos de los mundos exteriores llamada la Hermandad del Corazón, también conocida a veces como los Péndulos del Reloj Universal. Practicaban una adoración al Dios de la Sangre en la figura de una deidad porcina menor de una de las tribus nativas. El dios se llamaba Eolkito Yulqueto Uulcct (el nombre variaba dependiendo de la fuente de información consultada), y habían asolado durante varios meses el mundo agrícola de Hasarna. Sus sacerdotes se vestían con ropas ceremoniales parecidas a las de los degolladores de cerdos o matarifes que, antaño, viajaban por las comunidades de Hasarna al final de cada otoño y practicaban la matanza de las cabezas de ganado preparadas para los fríos meses de invierno. Era una tradición muy antigua, que mezclaba el derramamiento de sangre con el final del año del calendario, y era bastante común a todo lo largo y ancho del Imperio. En la Tierra anterior al Imperio también había existido algo semejante, una celebración llamada la Consagración de los Santos, o la Víspera de los Santos.

El jefe del culto era un tal Amel Sanx, el Corruptor de Lyx, y que había reaparecido por primera vez después de pasar todo un siglo escondido para extender su veneno. Sanx era un hereje tan conocido que los esfuerzos iniciales de la Inquisición por acabar con las acciones de la Hermandad del Corazón se multiplicaron por cien en cuanto se supo que él estaba involucrado.se envió un equipo de erradicación de las Adeptas Sororitas, dirigido por el inquisidor Aedelorn, que acabó con todos los herejes en un ataque a la capital septentrional de Hasarna.

Se descubrió en el transcurso de la investigación posterior que Sanx ya había sacrificado a buena parte de sus seguidores menos importantes en un ritual que el ataque de Aedelorn había interrumpido. Thuring era uno de

los miembros del segundo escalón de acólitos fiables de la Hermandad del Corazón. Su nombre apareció en la lista de los cuerpos de las víctimas del ritual.

El asesino de Midas estaba muerto, o eso habían creído hasta aquel momento en la sacristía de la catedral de Eriale.

—¿Estás seguro de eso?

Fischig me miró y se encogió de hombros, como si no tuviera que despejar mis dudas sobre su palabra.

—¿Dónde está?

—Eso es lo que más te va a gustar. Está aquí.

El resto de los miembros del tribunal ya se habían sentado en sus lugares respectivos en la estancia principal de la catedral cuando me reuní con ellos. La Casa Samargue había contratado los servicios de un abogado para que respondiera por ellos, y éste ya estaba intentando demostrar la fragilidad y la poca fiabilidad del testimonio de Udwin Pridde.

Di un puñetazo en la mesa para callarle.

—¡Ya basta! ¡Este auto interrogatorio queda suspendido!

Mis colegas inquisidores se giraron para mirarme.

—¿Que está qué? —me preguntó Menderef.

—¡Hasta nuevo aviso! —añadí.

—Pero... —empezó a decir Koth.

—¿Gregor? —inquirió Rassi—. ¿Qué estás haciendo?

—Esto es algo muy irregular... —comentó Verveuk.

—¡Lo sé! —le grité en plena cara.

Se encogió sobre sí mismo.

—Mi señor auditor general —me dijo el abogado de la Casa Samargue mientras se acercaba lleno de nerviosismo hacia nosotros—. ¿Puedo preguntarle humildemente cuándo se reanudarán las sesiones del tribunal?

—Cuando esté preparado —le dije con voz hosca—. Cuando esté listo y preparado.

Dos

Betancore, sangre encendida
El informe de Fischig
Preparativos de batalla

Aquello causó una conmoción. Pero ¿qué digo? Aquello causó una gran conmoción. Rápidamente se reunió un gentío en el exterior de la catedral bajo el resplandeciente sol de la tarde. Los archiveros y los panfletistas que habían estado dormitando en los bancos del público se dispersaron a los cuatro vientos para propagar la noticia. Incluso los confesores y los predicadores que habían estado recorriendo las calles lanzando feroces sermones contra la herejía en mitad de la multitud siguieron al gentío hasta la plaza de la catedral.

—¡No puedes suspender un tribunal de auto interrogatorio así por las buenas! —me espetó un enfurecido Menderef.

Lo eché a un lado y caminé con paso decidido hacia la entrada principal de la catedral atravesando la larga nave central. Bequin y Fischig me seguían, y Aemos correteaba para mantenerse a nuestra altura.

—Cuando has dicho «aquí», ¿a qué te referías? —le preguntéa Fischig mientras me quitaba la capa forrada de piel y mi insignia de cargo del tribunal para arrojarlas luego a uno de los bancos.

—En Miquol —me respondió—. Es una isla situada en el círculo polar ártico de este planeta. Está a unas dos horas de viaje.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn! —gritó Menderef a mi espalda, rodeado por un murmullo de voces nerviosas y agitadas.

—¿Estás seguro de que se trata de él?

—He revisado los descubrimientos de Godwyn —me soltó Bequin—. Es Thuring, sin duda. Apostaría lo que fuera a que lo es.

Habíamos llegado al final de la nave central y ya estábamos llegando al arco de la entrada y a la luz del sol cuando una mano me agarró de la

manga.

Me di la vuelta. Era Rassi.

—¿Qué estás haciendo, Gregor? Estás abandonando una tarea sagrada.

—No estoy abandonando nada, Poul. ¿No me has oído? La he suspendido. Este auto interrogatorio tan sólo investiga a unos cuantos pecadores y a sus conductas inapropiadas. Yo voy a por un hereje de verdad.

—¿De veras?

—Ven conmigo si no me crees.

—Muy bien.

Rassi se giró e interceptó a Menderef y a Koth mientras yo atravesaba la entrada. Acalló sus objeciones.

—Yo voy con él —oí que les decía—. Confío en el buen juicio de Eisenhorn. Si se equivoca al suspender el juicio, yo testificaré en su contra en cuanto regresemos.

Ya estábamos bajo la luz del sol. Los grupos de civiles se quedaron mirándonos. Algunos se protegían los ojos del brillante resplandor del sol con las manos donde no llegaba la sombra de los árboles llenos de flores de la plaza.

—¿Y Medea?—le pregunté a Fischig.

—Ya la he llamado. Supuse que sería lo que querrías. Espero haber hecho bien.

—¿Ella lo sabe?

Fischig miró a Bequin y a Aemos.

—Sí. No podía ocultárselo.

La voz de Medea restalló en mi intercomunicador como si hubiese estado esperando aquella señal.

—*Aegis desciende, la Armadura de Dios, a las dos* —me informó en código Glossia. Su voz sonó tensa y contenida.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¡Despejad la plaza!

Fischig y Bequin echaron a correr hacia la multitud.

—¡Despejen la zona! —gritó Bequin.

—¡Vamos, muévanse! ¡Salgan de aquí! —aulló Fischig a su vez.

Nadie les hizo caso.

Fischig desenfundó su pistola y comenzó a disparar al aire. El gentío se dispersó gritando y se apresuró a correr hacia las calles adyacentes.

Justo a tiempo.

Mi cúter artillado, cuatrocientas cincuenta toneladas en total, apareció por encima del tejado de la biblioteca municipal de Eriale y comenzó a descender con sus retrocohetes aullando sobre la plaza de la catedral. El rebufo de la estela de los motores azotó las flores de los árboles y llenó el aire de pétalos como si fuera confeti.

Sentí cómo el suelo retemblaba cuando la nave aterrizó pesadamente. Las losas del pavimento se partieron bajo los extremos de las patas del tren de aterrizaje. Varias ventanas de los edificios que rodeaban la plaza se hicieron añicos. Los árboles se balancearon con furia por los chorros de los cohetes. La rampa del morro se abrió con un zumbido chirriante.

Me apresuré a llegara la rampa con Bequin y Aemos, y desde allí le hice señas a Rassi para que se acercara y embarcara. Caminaba con mayor lentitud que nosotros al tener que andar apoyado en su bastón. Fischig se quedó al pie de la rampa con gesto grave mientras hacía pasar a los demás miembros de mi equipo que habían estado ocupando sus puestos en la zona vecina a la catedral.

Kara Swole, que había estado vigilando a la multitud desde una tienda de cafeína justo enfrente de la biblioteca. Duclane Haar, quien había estado observando la situación alrededor de la entrada a la catedral a través de la mira telescópica de su rifle largo láser de francotirador desde su emplazamiento en un granero de diezmos del Administratum. Bex Begundi, que había estado fingiendo ser un mutante sin hogar que pedía limosna en el porche de la capilla de San Becwal, con las pistolas escondidas bajo su gran cuenco de pedigüeño.

Fischig los hizo entrar a todos y subió por la rampa el último antes de tirar de la palanca que la cerraba.

El cúter artillado comenzó a elevarse de nuevo de forma casi inmediata, lanzando unas tremendas nubes de polvo en todas direcciones.

Eché un rápido vistazo a todos los ocupantes de la bodega de entrada.

—¡Verveuk! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tal como me ordenó Lord Rorken —me respondió—, adonde usted vaya, allí iré.

Ganamos altitud, ascendiendo hasta la estratosfera para encaminarnos hacia el norte. Mi gente conocía las tareas que debía hacer durante el viaje, pero me llevé a Kara Swole a un lado y le ordené que se asegurara de que Rassi y Verveuk se sintieran cómodos.

—El inquisidor Rassi se merece todos los respetos, pero no le permitas la más mínima a Verveuk. No le permitas que se entrometa.

Kara Swole era una acróbata bailarina de músculos definidos, natal de Bonaventure, que me había ayudado en una de mis investigaciones tres años atrás, y había disfrutado tanto de aquella experiencia que me había pedido formar parte permanente de mi equipo. Era pequeña y grácil, con un pelo rojizo que llevaba muy corto, su musculatura le hacía parecer simplemente fornida, pero era con mucho la persona más hábil y ágil de movimientos que yo jamás haya conocido, y tenía una tremenda facilidad para la vigilancia del entorno. Se había convertido en un valioso miembro del equipo, y más de una vez me había dicho que el trabajo que yo le ofrecía era infinitamente preferible a su vida anterior en la arena de los circos de su planeta natal.

Kara le echó una mirada de reojo a Verveuk.

—A mí me parece un ninker —murmuró.

«Ninker» era su insulto preferido, y era un término procedente de la jerga del mundo del circo. Nunca me atrevía preguntarle qué significaba exactamente.

—Creo que tienes toda la razón —le respondí en susurros—. No le quites la vista de encima... y asegúrate de que Rassi se encuentre a gusto. Cuando lleguemos a nuestro objetivo, quiero que tú y Haar lo protejáis con vuestras vidas si es necesario.

—Entendido.

Reuní a Fischig, a Bequin, a Aemos, a Haar y a Begundi alrededor de la mesa de mapas para intercambiar información, y también hice que acudiera Dahault, el astrópata.

—Muy bien... ¿Cómo lo encontrasteis?

Fischig sonrió. Era obvio que se sentía muy satisfecho de su éxito.

—La auditoría lo puso al descubierto. Al menos, dejó al descubierto ciertas pistas interesantes que me hicieron investigar en mayor profundidad, hasta que lo encontré. Ha estado operando en tres de los puertos del norte, y también en la capital. Al principio no me lo podía creer. Quiero decir, suponíamos que estaba muerto. Pero es él, sin duda.

Una auditoría era parte de mi proceso de investigación habitual, y había iniciado una en cuanto Lord Rorken me convenció de que participara en el auto interrogatorio, cuatro meses antes. Buena parte de mi personal de apoyo, unas treinta personas bajo la dirección de Fischig, se habían

adelantado a los demás y habían llegado a Durer para llevar a cabo esa auditoría. El propósito de cualquiera de mis auditorías era doble. En primer lugar, para revisar y comprobar los casos que se iban a presentar en el auto interrogatorio y así asegurarme de que no estábamos perdiendo el tiempo y de que poseíamos todos los datos necesarios importantes. No es que no me fiara de los preparativos efectuados por Lord Rorken, sino que siempre me ha gustado estar seguro de lo que estoy juzgando. En segundo lugar, una auditoría servía para investigar la posible existencia de casos heréticos que podían haber sido pasados por alto en el auto interrogatorio. Iba a dedicar buena parte de mi tiempo y de mis recursos a aquella limpieza de Durer, y quería estar seguro de que todo el proceso fuera meticuloso y concienzudo. Si existían más casos de herejía en aquel planeta, quería erradicarlos todos a la vez.

Fischig y el equipo de auditores habían realizado una búsqueda caso por caso de cada hoja de registro de los archivos planetarios, comparando los detalles de cada anomalía con mi base de datos. Todo aquello demostró que el trabajo preparatorio de Lord Rorken había sido excelente, ya que apenas aparecieron nuevos detalles.

A excepción de Fayde Thuring. Fischig había descubierto al principio unas transacciones interplanetarias que le llamaron la atención porque estaban asociadas a empresas mercantiles radicadas en Tracian Primaris con las que Fayde Thuring había tenido relaciones veinte años antes. Fischig había repasado concienzudamente todos los registros de embarque y todas las listas de huéspedes, y había tenido la suerte de dar con una cinta grabada por un pictógrafo de una compañía de seguridad mercantil. La imagen del hombre capturada digitalmente por la pictocámara mostraba un tremendo parecido con Fayde Thuring.

—Por lo que hemos podido descubrir —me dijo Fischig—, Thuring está desde hace un año en Durer. Llegó a bordo de un carguero independiente el verano pasado y fijó su residencia en Haynstown con una visa de mercader para dieciocho meses. Utiliza el nombre de Illiam Vowis y declaró que se dedica al negocio de la ingeniería aeronáutica. No carece de dinero ni de contactos. La mayor parte de sus negocios parecen legítimos, aunque ha estado comprando muchas piezas de maquinaria y unidades de ensamblaje, además de contratar a bastantes tecnoadeptos locales. Por las apariencias, está montando una empresa de reparaciones y servicios similares. No tengo nada claro lo que se propone en realidad.

—¿Ha comprado o alquilado alguna instalación donde poder trabajar?

—No, y ésa es una de las discrepancias —dijo Fischig levantando la vista para mirarme—. Se ha mantenido en movimiento. Ha sido difícil localizarlo, pero hace cuatro días logré una buena pista que indicaba que se encontraba en uno de los puertos del norte, en Finyard, de modo que envié a Nayl para que echara un buen vistazo.

Harlon Nayl era uno de los componentes más antiguos de mi equipo, un ex cazador de recompensas, y uno de los mejores y más capacitados miembros del grupo.

—¿Qué ha descubierto?

—Llegó demasiado tarde para pillar a Thuring. Ya se había marchado, pero Nayl logró entrar en la suite del hotel donde se había alojado antes de que pasara la mujer de la limpieza y obtuvo suficientes cabellos y muestras de tejido como para poder efectuar un escáner genético y compararlo con las muestras que tenemos archivadas. Illiam Vowis es Fayde Thuring.

—¿Y dices que está en una isla polar?

Fischig asintió.

—Nayl partió en busca de Thuring y descubrió que había comprado un pasaje hasta ese lugar, Miquol. Solía ser una estación de escucha de la Fuerza de Defensa Planetaria hace muchos años, pero ahora está completamente deshabitada. No sabemos lo que va a hacer allí, o si ya había estado antes. Nayl ya debe de haber llegado a la isla. No se ha puesto en contacto con nosotros, pero la magnetoesfera es tremendamente irregular cerca del polo, así que no funcionan las comunicaciones. Bueno, al menos, las de larga distancia.

—Has hecho un trabajo excelente, viejo amigo —le dije a Fischig, y él sonrió agradecido.

Godwyn Fischig, que antaño había sido purificador dentro del cuerpo de Adeptus Arbites de Hubris y un excelente agente de la ley, uno de mis auténticos veteranos. En aquel momento ya llevaba a mi lado más de quince décadas, las mismas que Alizebeth Bequin. El único que llevaba más tiempo conmigo que ellos era Aemos. Los tres eran la roca sobre la que me apoyaba, mis cimientos, las piedras angulares de todo mi equipo. Y eran mis amigos. Aemos me proporcionaba su sabiduría y una fuente inimaginablemente vasta de conocimientos. Bequin era una intocable, y estaba a cargo de una academia de individuos con la misma característica

llamada La Rueca. Ellos eran mi arma más poderosa, un cuerpo de individuos psíquicamente inertes que podían ser utilizados para anular incluso a los enemigos con las capacidades psíquicas más poderosas. Bequin también era mi timón emocional. Confiaba en ella más que en los demás, y me servía de apoyo en los momentos de mayor angustia.

Fischig era mi conciencia. Era un hombre de aspecto imponente con una cara desgastada por la edad, con unas mejillas ya bastante fláccidas. Una leve capa de cabello gris, donde antaño había pelo rubio, cubría su cráneo. La cicatriz bajo su ojo lechoso se había vuelto rosada y brillante con el paso de los años. Fischig era un combatiente formidable, y había pasado junto a mí algunos de los peores momentos de mi vida. Pero nadie tenía una devoción tan inquebrantable, nadie era tan puro... tan puritano, si se prefiere decir así. El Bien y el Mal, la Ley y el Caos, la Humanidad y la Disformidad... eran tan sólo unas distinciones básicas, blancas o negras, para él, lo admiraba por ello. El tiempo, la experiencia y los diferentes hechos acaecidos en mi vida habían, en cierto modo, teñido de gris mis opiniones. Dependía de Fischig para que fuera mi brújula moral.

Era una función que él parecía estar encantado de desempeñar. Creo que ése fue el motivo por el que permaneció tanto tiempo a mi lado, porque para entonces, él ya podría haber sido sin ningún problema un inspector comisionado de los arbites, un prefecto de división, o incluso un gobernador planetario. Sin embargo, ser la conciencia de uno de los inquisidores más veteranos del subsector era una tarea que le proporcionaba mucha mayor satisfacción.

A veces me preguntaba si Fischig lamentaba que yo no hubiera intentado obtener un cargo o un rango más elevado dentro de la Inquisición. Supongo que cuando ocurrió todo lo que voy a contar, teniendo en cuenta mi hoja de servicio y mi reputación, yo ya podría haber llegado a maestre de alguna ordo, o al menos, hallarme muy cerca de ello. Lord Rorken, que se había convertido en una especie de mentor para mí, me había expresado a menudo su decepción por el hecho de que no hubiera aprovechado ninguna de las oportunidades que me había ofrecido para convertirme en su heredero. Me había estado preparando durante un cierto tiempo para que fuese su sucesor en el control de la Ordo Xenos del subsector helicano. Sin embargo, a mí jamás me había atraído aquella clase de vida. Prefería estar sobre el terreno, no detrás de un escritorio.

De todos ellos, el más beneficiado por una carrera de ese tipo hubiese sido Fischig, me lo podía imaginar sin dificultad como comandante en jefe de la Guardia Inquisitorial Helicana. Pero nunca me expresó el más mínimo atisbo de descontento en ese sentido. Al igual que a mí, le encantaba el reto que suponía investigar sobre el terreno.

Formamos un buen equipo durante mucho tiempo. Nunca olvidaré todo aquello, y a pesar de todo lo que iba a depararnos el destino, siempre le agradeceré al Dios-Emperador de la Humanidad el honor de haber servido a su lado durante tanto tiempo como lo hice.

—Aemos —le dije—, quizá le gustaría revisar los datos que ha recabado Fischig y ver si puedes deducir algo más. Necesito saber más cosas sobre esa isla. Repasa los datos, los mapas y los archivos. Dime todo lo que encuentres.

—Por supuesto, Gregor —me contestó Aemos.

Su voz sonaba muy débil y atiplada, y estaba más encorvado y arrugado que nunca. Pero el conocimiento le seguía absorbiendo, y creo que le alimentaba del mismo modo que la comida, las riquezas, el deber o incluso el amor, mantenía a las personas llenas de vigor más allá de la flor de la vida.

—Fischig te ayudará —le dije—. Y quizás el inquisidor Rassi también. Quiero un plan de operaciones viable en... —Le eché un vistazo a mi cronómetro—. Sesenta minutos. Necesito conocer todo lo que se pueda saber o que sea pertinente antes de que aterricemos. Y quiero un plan seguro y sin complicaciones de lo que debemos hacer cuando lleguemos allí. ¿Alizebeth?

—¿Gregor?

—Ponte en contacto con todos nuestros especialistas que estén aquí, en Durer, y que se pongan en marcha para venir en nuestra ayuda. Sobre todo, gente de La Rueca. No me importa cuánto tiempo les lleve o cuánto cueste. Quiero estar seguro de que tenemos un respaldo sólido a nuestra retaguardia.

Asintió con un gesto grácil. Era una encargada de operaciones brillante. Seguía tan recatada y tan atractiva como el día que la conocí, ciento cincuenta años antes, una prueba espectacular del modo en que la ciencia imperial puede contrarrestar los efectos de la edad. Sólo unas levísimas arrugas en los extremos de los ojos y en las comisuras de los labios delataban que no era una mujer de treinta y pocos años. Por aquel

entonces le había dado por caminar de un modo bastante regio apoyada en un bastón de ébano con refuerzos hasta el hombro, diciendo que sus huesos ya eran muy viejos, pero yo estaba convencido de que se trataba de una afectación pensada para reforzar su función de matriarca veterana.

Sólo cuando la miraba a los ojos podía distinguir las distancias de la edad. Había tenido una vida dura, y había sido testigo de hechos terribles, se podía discernir una especie de dolor nostálgico en lo más hondo de su mirada, una profunda tristeza. Yo sabía que me amaba, y yo la amaba más que a ningún otro ser vivo que jamás hubiera conocido. Pero hacía ya mucho tiempo, y por acuerdo mutuo, que habíamos dejado todo aquello a un lado. Yo era un psíquico, y ella una intocable. Fuese cual fuese la tristeza que ambos sintiéramos por nuestro mutuo amor negado, estar juntos hubiera sido muchísimo más doloroso.

—Dahault...

—¿Señor? —me respondió inmediatamente el astrópata. Llevaba conmigo veinte años, y era con diferencia el astrópata que más tiempo había logrado mantener a mi servicio. Según mi experiencia, se desgastan con mucha rapidez. Dahault era un individuo fornido y lleno de vitalidad que lucía un mostacho espectacular, lleno de fijador. Yo pensaba que se lo había dejado crecer tanto para compensar su cabeza afeitada. Desde luego, era un profesional poderoso y capacitado, y se había adaptado muy bien a mi régimen y forma de trabajo. Sólo en los últimos años habían comenzado las señales del agotamiento psíquico: la piel estirada y tensa sobre los huesos, la mirada atormentada, la afasia. Esperaba fervientemente poder retirarle con una pensión antes de que su trabajo le achicharrara la mente.

—Comprueba lo que nos espera —le ordené—. Fischig dice que la magnetosfera impide las comunicaciones verbales, pero puede que Thuring esté utilizando astrópatas, a ver qué descubres.

Asintió y se dirigió a su cabina, compacta y protegida, y situada bajo el puente de mando, donde conectó las clavijas que salían del aparato de comunicación astropática a los implantes de su cráneo.

Por último, me giré para mirar a Bex Begundi y a Duclane Haar. Haar era un antiguo francotirador de la Guardia Imperial procedente del Quincuagésimo de Rifles Gudrunitas, un regimiento con el que había tenido relación desde hacía tiempo. Era de complexión normal, y llevaba puesto un traje de combate ceñido de color mate y antirreflectante, con la

insignia de la gorra de su anterior uniforme colgando de una cadena que llevaba al cuello. Había perdido una pierna en combate en Wichard, y lo habían licenciado por invalidez. Sin embargo, era tan buen tirador con el rifle largo láser, la variante para francotiradores, como Duj Husmaan, que había muerto hacía tiempo ya, y de un modo que yo lamentaba profundamente.

Haar iba pulcramente afeitado, y su cabello de color castaño estaba cortado a la perfección, como si tuviera que asistir a una revista militar antes de un desfile. Llevaba un magnificador óptico de puntería conectado a un lado de su cráneo, donde asomaba por encima de la oreja, y podía bajar el brazo articulado del artefacto hasta colocarlo sobre su ojo derecho para disparar. Prefería el magnificador a la mira telescópica tradicional montada en el rifle, y dado su impresionante lista de aciertos a la primera, yo no iba a discutírselo.

Bex Begundi era un granuja, en el estricto sentido de la palabra. Un forajido, tal como le hubiera descrito el viejo Commodus Voke. Un delincuente, un chanchullero, un artista del engaño y de los bajos fondos, nacido en uno de los peores barrios de Sameter, un planeta por el que sentía poco aprecio, ya que había perdido una mano allí. Era uno de los individuos reclutados por Harlon Nayl, posiblemente uno de sus objetivos como cazador de recompensas al que le había ofrecido una elección a vida o muerte. Se había unido a mi equipo seis años antes. Begundi era tremendamente presuntuoso, e increíblemente hábil disparando sus pistolas.

De elevada estatura y no más de treinta y cinco años, no era exactamente guapo, pero exudaba un encanto devastador. Tenía el cabello oscuro, con una perilla negra como la noche perfectamente recortada rodeando su sonrisa petulante y unos pómulos muy marcados. Su piel, de un blanco casi cadavérico, contrastaba con los trazos de kohl negro bajo sus ojos centelleantes y de mirada peligrosa. Era una costumbre de los barrios bajos de su planeta natal. Iba vestido con una chaqueta larga de cuero que llevaba bordados de rica tela de seda y unas ostentosas superficies llenas de lentejuelas. Pero el par de pistolas Hecuter que llevaba metidas en unas fundas sobaqueras no tenían nada de graciosas. Todo el equipo para las pistolas había sido personalizado, y le permitía desenfundarlas con una tremenda rapidez y facilidad.

—Vamos a tener pelea en cuanto aterricemos, eso tenedlo por seguro —les dije.

—Genial —comentó Begundi con una sonrisa ávida.

—Tan sólo señáleme el objetivo, señor —respondió Haar.

Asentí complacido.

—Nada de fanfarronadas, ¿me oís? Nada de bravuconerías.

Begundi me dirigió una fingida mirada ofendida.

—¡Vaya! —se quejó.

—En realidad, estaba pensando en ti, Haar —contestó.

Haarse sonrojó. Había demostrado ser extremadamente... ansioso. Tenía un instinto asesino.

—Puede confiar en mí, señor —me dijo.

—Esto es importante. Ya sé que siempre es importante, pero esto es... personal. No quiero que nadie la fastidie.

—Vamos a por el tipo que se cargó al padre de Dea, ¿verdad? —me preguntó Begundi.

Dea. Así es como llamaban a Medea Betancore, mi piloto.

—Sí, vamos a por él. Por ella, estad alerta.

Subía la cabina de mando. Las leves nubes de la atmósfera superior pasaban raudas a nuestro lado. Medea volaba como si estuviera poseída.

Tenía poco más de setenta y cinco años, una joven todavía. Despampanante, de carácter explosivo, brillante, hermosa, había heredado la facilidad para pilotar de su padre, al igual que había heredado su oscura piel glaviana y su atractivo aspecto.

Llevaba puesta la chaqueta de vuelo de color cereza de su padre, Midas.

—Necesito que permanezcas concentrada, Medea —le dije.

—Lo estaré —me contestó sin levantar la mirada del panel de mandos.

—Lo digo en serio. Esto es sólo una misión.

—Lo sé. Estoy bien.

—Si necesitas mantenerte a un lado, se puede arreglar.

—¿Mantenerme a un lado? —Las palabras le salieron como disparos, y se giró para lanzarme una mirada furibunda con sus grandes ojos llenos de lágrimas de rabia—. ¡Vamos a por el asesino de mi padre! ¡Llevo toda la vida esperando esto! ¡Literalmente! Jefe, ¡no pienso mantenerme a un lado!

Jamás había llegado a conocer a su padre. Fayde Thuring había matado a Midas Betancore un mes antes de que ella naciera.

—Muy bien. Te quiero a mi lado. Me encantaría que estuvieras a mi lado. Pero no permitiré que las emociones interfieran en todo esto.

—No lo harán.

—Me alegro de oírlo.

Se produjo un largo silencio. Me di la vuelta para salir de la cabina.

—¿Gregor? —me llamó en voz baja.

—¿Sí, Medea?

—Mata a ese cabrón. Por favor.

Me preparé para lo que se avecinaba en mi cabina personal. Los cómodos ropajes que había llevado en mi papel de gran auditor general desaparecieron para ser sustituidos por un traje de cuerpo entero de combate, con armadura, unas botas reforzadas con acero que llegaban hasta la rodilla, una chaqueta de cuero y un largo y pesado abrigo de combate con hombreras blindadas. Me coloqué las insignias de mi ordo en el pecho y la escarapela de la Inquisición al cuello.

Escogí mis tres armas entre de las que tenía guardadas en la caja fuerte: una pistola bólter de gran calibre, el bastón rúnico fabricado artesanalmente por Magos Bure, del Adeptus Mechanicus por encargo personal, y la espada de energía, recurvada y llena de pentagramas, que había encargado que me forjaran a partir de las dos mitades partidas de mi antigua espada de Carthae, Barbarizadora.

Bendije las armas una por una.

Pensé en Midas Betancore, muerto hacía ya casi un siglo por aquel entonces. Barbarizadora ronroneó en mis manos.

Tres

Miquol
Estación de escucha 272 de la FDP de Durer
E! cambio de situación

Miquol era una amplia superficie volcánica que surgía de las negras aguas del océano polar, de unos dieciséis kilómetros de largo por unos nueve de ancho. Vista desde el aire, parecía estar desolada y carente de toda vida. Unos tremendos acantilados, de cien metros de alto, constituían su contorno, pero su interior no era más que un desierto irregular de pedruscos y riscos.

—¿Alguna señal de vida? —pregunté.

Medea se encogió de hombros. No habíamos detectado nada, pero estaba claro por las señales irregulares e intermitentes de las pantallas que la fuerza magnética de la zona estaba interfiriendo nuestros instrumentos.

—¿Aterrizo en aquella estructura? —me preguntó.

—Quizá —le contesté—. Antes efectuemos otra pasada sobre el lado sur.

La nave viró. La capa de nubes estaba bastante baja, y unos bancos de niebla helada envolvían la superficie oscura de la isla.

Fischig se reunió con nosotros en la cabina.

—¿No dijiste que había unas instalaciones, aquí? —le pregunté.

Asintió.

—Una estación de escucha utilizada por la Fuerza de Defensa Planetaria en los primeros años tras la liberación. Ahora mismo ya lleva un par de décadas fuera de uso. Está en el punto más alto del interior. Tengo la referencia en el mapa.

—¿Qué es eso? —preguntó Medea señalando un punto entre los acantilados del sur.

Allí abajo se podían distinguir unos malecones abandonados y en ruinas, algunos muelles y unos habitáculos prefabricados alrededor de una extensión rocosa que estaba al nivel del mar. Una hilera casi vertical de postes oxidados comenzaba en la parte trasera de una de las edificaciones de mayor tamaño y subía por el precipicio.

—Ésas son las instalaciones de desembarco —respondió Fischig—. Solían utilizarse para aprovisionar la isla mientras hubo personal de la FDP estacionado aquí.

—Ha y una embarcación ahí abajo —dije—. Es bastante grande.

Miré a Medea.

—Llévanos allí a esa explanada rocosa detrás de los habitáculos. Los precipicios mantendrán fuera de la vista al cúter.

Hacía un frío espantoso, y el aire estaba lleno de humedad traída por la niebla y los rociones de las olas. Aemos y Dahault se quedaron con Medea a bordo del cúter, y el resto salimos al exterior. Me giré hacia Verveuk cuando todavía estábamos en la rampa.

—Tú también te quedarás a bordo, Bastían.

Se quedó consternado. Aquella maldita mirada ansiosa de nuevo.

—Me gustaría pensar que puedo contar con alguien para que se encargue de mantener el cúter a salvo —le mentí sin dificultad.

La expresión de su rostro cambió de forma inmediata: orgullo, autosuficiencia.

—¡Por supuesto, señor!

Cruzamos la explanada situada a los mismos pies del precipicio en dirección a los habitáculos prefabricados. Eran módulos imperiales de diseño antiguo, transportados hasta allí, donde los ensamblaron. El paso del tiempo y las condiciones atmosféricas los habían estropeado mucho. Las ventanas estaban tapadas con tablones y las paredes de madera de contrachapado estaban medio podridas y llenas de manchas. La lluvia y el agua del mar habían hecho desaparecer la mayor parte del barniz y de la pintura, pero en algunos lugares aún se podía distinguir la insignia de la FDP de Durer.

Haar y Fischig encabezaban la marcha. Haar llevaba su rifle largo láser al hombro, con su magnificador óptico bajado sobre el ojo, a la búsqueda de objetivos mientras avanzaba. Fischig llevaba su rifle láser en una mano. Sobre su hombro izquierdo llevaba una unidad de detección de movimiento, que chirriaba y chascaba mientras sometía la zona que lo

rodeaba a un intenso escrutinio con sus invisibles oleadas de ondas de detección. Rassi y yo caminábamos cerca de ellos, mientras que Alizebeth, Kara y Begundi marchaban a retaguardia.

Fischig señaló la hilera de puntales que habíamos divisado desde el aire.

—Parece un funicular o un medio de transporte similar. Llega hasta la cima del acantilado.

—¿Funciona? —Te preguntó Rassi.

—Lo dudo mucho, señor —le contestó Fischig—. Es viejo y no ha recibido ninguna clase de mantenimiento. Y no me gusta el aspecto que tienen esos cables.

Las líneas principales de izado eran unos cabos metálicos gruesos, pero se balanceaban por el viento con demasiada facilidad entre los grandes postes y parecían estar deshilachados.

—Pero hay unas escaleras —añadió Fischig—. También suben hasta arriba a lo largo de los puntales.

Cruzamos los malecones. También se encontraban en muy mal estado. Unas cadenas oxidadas chocaban y tintineaban al compás de las olas. La nave que estaba amarrada a uno de ellos era en realidad un ekranoplano de tipo oceánico de unos veinte metros de largo y pintado de gris. Los rótulos del fuselaje indicaban que era una nave de alquiler matriculado en Finyard, y lo más probable era que fuese el aparato que Thuring había contratado para llegar hasta allí.

No se veía señal alguna de la tripulación, y las escotillas estaban firmemente cerradas. Ni siquiera había indicios del funcionamiento de alguna clase de sistema automático.

—¿Quiere que fuerce alguna de las escotillas? —me preguntó Kara.

—Quizá...

Me interrumpió un grito de Haar. Estaba en la entrada del habitáculo prefabricado más cercano, un galpón de atraque que se alzaba por encima del agua sobre unas pilastras. Haar me indicó por gestos que mirara dentro cuando me acerqué hasta él. Pude distinguir en la penumbra cuatro cuerpos tirados en el paso de tablones que cruzaba un pozo seco. Fischig estaba arrodillado al lado de los cadáveres.

—Marineros locales. Todavía tienen los papeles en los bolsillos. Trabajadores registrados de Finyard.

—¿Cuánto hace que los mataron?

Fischig se encogió de hombros.
—Un día, más o menos. Todos ellos con un único disparo en la parte posterior de la cabeza.
—La tripulación de la nave que los trajo aquí.
Se puso en pie.
—Tiene sentido.
—¿Por qué no tiraron sus cuerpos al mar? —se preguntó Haar.
—Porque un ekranoplano es un vehículo para el que hace falta un piloto experto, y necesitaban que la tripulación siguiera con vida hasta que llegaron aquí —le indiqué.
—Pero si los mataron en cuanto llegaron... —empezó a decir Haar.
Ya sabía lo que iba a decir.
—Entonces es que no planean marcharse de la isla. Al menos, no del mismo modo en que han llegado.
Le ordené a Kara Swole que forzara una de las escotillas del ekranoplano. En el interior no encontramos nada de utilidad, tan sólo unas cuantas herramientas y un batiburrillo de objetos personales que pertenecían a los miembros de la tripulación asesinada. Los pasajeros se habían llevado todo lo demás con ellos.
Lo único que logramos sacar en claro era que Thuring podía tener hasta veinte hombres con él en Miquol, dada la capacidad de transporte de la nave y el número de chalecos de emergencia.
—Se han marchado al interior de la isla, y ahí es donde debemos ir nosotros —decidí.
—¿Le digo a Dea que vaya calentando los motores del cúter? —me preguntó Begundi.
—No —le respondí—. Iremos andando. Quiero estar lo más cerca que pueda de Thuring antes de que nos descubra. Podemos hacer que venga luego si es necesario.
—A Medea no le va a gustar esto, Gregor —me sugirió Bequin.
Lo sabía muy bien.

Yo estaba convencido de que Medea se merecía todas y cada una de las oportunidades para poder vengar a su padre. Puede que la venganza no sea una motivación apropiada para un inquisidor pero, por lo que a mí

respecta, está perfectamente indicada para una piloto de combate testaruda y apasionada.

Sin embargo, esa misma pasión podía convertirse en una desventaja. Quería acabar con Thuring con limpieza, y no me atraía en absoluto la perspectiva de ver a Medea convertida en una furia ciega.

Sin embargo, Bequin estaba en lo cierto, a Medea no le gustó absolutamente nada la idea.

—¡Voy a ir!

—No.

—¡Voy a ir con vosotros!

—¡No! —le dije a la vez que la agarraba de los brazos y acercaba mi cara a la suya—. No vas a hacerlo. Todavía no.

—¡Gregor! —me suplicó con voz dolida.

—¡Escúchame! Piensa en todo esto de un modo lógico...

—¿Lógico? ¡Ese cabrón mató a mi padre y...!

—¡Escúchame! No quiero que el cúter nos delate antes de tiempo, y eso implica que debe quedarse aquí. Pero también quiero que nuestra nave esté preparada para acudir un instante después de que la llamemos, ¡y eso significa que tú debes quedarte aquí! ¡Medea, eres la única capaz de pilotarla!

Se libró de mi agarrón y se dio la vuelta para quedarse mirando al rugiente mar.

—¿Medea?

—Vale. Pero quiero estar ahí cuando...

—Lo estarás. Te lo prometo.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Se dio la vuelta y se quedó mirándome fijamente. En sus ojos todavía relucía lo dolida que estaba.

—Júralo por tus secretos —me dijo.

—¿Cómo?

—Hazlo al modo glaviano. Júralo por tus secretos.

Entonces lo recordé. La costumbre glaviana. Consideraban que un juramento era más firme si se hacía poniendo como prenda los secretos más íntimos y personales. Supongo que antaño eso implicaba que un piloto glaviano debía jurar intercambiar secretos técnicos o de navegación valiosos con otro como un acto de fe y de honor. Medea ya me había

obligado a hacerlo una vez, hacía años. Me había hecho jurar que me tomaría un descanso sabático de tres meses en una época en la que yo estaba trabajando demasiado. No me había sido posible cumplir mi promesa, ya fuera por una razón o por otra, y acabé contándole que adoraba a Alizebeth y que deseaba con todo mi ser que pudiéramos estar juntos.

Aquél había sido mi secreto más profundo por aquel entonces. Cómo cambian las cosas.

—Lo juro por mis secretos —le respondí.

—Por tu secreto más importante.

—Por mi secreto más importante.

Escupió al suelo y después se lamió rápidamente la palma de la mano antes de ofrecérmela. Imité sus gestos y luego le estreché la mano.

La dejamos con Aemos, Dahault y Verveuka bordo del cúter artillado y comenzamos a subir las escaleras del risco.

Estaba lloviendo cuando llegamos arriba, y los últimos escalones estaban traicioneramente húmedos. Un viento salado nos azotaba procedente del mar, metiéndose entre los pliegues de nuestros abrigos y ropas.

Estaba preocupado por Poul Rassi. Aunque no lo parecía, era mucho más viejo que yo, un centenar de años más, y la subida lo había dejado pálido y sin aliento. Se apoyaba en su bastón mucho más que antes.

—Estoy bien —me dijo—. No te agobies.

—¿Estás seguro, Poul?

Me sonrió.

—Llevo en los tribunales y en las cámaras secretas hace ya demasiados años, Gregor. Esto es casi una aventura para mí. Había olvidado lo mucho que me gusta esto.

Rassi alzó su bastón ye hizo una floritura en el aire como si se tratara de un sable.

—¿Vamos allá? —dijo.

Nos adentramos en el interior de Miquol. Fischig tenía localizada la vieja base de la FDP en su auspex, así que nos dirigimos hacia allí.

El cielo presentaba el color blanco luminoso y vaporoso de una tela de gasa. Los jirones de niebla se quedaban pegados al suelo como paredes de humo. La lluvia no cesaba de caer. El paisaje era una mezcla de abruptos salientes rocosos verticales y de profundos valles sombríos

repletos de pedregales. Había peñascos por doquier, algunos del tamaño de cráneos, otros del tamaño de un tanque de combate. Las rocas eran oscuras, casi del color de la antracita, y a veces se veía partidas, convertidas en fragmentos de cristal de origen volcánico. Un lugar impresionante. Gris. Un mundo monocromático.

Tras dos horas caminando, pasamos al lado de una torre con las vigas corroídas por el óxido rematada por unos petalos metálicos, igualmente oxidados, y que antaño habían formado parte de la antena de transmisiones en forma de disco. Se trataba de uno de los receptores periféricos de la estación de escucha.

—Estamos cerca —dijo Fischig a la vez que consultaba su auspex—. La base de la FDP está al otro lado del siguiente cabo.

La estación de escucha 272 de la FDP se había construido muy poco después de la liberación del planeta por la recién fundada Fuerza de Defensa Planetaria como parte de un programa de vigilancia mundial. Gracias a aquella instalación, y a aproximadamente otras trescientas como ella, la FDP de Durer había sido capaz de mantener una vigilancia completa y a todas horas del tráfico orbital, de la actividad en las rutas comerciales de la zona e incluso de los movimientos más generales en la zona de disformidad del espacio, lo que le había proporcionado al planeta un sistema de alerta temprana y, en conjunto, había recogido información táctica vital de aquella zona del subsector. El sistema había permanecido en total funcionamiento a lo largo de los veinte años posteriores a la anexión del territorio, para ser posteriormente sustituido poco a poco por una sucesión de balizas de exploración profunda situadas en órbita alrededor del planeta que a su vez estaban conectadas a unas boyas repletas de sensores distribuidas por todo el sistema de Durer.

La FDP había abandonado por fin la obsoleta estación treinta años antes, agradecidos sin duda de no tener que soportar otro período de guardia en aquel gélido lugar rocoso.

La estación se alzaba en la orilla de un lago polar de forma alargada, rodeado por unas pequeñas montañas abruptas al norte. Era un lugar expuesto a las inclemencias del tiempo, azotado por los vendavales y con temperaturas muy por debajo de cero. El lago, cubierto de niebla, era un espejo liso y reluciente de aguas negras, y su superficie sólo se veía alterada de vez en cuando por una ráfaga de viento.

Había dieciocho edificios alargados en la orilla grisácea, dispuestos en una cuadrícula alrededor del edificio del generador, parecido a un tambor, un hangar lo suficientemente grande como para albergar a numerosos transportes de tropas o incluso interceptores orbitales, un grupo de graneros de almacenamiento, unos cuantos talleres, una pequeña capilla de la Eclesiarquía, un puesto de mando central con algunos módulos adyacentes saliendo como radios de una rueda y la antena de plato principal.

Todo ello había sucumbido a los feroces embates del entorno. Los módulos y los habitáculos prefabricados estaban destartalados y desvencijados, con las ventanas cubiertas por tablones de madera. Los senderos entre los distintos edificios estaban cubiertos de desechos oxidados: bidones de combustible viejos, camiones que se caían a pedazos, pilas de cierres antitormenta desconchados. La antena de plato principal, orientada hacia el oeste, ya no era más que la armazón de lo que había sido, convertida tan sólo en un hemisferio sugerido por las vigas al desnudo y los puntales que se balanceaban. Su reflejo en el espejo negro del lago semejaba el costillar blanquecino de un gigante. Sin embargo, a mí todo aquello más bien me recordaba las ruinas de un planetario ; tan sólo los restos destrozados de una bola solar central que miraba permanentemente en la última dirección hacia la que la habían enfocado.

Nos acercamos a la orilla aprovechando toda la cobertura que pudimos, y cruzamos el breve trecho que nos separaba del edificio más cercano. Todos habíamos desenfundado ya nuestras armas, a excepción de Begundi. Tanto el auspex como el detector de movimiento de Fischig indicaban señales de vida cerca de nosotros, pero eran incapaces de mostrarnos la situación exacta. Debido a la maldita interferencia magnética, estábamos advertidos, pero igualmente ciegos.

Ya no nos comunicábamos de modo verbal. Hice un gesto y envié a Haar adelante por el lado izquierdo de la calle, y a Fischig por el derecho. Me hubiera gustado poder desplegar también a Kara, pero ella estaba cumpliendo mis órdenes y se mantenía pegada a Rassi, con el arma de asalto preparada en su manos enguantadas. Rassi, que se había convertido en su sombra, con sus ropajes con ribetes de piel ondeando al viento, había sacado una pistola de varios cañones de fabricación exótica.

Bequin se mantenía apartada de mí para que su capacidad de anulación psíquica no afectara a mi mente. Para la operación en Miquol

había cambiado su indumentaria formal por un traje acolchado de armadura corporal completa y unas botas resistentes, y había añadido una capa de terciopelo bordado de color verde oscuro con una capucha. Me fijé en que también había dejado su bastón en el cúter. Llevaba desenfundado el esbelto microláser de cañón largo que le había regalado por su centésimo quincuagésimo cumpleaños. Tenía la empuñadura tachonada de perlas y era una obra maestra personalizada, una antigüedad fabricada por Magos Nwel de Gehenna.

Aquella pistola era un arma apropiada para ella. Era esbelta y elegante, y con una potencia devastadora.

Vi a Fischig, que estaba por delante de nosotros, hacerle una señal a Haar. Este se arrodilló y cubrió con su arma al hombretón ex arbites mientras cruzaba la calle para llegar a la puerta trasera del siguiente edificio. Envié a Begundi para que les sirviera de apoyo. Todavía no había sacado sus grandes pistolas de las fundas hechas a medida, y corrió en largas zancadas.

En cuanto Begundi llegó hasta donde él estaba, Fischig se deslizó silenciosamente hacia el interior del edificio. Tras un momento de espera, Begundi le siguió y entró también.

Nosotros nos quedamos a la espera.

Begundi reapareció en la puerta y nos indicó por señas que fuéramos hacia allí.

Fue todo un alivio salir de la atmósfera húmeda, aunque el viejo y apestoso barracón prefabricado, con su interior a oscuras no era mucho mejor. Entramos todos, aunque Haar y Kara se quedaron al lado de la puerta montando guardia, mientras que Begundi cubría la parte delantera.

Fischig había encontrado algo.

Fischig había encontrado a alguien.

Era un anciano. Sucio, enfermo, lleno de arrugas y de piojos. Estaba acurrucado en una esquina, y lanzaba un gemido cada vez que el foco de la lámpara de Fischig le alumbraba. Si hubiera pasado a su lado en las calles de Eriale, habría pensado que se trataba de un mendigo y no le habría prestado atención. Allí, sin embargo, era algo diferente.

—Dame la linterna —le dije.

El anciano, que parecía más un animal que una persona, retrocedió, todavía más acobardado, cuando le alumbré de lleno con la luz blanca de

la linterna. Estaba cubierto de suciedad, hambriento y completamente atemorizado.

Pero a pesar de la mugre, pude reconocer sus ropas.

—¿Padre? ¿Padre jerarca?

Gimió.

—Padre, somos amigos.

Me desenganché el emblema de la Inquisición y se lo acerqué para mostrárselo.

—Soy el inquisidor Gregor Eisenhorn, de la Ordo Xenos Helicana. Estamos aquí en misión oficial. No tenga miedo.

Me miró sin dejar de parpadear y alargó lentamente una mano cubierta de roña ennegrecida para verla mejor. Dejé que se la quedara. La miró durante un buen rato en sus manos temblorosas. Luego comenzó a sollozar.

Le indiqué a Fischig y a los demás que se alejaran y me arrodillé a su lado.

—¿Cómo se llama?

—Dro... Dronicus.

—¿Dronicus?

—Pater Hershel Dronicus, jerarca de la parroquia de Miquol, bendito sea el Dios-Emperador de la Humanidad.

—El Dios-Emperador nos protege a todos —le respondí—. ¿Puede decirme cómo ha llegado hasta aquí, padre?

—Siempre he estado aquí —me contestó—. Puede que los soldados se hayan ido, pero mientras exista una capilla aquí, hay una parroquia, y mientras haya una parroquia, debe quedar un sacerdote.

Por el Trono Dorado, aquel anciano estaba viviendo sólo allí y manteniendo la capilla desde hacía treinta años.

—¿Nunca desacralizaron el terreno?

—No, señor, y doy gracias por ello. Mi deber hacia la parroquia me ha dado tiempo para pensar.

—Más bien para volverse loco —murmuró Haar.

—¡Silencio! —exclamé por encima del hombro.

—A ver si lo entiendo —continué diciéndole a Dronicus—. Usted servía aquí como sacerdote, y cuando la FDP abandonó este lugar, ¿usted se quedó para cuidar la capilla?

—Sí, señor. Eso es lo que ha pasado.

—¿De qué vivía? —le preguntó Fischig.

Su mente detectivesca buscaba algún fallo en lo que había contado el anciano.

—De los peces —le replicó.

Por su aliento, increíblemente apestoso, me lo creí inmediatamente.

—De los peces —repitió—. Bajaba a los malecones una vez a la semana y pescaba. Ahumaba los pescados y los guardaba en el hangar. Además, los soldados dejaron muchas latas de comida. ¿Porqué? ¿Tienen hambre?

—No —respondió Fischig, que no estaba preparado para la generosidad de la oferta.

—¿Por qué se esconde aquí? —le preguntó Bequin con voz suave.

Dronicus me miró como si necesitara pedirme permiso para contestar.

—Adelante —le dije mientras asentía.

—Ellos me echaron de mi hangar —le contestó—. Eran malos. Intentaron matarme, ¡pero yo sé correr!

—Sin duda.

—¿Por qué le echaron? —quiso saber Fischig.

—Querían el hangar. Creo que lo que querían era mi pescado.

—Estoy seguro de que lo querían. Pescado ahumado, eso es muy valioso en un lugar como éste. Pero querían algo más, ¿verdad?

Asintió con una mirada triste en su rostro.

—Querían el espacio disponible.

—¿Para qué?

—Para su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Están arreglando su dios.

Miré de reojo a Fischig.

—¿Su dios? ¿Qué clase de dios es ése?

—¡El mío no, seguro! —exclamó Dronicus. Luego se quedó pensativo—. Pero desde luego, es un dios.

—¿Por qué dice eso? —le pregunté.

—Es grande. Los dioses son grandes. ¿a que sí?

—Suelen serlo.

—Ha dicho «ellos» —le dijo Rassi agachándose a mi lado—. ¿Qué quiere decir? ¿Cuántos han venido?

El tono de voz de Rassi era admirablemente tranquilizador y calmado. Pude sentir el suave empujón de la voluntad psíquica que estaba utilizando de forma cautelosa. No era de extrañar que tuviera una reputación tan grande. Casi me sentí estúpido por no haberle preguntado por una cuestión tan obvia.

—Los herreros del dios —contestó el anciano sacerdote—. No conozco sus nombres. Hay nueve. Y también otros nueve. Y los otros catorce. Y hay otros cinco.

—¿Treinta y siete? —dijo Fischig en voz baja. Dronicus torció el gesto.

—Oh, no, hay muchos más. Nueve y nueve y catorce y cinco y diez y tres y dieciséis...

Rassi me miró.

—Demencia —me susurró—. Sólo es capaz de contarlos por los grupos que ha visto. No es capaz de identificarlos como un único grupo. Tan sólo son cantidades de personas que ha visto en diferentes ocasiones.

—No soy estúpido —le espetó Dronicus.

—En ningún momento he dicho que lo fuera, padre —le contestó Rassi.

—Tampoco estoy loco.

—Por supuesto que no.

El anciano sonrió, asintió, y después, de un modo directo, nos hizo una pregunta.

—¿Tienen algo de pescado?

—¡Jefe! —susurró de repente Haar.

Me levanté rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Hay movimiento...a unos treinta metros.

Su visor centelleaba a medida que iba mostrando los datos. Se arrodilló en el umbral y colocó su rifle en posición de disparo.

—¿Qué ves?

—Problemas. Ocho hombres armados avanzando en formación abierta de infantería. Vienen hacia aquí.

—Debemos haber hecho saltar alguna clase de alarma al llegar aquí —dijo Begundi.

—No quiero un combate. Todavía no. —Miré a los demás—. Salgamos por el otro lado y reagrupémonos.

—Tenemos que llevárnoslo con nosotros —me dijo Rassi mientras señalaba al anciano sacerdote.

—De acuerdo. Vámonos.

Begundi abrió la puerta situada al otro lado del edificio y salió el primero. Bequin le siguió, y después le tocó el turno a Fischig. Rassi alargó la mano para ayudar al anciano a levantarse.

—Vamos, padre —le dijo.

Al ver la mano que se le acercaba, Dronicus lanzó un gañido de miedo.

—¡Mierda! ¡Nos han descubierto! —exclamó Haar —. ¡Vienen a por nosotros!

Unos disparos láser, brillantes y violentos, se estrellaron de repente contra la puerta y abrieron varios agujeros en la madera de contrachapado podrida.

Kara se tiró al suelo para ponerse a cubierto. Haar se mantuvo en su puesto y oí el chasquido de su rifle largo láser.

—Uno menos —dijo simplemente.

Pusimos en pie al sacerdote entre Rassi y yo y nos lo llevamos hacia la puerta trasera. El rifle largo chascó de nuevo a nuestra espalda, y se le unió el tableteo del arma de asalto de Kara Swole. Los disparos de respuesta martillearon la pared lateral del edificio y la perforaron.

—Sácalo —le dije a Rassi, y corrí hacia la puerta principal. Me quedé de pie al lado de Kara mientras ella seguía disparando, y abrí fuego. Mis proyectiles bólter atravesaron la ventana abierta. Los disparos láser cruzaron la calle y acribillaron la pared lateral del edificio. Logré atisbar unas cuantas siluetas vestidas con unos gruesos uniformes de combate de color gris que se acercaban cada vez más mientras se ponían a cubierto y sólo se detenían para vaciar los cargadores de sus rifles láser contra nosotros.

Una idea repentina, clara y veraz, atravesó mi mente. Agarré a Kara y a Haar y tiré de ellos.

—i Vámonos! —les grité.

Habíamos llegado al umbral de la puerta trasera cuando la granada destrozó la parte frontal del edificio. Toda la zona de la puerta donde había estado agazapado Haar se vino abajo entre una explosión de llamas y una lluvia de astillas de madera de contrachapado.

La onda expansiva de la explosión nos arrojó a la calle. Fischig me ayudó a levantarme.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Kara estaba sangrando por un corte en la sien producido por la metralla, y Haar estaba aturdido, pero echamos a correr arrastrándolos con nosotros por el camino embarrado que llevaba hasta la antena de disco principal.

Tres individuos vestidos con armaduras de combate aislantes aparecieron a la carrera en el camino por delante de nosotros y alzaron sus rifles láser.

Las pistolas Hecuter de Begundi estaban en sus manos antes de que nosotros pudiéramos apuntar con las armas que ya teníamos empuñadas. Disparó dos ráfagas gemelas, y los casquillos de los proyectiles salieron proyectados por las ranuras laterales de sus armas. Los tres saltaron de espaldas en el aire y cayeron despatarrados al suelo.

Begundi corrió por delante de nosotros y abatió, en cuanto aparecieron, a otros dos con sus atronadoras pistolas. De repente, se tiró de espaldas al suelo, rodó sobre sí mismo y mató a otro atacante que se asomó por uno de los tejados.

Cinco más surgieron a nuestras espaldas por la puerta trasera por la que nosotros habíamos salido.

Fischig y Kara se dieron la vuelta y comenzaron a disparar. Entre los dos mataron a tres. Bequin abatió al cuarto con un único disparo láser bien colocado entre ceja y ceja. Un proyectil de mi pistola bólter hizo saltar cinco metros hacia atrás al último que quedaba.

—¿Espina? ¿Desea Aegis? ¿Dibujo juramento? —sonó de repente en mi intercomunicador. Medea estaba siguiendo nuestras comunicaciones.

—¡Negativo! ¡Espina desea que Aegis repose bajo su ala! —le respondí en Glossia, el código de comunicación secreto e informal que compartía con todo mi personal.

—Aegis inquieto. La flor de sangre.

—Aegis reposa, por las tres encendido. Como una estatua, hasta el final de la Tierra.

—¡Gregor! ¡Déjame ir!

—¡No, Medea! ¡No!

Ya estábamos metidos en un tiroteo bastante feo. Los disparos láser y los proyectiles sólidos pasaban zumbando en todas las direcciones. Fischig

y Kara proporcionaban fuego de apoyo, mientras que Haar y Bequin escogían con mayor cuidado sus objetivos, y casi siempre acertaban. Begundi disparaba a diestro y siniestro con sus pistolas. Yo abría fuego con mayor atención y prudencia, procurando mantener al anciano sacerdote detrás de mí. La pistola con percutor de fisión de Rassi lanzaba un estampido y una lluvia de bolas de plomo contra el enemigo cada vez que apretaba el galillo. Alzaba su bastón cada pocos segundos y también enviaba una llamarada psicotérmica desde su punta de plata.

—¡Preparaos! —grité a pleno pulmón—. ¡Poul, tú sobre todo!

Asintió.

¡Salid al descubierto!, ordené utilizando mi fuerza de voluntad a la máxima potencia.

Una orden psíquica semejante hubiera hecho caer al suelo a todos los que estaban a mi alrededor, pero Haar, Begundi y Kara habían sido condicionados mentalmente mediante un riguroso entrenamiento para resistir los ataques mentales. Bequin era una intocable, y Fischig llevaba puesta una torques al cuello que le protegía.

Rassi, al que yo había advertido, alzó un bloqueo mental. El anciano sacerdote lanzó un grito, se puso en pie y se meó encima.

No fue el único en ponerse en pie. Nuestros atacantes se pusieron a la vista. Cada uno empuñaba un arma de cañón humeante, y cada uno tenía la misma expresión de desconcierto aturdido.

Begundi, Fischig y yo los abatimos en unos pocos segundos letales.

Victoria.

Por unos momentos.

De repente, Dronicus salió corriendo calle abajo y Rassi se dobló sobre sí mismo azotado por unas convulsiones. Yo también lo sentí. Una súbita sacudida en la resonancia psiónica de trasfondo. Como un doloroso resplandor de luz muy brillante.

Trastabillé hacia atrás y me estampé contra la pared del edificio más cercano. Me salió un chorro de sangre de la nariz. Begundi y Kara cayeron de rodillas. Haar se dejó caer sentado y comenzó a sollozar. Incluso Fischig, que estaba protegido por su torques, lo sintió y también trastabilló.

Alizebeth, la única que no se había visto afectada, miró a su alrededor, a todos nosotros.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa? —gritó.

Yo sabía de dónde procedía aquella oleada de descargas psíquicas. Del hangar. Me puse en pie con gran esfuerzo, justo a tiempo para ver cómo el techo del hangar se combaba y se estremecía cuando algo empezó a empujarlo desde el interior.

Algo enorme que hizo saltar por los aires todos los paneles que encontró en su camino mientras se ponía en pie.

Me di cuenta de que debía de haber estado tumbado en el suelo del hangar. En aquel momento se estaba levantando, completamente activado. Lo que habíamos sentido tan sólo era el estallido psíquico de su control neural al encenderse.

Me di cuenta con una certeza horrorizada de que Fayde Thuring iba a ser casi imposible de detener.

Había cometido un error increíble e imperdonable. Lo había subestimado, a él y a sus recursos. Ya no era el insignificante aficionado a la herejía de la disformidad que una vez dejé escapar.

Tenía en sus manos un titán, que el Emperador lo maldijera. Tenía un titán de combate.

Cuatro

Crúor Vult
Huida del gigante
Un plan extremadamente arriesgado

Se llamaba Crúor Vult. Pesaba dos mil quinientas toneladas y tenía una altura de sesenta metros. Como todos los titanes de combate de la clase Warlord, era un artefacto bípedo, con unas proporciones casi humanas. Sus inmensas piernas, acabadas en unos tremendos pies de tres dedos de metal articulado, soportaban una montura pélvica de tamaño colosal y un gigantesco torso tachonado de inmensas tuercas que albergaba sus ardientes motores atómicos. Sus amplios hombros proporcionaban espacio de sobra para las baterías de turboláseres. Los brazos del titán se elevaban saliendo por debajo de la armadura de los hombros y acababan en las armas principales del enorme artefacto: un cañón ametrallador giratorio en su puño derecho y un cañón de plasma en el izquierdo. La cabeza era comparativamente pequeña, aunque yo sabía que era perfectamente capaz de alojar a todo el personal de mando. Estaba encajada entre los hombros, lo que hacía parecer al monstruo un ser jorobado y bastante similar a un ogro.

Ya había visto titanes con anterioridad. Siempre son una visión terrorífica. Incluso los titanes de combate imperiales son algo impresionante.

Los Adeptus Mechanicus, que son quienes forjan y proporcionan el mantenimiento de aquellas máquinas de guerra en beneficio de la humanidad, las consideran dioses. Son quizás el artefacto mecánico más grande que la raza humana haya construido jamás. Disponemos de aparatos mucho más poderosos, como las naves estelares que son capaces de cruzar el vacío entre los planetas, viajar por el espacio disforme e incluso arrasar continentes enteros con sus armas, o artilugios

tecnológicamente mucho más sofisticados, como los cogitadores autónomos de núcleo fluido de última generación, pero no hemos fabricado nada tan sublime como los titanes.

Están construidos para el combate, y sólo para el combate. Han sido creados únicamente para destruir. Están equipados con el armamento más poderoso que cualquier vehículo terrestre de combate puede transportar. Tan sólo las naves de combate espaciales de la flota estelar tienen una potencia de fuego mayor. Su aspecto, su inmenso tamaño, su enorme masa, todo ello está pensado y calculado para aterrorizar y desmoralizara sus enemigos.

Y están vivos. No como tú o yo lo entenderíamos normalmente, pero existe una inteligencia en el interior de los enlaces mentales que conectan a los pilotos y a los tripulantes de los titanes a las funciones respectivas. Sólo los sacerdotes de Marte, los adeptos y los tecnomagos del Culto Mechanicus, entienden realmente esos secretos, y guardan ese conocimiento con un celo implacable.

Lo único que quizás es más aterrador que un titán de combate es un titán de combate del Caos, los infames leviatanes metálicos del archienemigo. Algunos son fabricados en las forjas y talleres del espacio disforme, con unos diseños copiados y parodiados de los originales imperiales, convirtiéndose en unas perversiones sacrilegas de los dioses-máquina de Marte. Otros, en cambio, son antiguos titanes imperiales corrompidos durante la Gran Herejía, unas legiones traidoras que llevan acechando en el Ojo del Terror desde hace diez mil años, en claro desafío a la voluntad del Emperador.

Lo cierto es que me importaba muy poco la procedencia de aquél. Parecía deformado, lleno de óxido, envuelto en alambre de espino por doquier y cubierto de cuchillas que surgían de su cuerpo como enormes espinas, lo que yo tomé en un principio como collares de cuentas amarillas que colgaban de sus hombros y de las anchas hojas cortantes eran en realidad ristras de cráneos humanos, miles de ellos. Su superficie metálica era apagada, de un color negro sucio, y estaba cubierta de runas del Caos impronunciables. Su cabeza tenía la forma de una calavera con una mueca sonriente hecha de cromo reluciente, su nombre estaba inscrito en una gran placa de bronce situada sobre su gigantesco pecho.

Dio un paso adelante. El suelo se estremeció. Los paneles rotos del tejado del hangar chirriaron y gimieron al ser arrastrados por los muslos

bamboleantes. Atravesó la pared del hangar como si fuera un hombre que simplemente atravesara un arroyo. La parte frontal del edificio saltó por los aires y sus pedazos cayeron al suelo con un tremendo estampido cuando el titán chocó contra ella.

Y entonces aulló.

Unas grandes bocinas situadas a ambos lados del cráneo lanzaron el rugido de guerra enloquecido del monstruo. El sonido era tan dolorosamente fuerte y elevado, tan profundo en la escala infrasónica, que provocó instantáneamente por reflejo nuestros miedos y pánicos más primitivos. La tierra se estremeció todavía más de lo que lo había hecho bajo el peso de sus pisadas.

Se dirigía hacia nosotros. Ya había salido por completo del hangar y pude distinguir la larga cola segmentada que arrastraba moviendo de un lado a otro tras de sí.

¡Moveos!, les grité mentalmente a mis compañeros utilizando mi poder psíquico con la esperanza de hacerles salir de su estupor y provocar alguna especie de respuesta racional. La roca bajo nuestros pies vibraba cada pocos segundos, en cuanto daba otro paso.

Empezamos a correr por las calles de la estación abandonada procurando mantener siempre algún edificio entre nosotros y aquello. Una de nuestras ventajas era nuestro tamaño. Podíamos esquivarlo si nos manteníamos ocultos.

Con un chirrido metálico de junturas mal lubricadas, la cabeza y la cintura del titán dieron lentamente la vuelta para encararse en nuestra dirección, y luego giró pesadamente para dirigirse hacia donde estábamos. Atravesó directamente uno de los edificios y lo destrozó como si estuviera construido con cerillas.

—¡Sabe dónde estamos! —gritó Rassi, desesperado.

—¿Cómo es posible? —gimió Haar.

Sensores de tipo militar. Auspex de gran potencia. Aparatos tan poderosos que podían superar las distorsiones magnéticas causadas por la zona donde estaba la isla. Aquella bestia había sido creada para combatir en lugares increíblemente inhóspitos, para resistir los venenos, las radiaciones, el vacío estelar, los bombardeos. Tenía que ser capaz de ver, oír, oler y localizara su enemigo en mitad del mismísimo infierno. El fuerte magnetismo local que casi inutilizaba a nuestros aparatos no era nada para él.

—Es tan... grande... —tartamudeó Bequin.

Otro estampido. Otro edificio pateado y convertido en astillas. Un chirrido de metal torturado cuando un camión de transporte de tropas abandonado fue aplastado por uno de sus pies.

Dimos la vuelta y echamos a correr casi en la dirección contraria. Pasamos al sur de la capilla y del edificio del centro de mando. Y de nuevo, con otro chirrido de junturas medio oxidadas, se dio la vuelta y retomó su persecución inexorable.

Sentí un espasmo, un impulso a nivel psíquico. Estaba percibiendo los vaivenes y las transmisiones de sus conexiones neuronales.

—¡Al suelo! —grité.

El cañón ametrallador giratorio abrió fuego. El sonido fue un largo zumbido ruidoso. Un enorme cono de gases incandescentes parpadeó al surgir de las distintas bocachas del cañón.

Una tormenta de destrucción cayó a nuestro alrededor. Cientos de proyectiles de alto poder explosivo acribillaron la calle, destrozando las fachadas de los edificios y convirtiéndolos en pulpa. Un vendaval de llamaradas recorrió la calle donde nos encontrábamos. Millones de trozos y restos cayeron por doquier. El hedor a ficelina era asfixiante.

Me puse en pie en mitad de una ventisca de ceniza y chispas danzantes. Todos estábamos vivos todavía, aunque completamente aturdidos por la fuerza de las explosiones, o bien los sistemas de puntería del titán estaban desconectados, o los tripulantes todavía se estaban acostumbrando a utilizarlos. Puede que los sensores fueran capaces de detectar nuestros movimientos, pero el titán tenía que poder localizarnos con exactitud. Quizá sólo podía sentir nuestra presencia de un modo muy general.

—¡No podemos luchar contra eso! —exclamó Fischig.

Estaba en lo cierto. No podíamos. No teníamos nada. Aquello estaba tan decantado a favor de uno de los bandos que ni siquiera era trágico. Pero tampoco podíamos huir. En cuanto abandonáramos la cobertura de los edificios de la estación de escucha, estaríamos al descubierto y seríamos objetivos fáciles.

—¿Llamamos al cúter artillado? —barbotó Alizebeth.

—No...no —le contesté—. Ni siquiera el cúter dispone de potencia de fuego suficiente. Puede que le hiciera algunas abolladuras, pero no tendría

ninguna oportunidad de sobrevivir. Eso lo borraría del cielo antes de que ni siquiera le diera tiempo a acercarse.

—Pero...

—¡No! ¡No es una opción viable!

—¿Entonces, qué lo es? —quiso saber—. ¿Morir? ¿Es ésa una opción?

Echamos a correr de nuevo alejándonos de la zona en llamas devastada. El cañón ametrallador abrió fuego de nuevo con un rugido atronador y espantoso. Un edificio y parte del centro de mando situados a nuestra derecha se desintegraron en un estallido volcánico de fuego y restos que salieron esparcidos por el aire. Había columnas de fuego por todos lados que lanzaban destellos amarillos y anaranjados en la penumbra gris.

Begundi nos llevó hasta un callejón lateral situado entre los extremos de dos edificios. Fischig y Kara Swole llevaban prácticamente en volandas al agotado Rassi. Nos agazapamos en las sombras de una pared lateral medio podrida.

Al escondernos perdimos de vista al titán. Todo quedó en silencio, que sólo se vio interrumpido por el crepitar de la madera contrachapada en llamas y por el chasquido de las estructuras prefabricadas al derrumbarse poco a poco.

Pero yo podía sentirlo. Podía sentir su mente inhumana exudando maldad a través de las ondas armónicas más profundas del espectro psíquico. Estaba al norte de nosotros, al otro lado de la capilla y los graneros de almacenamiento, esperando, a la escucha.

Un golpe hizo vibrar el suelo. Se había puesto en marcha de nuevo. El ritmo de los pasos aumentó en velocidad a medida que corría más y más deprisa hasta que el suelo no tuvo tiempo de dejar de temblar entre cada pisada. Los guijarros saltaban en el suelo y los cristales se caían de las ventanas rotas en los edificios cercanos.

—¡Vámonos! —exclamó Fischig.

Se levantó y se puso a correr hacia el este por la calle principal. Los otros comenzaron a seguirle.

—¡Fischig! ¡Por ahí no!

Me puse en pie de un salto y lo agarré en mitad de la calle. Se oyó un crujido de metal llevado al límite y el propio titán apareció ante nuestra

vista, al otro extremo de la calle, girando su cuerpo para encararse hacia nosotros.

Fischig se quedó inmóvil, paralizado por el terror. Tiré de él y nos lanzamos de cabeza detrás de los restos oxidados de un viejo transporte de tropas de la FDP.

Los disparos del cañón ametrallador acribillaron la calle y levantaron hileras de impactos que agujerearon el suelo pedregoso, demolieron el lateral de uno de los graneros y llenaron el aire de llamas grasientas, humo y roca pulverizada.

Un vendaval de disparos atravesó limpiamente la carcasa del transporte de tropas partiendo el debilitado blindaje en varios trozos y lanzando metralla oxidada en todas las direcciones. La fuerza de los impactos llegó a levantar en el aire el voluminoso y humeante vehículo y a hacerlo girar sobre sí mismo, de un extremo a otro. Arrastré a Fischig hasta situarnos detrás de otro edificio y de ese modo evité que aquella tambaleante masa metálica nos aplastara. El transporte de tropas acabó estampándose contra un lateral del edificio prefabricado, incrustándose contra los paneles que formaban la pared.

Las pisadas estremecedoras comenzaron de nuevo. El titán estaba subiendo calle arriba. Miré a Fischig. Estaba pálido y aturdido. Un pedazo de metralla de forma irregular se le había clavado en el hombro izquierdo. Lo habría decapitado si no hubiese sido por el aparato detector de movimiento que llevaba sujeto allí. Al final, el detector quedó convertido en un trozo de metal humeante y la sangre asomaba por los bordes del fragmento metálico que sobresalía de su trapecio.

—Santo Trono —murmuró.

Le pasé el brazo por el hombro y lo puse en pie. Miré al otro lado de la calle. Begundi y Swole habían logrado que todo el mundo se pusiera a cubierto de nuevo antes de la tremenda descarga del arma. Pude distinguirlos a través del humo, agazapados en las sombras.

Levanté la mano que tenía libre y les indiqué por gestos que estábamos todo lo bien que era posible. Quería que retrocedieran y se reagruparan. Tendríamos que separarnos. No había forma alguna de que pudiéramos cruzar la calle completamente al descubierto para pasar a ninguno de los dos lados.

Fischig y yo nos marchamos a trompicones en la dirección opuesta y llegamos a un canal de desagüe situado detrás de una hilera de edificios,

donde un arroyo cruzaba la estación de escucha hasta desembocar en el lago. Lo cruzamos utilizando un pequeño puente de cables y después nos pusimos a cubierto al otro lado de un taller.

—¿Dónde está? —me preguntó Fischig con un jadeo.

Eché un vistazo. Pude ver a la enorme máquina alzándose por encima de los edificios prefabricados, a unos doscientos metros a nuestra espalda, envuelta en el humo negro que surgía del lugar que había acribillado momentos antes. Había llegado hasta donde se encontraba el viejo transporte de tropas y se había quedado allí de pie. La gigantesca máquina de guerra tenía todo el aspecto de estar olfateando el aire.

Se giró de repente, llenando el aire con el chirrido de los engranajes y los chasquidos de las junturas. Atravesó otro edificio en cuanto se puso en marcha en nuestra dirección.

—Viene hacia aquí —le dije a Fischig.

Empezamos a correr de nuevo cruzando la pista de estacionamiento de rococemento liso del taller. La pista daba a una calle que bajaba suavemente hacia el centro de mando.

Fischig corría con mucha más lentitud. Nos estaba alcanzando.

Oímos un rugido estruendoso y distante que resonó por todo el valle del lago. Una bola de fuego se alzó en el aire desde el extremo más occidental de la estación de escucha.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Fischig con un gruñido de dolor.

Estaba claro que el titán también quería saberlo. Cambió de dirección y se dirigió a grandes zancadas hacia el punto donde se había producido aquella explosión inesperada ignorando los daños que estaba provocando a su paso.

—Eso —dijo una voz a nuestras espaldas— es la mejor maniobra de distracción que he podido montar.

Nos dimos la vuelta, y allí estaba Harlon Nayl.

Nayl era un buen amigo y un miembro respetado de mi equipo. No había visto al viejo cazador de recompensas desde que se marchó con el grupo de Fischig para efectuar la auditoría. Era un individuo de gran tamaño, vestido como siempre con una armadura de combate corporal

ajustada y negra. Parecía un bruto descerebrado con su cráneo afeitado y reluciente y su rostro ajado por el tiempo, pero sus movimientos mostraban una gracia y una agilidad que, sumados a la nobleza que le proporcionaba su altura, siempre me hacían recordara Vownus, el héroe solitario de la alegoría en verso épico de Catuldynus, La colmena antaño pura.

Llevaba un detonador de activado a distancia en la mano.

Seguimos a Nayl hasta ponernos a cubierto en uno de los graneros de almacenamiento, donde el cazador de recompensas empezó inmediatamente a curar y a vendar la herida de Fischig. El titán de combate todavía seguía merodeando por la zona al oeste de la estación de escucha, investigando el origen de la misteriosa explosión.

—Intenté ponerme en contacto con vosotros por el comunicador, pero todos los canales están inutilizados —nos dijo Nayl.

—El campo magnético —le expliqué—. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde el amanecer. Alquilé un aerodeslizador gravitatorio para seguir a Thuring. Está escondido en las colinas situadas al otro lado del lago.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Fischig, quien mostró un gesto de dolor cuando Nayl le roció la herida con antiséptico.

—¿Quieres decir aparte de lo obvio?

—Sí —le respondió.

—Thuring tiene un importante apoyo. Le han proporcionado mucho dinero. Quizá se trata de un culto local que desconocemos, aunque lo más probable es que se trate de una cábala con base fuera del planeta. Dispone de recursos humanos, de equipo, de herramientas. Cuando llegué, eché un vistazo y vi lo que había en el hangar... Puedo asegurarte que eso me dejó sin respiración. Después tomé «prestado» uno de los hombres de Thuring y le hice algunas preguntas.

—¿Conseguiste alguna respuesta?

—Pocas. El tipo estaba... entrenado para resistir.

Sabía que las técnicas de interrogatorio de Nayl eran bastante básicas.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Unos diez minutos.

—Y te contó que...

—Thuring sabía desde hacía ya algún tiempo que el titán estaba aquí. Probablemente la información se la dieron los que le apoyaban. Al

parecer, nadie sabía que el archienemigo utilizó Miquol como una base de titanes durante la ocupación. La maldita FDP permaneció acantonada en este lugar durante años y jamás se dio cuenta de que estaba oculta justo ahí, en las montañas.

Asomé la cabeza por el hueco de la puerta del granero. El titán había regresado y se dirigía de nuevo hacia nosotros. Podía sentir su feroz rabia psíquica y la tierra temblando bajo sus pies.

—¡Harlon!

Se puso en pie de un salto y se reunió conmigo.

—Mierda —exclamó con un siseo al ver al titán.

Sacó otra vez el detonador, escogió un nuevo canal y apretó el botón.

Se produjo otro destello, un sonido rugiente, y una nueva bola de fuego apareció, esa vez en la orilla occidental del lago. El titán se giró de forma inmediata y se dirigió con fuertes pisadas hacia aquella explosión.

—No va a picar muchas veces más —dijo Nayl.

—Así que había un titán... ese maldito cacharro... ¿abandonado y durmiente en las montañas?

—Ese sería el resumen de la situación. Quedó atrás durante la retirada en masa, y los libertadores imperiales nunca lo encontraron. Estaba sellado en el interior de una caverna protegida... junto a otros dos más.

—¿Tres titanes? —exclamó Fischig.

—Han tardado todo este tiempo en poner en funcionamiento tan sólo uno de ellos —dijo Nayl—. Thuring está a bordo de éste, al mando él en persona. Está encantado con su nuevo juguetito, aunque todavía no se halla a pleno rendimiento. Os habréis fijado en que sólo utiliza su arma de munición sólida. No creo que sus reactores estén generando la energía suficiente para alimentar las baterías de las demás armas.

—Que suerte tenemos —le comenté.

—Lo que no puedo decirte es por qué Thuring ha reparado un monstruo como ése.

Pensé que podrían existir muchas razones para ello. Podía haberlo hecho a instancias de los ricos patrocinadores que le apoyaban, lo que era lo más probable. Quizá pretendía vendérselo al mejor postor. Había grupos de sectarios en el subsector ofidiano a los que les encantaría disponer de un poder semejante. Era incluso posible que estuviese al servicio de poderes superiores, a lo mejor para las propias legiones del archienemigo.

O podía estar haciéndolo en su propio beneficio. Aquella idea me heló el corazón. Thuring era un elemento mucho más importante de lo que yo había creído. Quizá tenía planes propios, y con un titán de combate a su servicio, esos planes podían ser muy sangrientos. Podía mantener cautivas ciudades enteras, en Durer o en cualquier otro lugar. Podía arrasar las poblaciones, matar a millones de personas, sobre todo en cuanto las turbinas de los generadores de Crúor Vult estuviesen a plena potencia.

Fuese cual fuese la verdad, el trágico destino de la tripulación del ekranoplano era una indicación de que no pensaba abandonar la isla del mismo modo en que había llegado. Un transporte pesado era perfectamente capaz de aterrizar en aquel lugar, recoger al titán y marcharse antes de que las escasas y patéticas fuerzas de intervención de Durer lograran actuar. Thuring tenía planeado marcharse con el titán. Estaba completamente seguro de que aquello iba a ocurrir. No importaba su destino después de aquello. El resultado sería el derramamiento de sangre imperial. Teníamos que detenerlo.

Lo que me llevó de vuelta al problema original.

¿Cómo demonios íbamos a combatir contra aquello?

Pensé frenéticamente en todas las herramientas de las que disponíamos mientras el titán regresaba de la segunda explosión. Era difícil concentrarse, porque el veloz intercambio de información de las conexiones neurales del titán interfería con mi mente. Supongo que aquello fue lo que me proporcionó la idea. Una idea desesperada.

Alargué la mano para activar mi intercomunicador, pero me detuve. El monstruo podía detectar nuestras transmisiones sin ningún esfuerzo. En vez de eso, intenté alcanzar con mi mente a Rassi.

—¿Nayl? ¿Cuál es la estructura más resistente de todo el lugar? —le pregunté.

—La capilla —me contestó—. Está construida con piedra reforzada.

Abrí mi mente por completo.

Espina envuelve a parientes, dentro de un sello, el lugar de adoración.

Si Rassi podía sentirme, no entendería el Glossia, pero supuse que tendría el sentido común de consultar con los demás lo que significaba aquello.

Tras una larga pausa, llegó la respuesta.

Parientes van a Espina, en adoración sellada, abrupto.

—¡Vámonos! —les dije a Nayl y a Fischig.

Llegamos a la capilla los primeros. El temible titán había empezado a dirigirse hacia nosotros para entonces, pero Nayl hizo explotar el último de sus señuelos e hizo que se alejara hacia el este.

Entramos a tropezones en la vieja iglesia. Estaba casi vacía de todo mobiliario y cubierta por todos lados de un moho negro resbaladizo. Sólo quedaban unos cuantos bancos de madera que se combaban al estar casi podridos. El águila de doble cabeza del altar estaba tirada en el suelo. Me fije en que sus alas melladas estaban pulidas y relucientes. Dronicus había cuidado aquel lugar hasta que llegaron los hombres de Thuring y destrozaron su capilla conservada de un modo diligente. Aquello fue algo que me partió el corazón.

Me incline ante el altar y realicé el signo del águila sobre mi pecho con ambas manos.

Los demás llegaron apresuradamente, con las armas desenfundadas, y cerraron la puerta en cuanto hubieron entrado: Bequin, Haar, Begundi, Swole y Rassi.

Rassi jadeaba profundamente. Bequin estaba pálida. Tanto Haar como Swole mostraban cortes y golpes de impactos demasiado cercanos.

—¿Tienes un plan? —me preguntó Rassi de modo casi inmediato.

Asentí.

—Es un plan extremadamente arriesgado, pero no se me ocurre otra cosa.

—Cuéntanoslo —dijo Fischig.

No pretendo, como ya he dicho, poseer un conocimiento específico sobre el funcionamiento de un titán de combate. Ningún hombre posee conocimiento semejante, a menos que sea un sacerdote de Marte o, como Thuring, sea el poseedor de una ciencia prohibida. Aemos probablemente sabía una o dos cosas al respecto. Yo sabía con certeza que había visto de primera mano unidades de impulso mental del Adeptus Mecanicus, ya que me lo había contado mucho tiempo atrás, en la cámara de los criogeneradores de la bóveda-tumba de Procesional Dos en Hubris.

Pero no estaba a mi lado en aquella capilla helada y saqueada, ni era posible mantener una conversación en condiciones con él.

Sin embargo, yo sabía lo suficiente para comprender que el funcionamiento de un titán dependía de la conexión entre el hombre y la máquina, entre el cerebro humano y la conciencia mecánica. Aquello se

lograba, de un modo milagroso, mediante la interconexión psíquica de la unidad de impulso mental.

Lo que significaba, en términos muy simples, que la raíz de nuestro problema era básicamente psíquica. Si pudiéramos interrumpir, o mejor incluso, destruir, la conexión mental...

—Esté báculo rúnico fue creado para mí por Magos Geard Bure del Adeptus Mechanicus —le dije a Rassi dejándole sopesar el arma.

Era una larga asta de acero rúnico con la pieza de la punta tallada en forma de corona de estrella y fabricada con electrum. El centro de la pieza era un cráneo humano, una réplica exacta del mío, marcado con el decimotercer signo del castigo, y que había sido tallado a partir de una geoda hiperdensa de un mineral psicoempático llamado lith que Bure había descubierto en Cinchare. Se trataba de un amplificador psíquico de un poder devastador.

—Lo utilizaremos para incrementar la energía de nuestras mentes combinadas. Para abrirnos paso hasta la conciencia de la máquina.

—Muy bien. ¿Y después? Miré a Alizebeth.

—Después Bequin agarra el bastón rúnico y lanza su vacuidad de intocable en el mismo corazón de la bestia.

—¿Funcionará? —me preguntó Kara Swole. Se produjo un largo silencio.

Bequin me miró a mí primero y luego a Rassi.

—No lo sé. ¿Funcionará?

—Yo tampoco lo sé —le contesté—. Pero creo que es la mejor oportunidad que tenemos.

Rassi respiró profundamente.

—Que así sea. No veo ninguna otra esperanza, ni siquiera remotamente. Vamos a hacerlo.

Poul Rassi y yo agarramos el bastón rúnico entre los dos, con las manos rodeando la larga asta del arma.

Cerró los ojos.

Intenté relajarme, pero las barreras instintivas de autoprotección que existen en todas las mentes me impidieron abrirme. No quería meterme en el interior de aquella cosa. Incluso desde lejos apestaba a poder corrupto. Hedía a disformidad.

—Vamos, Gregor —me susurró Rassi.

Me concentré. Cerré los ojos. Sabía que el titán estaba cada vez más cerca porque podía sentir el suelo de la capilla estremecerse.

Intenté dejarme ir.

Era como estar agarrado a un asidero valiosísimo cuando estás colgando encima de un pozo lleno de líquido corrosivo. No podía soportar la idea de entregarme y caer hacia aquello. Lo que me esperaba abajo era el horror cósmico, una masa burbujeante de podredumbre y veneno que disolvería mi mente, mi cordura, mi alma.

El Caos me llamaba, y yo estaba intentando encontrar el valor para saltar hacia sus brazos.

Pude sentir el sudor que me corría por la frente. Pude sentir el olor a podrido de la capilla medio abandonada. Pude sentir el acero en mis manos.

Me dejé ir.

Fue mucho peor que cualquier cosa que pude haberme imaginado.

Ahogando. Me estaba ahogando, boca abajo, en un fluido negro y viscoso. La sustancia fétida y pegajosa me iba llenando las ventanas de la nariz y los oídos, intentaba meterse en mi boca como si fuese melaza. No había ni arriba ni abajo, no había mundo.

Tan sólo existía una oscuridad viscosa y el inolvidable olor de la disformidad.

Una mano me agarró por la chaqueta y me levantó. Aire. Resoplé y recuperé el aliento, para luego vomitar largos hilachos de flema manchada de negro por el fluido viscoso.

—¡Gregor! ¡Gregor!

Era Rassi. Estaba a mi lado, metido hasta las rodillas en el barro de la disformidad. Dios-Emperador, su mente era fuerte. Habría muerto si no hubiese sido por él.

Tenía un aspecto cansado y debilitado. Unas pústulas producidas por la disformidad habían aparecido en su rostro y casi le cubrían el cuello. Unos moscardones revoloteaban alrededor de nosotros, y su zumbido incesante resonaba en nuestros oídos.

—Vamos —me dijo—. Ya hemos logrado llegar hasta aquí.

Sus palabras salieron de forma fragmentada porque se vio obligado a escupir una y otra vez los insectos que se agrupaban alrededor de sus labios resecos.

Miré a mi alrededor. El mar de viscosidad negra se perdía en el infinito. El cielo sobre nuestras cabezas era de un negro profundo, pero me di cuenta de que las nubes eran enjambres increíblemente inmensos de moscas que impedían el paso de la luz.

Unos resplandores distantes se reflejaban sobre la superficie del cieno.

Estábamos en la parte externa de la conexión mental del titán del Caos.

Nos esforzamos por avanzar rodeados por oleadas de fluido ectoplásmico, apoyándonos el uno en el otro. Rassi estaba gimiendo. Su yo psíquico no se había llevado ningún bastón sobre el que apoyarse.

Las llamas iluminaban el horizonte y el mar de fango seguía bamboleándose de forma nauseabunda. No me había encontrado con un paisaje mental tan abominable desde que tuve mis primeros sueños sobre Cherubael, años atrás.

Cherubael.

Tan sólo pensar en él provocó que los moscardones se abalanzaran sobre mí. El fango también reaccionó, burbujeando y saltando en el aire alrededor de mis rodillas. Sentí un ansia imperiosa, aguda, que llenó el aire contaminado que me rodeaba.

Cherubael. Cherubael.

—¡Para! —gimió Rassi.

—¿Que pare qué?

—De pensar en lo que sea que estés pensando, para ya. Todo lo que nos rodea reacciona ante ello.

—Lo siento...

Suprimí cualquier pensamiento sobre Cherubael utilizando hasta la última pizca de mi voluntad. Los temblores cesaron.

—Por el Trono, Gregor. No sé qué es lo que tienes en la cabeza, y no quiero saberlo... —me dijo Rassi—. Pero... te compadezco.

Seguimos avanzando con esfuerzo. Primero resbalaba uno, luego el otro, después uno hacía que se cayera el otro... El profundo cieno nos lamía, hambriento.

Una fuente de energía palpitaba miles de kilómetros por delante de nosotros. Pude distinguir a duras penas la silueta de una persona. Pero no era una persona. Se trataba de Crúor Vult. «La sangre lo quiere», sería la

traducción más sencilla al bajo gótico. El titán se mantenía allí de pie, distante, el amo de todo aquel reino psíquico.

Unas formas demoníacas flotaban a nuestro alrededor. Sus rostros espectrales y aullantes eran una locura difícil de soportar. Parecían leves columnas de humo, suaves sombras en una pared. Nos gruñían.

Avanzamos otros cien metros y unas imágenes comenzaron a aparecer y desaparecer de forma súbita en mi mente. Estábamos llegando a los límites exteriores de la esfera de memoria del titán.

¡Qué clase de cosas vi!

Que el Dios-Emperador tenga piedad de mí, la clase de cosas que vi en aquellos momentos.

Me quedé de pie al borde y miré al abismo de los recuerdos del titán. Vi ciudades enteras devoradas por las llamas. Vi legiones enteras de la Guardia Imperial morir incineradas. Vi morir a Marines Espaciales a centenares mientras correteaban a mis pies como hormigas.

Vi planetas estallar en colosales incendios y quemarse hasta convertirse en cenizas. Vi a titanes imperiales, orgullosos señores de la guerra, estallar en mil pedazos y desaparecer bajo los disparos de mis armas.

Vi las puertas del Palacio Imperial de Terra a través de una tormenta de fuego. Vi el pasado a lo largo de muchos miles de años.

Vi a Horus el despreciable, aullando de rabia. Vi a toda la Herejía ocurrir ante mis ojos.

Vi la Era de los Conflictos, y fui testigo de la Epoca Oscura de la Tecnología que la precedió.

Caí, desplomándome a través de la historia, a través de toda la memoria de Crúor Vult.

Vi demasiado. Comencé a gritar.

Rassi me abofeteó con fuerza en la cara.

—¡Gregor! ¡Contrólate, ya casi hemos llegado!

Estábamos en el corazón de todo aquello, frágiles como susurros. Nos encontrábamos en el puente del titán, viendo los espectros múltiples y superpuestos de los hombres que habían estado al mando, todos sentados en el trono del princeps.

Los demonios se agazapaban sobre mi espalda, se retorcían sobre mis hombros, me mordisqueaban las orejas y las mejillas.

Vi horror. Un horror absoluto.

Rassi, que estaba a mi lado, alargó la mano y tocó la unidad de impulsos mentales que se encontraba en el suelo del puente de mando.

—Creo que es el momento... —me dijo.

—¡Alizebeth! —grité con todas mis fuerzas.

Bequin, en la hedionda capilla, se abalanzó sobre el bastón rúnico y casi nos lo arrebató a los dos inquisidores que lo teníamos agarrado, y que temblábamos por el poder, la tensión y el terror que sentíamos, con los ojos vueltos sobre sí mismos de tal modo que sólo se nos veía el blanco.

Empuñó con fuerza el bastón rúnico, concentró su poder de intocable y...

Cinc o

Mi plan falla
Maldito sea Verveuk
Lo impensable

Ella murió.

No de modo inmediato, por supuesto. La descarga de respuesta de la terrible conciencia viva del titán la alcanzó de lleno y superó su cualidad de intocable por pura superioridad de su potencia bruta, rompiéndole la mente.

Un tremendo latigazo eléctrico recorrió el asta de mi bastón rúnico, arrojándonos a Rassi y a mí a un lado y lanzando a Bequin al otro extremo de la capilla. Las marcas de las quemaduras todavía son visibles en el acero incorruptible: las huellas digitales perfectamente grabadas de Poul Rassi, Gregor Eisenhorn y Alizebeth Bequin.

Nayl me contó más tarde que la fuerza de retroceso psíquica nos lanzó a Rassi y a mí a cada lado del bastón como si fuéramos muñecos, que el impacto principal iba dirigido contra Bequin. Salió despedida por los aires y voló una docena de metros, con la capa ondeando, estampándose contra la pared trasera de la capilla con un sonido que Nayl sabía que no podía ser otra cosa que el de los huesos al romperse.

Nayl corrió hacia ella gritando su nombre. Fischig también se acercó hasta Alizebeth. Rassi y yo nos quedamos tirados en el suelo, sollozando y jadeando. El bastón rúnico cayó entre nosotros con un chasquido metálico, humeante.

Mi plan había fracasado por completo y de un modo terrible. Me levanté gracias a la ayuda de Haar y de Swole, con la nariz goteando sangre. No tenía muy claro dónde me encontraba.

Las imágenes de la Era de los Conflictos seguían acosando mi mente.

—¿Rassi? —logré articular por fin.

—¡Está vivo! —me dijo Begundi, que se había arrodillado al lado del inquisidor tendido en el suelo—. Pero está débil...

—¿Alizebeth? —pregunté en voz baja mientras me giraba hacia el lugar donde estaba tumbada.

Fischig y Nayl estaban inclinados sobre ella. Nayl me miró y negó con la cabeza.

—No... —dije empujando a Kara Swolea un lado mientras daba unos pasos hacia la figura yaciente.

Alizebeth no. Ella no, después de todos aquellos años.

—Está malherida, jefe —me dijo Nayl—. Intentaré ponerla cómoda, pero...

Los pasos de Crúor Vult resonaron en el exterior.

Trastabillé hacia Bequin. Parecía estar tan inmóvil. Tan rota.

—Oh, buen Emperador, no, por favor, no...

—Inquisidor... —empez óa decir Haar—. Estamos muertos, ¿verdad? ¿A que sí?

Me di cuenta poco a poco de que el titán estaba allí afuera.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó Begundi a gritos.

No tenía ni idea. Tan sólo era consciente de lo que hacía de un modo parcial. Tenía empuñada a Barbarizadora en mi mano y corría hacia la puerta. Creo que pensaba salir y enfrentarme al titán con mi espada. Hasta ese punto había enloquecido.

Un hombre con una espada, dispuesto a enfrentarse cara a cara con un titán de combate.

Sin embargo, antes de que pudiera llegar a la puerta, oí el rugido de unos reactores y el tableteo de un cañón automático.

No tuve que mirar al exterior para saber que se trataba de mi cúter artillado. Maldita Medea.

—¡Espina a Aegis, el resentimiento de la justicia! ¡Asegura! ¡Asegura!

—¡Espina necesita a Aegis, las sombras de la Eternidad, sendero cuchilla delfus! ¡Dibujo marfil!

—¡Espina lo niega! ¡La cobertura de la quietud! ¡Asegura!

—Aegis responde ante Vervcuk. El asunto, zanjado.

—¡No! —aullé — ¡Noooooo!

La respuesta de Medea me había indicado que ella estaba cumpliendo las órdenes que le había dado Bastían Verveuk. Él le había ordenado que

alzara el vuelo. Le había ordenado que atacara al titán.

Creo sinceramente que él pensaba que me estaba ayudando. Que estaba haciéndolo bien.

Maldito Verveuk. Maldito fuera cien veces.

Salí corriendo justo a tiempo para ver la majestuosa figura de ave de presa de mi cúter artillado sobrevolara baja altura la estación de escucha de la FDP mientras disparaba con todas sus armas contra el titán, que se estaba dando la vuelta lentamente. Las ráfagas de proyectiles de gran calibre simplemente rebotaban en el grueso blindaje del gigante.

Crúor Vult se dio la vuelta con un chirrido de metal contra metal, alzó su puño derecho y disparó. El resplandor cónico de los gases de combustión de los proyectiles que salían por las bocachas, de un rojo blanco incandescente, parpadeó y retembló alrededor del arma.

El cúter se estremeció y saltó a un lado cuando fue impactado por los primeros proyectiles. Intentó evadirse del fuego enemigo, pero el aire estaba saturado de munición de gran calibre.

La tremenda salva despanzurró la parte baja de mi querido cúter artillado y arrancó uno de los alerones de cola. El cúter viró y se alejó lanzando llamas y humo mientras seguían desprendiéndose trozos del fuselaje destrozado. Intentó tomar altura.

Los motores principales se apagaron.

El cúter se inclinó de forma violenta dejando un grueso rastro de humo en el aire a su paso, chocó con uno de los montantes de un ala contra una antigua antena de disco oxidada, y cayó. Se estrelló contra la orilla del lago, enterrándose en la arena y los guijarros de la playa y dejando un surco humeante de unos treinta metros de largo a su espalda.

Avancé a trompicones intentando ver lo que pasaba, pero los edificios me tapaban casi por completo la vista del cúter abatido. Estaba en llamas, de eso podía estar seguro. Crúor Vult comenzó a andar sin prisas hacia la playa.

En mi cabeza se formó se repente la imagen de un cazador que se aproxima hacia su presa herida, preparándose para efectuar un último y letal disparo a quemarropa.

Pude distinguir el reflejo de los guijarros mojados con el agua helada en la orilla del lago. El titán se alejaba de mí aplastando el suelo, y sus enormes patas dejaban unas improntas perfectas de guijarros pulverizados a su paso. El cúter estaba medio volcado sobre uno de sus costados, y ya

no era más que unos restos retorcidos y partidos, empotrados en el pedregal y en el frío y endurecido barro de la orilla. Unas columnas surgían de su interior, y unas estelas de vapor se alzaban en los puntos donde el agua del lago entraba en contacto con los restos llameantes.

Se oyó un pequeño, casi ridículo, estampido, y una de las compuertas de salida saltó despedida del costado del cúter, arrancada por pernos explosivos. Una figura humana, con evidentes señales de estar herida, cayó desde la escotilla y empezó a subir trabajosamente por la pedregosa ribera.

Parecía Verveuk.

El titán estaba tan sólo a unos cincuenta metros de la nave estrellada, y sus patas levantaban surtidores de agua en las poco profundas aguas de la orilla.

Me di cuenta de que había alguien a mi lado. Era Haar, que tenía al hombro su rifle láser largo y apuntaba contra el titán, en un gesto de desafío tan valiente que impedía ver su profunda inutilidad. Kara Swole estaba cerca de él, y acompañaba llena de nerviosismo a Rassi, que había salido a duras penas para reunirse conmigo. Tenía un aspecto medio moribundo después de todo por lo que había pasado en la conexión mental: los ojos hundidos en una mirada turbia, los labios apretados y exangües.

Me pregunté qué aspecto tendría yo mismo.

Begundi salió detrás de ellos. Había enfundado de nuevo sus pistolas. Sabía que la potencia de fuego que tenían era absolutamente inútil. Fischig y Nayl se habían quedado al lado de Alizebeth en la capilla.

Rassi tenía mi bastón rúnico en las manos y lo estaba utilizando para mantenerse en pie.

—Entrad de nuevo —les dije—.al menos, entrad de nuevo... No podemos hacer nada.

—Lucharemos... —dijo Rassi entre jadeos de dolor—. Lucharemos... contra el archienemigo... en nombre del Dios-Emperador de la Humanidad... hasta que muramos...

Alzó mi bastón rúnico y lo utilizó para amplificar el poder de su agotada mente. Una descarga de energía psicotérmica, mucho más poderosa de lo que se había manifestado a través de su bastón, saltó hacia la espalda del inmenso titán. No sé si él esperaba dañarlo así. No sé si estaba tan enloquecido en aquel momento que creyó que podría lograrlo. Pienso que simplemente estaba intentando alejarlo del cúter.

El abrasador arco de fuego de Rassi parecía devastador cuando surgió de la punta de mi báculo rúnico, fue tan brillante que me hizo daño a los ojos, tan caliente que me chamuscó el cabello. Sin embargo, cuando llegó a la espalda del titán, su verdadero poder quedó tristemente al descubierto. Se estrelló contra la cubierta posterior del torso del titán sin provocar el más mínimo daño.

Pero siguió intentándolo. El fuego psicotérmico se volvió verde primero, y luego blanco azulado. Haar empezó a disparar su arma. Creo que Kara también lo hizo.

Fue como tirarle besos a una tormenta, tal como lo habría expresado mi viejo maestro Hapshant.

Crúor Vult acribilló los restos del cúter con los proyectiles de su cañón. Los primeros instantes de aquella lluvia inmisericorde deformaron el fuselaje, lo partieron, lanzando restos de metal por toda la orilla y hacia el lago, provocando numerosos surtidores y ondas.

El cúter pareció retorcerse, como si intentara escapar de aquel bombardeo. Lo cierto es que simplemente estaba siendo movido y empujado por el huracán de disparos que lo estaba golpeando de un extremo a otro mientras lo destrozaba.

En ese momento, explotó. Un gran resplandor brillante, un estampido tremendo y una fuerte onda expansiva. La explosión abrió un agujero en la playa y envió una ola de gran tamaño hacia la otra orilla.

Donde había estado el cúter, donde habían estado Medea, Aemos y Dahault, no quedaba más que un cráter en llamas. Sus restos, el agua y algunos guijarros caían como una triste lluvia producida por una tormenta apocalíptica. El titán prácticamente desapareció bajo la repentina nube de humo.

Verveuk estaba a unos cincuenta metros del cúter, trastabillando hacia el interior de la isla, la última vez que lo había visto. Cuando me atreví a levantar la vista tras la lluvia de restos, no vi señal alguna de él.

Una vez consumado aquel asesinato, el titán se giró hacia nosotros.

Caí derribado al suelo y me golpeé la cabeza con tanta fuerza contra la pared de uno de los edificios prefabricados que perdí el conocimiento durante un momento. Más tarde descubrí que Begundi se había lanzado contra mí para ponerme detrás de la poca cobertura de la que disponíamos con un salto desesperado.

Crúor Vult había mejorado su puntería.

El aire de la fría isla estaba repleto del polvillo mineral de los guijarros y las piedras que habían quedado casi atomizadas por el cañón del titán. Rassi y Haar simplemente ya no existían. Habían quedado vaporizados por una de las armas militares de mayor calibre. Mi bastón rúnico, ennegrecido pero por lo demás intacto, se encontraba en mitad de una amplia zona de suelo que había quedado vitrificada por la tremenda potencia del fuego enemigo. La única otra señal de la existencia de ambos era un pequeño trozo del rifle láser de Haar.

Kara Swole estaba tirada sobre el suelo veinte metros más allá de donde la había alcanzado la explosión. Estaba completamente cubierta de sangre, y estaba seguro de que había muerto.

Y también estaba seguro de que nosotros acabaríamos muertos. Thuring había vencido. Había matado a mis amigos y a mis aliados delante de mis propios ojos y me había vencido.

No me quedaba nada con lo que enfrentarme a él. No tenía nada que pudiera contrarrestar el poder de un titán. No tenía nada cuando había comenzado aquel duelo desigual, ni disponía de nada en aquel maldito momento.

Yo...

Me vino una idea a la cabeza, una idea insidiosa y maligna, que había salido a la luz por la extrema gravedad de la situación en la que me encontraba. La aparté de mi cabeza. Era impensable. Aquel pensamiento era nauseabundo, inexcusable.

Pero también era cierto. Disponía de algo.

Disponía de algo mucho más poderoso que un titán.

Si me atreviera a utilizarlo. Si poseyera la audacia para desencadenarlo.

Impensable. Impensable.

Crúor Vult se dirigió hacia mí atravesando el pequeño arroyo. Pude oír el sonido de los cargadores automáticos metiendo otra tanda de proyectiles en las inmensas recámaras de los tubos del cañón múltiple. Pude ver las piedras de la playa a mis pies, miles de ellas, saltando y deslizándose un poco cada vez que daba un paso.

—Bex...

—¿Señor?

—Toma a Kara y corre. Vetea la capilla.

—Señor, yo...

¡*Hazlo*!, le ordené mentalmente. El se puso en pie de un salto y echó a correr.

Me arrastré hasta donde estaba mi bastón rúnico y lo agarré por la empuñadura. Estaba caliente al tacto y pegajoso por la sangre que lo cubría.

Me di cuenta con cierto pragmatismo de que Poul Rassi y Duclane Haar tendrían que servir como víctimas del sacrificio, pero ya había empezado a darme asco de mí mismo. No había tiempo, ni ocasión, de realizar algo más elaborado. Tal como estaba la situación, apenas disponía de ninguno de los utensilios, artefactos, ungüentos, talismanes o amuletos protectores que normalmente hubiera creído necesarios para un acto como aquél.

Me sorprendía mí mismo. Hasta aquel preciso instante, jamás había pensado ni remotamente en realizar algo semejante, sin importar los preparativos.

Me arrodillé en el suelo vitrificado, en mitad del camino de un titán de combate del Caos, sostuve en posición vertical con las dos manos el bastón rúnico pegajoso con la sangre de dos amigos queridos y comencé a recitar los conjuros.

Fue difícil. Difícil recordar a la perfección todas las palabras de los versos adecuados del Malus Codicium, una obra que había estudiado de vez en cuando a lo largo de los años. Era un escrito que había estado ansioso por aprender y entender, pero que al mismo tiempo me llenaba de temor. Después de tomarme mi primer descanso sabático para poder estudiar el Codiciuma los pocos meses de la ejecución de su propietario anterior, Quixos, me vi obligado a tomarme también un retiro para recuperarme, y tuve que pedirle consejo a los abades del monasterio del Sagrado Corazón en Alsor.

En ese momento, lo que estaba intentando era recordar los mismos pasajes y párrafos. Obligándome a ello. Esforzándome por repetir algo escrito que antaño había procurado borrar de mi mente.

Si me equivocaba en una sola palabra, en una expresión, en un punto del vocabulario, todos moriríamos a manos de algo muchísimo más malvado que Crúor Vult.

Seis

Caos contra Caos
El precio
Las consecuencias

Un instante. Un aula helada mucho años atrás. Titus Endor y yo, temblando en nuestros asientos de ébano desgastados por los arañazos y los dibujos grabados por un millar de alumnos previos. Estábamos a tan sólo dieciocho días del comienzo de nuestro entrenamiento inicial como interrogadores noveles. El inquisidor Hapshant entró de golpe, cerró la puerta del mismo modo, arrojó un montón de grimorios sobre el atril principal (lo que provocó que ambos diéramos un salto por la impresión) y exclamó: «¡Un servidor de la Inquisición que convierte al Caos en su instrumento para luchar contra el Caos es aún mayor enemigo de la humanidad que el propio Caos! El Caos conoce los límites de su propia maldad y los acepta. Un siervo de la Inquisición que utiliza el Caos se engaña a sí mismo, niega la verdad, ¡y nos condena a todos por su error!».

Allí, en la orilla de Miquol, no me engañaba. Sabía el riesgo desesperado que corría con aquello.

Commodus Voke, muerto hacía ya cincuenta años por aquel entonces, me dijo una vez... y lo parafraseo porque no lo grabé en mi mente palabra por palabra en aquel instante: «"Conoce a tu enemigo" es la mayor mentira que tenemos. Nunca la aceptes. La senda de los radicales tiene su atractivo, y admito que yo también me he sentido tentado por ella varias veces a lo largo de mi vida, pero está repleta de mentiras. En cuanto buscas respuestas en la disformidad, aunque sea una sola vez, en cuanto buscas conocimiento para utilizarlo contra el archienemigo, estás utilizando el Caos. Eso te convierte en un adepto. Y ya sabes lo que les ocurre a los adeptos, ¿verdad, Eisenhorn? La Inquisición los atrapa».

En aquella playa desolada, me sentí completamente seguro de poder diferenciar las verdades de las mentiras. Voke simplemente se había equivocado al calcular la sutileza de la línea que las separaba.

Midas Betancore me había dicho, durante una noche en la que habíamos estado bebiendo hasta tarde y jugando al regicida con las reglas glavianas: «¿Por qué lo hacen? Me refiero a los radicales. ¿No comprenden que tan sólo acercarse a la disformidad ya es un suicidio?».

Yo sabía mientras empuñaba con firmeza el bastón rúnico en mis manos en mitad de aquella isla helada de Durer que no era un suicidio, sino todo lo contrario.

Godwyn Fischig me había advertido una vez, en la capilla de un cementerio de Cadia, que permaneciera alejado de cualquier clase de indicio de comprensión con los radicales. «Confia en mí, Eisenhorn. Si alguna vez hubiera pensado que lo eras, te habría pegado un tiro yo mismo.»

No era tan sencillo. ¡Que el Emperador me maldiga, pero no era tan sencillo! Pensé en Quixos, un hombre tan brillante, un siervo tan decidido del Imperio, tan completamente contaminado por la maldad venenosa porque precisamente había intentado comprender la propia inmundicia contra la que combatía. Le había declarado hereje y le había ejecutado yo mismo.

Comprendía el peligro que corría.

Crúor Vult continuó avanzando hacia mí. Murmuré las últimas sílabas de poder y metí mi mente en la disformidad. No en el bullente paisaje deformado por la disformidad de la unidad de impulso mental del titán, sino el auténtico espacio disforme. Entré en un vacío mucho más amplio y siniestro, canalizado por mi bastón rúnico y protegido mediante las plegarias que había pronunciado de forma ritual. Atravesé la materia del espacio hasta llegar a Gudrun, a lo lejos, a todo un subsector de distancia, hasta una propiedad privada en la península de Insume.

Llegué a ella, hasta el pozo de una mazmorra secreta que había sido sellada al vacío, aislada de la disformidad, protegida con escudos de energía y cerrada con trece cerrojos electrónicos. Sólo yo conocía los códigos adecuados para romper todas aquellas barreras, ya que había sido yo quien las había levantado.

Estaba tirado en mitad del suelo, cubierto de cadenas. Lo desperté. Lo dejé libre.

Salí de repente de mi trance. El bastón rúnico se estremeció en mis manos cuando la energía del demonio liberado comenzó a atravesarlo.

Me esforcé por mantenerlo agarrado y por pronunciar con precisión las palabras de control y las órdenes específicas.

El demonio esclavizado empezó a salir por la punta del bastón como un pequeño sol que estuviese amaneciendo. Su brillo iluminó la sombría orilla y lanzó una larga sombra a la espalda del titán.

—¿Cherubael? —susurré.

—¿Ssssííí...?

—Mátalo.

Restalló un rayo. Una tormenta anormal apareció de repente sobre la superficie del lago, azotando el aire y arrojando verdaderas cortinas de agua al suelo, al tiempo que soplaba un tremendo vendaval y un aparato eléctrico increíble.

Una fantasmal silueta blanca que avanzó con tal rapidez que sólo pude distinguir como una imagen posterior grabada en mi retina salió disparada del bastón rúnico y se lanzó directamente contra la masa negra que era Crúor Vult.

El titán se quedó titubeante, a mitad de un paso que no acabó de dar, quedándose con el pie en alto. Se estremeció. Sus grandes brazos se agitaron durante unos momentos. Un instante después, en su cabeza en forma de cráneo cromado comenzaron a aparecer grietas, giró un par de veces y se partió, estallando en una explosión de luz verde nauseabunda.

Crúor Vult se tambaleó mientras la tormenta empapaba su enorme silueta chirriante.

Una aureola de luz refulgió sobre la vieja base de la FDP y la orilla del lago. Crúor Vult, el antiguo enemigo de la humanidad, explotó de cintura para arriba en un círculo de violento calor blanco. Ni un solo fragmento de su cabeza, de su torso o de sus brazos sobrevivió a aquello.

Las piernas, una de ellas todavía levantada en el aire, se tambalearon y oscilaron para finalmente caer de lado al suelo como una avalancha, aplastando y destruyendo por completo los ya de por sí destrozados restos de la antena de plato de la estación de escucha.

Crúor Vult había muerto. Fayde Thuring había muerto.

Y yo me había desmayado al ser alcanzado por la onda expansiva de la explosión.

Y eso significaba que Cherubael había quedado libre.

Si hubiera huido aprovechando aquel momento, habría podido escapar sin duda alguna. De hecho, podría haber desaparecido en lo más profundo del espacio disforme para permanecer lejos de mi alcance para siempre, incluso aunque yo hubiera dedicado todo lo que me quedaba de vida a buscarle o a tratar de invocarle. Recelaba de mí, y ya conocía mis trucos.

Sin duda alguna, podría haber escapado lo suficientemente lejos como para mantenerse lejos de mis garras a lo largo de todos los años venideros, y haberle costado caro al Imperio.

Pero no lo hizo. El demonio estaba demasiado consumido por el odio y el rencor para hacer eso.

Regresó para matarme.

Me despertó repentinamente, y me di cuenta de modo inmediato de que Cherubael se encontraba en libertad debido a mi pérdida de control. Miré a mi alrededor pero, al parecer, estaba solo en mitad de la playa. El cielo seguía repleto de nubes de tormenta, y los rayos formaban unas coronas luminosas alrededor de los picos montañosos.

La lluvia estaba amainando, repicando con suavidad sobre los guijarros húmedos de la orilla y contra los restos humeantes de Crúor Vult. Tenía la piel de gallina. Sabía que estaba por allí, cerca.

Había hecho lo impensable, y tenía que deshacerlo. Cherubael tenía que ser sometido de nuevo. No podía permitir que continuara en libertad.

Recogí el bastón rúnico del suelo. La lluvia estaba borrando las huellas de sangre de su superficie dura y pulida. Lo agarré con firmeza en mi mano izquierda y desenfundé a Barbarizadora. La espada se estremeció al sentir al demonio cerca.

—Gran Emperador de la Humanidad, santificada sea tu majestad, que tu luz resplandezca por siempre, protege a tu siervo en este momento de peligro...

—Eso no te salvará —dijo una voz.

Me di media vuelta pero no vi señal alguna del que había hablado.

—Que tu luz resplandezca por siempre, protege a tu siervo en este momento de peligro para que pueda continuar sirviéndote, gran señor, y purifica los dominios del...

—No servirá, Gregor. ¿La Bendición de Terra? No son más que palabras, Gregor. Palabras tan sólo.

—... continuar sirviéndote, gran señor, y purifica los dominios del hombre, arrojando a todos los demonios y seres de la disformidad...

—Pero yo tengo algo más que palabras para ti, Gregor. Me caías bien, Gregor. Entre todos los hombres que he conocido, admiraba tu espíritu. Trabajé para ti, más de una vez te perdoné la vida... Piensa en todo eso. Lo único que te pedía cambio es que respetaras nuestro trato y que me dejaras libre. ¿Y qué es lo que hiciste tú? Engañarme. Me atrapaste. Me utilizaste.

Las palabras parecían resonara todo mi alrededor, pero no importaba lo rápido que me diera la vuelta, no lograba verlo. Su voz estaba en mi cabeza. Me esforcé por continuar recitando la oración, me esforcé por concentrarme en el significado de aquella plegaria, pero era difícil. Quería responder a sus burlas. Quería gritarle que había sido él quien había comenzado a engañarme. ¡No hubo ningún trato entre nosotros! Me había utilizado para lograr planear su propia huida de los amuletos esclavizadores con los que Quixos lo mantenía prisionero.

No me atreví. Me concentré en repetir la oración. Barbarizadora se estremecía desde la punta a la empuñadura, resonando con el poder psíquico que me rodeaba.

—... protegea tu siervo en este momento de peligro para que pueda continuar sirviéndote, gran señor...

Una estrella apareció sobre el lago. Un difuso resplandor blanco alrededor de un centro reluciente. Se acercó hasta mí casi revoloteando, como si fuese una hoja de árbol arrastrada por el viento, hasta posarse a escasos metros de donde yo me encontraba.

Los guijarros que estaban a sus pies se convirtieron en vidrio. La luz era tan brillante que casi no se la podía mirar. Cherubael flotaba en el centro del resplandor. Se encontraba en su estado más letal, en su forma incorpórea, un espíritu demoníaco, puro y al desnudo, sin los límites ni las restricciones de un cuerpo físico. No pude distinguir ningún detalle con aquel brillo. Lo cierto es que tampoco me apetecía discernir la verdadera forma del demonio. Ya ni siquiera tenía forma humana. Siempre había supuesto que la luz blanca era pura y hasta cierto punto sencilla, que era noble y buena, pero aquella blancura era completamente maligna, escalofriante, y su pureza era una abominación.

—... santificada sea tu majestad, que tu luz resplandezca por siempre...

—Cállate, Gregor. Cállate para que pueda oírme mientras te mato.

Mis armas, el bastón y la espada, eran inútiles en el sentido físico. Cherubael no poseía ningún cuerpo anfitrión que pudiera destruir. Sin embargo, eran fuertes en el plano psíquico. Ya había expulsado a Cherubael del plano físico con el bastón rúnico con anterioridad y, por lo que yo sabía, había destruido a su semejante demoníaco, Prophaniti. Pero en aquel entonces, mi mente estaba a plena capacidad durante aquellos enfrentamientos, y las armas psíquicas sólo son tan poderosas como la mente que las empuña. Cherubael sabía lo cansado que yo estaba, y la debilidad de mi voluntad. Podía sentir cómo intentaba extenuarme burlándose de la pena que sentía... Bequin, Medea, Aemos, Rassi, Haar... Quería que pensara en las muertes de todos aquellos amigos queridos para que el dolor que padecía me debilitara todavía más.

Pero él también estaba debilitado. Había gastado unas enormes reservas de poder para derrotar al titán.

La luz se abalanzó sobre mí, más que nada para ponerme a prueba. Blandí a Barbarizadora para rechazar el ataque y sentí un impacto eléctrico recorrerme el brazo. Atacó de nuevo y yo contesté con mi bastón rúnico, obligándole a retroceder.

Se movió en círculos a mi alrededor. Intenté golpearle. Sabía que estaba deseoso de pelear.

Si eso era lo que el demonio quería...

Me lancé a por él con Barbarizadora cortando el aire. Cherubael bloqueó el golpe con una barra de energía luminosa e hizo destellar una explosión radiante que me lanzó despedido de espaldas.

Aterricé con fuerza sobre los guijarros, pero me puse en pie de inmediato, recordando todos y cada uno de los movimientos del combate cuerpo a cuerpo que me habían enseñado a lo largo de los años personas como Harlon Nayl, Kara Swole, Arianrhod Esw Sweydyr, Midas, Medea...

Se lanzó directamente sobre mí, refulgiendo centelleante. Era como combatir contra una estrella. Lo golpeé con el bastón rúnico y luego me aparté de su camino con una voltereta. En cuanto caí de nuevo sobre los pies, eché a correr.

Pasé a toda velocidad bajo el arco humeante que formaban las piernas caídas de Crúor Vult y después subí la dura pendiente de la playa hasta la estación de escucha. Pude distinguir a mi espalda con claridad el rugido del aire mientras se me acercaba, flamígero.

Finté hacia la izquierda, pero adivinó mis intenciones. La estrella demoníaca me alcanzó. Lancé un mandoble con la espada, salté a la derecha y detuve con el bastón rúnico el siguiente ataque de su arma luminosa.

Cherubael soltó una carcajada. Su voz burlona me siguió mientras corría entre dos de los edificios. La estrella demoníaca me persiguió, y su fuerza psíquica esparcía a todos lados las piedras sueltas, como si estuviese abriendo un surco.

Oí un fuerte crujido y me di cuenta de que las paredes se estaban cerrando sobre mí. Cherubael estaba levantando las dos casas de sus escasos cimientos y se preparaba para aplastarme entre ellas.

Abrí un agujero con Barbarizadora en la pared del edificio de la izquierda y salté a través de él momentos antes de que las dos temblorosas construcciones se estamparan una contra la otra. Cherubael atravesó a su vez la pared de madera de contrachapado quemándola para llegar hasta mí, y yo le recibí con un contraataque de mi espada y de mi bastón rúnico.

Podía mantenerlo a raya, pero poco más podía hacer. Mis reservas mentales no eran lo bastante fuertes.

Mi única oportunidad era someterlo de nuevo, pero ¿cómo?

Dronicus apareció de repente. Creo, o al menos es una idea a la que me aferró para mantener la cordura, que el Emperador de la Humanidad proporciona ayuda a sus verdaderos siervos en su hora de necesidad, incluso del modo mas extraño. Era evidente que Dronicus, el viejo y enloquecido Dronicus, había estado observando todos los terribles acontecimientos que habían tenido lugar desde su escondrijo, y acababa de salir al llegar a una conclusión tremendamente errónea. Había visto la luz blanca del demonio destruir al titán. Por tanto, para él, la luz blanca era alguien amistoso porque había destruido a un enemigo.

Para él, la poderosa luz blanca era el propio Emperador que había regresado para salvarlo.

Salió de entre las sombras llamando al Emperadora voz en grito y alabándolo, expresando de un modo piadoso su gratitud. Era un anciano enclenque vestido con harapos. No debería haber constituido una amenaza para el demonio de ninguna manera.

Excepto que, en honor al Emperador, había recogido el águila de la capilla, la pieza central derribada del altar, y la enarbolaba por delante de él.

Cherubael lanzó un aullido y retrocedió, tambaleándose y flotando por el aire como una pluma arrastrada por el viento a lo largo del sucio camino que se abría entre las casas. Dronicus, perplejo, echó a correr tras el demonio a la vez que elevaba palabras de adoración al Emperador que debieron clavarse como estacas sagradas en el alma podrida de Cherubael.

Disponía de un momento de respiro.

Miré a mi alrededor. Sabía que tenía que pensar con rapidez.

Bastían Verveuk seguía con vida. Estaba cubierto de sangre y heridas, y sus cabellos y ropas estaban casi achicharrados por la explosión final del cúter. Aunque le despreciaba por lo que había hecho, sentí compasión en cuanto lo vi. Sus ojos seguían mostrando ansiedad por complacerme. Parecieron llenarse de alegría cuando me vieron acercarme. Alzó una mano ensangrentada.

Pensaba que lo iba a rescatar.

Confieso, aquí y ahora, que me odio por lo que hice. El hecho de que despreciara a Verveuk no sirve de excusa. Era un imbécil odioso que me había costado más de lo que podía expresar, pero seguía siendo un siervo de la Inquisición. Y maldito fuera, me adoraba y confiaba en mí.

Pero no tenía alternativa. Tomé la decisión adecuada. Había liberado a Cherubael simplemente porque Crúor Vult tenía que ser detenido por el bien de la humanidad. En ese momento, era Cherubael el que tenía que ser detenido, y me vi obligado a tomar otra decisión difícil. Pagaría por ello. Con el tiempo. En el más allá, cuando me presentara ante el Trono Dorado.

Me arrodillé a su lado. Su rostro ansioso se levantó para mirarme. ¡Condenada fuera aquella mirada ansiosa de cachorro!

—Maestro...

—Bastían, ¿eres un verdadero siervo del Emperador?

—Lo...lo soy...

—¿Y le servirás de cualquier modo y manera que puedas?

—Lo haré, maestro.

—¿Eres puro?

¡Una pregunta estúpida! Había sido la maldita pureza de Verveuk la que lo había llevado a cometer todos sus errores. Su fervor puritano era lo primero que le había convertido en un peligro.

Pero era puro. Tan puro como podía ser cualquier humano.

Le puse una mano en el pecho y me mojé los dedos con su sangre. Luego escribí ciertas runas y pinté unas marcas en su frente y en su rostro,

en su cuello y sobre su corazón, mientras murmuraba rezos pocas veces oídos del Malus Codicium.

—¿Qué... qué está haciendo? —me preguntó con voz temblorosa.

¡Más malditas preguntas, incluso en un momento como aquél!

—Lo que debe hacerse. Estás sirviendo al Emperador, Bastían.

Sonó un grito en el interior de la estación de escucha, y apareció Dronicus, que corría aterrorizado en dirección al lago. Sus manos estaban ardiendo y de ellas caían gotas de metal fundido al rojo blanco.

Cherubael había encontrado por fin las fuerzas necesarias para fundir el águila.

El pobre anciano, sin dejar de gritar, se lanzó al helado lago, y el agua borboteó y se evaporó alrededor de sus manos carbonizadas.

La letal estrella en que se había convertido Cherubael recorrió la playa a una tremenda velocidad, abalanzándose sobre mí.

—Perdóname, Verveuk — le dije.

—Por... por supuesto, maestro —murmuró. Y de repente añadió—: ¿Por qué? ¿Por qué? —añadió de repente.

Me enfrenté a Cherubael mientras recitaba a voz en grito el encantamiento de la atadura, el conjuro de aprehensión, la letanía de la servidumbre. El bastón relucía de poder.

—*In servitutem abduco*, ¡te encierro para siempre en este huésped!

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —aulló Fischig mientras corría hacia mí con la pistola en alto.

—Todo. Nada. Se acabó, Fischig.

—Pero... ¿qué es todo esto? —preguntó.

El demonio atrapado flotaba a unos pocos centímetros por encima del suelo, cerca de mí. Había utilizado mi correa para mantener atado a aquel ser, y la había colocado alrededor del cuello quemado e hinchado de Verveuk.

—He atrapado a un demonio, Godwyn. Está dominado y ya no puede hacernos daño.

—Pero... ¿y Verveuk?

—Está muerto. Debemos honrarle. Ha dado todo lo que tenía por el Emperador.

Fischig me miró con sospecha.

—¿Cómo conocías el modo de dominar a un demonio, Eisenhorn? —me preguntó.

—He aprendido mucho. Es tarca de un inquisidor saber cosas como ésa.

Fischig retrocedió un paso.

—Verveuk... —empezó a decir—. Estaba muerto antes de que utilizaras su cuerpo, ¿verdad?

No le contesté. Tres aeronaves estaban atravesando el lago y se disponían a aterrizar. Los refuerzos convocados por Alizebeth habían llegado por fin.

Siete

Nuestra salida de Miquol
Gudrun santuario
Su deseo más ferviente

No había otra cosa que deseara más que marcharme de aquel lugar. Aquella experiencia me había dejado exhausto y me había costado mucho.

Mis subalternos, todos ellos especialistas bien entrenados, se desplegaron en cuanto las aeronaves se posaron y aseguraron la zona tras rodear a los últimos y desmoralizados cómplices de Thuring. Me comunicaron que Menderef y Koth también se hallaban en camino, y que venían con ellos unidades de la milicia y de la Guardia Inquisitorial.

No iba a quedarme a esperarlos. Había cosas que prefería que vieran el mínimo posible de personas.

Di unas cuantas órdenes con unos costes tales que iban a suponer unos enormes agujeros en mis arcas personales, pero no me importaba.

Envié a Bequin lo antes posible en el primer transporte disponible, con Nayl y Begundi para protegerla.

Le ordené a Nayl que estabilizara su condición física en la instalación médica general más cercana y que luego preparara un transporte para llevarla fuera del planeta, hasta el cuartel general de La Rueca en Mesina. También se llevaron a Kara Swole con ellos. Kara estaba viva todavía, aunque gravemente herida.

Le di instrucciones a Fischig para que se quedara allí, en mi sitio. No parecía muy convencido de ello. Yo sabía que la visión del huésped demoníaco le preocupaba más de lo que se atrevía a decir.

Sus órdenes eran muy sencillas. Debía mantener el control de la isla hasta que llegara la fuerza inquisitorial principal. Asegurarse de que se llevara a cabo un informe completo de todo lo que había ocurrido, y de que

el escondrijo de titanes del Caos fuese destruido con ellos dentro. Y por último, que cerrara el auto interrogatorio hasta nueva orden.

No parecía irrazonable. Un inquisidor veterano lo había arriesgado todo y había perdido mucho para detener a un titán de combate. Su retirada del auto interrogatorio para recuperarse de todo aquello parecía ampliamente justificada.

Me pondría en contacto con él más adelante, y seguiríamos a partir de allí.

Estaba a punto de marcharme en una de las aeronaves con el silencioso y encapuchado huésped demoníaco cuando me llegaron las primeras buenas noticias del día.

Medea y Aemos habían sobrevivido.

Estaban heridos y magullados, pero ella había logrado arrastrar a Aemos fuera del cúter y lo había puesto a cubierto antes de que Verveuk saliera por la escotilla. Se habían quedado escondidos, sin aliento y aturdidos.

Lo habían visto todo. Los abracé a los dos.

—Vosotros os venís conmigo —les dije.

—Gregor... ¿Qué has hecho?

—Tú monta en la aeronave.

—¿A qué se refiere? —me preguntó Fischig.

No le contesté inmediatamente. Estaba demasiado cansado. Demasiado temeroso de que mi explicación a medias no le satisficiera.

—Asegúrate de que todo se hace correctamente. Me pondré en contacto contigo dentro de un mes para darte nuevas instrucciones.

Le entregué la insignia de mi cargo para que su autoridad no se viera cuestionada.

Era un gesto de la confianza más absoluta, pero pareció incomodarle. Alargué la mano y la tomó en la suya sin parecer estar muy convencido.

—Cumpliré con mi trabajo —me dijo—. ¿Te he fallado alguna vez?

No lo había hecho jamás, y supuse que de eso se trataba. Fischig jamás me había fallado, pero quizás en aquel momento, el sentimiento no era recíproco.

Dos días más tarde, estábamos instalados en los camarotes de pasajeros de una nave mercante del espacio profundo llamada Belleza, en ruta hacia Gudrun, en el subsector helicano. Un viaje de tres semanas, el Emperador mediante.

Dormí durante largos períodos a lo largo del viaje, con el profundo y agradecido descanso sin sueños de los que tienen el alma cansada, pero mi fatiga permaneció. La misión en Miquol había sido agotadora, mental y emocionalmente. Cada vez que me despertaba, sintiéndome descansado, tenía un precioso momento de calma antes de acordarme de lo que había hecho. En ese preciso instante, toda mi ansiedad regresaba.

Hice dos visitas cada día del viaje. La primera era a la capilla de la nave, donde efectuaba los ritos religiosos con mayor diligencia y rigurosidad de lo que lo que lo había hecho en los cien años anteriores. Me sentía sucio, violado, aunque sabía que la violación había sido autoinfligida. Deseaba disponer de un confesor. En otro tiempo más feliz, hubiera acudido a Alizebeth, pero no era posible en aquellos momentos.

En vez de eso, recé para que sobreviviera. Recé para que Kara Swole se recuperara. Realicé ofrendas y encendí velas votivas por las almas de Poul Rassi, Duclane Haar y el pobre Dahault, quien había muerto al estrellarse el cúter.

Recé por el alma de Bastían Verveuk e imploré mi absolución.

Recé por la comprensión de Fischig.

A lo largo de mis años de servicio al Emperador, siempre me he considerado un individuo fiel y consciente de sus deberes, pero resulta extraño cómo los rituales de adoración de cada día se van dejando a un lado. Fue a lo largo de aquel viaje cuando sentí, de forma irónica, después de estar más cerca de caer en la herejía que nunca en mi vida, que mi fe se renovaba. Quizás es necesario echar un vistazo desde el borde al fondo del abismo para darse cuenta verdaderamente del cielo que hay arriba. Me sentí escarmentado y virtuoso, como si hubiese sobrevivido a una dura prueba y hubiese salido airoso y mejor persona.

Me pregunté, durante los numerosos momentos de ansiedad y duda si esa sensación de mejoría espiritual era tan sólo un rechazo subconsciente. Los hechos acontecidos en Miquol, ¿habían sido una llamada con retraso para que regresara al sendero del puritanismo, o me estaba engañando a mí mismo? Engañándome al igual que habían hecho Quixos y todos los demás que habían caído al abismo sin ni siquiera darse cuenta.

La segunda visita diaria era al compartimento blindado donde el huésped demoníaco estaba encerrado.

El capitán del Belleza, un ceñudo ingeraniano llamado Gelb Startis, se había negado prácticamente en redondo a aceptar al huésped demoníaco

a bordo de su nave. Por supuesto, él no sabía que se trataba de un huésped demoníaco. Muy pocos individuos del Imperio sabrían cómo reconocer a uno, y, además, había cubierto a la silenciosa figura con varias túnicas con capucha. Sin embargo, existía un aura de maldad y podredumbre casi tangible alrededor del monstruo encapuchado.

No me había sentido de humor para regatear con Startis. Simplemente le enseñé mis credenciales mediante el sello codificado de mi anillo, le di mi garantía personal de que el «invitado» estaría adecuadamente vigilado y le pagué el triple de la tarifa habitual por nuestro viaje.

Aquello hizo que todo el asunto fuera todavía más interesante para él.

Encadené al huésped demoníaco a aquel lugar y pasé diez horas grabando en toda la estancia los sellos de contención correctos. Cherubael seguía en su estado de somnolencia, como si se encontrara en trance. Los efectos del trauma severo de su aprisionamiento en aquel cuerpo se mantenían todavía, y durante un tiempo se mantuvo dócil.

Comprobaba por tres veces los sellos en cada visita, y los retocaba donde era necesario. Utilicé una pluma y una tinta indeleble para escribir de forma permanente las runas que había pintado con sangre sobre su piel.

Aquello fue una tarea escalofriante. El cuerpo de Verveuk se había curado y mostraba un aspecto sano y lustroso. Tenía los ojos cerrados, pero su rostro seguía siendo el del joven inquisidor, aunque la frente del muchacho comenzaba a abombarse por los pequeños cuernos que empezaban a brotar del hueso.

Al noveno día, se abrieron los ojos de Verveuk. La blanca ira de Cherubael salió a borbotones por ellos. Finalmente, había superado la terrible experiencia del encadenamiento a aquel cuerpo, experiencia que era peor de lo habitual por el modo primitivo y rudimentario que había utilizado para realizar el rito.

—Te quiere ver muerto —fueron las primeras palabras que pronunció.

—¿Estoy hablando con Bastían o con Cherubael?

—Con ambos —me contestó. Asentí.

—Buen intento, Cherubael. Sé que Verveuk ya no está en ese cuerpo.

—De todas maneras, te odia. Degusté su alma mientras él salía de este cuerpo y yo entraba. Sabe lo que hiciste y se ha llevado ese terrible conocimiento a la otra vida.

—El Emperador protege.

—El Emperador se caga encima en cuanto oye mi nombre —me respondió aquello.

Le abofeteé con fuerza la cara.

—Estás confinado, príncipe demonio, y te mostrarás respetuoso.

Cherubael empezó a flotar sobre el suelo sucio mientras tironeaba de las cadenas que le mantenían prisionero y me gritaba obscenidades. Me fui.

Intentó una nueva táctica en cada visita que le hice. El décimo día, me suplicó, arrepentido.

Al undécimo, se mostró ofendido y prometió hacerme sufrir de manera horrible.

Al decimotercero, se quedó callado y poco dispuesto a colaborar.

Al decimosexto, astuto y ladino.

—Lo cierto y verdad, Gregor —me dijo—, es que te he echado de menos. El tiempo que hemos pasado juntos siempre ha sido maravilloso. Quixos era un amo cruel, pero tú me comprendes. Me pediste ayuda en esa isla. Oh, bueno, sí, hemos tenido nuestras diferencias. Y eres un tipo taimado. Pero eso me gusta. Creo que mi existencia podría ser mucho peor que siendo tu esclavo. Bueno, cuéntame... ¿qué tienes planeado? ¿Qué gloriosos trabajos emprenderemos juntos? Descubrirás que estoy dispuesto, y deseoso. Con el paso del tiempo llegarás a confiar en mí como si fuera un amigo. Siempre he querido serlo. Tú y yo, Gregor, amigos y trabajando juntos. ¿Qué te parece eso?

—Me parece imposible.

—Oh, Gregor... —me reprendió aquel ser.

—¡Silencio! —le ordené. No podía aguantar su empalagosa cordialidad—. Soy un inquisidor imperial al servicio de la luz del Trono Dorado de Terra, y tú no eres más que un ser siniestro y vil que sólo te sirves a ti mismo. Representas todo contra lo que lucho.

Se lamió los labios. Los caninos de Verveuk se estaban convirtiendo en unos colmillos de un blanco helado.

—Entonces, ¿por qué decidiste dominarme de este modo, Eisenhorn?

—Yo me hago a menudo esa misma pregunta —le repliqué.

—Pues entonces, libérame —me susurró—. Déjame salir de estas ataduras pentagrámicas y deja que me marche. Lleguemos a un acuerdo. Me marcharé y no te volveré a molestar jamás. Te lo prometo. Deja que me vaya y con eso consideraremos zanjado todo el asunto.

—Pero ¿de verdad crees que soy tan estúpido? —le pregunté.

Se elevó un poco más en el aire, inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—Merecía la pena intentarlo.

Yo estaba ya en la puerta cuando pronunció mi nombre.

—Me alegro de estar así ¿sabes? De estar dominado por ti.

—¿De veras? —le respondí sin mostrar mucho interés.

Asintió con expresión de regocijo.

—Me proporciona muchas oportunidades de corromperte por completo.

El decimonoveno día casi me sorprendió. Cuando entré en el compartimento, estaba sollozando en el suelo. Intenté hacer caso omiso y me dedique a comprobar el estado de las runas pintadas en la pared, pero aquello levantó la mirada.

—¡Maestro!

—¡Verveuk!

—¡Sí! ¡Maestro, por favor! Se ha marchado por unos instantes y tengo el control de nuevo. ¡Por favor, libéreme! ¡Destiérrelo!

—Bastían, yo...

—¡Le perdono, maestro! Sé que sólo hizo lo que tenía que hacer, ¡y estoy más agradecido de lo que se imagina de que me considerara adecuado para esa tarea desesperada! ¡Destiérrelo y libéreme de esta tortura!

Me acerqué a él y agarré con fuerza mi bastón rúnico.

—No puedo, Bastían.

—¡Sí puede, maestro! ¡Ahora, mientras no está! ¡Oh, qué agonía! ¡Estar encerrado aquí dentro con ese monstruo! ¡Compartir la misma carne! ¡Está devorando mi alma, y me muestra cosas que me están volviendo loco! ¡Misericordia, maestro!

Alargué la mano para señalar una compleja runa que había pintado sobre su pecho.

—¿Ves esto?

—¿Sí?

—Es la runa del vaciamiento. Es una parte esencial del proceso de sometimiento. Vacía al huésped de cualquier alma previa existente para que el demonio pueda ser contenido ahí. Lo que hace, a efectos prácticos, es matar al huésped original. No eres Bastían Verveuk porque Bastían está

muerto y ha salido de esta carne. Lo maté. Imitas muy bien su voz, como era de esperar, porque tienes su laringe y su paladar, pero eres Cherubael.

Lanzó un suspiro, asintió, y se elevó de nuevo al máximo de lo que le permitían sus cadenas.

—No puedes culparme por intentarlo.

Le abofeteé la cara con fuerza.

—No, pero puedo castigarte.

No reaccionó.

—Entiéndelo bien, demonio. Dominarte, utilizarte, me ha costado muy caro. Me odio por haberlo hecho, pero no tenía elección. Ahora que te he esclavizado de nuevo, no pienso correr ningún riesgo. Mantenerte perfectamente encerrado va a ser uno de los objetivos principales de mi vida. Los libros de historia no van a recordarme como un hombre tan impelido a obtener resultados que se volvió descuidado y perezoso. No podrás escaparte de mí. No lo permitiré. Eres mío, y permanecerás en mi poder.

—Ya veo.

—¿Lo entiendes?

—Entiendo que eres un hombre de la máxima devoción y determinación.

—Bien.

—Tan sólo una cosa más: ¿cómo te sientes al ser un asesino?

Antes he comentado que muy pocos ciudadanos del Imperio de la Humanidad serían capaces de reconocer a un huésped demoníaco o de comprender lo que es uno de ellos. Es cierto. También es cierto que el selecto grupo que sería capaz de hacerlo incluía a bastantes de mis seguidores. Aquellos que habían estado conmigo en 56-Izar, en Eechen, en Cadia y en Farness Beta.

Estaba seguro de que Aemos y Medea comprendían el concepto de hospedaje demoníaco. Yo mismo les había instruido sobre ello. Noté que Medea, lo mismo que Fischig, sólo se daban cuenta vagamente de lo que yo había llevado a bordo del Belleza, aunque temblaban al sospechar lo que podía ser.

Sin embargo, Aemos lo sabía con certeza. Lo sabía pero que muy bien. Por lo que yo notaba, sabía todo lo que podía saberse del tema sin volverse loco. Pero él había estado a mi lado más tiempo que ninguno de los otros. Habíamos sido amigos y compañeros de fatigas durante más

años de los que me atrevía a contar. Yo sabía que tenía su confianza, y que tenía que equivocarme mucho para que el pusiera en tela de juicio mis métodos.

Me di cuenta, después de un día o dos de viaje, que ni siquiera iba a mencionar aquel asunto.

No podía permitirlo. Quería franqueza. Así que fui yo quien habló de ello.

Fue una noche, ya bastante tarde, quizás en la quinta jornada de viaje. Estábamos jugando al doble regicida (dos tableros en paralelo, en donde se juega hacia atrás en uno de ellos utilizando los militantes como piezas principales, y el otro jugado a lo largo, con centinelas libres y con libertad para nombrar piezas regentes en las casillas blancas tomadas después de la tercera secuencia de juego... aquélla era la única manera de que el viejo juego de estrategia supusiera un mínimo desafío para su mente) mientras bebíamos el mejor amasec que Startis nos pudo proporcionar.

—A propósito de nuestro pasajero —empecé a decir mientras tomaba un paje y lo movía antes de ponerme a pensar en mi siguiente jugada—, ¿qué piensas sobre ello? Has estado muy callado.

—No creí que fuera asunto mío hacer ningún comentario al respecto —me contestó.

Moví el paje hacia el militante tres y me arrepentí inmediatamente de haber hecho el movimiento.

—Uber, ¿cuánto tiempo hace que somos amigos?

Me di cuenta de que lo estaba calculando.

—Creo que fue el séptimo mes de...

—Quiero decir aproximadamente.

—Bueno, lo que se dice amigos, quizá bastantes años después de conocernos por primera vez, lo que aproximadamente...

—¿Podríamos decir que aproximadamente sería... hace mucho tiempo?

Pensó sobre ello.

—Podríamos decirlo —me respondió, aunque no sonaba muy convencido.

—Y somos amigos, ¿verdad?

—¡Ah, por supuesto! Bueno, eso espero —me dijo mientras se apresuraba a eliminar a mi basilisco del tablero derecho y se aseguraba una pinza implacable sobre mi segunda línea—. ¿No lo somos?

—Sí, sí que lo somos. Acudo a ti en busca de respuestas.

—Sí que lo haces.

—A veces, creo que esas respuestas deberían llegar sin tener que hacer las preguntas antes.

—Mmm —dijo. Estaba a punto de mover su yale. Alzó la pieza tallada en hueso y la contempló con atención—. Siempre he sentido curiosidad por el yale —siguió diciendo—. Obviamente, se trata de una bestia heráldica mitológica, y su origen es anterior a la Era de los Conflictos. Pero ¿qué representa? Las analogías de las demás piezas, dadas las tradiciones históricas y la estructura de la cultura imperial, son obvias. Pero el yale... de todas las piezas del regicida, ésta es la que más me desconcierta...

—Ya lo estás haciendo otra vez.

—¿Haciendo el qué?

—Aplazar. Evitar el tema.

—¿Eso estoy haciendo?

—Eso estás haciendo.

—Lo siento —dijo mientras colocaba la pieza en el tablero y me mataba una de las rapaces en una jugada que yo simplemente ni me había visto venir. Tenía acorralado a mi militante.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—¿Qué piensas?

Frunció el ceño.

—El yale. Muy inquietante.

Me concentré de nuevo y me apoderé de su yale de repente. Era una jugada sin sentido, pero llamó su atención.

—Sobre el otro asunto. El pasajero.

—Es un huésped demoníaco.

—Sí, sí que lo es —le contesté, casi aliviado.

—Lo vinculaste al cuerpo de Verveuk en Miquol.

—Sí, lo hice. Creo que viste cómo lo hacía.

—Sufría una conmoción, estaba aturdido. Pero sí. Lo vi.

—¿Y qué piensas sobre todo ello?

Convirtió una pieza de guardia en un regente y se pasó al tablero izquierdo. La partida habría acabado dentro de media docena de jugadas.

—Procuro no pensar en ello a toda costa. Intento no imaginarme cómo un hombre al que he seguido y en el que he creído durante tanto tiempo, de repente posee el poder y el conocimiento necesarios para desencadenara un demonio, canalizar sus acciones y luego atarlo de nuevo. Intento no pensar en la posibilidad de que Bastían Verveuk siguiera vivo cuando la atadura se produjo. Intento no creer que mi adorado inquisidor ha cruzado la línea desde donde no hay posibilidad de regreso.

»Jaque mate —añadió.

Admití mi derrota en ambos tableros y me recosté en la silla.

—Lo siento —le dije.

—¿El qué?

—Hacerte pasar por esto.

—Tus preguntas son...

—No. No me refiero a eso. Aprendí muchas cosas siniestras durante la persecución de Quixos. La principal fue el modo de controlar un demonio. Es un conocimiento que yo hubiera preferido no tener que utilizar jamás. Pero el titán era demasiado. No podía permitir que sobreviviese. No quedaba nada más en mi arsenal excepto ese conocimiento maldito.

—Lo entiendo, Gregor. De verdad. Esta conversación ni siquiera era necesaria. Hiciste lo que tenías que hacer. Sobrevivimos... bueno, casi todos nosotros. El Caos fue vencido. Ese es nuestro trabajo, ¿verdad? Nadie dijo que iba a ser fácil. Tenemos que hacer sacrificios o la misión del Dios-Emperador nunca se verá acabada.

Se inclinó hacia delante, y las lentes de sus implantes oculares brillaron a la luz de la chimenea.

—De veras, Gregor... ¿Crees que si yo pensara que te habías convertido en uno de esos radicales dementes estaría aquí sentado jugando al regicida contigo?

—Gracias, Uber —le dije.

Aemos me lo había hecho pasar peor de lo que yo esperaba. En cambio, con Medea estaba preparado para pasar un mal rato, pero su reacción también me sorprendió.

—¿Qué demoníaco? No me importa.

—¿No te importa?

—Realmente. Sólo me importaba Thuring, y utilizaste todo lo que tenías a mano para acabar con él.

—Eso hice.

—Bien, me alegro por ti.

Estábamos sentados en los cojines del puente de observación del Belleza.

Me miró y frunció el ceño.

—Ah, ya entiendo. Te refieres a que tienes miedo de que nosotros pensemos que te has convertido en un enloquecido hereje.

Cuando dijo «nosotros», se refería a todo mi equipo.

—¿Lo pensáis?

—¡Joder, no! ¡Supéralo, jefe! ¡Si yo hubiera podido hacer lo mismo que tú, lo habría hecho! ¡Hubiera jodido a Thuring de cualquier modo posible!

Lancé un suspiro.

—No lo hice por tu padre, Medea.

—¿Qué?

—Quiero decir que lo hice, pero que no quería hacerlo. Quería vengar a Midas, por supuesto, pero sólo utilicé al demonio porque Thuring y su maldito titán no nos amenazaban sólo a nosotros.

—¿Al planeta, te refieres?

—Al planeta... y a otros.

—Vale.

—¿Qué pasa?

Se quitó un mechón de cabello de la cara y alargó la mano para echar un trago de su copa.

—¿Me estás diciendo que si el planeta no hubiese estado en peligro, no habrías hecho todo lo que hiciste con lo del demonio?

—No. Quiero que lo entiendas bien. Quería ver muerto a Thuring. Quería que pagara por la muerte de tu padre. Pero no invoqué a Cherubael por venganza. Eso habría sido ser mezquino y de miras estrechas. Jamás habría podido justificar algo semejante, ni siquiera a mí mismo. Fayde Thuring se había convertido en algo más que un simple enemigo personal. Se había convertido en un enemigo del Imperio. Tenía que detenerlo allí mismo, y ya no me quedaban más opciones a lo que me refiero es que, en el fondo, al final fue una decisión completamente pragmática, no débil y emocional.

—Lo que tú digas. Thuring sufrió, ¿verdad? ¿Ardió? Eso es lo único que me importa. Pero, a pesar de todo, me debes una.

—¿Te debo una?

—Lo juraste. Por tu secreto más importante, juraste que estaría allí...

—¡Pero si estabas allí!

—¡No precisamente gracias a ti! Y no hasta el punto de participar y hacer sufrir a Thuring. Así que me debes una. Y quiero ese secreto, ahora.

—¿Qué secreto?

—Tú eliges. Pero tiene que ser el más importante. Y ya que tú has sacado el tema, qué tal si me hablas de ese... ese tal Cherubael.

Y así fue como acabé contándoselo todo sobre el huésped demoníaco. Todo lo hice para honrar nuestro juramento. También lo hice, o eso creo ahora al menos, porque deseaba confesarme con alguien y Bequin no estaba allí para ello. Lo hice, y ni siquiera me paré a pensar en lo que podría llegar a ocurrir.

Que el Dios-Emperador me perdone.

Siempre me ha encantado Gudrun, el antiguo mundo capital del subsector helicano. Tuve mi residencia principal en Tracian Primaris, un mundo cubierto de ciudades, repleto de crímenes y azotado por la sobrepoblación, durante mucho tiempo. Pero sólo había vivido allí porque me resultaba conveniente. Después de todo, era el mundo capital, y el Palacio de la Inquisición se encontraba allí lo visito lo menos posible, ya que me deprime.

Pero después de los terribles sucesos acaecidos durante la sagrada Novena, cinco décadas antes, fijé mi residencia principal en el ambiente más relajado de Gudrun. Al regresar allí, me sentí, en cierto modo, más seguro.

Nos despedimos de Startis y descargamos nuestras pertenencias en una aeronave alquilada. Había preparado un contenedor de carga para Cherubael, con el interior completamente lleno de runas y de símbolos, lo que me ocupó bastantes horas. Llevé a cabo los ritos apropiados y lo encadené al interior, además de añadir un amuleto que lo mantendría dócil. El contenedor fue cargado por servidores mudos en el interior de la bodega de carga de la aeronave.

Descendimos hacia el planeta. Miré hacia abajo desde las escotillas del compartimento de pasajeros y distinguí las grandes extensiones verdes

del planeta. Los grandes espacios de tierras y bosques salvajes, los mares azules, el orden cerrado de las viejas ciudades. Había sido durante muchos años la capital del subsector, hasta que el hinchado gigante de Tracian Primaris se había apropiado de esa función. Sabía por propia experiencia que el mal y la corrupción acechaban en ese mundo tanto como en cualquier otro del espacio imperial, pero aquel planeta era el epítome del estilo de vida imperial, a pesar de todos sus vicios y defectos, un ejemplo claro de la cultura que yo había dedicado toda mi vida a proteger.

Nos desviamos un poco en la ruta de descenso. Pensé que lo más prudente era dejar a Cherubael en algún otro sitio que no fuera mi residencia privada, aunque antes había estado encerrado en la mazmorra que se abría en los cimientos de la misma. Si se producía alguna consecuencia oficial debido a los hechos acaecidos en Durer, mi residencia sería objeto de todo tipo de registros incómodos.

Poseía en secreto una serie de edificios en Gudrun. No estaban puestos a mi nombre, y así podía utilizarlos como pisos francos o retiros privados. Uno de ellos era una torre de vigilancia medio en ruinas en una zona agreste, a unos trescientos kilómetros al sur de mi casa principal. Era un lugar remoto y solitario que había encontrado apropiado para mis períodos de meditación a lo largo de los años.

Utilicé a los servidores de la aeronave para descargar el contenedor sellado que contenía al huésped demoníaco en la cripta de la torre, realicé los rituales finales de contención y activé el sistema de alarma del perímetro, sencillo pero eficaz, que había instalado en la torre cuando la compré.

Bastaría durante un tiempo. Más adelante, agradecí haber tomado aquella decisión.

Mi hogar era una finca grande situada en la península de Insume, a unos veinte minutos de vuelo de la venerable ciudad lacustre de Dorsay. Se llamaba Spaeton en honora la familia feudal que la había construido, y era una casa de campo en forma de h levantada a base de piedra ouslita gris con tejados cubiertos de piezas de cobre de color verde. Tenía varios garajes y establos adyacentes, un aviario, una colmena para drones, un jardín y un laberinto famosos diseñados con precisión matemática por el arquitecto Utilidad Krauss, un pequeño embarcadero en un gran estanque privado y un campo de sulleq perfectamente recortado. Estaba rodeado al este y al norte por bosques casi vírgenes, plantaciones de árboles frutales y

amplios prados, desde la terraza tenía unas magníficas vistas de la bahía de Bisheen.

Jarat, mi ama de llaves, nos dio la bienvenida. Ya era noche avanzada, y la casa estaba limpia, caliente y preparada para ser ocupada. Jarat ya era mayor, aunque mantenía su aspecto rollizo y seguía vestida con la túnica gris característica acompañada de su bonete negro con un velo blanco; a su lado estaban Jubal Kircher, mi jefe de seguridad, y Aldemar Psullus, mi rubricador y bibliotecario. Al lado de aquel trío estaban Eleena Koi, de La Rueca, y el astrópata Jekud Vanee. El resto del personal de la casa, treinta en total, doncellas, mozos de cuadra, jardineros, cocineros, bodegueros, limpiadores y lavanderas, estaban alineados detrás de ellos, con sus uniformes blancos recién planchados, junto a los cinco guardias de armaduras negras del grupo de seguridad. Los saludé a todos y cada uno de forma personal. Jarat y Kirchcr habían contratado a bastantes empleados nuevos desde la última vez que estuve allí, y me esforcé por hablar con ellos y aprenderme sus nombres: Litu, un ayudante de cámara joven y alegre ; Kronsky, un nuevo miembro del grupo de seguridad ; Altwald, un nuevo encargado del jardín que había heredado el puesto de su padre, que se había jubilado.

Me pregunté cuándo se jubilaría Jarat, o ya puestos, Kircher. Supuse que en el caso de Jarat, probablemente nunca.

Mi primer acto fue abrir la mazmorra blindada del subsuelo del edificio. Bajé los escudos, desactivé los cerrojos electrónicos y luego pasé mucho tiempo eliminando todos los restos que pudieran indicar para lo que se había utilizado la mazmorra. Utilicé un lanzallamas para eliminar la primera capa de la superficie de las paredes y así borrar las inscripciones rúnicas. Los asquerosos restos del anterior cuerpo huésped de Cherubael estaban tendidos en mitad de la mazmorra, y ya no era más que un cascarón vacío aprisionado por unas cadenas. Empleé el lanzallamas e incineré aquello también. El cuerpo no había sido más que un organismo criado en un tanque de nutrientes que había encargado para poder llevar a cabo la primera invocación que realicé. En aquella fecha, utilizar un cuerpo sintético ya me había parecido bastante duro.

Pensé en Verveuk y me estremecí. Lo quemé todo.

Luego me di un baño, y me quedé durante mucho rato metido en el agua caliente.

Pasé dos semanas en Spaeton. Había intentado descansar, o al menos, recuperarme, durante el viaje de regreso, pero existe una tensión propia en el viaje espacial, y mi preocupación por el método de prisión tan rudimentario del demonio también me había impedido relajarme.

Allí, en Spaeton, por fin podía descansar.

Di largos paseos por los senderos de la península, o me quedaba en la punta observando cómo rompían las olas contra las rocas en la pequeña bahía. Pasaba horas leyendo en los grandes jardines mientras caían las cálidas noches. Ayudé a los miembros más jóvenes del personal a recoger la primera fruta madura de los árboles en las cestas de mimbre.

No me acerqué ni a la biblioteca, ni al laberinto ni a mi oficina. Alizebeth no permanecía mucho tiempo fuera de mi cabeza.

Aemos hizo de secretario personal durante aquel período, un trabajo que anteriormente había sido exclusivo de Bequin. Todas las mañanas, a la hora del desayuno, me informaba del número de comunicados que se habían recibido a lo largo de la noche, y yo le decía que se ocupara de contestarlos. Respondía a las cartas de contenidos generales, archivaba las que tenían un carácter personal para que les echara un vistazo más tarde y retenía cualquier asunto oficial. Sabía que sólo me preocuparía por cierto tipo de comunicados: los relativos a la salud de Bequin, una orden directa de mi ordos o algún mensaje de Fischig.

Era una mañana soleada de mi tercera semana de estancia allí. Mientras la niebla del amanecer se disolvía sobre los prados en cuanto la luz del sol la tocaba, yo ya estaba luchando con Jubal Kircher en el pugnaseum.

Era la tercera mañana que lo hacía. Me di cuenta de que no me sentía en forma, así que comencé un régimen de entrenamiento con combates suaves para entonar mi cuerpo. Estábamos equipados con monos ceñidos de mangas acolchadas en forma de escudo, y dábamos vueltas uno alrededor del otro en busca de una ocasión para golpearnos con las scorae, unas armas de práctica con empuñaduras cubiertas por un arrial en forma de jaula procedentes de Carthac.

Jubal era un maestro en la lucha con armas de combate cuerpo a cuerpo, pero se estaba haciendo mayor, y en mi mejor forma física no hubiera tenido ninguna clase de problemas para superarle. Donde él me superaba con creces era en las técnicas de combate y en el arte de la estrategia militar, algo que se había dedicado a estudiar a lo largo de toda

su vida. Utilizó todo aquello esa mañana para aprovecharse de mi lentitud y mi escasa forma física, y superó mi supuesta superioridad de fuerza y velocidad con experiencia y paciencia.

Tres cuartos de hora más tarde, después de cinco asaltos, me había golpeado cinco veces, su rostro arrugado estaba cubierto de sudor, pero había ganado cinco veces seguidas.

—¿Ya es suficiente por hoy, señor? —me preguntó.

—No estás siendo demasiado duro conmigo, Jubal.

—¿Vencerle cinco a cero no es ser duro?

Me colgué la scorae del cinturón y ajusté las cinchas del escudo de la manga.

—Si yo fuese uno de los hombres de tu destacamento, ahora mismo tendría cinco moretones que acompañarían a los cinco golpes.

Kircher sonrió y asintió.

—Es cierto, pero un antiguo guardia imperial o un bravucón de calle que intenta llegar a mi nivel de exigencia debe recordar que su trabajo no es una especie de jubilación bien pagada. No creo que usted necesite aprender esa clase de lección.

—A ninguno de nosotros le viene mal seguir aprendiendo.

Ambos giramos la cabeza y vimos a Medea entrar en el pugnaseum. Caminó por el borde de la colchoneta, un instante bajo la sombra de la pared y al siguiente bajo el ancho rayo de luz solar que entraba por cada una de las ventanas. Me miró fijamente.

—Tan sólo repito una de tus frases preferidas.

Me di cuenta de que andaba buscando algo, que algo le pasaba. Kircher movió los pies inquieto.

—Déjame entrenarme con él —le dijo.

Le hice un gesto de asentimiento a Jubal, quien saludó al estilo de Carthae y salió de la habitación circular.

Medea se quitó la chaqueta de color cereza de su padre y la colgó del pomo de una puerta.

—¿Qué vamos a utilizar? —le pregunté antes de beber un trago de agua de una jarra situada en una mesilla cercana.

Se acercó a la terminal de la armería y tecleó sobre la pantalla, saltando rápidamente de diagrama en diagrama de las armas que le mostraba el monitor. Llevaba puesto un traje ceñido de semiarmadura, y se

había calzado sus zapatillas de entrenamiento. Me di cuenta de que se había preparado para aquello.

—Espadas y rodelas de energía — me dijo mientras elegía el menú de armas y tecleaba el código de autorización.

Se oyó un traqueteo lejano y un zumbido cuando el sistema automático situado en la armería bajo el suelo retiró las armas escogidas de sus estanterías y las subió hasta las repisas desplegadas en la pared contigua a la terminal. Dos módulos de rodelas. Dos espadas, idénticas, cada una de la longitud de un fémur humano, de un solo filo y ligeramente curvadas, con unas nudilleras alrededor de la empuñadura. Me lanzó una y la atrapé al vuelo.

Me acerqué hasta donde estaba y coloqué la scorac en el anaquel que la devolvería a su repisa de la armería. Luego tome mi rodela y la sujeté alrededor de mi antebrazo izquierdo. No era más que un artefacto emisor redondo, del tamaño de un reloj de bolsillo. Una vez encendido, proyectaría un disco de energía protectora del tamaño de una bandeja de comida sobre la parte posterior de mi mano y de mi antebrazo.

—Atención, han seleccionado armas de fuerza letal. Atención, han seleccionado armas de fuerza letal. Atención...

La terminal daba el aviso de forma suave pero insistente lo corte pulsando una tecla.

—Podemos utilizar escudos corporales completos, si estás preocupado —me dijo Medea.

—¿Por qué iba a estar preocupado? Tan sólo es un entrenamiento.

Encendimos las rodelas de energía y nos pusimos cara a cara en el centro de la colchoneta, ligeramente ladeados, escudo contra escudo, empuñando nuestras armas en un ángulo bajo en la mano derecha.

—Señal de comienzo —dije en voz alta.

—Tres —respondió la terminal—. Dos. Uno... Comiencen.

Medea había estado practicando.

Lanzó un tajo con su espada y detuvo al mismo tiempo mi primer acercamiento con su rodela, que chirrió y lanzó unas cuantas chispas al entrar en contacto con la mía antes de que sus pantallas de energía se repelieran.

Lancé una estocada baja defensiva e hice subir su hoja hasta nuestros escudos, de modo que las cuatro armas se quedaron enganchadas en un nudo chirriante de energía eléctrica chispeante.

Nos separamos y seguimos dando vueltas en círculo.

Se lanzó de nuevo a por mí, con la espada por delante. La desvié con mi rodela. Lo hizo de nuevo, y luego una tercera vez mientras seguíamos dando vueltas uno alrededor del otro.

Era muy astuta. El empleo de la espada y de la rodela era tan viejo como cualquier mundo, y el truco para seguir con vida consistía en emplear más el escudo que la espada. Sin embargo, el truco para vencer era utilizar más la espada que el escudo.

Mantuve la rodela al frente, pero ella dejó que pareciera que se había olvidado de su escudo y lo dejó ligeramente bajo, en una clara invitación a que me lanzara a fondo o que realizara una estocada demasiado profunda.

Dejé quieta mi espada, la mantuve donde ella pudiera verla y utilicé mi escudo tal como me había enseñado Harlon Nayl. La rodela también era un arma. No sólo podía detener una espada, también podía bloquearla o incluso partirla. Había oído hablar de duelos en los que había sido el borde del pequeño escudo de energía sólida el que había dado el golpe letal y partido una laringe desprotegida.

Medea giró de repente sobre sí misma y desvió mi rodela con la suya antes de lanzar una estocada avanzando como si bailara por encima de la colchoneta. Me vi obligado a detener su ataque con mi espada y a recuperar el equilibrio rápidamente, ya que continuó con su ataque.

El filo de su hoja partió el aire a escasos centímetros de mi cara, y tuve que bloquear su nueva estocada cruzando mi espada y mi rodela.

Metió su propio escudo bajo mi guardia y su espada inmovilizada y me propinó un fuerte golpe en el diafragma que hizo que me doblase sobre mí mismo y que cayera de espaldas en la colchoneta.

—¿Es suficiente? —me preguntó.

Me puse en pie.

—Otra vez.

Se lanzó de nuevo a por mí con la espada por delante, tal como yo esperaba. Me agaché, giré sobre mí mismo y finté justo a tiempo para que ella utilizara su rodela para detener mi hoja.

El disco de energía restallante me arrancó la espada de la mano y me hizo escocer los dedos.

Tal como yo había planeado.

Ella estaba mirando mi espada, distraída, mientras ésta salía volando por los aires. Con la mano derecha, que ya tenía libre, le agarré el brazo de

la rodela justo por encima del hombro y se lo hice bajar con fuerza de modo que el escudo de energía chocara con su espada en el preciso instante que la levantaba. Se tambaleó. La golpeé con fuerza en el hombro descubierto con mi rodela y la hice caer.

Podría haber utilizado el borde. Podría haberla golpeado en la cara descubierta. Pero estábamos entrenando.

—¿Es suficiente? —le pregunté.

No me respondió.

—¿Medea?

Apagó su rodela y se quitó el artefacto.

—¿Qué te está rondando por la cabeza?

Medea levantó los ojos y me miró.

—Jamás quise vengarme —me dijo.

—Me dijiste que sí querías.

—Lo sé. Y supongo que sí quería. Una parte de mí... Venganza... No me parece...

—¿Satisfactoria?

—No me parece nada en absoluto. Tan sólo vacía. Estúpida y vacía.

—Bueno... Yo pude habértelo dicho. De hecho, creo que lo hice.

La ayudé a levantarse. No nos dijimos nada durante un minuto o dos mientras colocábamos las armas de nuevo en las estanterías y las enviábamos de vuelta a la armería del subsuelo.

Luego cogimos las jarras de agua de la mesita, abrimos las puertas del pugnaseum y salimos a la terraza soleada.

Iba a ser un día caluroso. El cielo estaba despejado de nubes y la luz era de un color casi blanco. La sombra de los árboles parecía maravillosamente fresca y acogedora. La distante punta de la península se veía borrosa por el calor y el mar resplandecía con millares de diamantes.

—Desde que fui lo bastante mayor para comprenderlo que había hecho Fayde Thuring —me dijo de repente—, he querido algo. Siempre he supuesto que sería venganza.

—La venganza es un pretexto para otras respuestas emocionales más válidas —le dije.

Me miró con acritud.

—Deja ya de intentar ser mi padre, Eisenhorn.

Fue como si me hubiera pegado un bofetón en la cara. Nunca lo había pensado de ese modo.

—Yo sólo quería decir... —comencé a balbucear.

—Eres un hombre muy sabio —me interrumpió—. Muy inteligente. Culto. Le das a la gente consejos realmente buenos.

—Eso intento.

—¡Pero no sientes!

—¿Sentir, Medea?

—Sabes lo que son las cosas pero no las sientes.

Los pájaros trinaban en el borde del bosque y en el plantío de árboles frutales. Dos de los miembros más jóvenes del personal de la casa estaban aplanando los prados inferiores con un rodillo pesado. No estaba muy seguro de saber a lo que ella se refería.

—Siento...

—No. No sientes realmente el contenido de tus consejos, no la mayoría de las veces. Tan sólo son reflexiones, pero sin corazón.

—Lamento que pienses así.

—No es una crítica. Bueno, no en el fondo. Te sientes tan impelido a hacer lo que es... correcto, que te olvidas preguntarte por qué es lo correcto. Quiero decir...

—¿Qué?

—No lo sé.

—Inténtalo.

Bebió un sorbo de agua.

—Luchas del modo que te ha enseñado Kircher porque es el mejor modo de hacerlo.

—Suele serlo.

—Por supuesto. Es todo un experto. Por eso me has derrotado. Pero ¿por qué es el mejor modo de luchar? Utilizando esas armas, por ejemplo.

—Porque...

—¿Porque él te lo ha dicho? Tiene razón. Pero ¿por qué tiene razón? Nunca te haces ese tipo de preguntas. Nunca te preguntas qué errores o decisiones se cometieron o se tomaron para llegar a ese método correcto.

—No estoy muy seguro de entender adonde quieres llegar...

Sonrió y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, a eso es a lo que me refiero. Te has pasado toda la vida estudiando el mejor modo de hacer las cosas. Has aprendido el mejor modo de combatir. Has aprendido el mejor modo de investigar.

Incluso has aprendido el mejor modo de aprender. ¿Te has preguntado alguna vez por qué son los mejores modos?

Dejé mi vaso sobre el murete situado al borde de la terraza.

—La vida es demasiado corta.

—La vida de mi padre fue demasiado corta.

No dije nada.

—Mi padre murió y yo quería algo, y tú me dijiste que no era venganza. Y estabas en lo cierto. La venganza es una mierda. No merece la pena. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que necesitaba en vez de venganza?

Meneé la cabeza.

—Tan sólo intentaba que te ahorraras el esfuerzo. La venganza es una pérdida de tiempo...

—No —me cortó antes de mirarme fijamente a los ojos—. Es una actividad sustitutiva. Es algo en lo que puedes concentrarte y realizar porque en realidad no puedes hacer lo que quieres.

Me estaba empezando a sentir impaciente.

—¿Y qué es entonces, Medea? ¿Lo sabes? —le pregunté.

—Lo sé ahora —me respondió—. Thuring mató a mi padre. Necesitaba algo, y no era que él pagase por lo que había hecho. Era lo que me había arrebatado. Necesitaba conocer a mi padre. Si hubiese tenido eso, no habría pensado más en Thuring.

Tenía razón. Era tan obvio que me dejó helado. Me pregunté cuántos otros errores similares, obvios, había cometido en mi vida, con la cabeza tan llena de conocimientos certeros y mi corazón tan estúpido.

Miré al interior del pugnaseum, y vi la chaqueta color cereza de Midas, colgada del pomo donde la había dejado Medea, golpeando el cristal de la puerta mecida por la brisa como si fuera una mariposa atrapada.

—Puedo darte lo que quieres —le dije—.al menos, en parte. Si realmente es lo que quieres.

Llamé a mi astrópata, Vanee, y le indiqué que comenzara una serie de preparativos. Me sugirió que la primera hora de la noche sería el mejor momento, cuando todo estaba más tranquilo, así que le pedí a Jarat que preparara una cena ligera y temprana para poder tener el resto de la noche libre, y que dejara algo de comida preparada por si, cuando acabáramos, teníamos hambre de nuevo.

Medea y yo fuimos a las siete a la sala de lectura, que se encontraba encima de la biblioteca principal de la casa. Le dio órdenes precisas a Kircher para que nadie nos molestara. De todas maneras, la mayoría del personal de la casa se había retirado temprano a sus habitaciones privadas o para relajarse.

Psullus, el rubricador, estaba en la biblioteca restaurando los lomos de ciertos libros que se estaban empezando a descoser.

—Déjanos a solas un rato — le dije.

Me pareció que se ponía nervioso. Una enfermedad degenerativa lo había confinado prácticamente a una vida en la biblioteca. Era su mundo privado, y me sentí cruel por expulsarle de allí.

—¿Qué quiere que haga? —me preguntó con cautela.

—Vete al estudio y mira salir las estrellas. Llévate un buen libro.

Miró a su alrededor y se le escapó una pequeña risa.

Mi biblioteca se encontraba en el centro de la Casa Spaeton, y ocupaba dos plantas. El nivel inferior estaba dividido en huecos repletos de estanterías, y la planta superior estaba sostenida por las columnas de esos huecos que daban acceso a más estanterías alineadas contra las paredes. Unas lámparas de brillo suave colgaban de unas delgadas cadenas desde sus anclajes en el techo y lanzaban una luz dorada y cálida por doquier, los atriles de lectura de madera situados en el centro de la planta baja estaban equipados con lámparas individuales que generaban pequeños campos de luz azul más intensa.

El sitio era agradablemente cálido, y el aire estaba controlado cuidadosamente para impedir que se produjera un exceso de humedad que pudiera dañar los libros. El ambiente olía a cera para pulir madera y a conservantes químicos, con un leve aroma al ozono producido por los campos de estasis que protegían los ejemplares más viejos y delicados.

En cuanto Psullus se marchó, llevándose consigo una copia de Vicias, de Boydenstyre, hice subirá Medea por la escalerilla de bronce que llevaba a la galería superior y hasta la pesada puerta de la sala de lectura privada situada al otro extremo.

Medea se detuvo al llegar a la puerta y sacó una pistola de agujas glaviana de uno de sus bolsillos.

—Me he traído esto —me dijo—. También era de mi padre, una de las dos que fabricaron especialmente para él.

Lo sabía muy bien. Medea todavía empuñaba las pistolas gemelas cuando entrábamos en combate.

—Déjala aquí fuera —le indiqué—. No es buena idea intentar una conexión a través de un arma. Aunque se trate de una herencia como ésta. El dolor de la muerte se une a ellas, y descubrirás que se trata de algo muy desagradable. La chaqueta será más que suficiente.

Ella asintió y dejó la pistola en una librería cerca de la puerta de la sala de lectura. Entramos y vimos que Vanee ya nos estaba esperando. La pequeña estancia estaba iluminada con la luz de unas velas, y había tres sillas rodeando una mesa cubierta completamente por un paño. Los últimos rayos del sol atravesaban los vidrios de colores de la claraboya.

Nos sentamos. Vanee, un individuo de elevada estatura pero encorvado, con unos ojos amables y de mirada cansada, extendió la chaqueta de color cereza de Midas sobre la mesa. Ya llevaba meditando el tiempo suficiente como para encontrarse cerca del estado de trance, y yo me dediqué a llevar a Medea de forma suave a un estado de calma receptiva.

La sesión de espiritismo comenzó. Se trata de un procedimiento psíquico bastante simple que yo mismo he utilizado numerosas veces para investigaciones y búsquedas. Vanee era el conducto, y canalizaba el poder de la disformidad. Yo utilizaba mi poder mental para que nos mantuviéramos centrados, a partir del punto de transición, la luz de la estancia se hizo fría, casi escarchada. Los objetos sólidos se convirtieron en siluetas translúcidas y borrosas. Las dimensiones de la pequeña sala de lectura se agrandaban y disminuían de forma intermitente.

La chaqueta de Midas, convertida en un jirón de humo de color turquesa, estaba rodeada por el aura que había acumulado a lo largo del tiempo, el eco de su contacto con manos humanas, con mentes humanas.

—Tómala —le dije—. Tócala.

Medea alargó la mano con precaución y rozó con sus dedos el borde del aura, que se abrió y se ahuecó con el contacto.

—Oh —fue lo único que dijo.

Apartamos uno por uno los recuerdos psíquicos que estaban enganchados a la prenda hasta que encontramos a su padre. Midas Betancore, piloto, guerrero, amigo. Sacamos a su fantasma de su escondite.

No se trataba de un fantasma, sino simplemente de una imagen grabada en la chaqueta y que había quedado allí. Una impresión de su padre, de su aspecto, de su voz, de sus emociones. Un lejano rastro de su profunda risa. El ligero aroma de las varitas de lho que le gustaba fumar y de la colonia que solía ponerse. Lo vimos cuando era joven, casi un chaval. Lo vimos en su edad madura, viril, pocos años antes de que le llegara la muerte prematura. Allí, a los mandos del cúter artillado, que también se había convertido en un fantasma, con los circuitos glavianos insertados en la palma de las manos comunicándose en profundidad con los aparatos de control de la aeronave. Allí, al timón de una nave de proa larga. Allí, mientras contemplaba los soles gemelos saliendo por encima de las Colinas Hinchadas de Glavia.

Sentimos su pena ante la muerte de Lores Vibben, pero hice que Vanee pasara rápidamente de largo para ahorrarnos aquel dolor empático. Nos pegamos a él a lo largo de varios combates aéreos emocionantes e intensos, compartiendo su capacidad de disfrutar con sus maniobras increíbles y los derribos de sus enemigos. Lo vimos mientras me salvaba la vida, o la vida de mis compañeros, una y otra vez.

Le escuchamos sentados a una mesa, cuando hacía reír a carcajadas y aplaudir a todos los presentes con un relato picante contado de forma maravillosa. Aquello nos hizo reír a los tres. Lo vimos sentado, en silencio, estudiando con atención un tablero de regicida para intentar averiguar cómo era posible que Bequin hubiera logrado vencerle otra vez. Lo vimos, a través de una nube de banderines de colores, llevara su novia hasta el altar de la Alta Iglesia de Glavia Glavis. Me vi a mí mismo, junto a Fischig, Alizebeth y Aemos, en el primer banco, donde todos estábamos haciendo repicar nuestras campanillas ceremoniales al igual que el resto de los asistentes a la boda.

—¡Esa es mi madre! —susurró Medea.

La mujer con la cara cubierta por un velo que se encontraba al lado de Midas era de una belleza impresionante, exquisita. Jarana Shayna Betancore. Midas siempre tuvo muy buen gusto. Jarana todavía estaba viva, allá en Glavia, una viuda distinguida que dirigía una firma naviera.

—Parece tan joven —añadió Medea.

Había un atisbo de tristeza en su voz. No había vuelto a Glavia para visitar a su madre desde hacía mucho tiempo.

Luego, casi como si nos estuviéramos entrometiendo, vimos a Midas y a Jarana abrazándose a la orilla del lago Taywhie. Midas estaba loco de contento por la felicidad y el nerviosismo.

—¿De verdad? ¿De verdad? —preguntaba una y otra vez.

—Sí, Midas, de verdad. Estoy embarazada de verdad.

Miré a Medea y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí —dije.

—No, quiero ver más —me respondió ella.

—Deberíamos parar —le aconsejé.

Estaba claro que Vaneese encontraba cada vez más cansado. Y, además, sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que nos encontráramos con los recuerdos de Fayde Thuring y de las últimas horas de su vida.

—Deberíamos dejarlo. Estamos...

Me vi interrumpido por el repentino pitido de mi comunicador. Lancé una palabrota en voz alta. Se lo había dicho muy claro a Kircher: nada de interrupciones.

Aquel sonido interrumpió la sesión de espiritismo de forma inmediata. La luz azul relampagueó y desapareció, y la estancia volvió a tener su aspecto habitual con una sacudida repentina que apagó todas las velas y nos hizo salir de la disformidad de una manera dolorosa. Vanee se desplomó sobre la mesa, jadeante y con síntomas evidentes de estar sufriendo. La cabeza comenzó a dolerme con una punzada repentina y aguda. Medea arrastró la chaqueta hasta su pecho y enterró la cabeza entre sus costuras de seda, sollozante. Las paredes estaban sudando.

Maldito Kircher. Las sesiones de espiritismo no deberían interrumpirse de ese modo. Cualquiera de nosotros podría haber resultado dañado de forma grave con un final tan abrupto. Por suerte, tan sólo estábamos emocionalmente confundidos.

Me puse en pie.

—Quedaos aquí —les dije a los dos—. Tomaos unos momentos para recuperaros.

Vanee asintió débilmente. Medea estaba perdida en su propia tormenta de sentimientos.

Salí al exterior y cerré la puerta a mi espalda. Saqué el pequeño intercomunicador del bolsillo y apreté la runa de «Contestar».

—Será mejor que sea importante, Jubal —dije con un tono de voz molesto.

La única respuesta fue la estática.

—¿Jubal? ¿Jubal? Aquí Eisenhorn.

Nada. Luego se oyó un rápido barboteo de unas palabras frenéticas que no pude entender, seguido de la estática de nuevo.

—¿Jubal?

De algún punto lejano, al otro lado de la casa, oí tres chasquidos amortiguados.

Disparos láser.

Empuñé la pistola de agujas que Medea había dejado en la estantería y corrí hacia la puerta de la biblioteca.

Ocho

La caída de la Casa Spaeton
Por nuestras vidas
Sastre, el leal Sastre

Los pasillos de la casa estaban en silencio, con las luces brillando de forma tenue, pero pude distinguir el olor a quemado. Me apresuré a cruzar un pasillo enmoquetado mientras cargaba la pistola de agujas. Treinta proyectiles y una batería cargada por completo. No disponía de otro cargador.

Unas pequeñas luces rojas parpadeaban en las pantallas de los monitores de seguridad que se encontraban en las paredes a intervalos regulares. Me aproximé al que tenía más cerca, abrí la tapa y estaba a punto de apretar el sello de mi anillo contra el lector cuando oí un movimiento.

Alcé la pistola.

Dos doncellas y un criado aparecieron de repente y lanzaron un grito cuando me vieron.

—¡Tranquilos, tranquilos! —les grité yo a mi vez mientras bajaba el arma—. ¡Por aquí, vamos!

Corrieron hacia donde yo estaba y se metieron detrás de unas plantas ornamentales.

—¿Qué está pasando?

Estaban demasiado atemorizados para responder. Vi que la más joven de los tres era la nueva doncella, Litu. Alzó la vista y me miró con unos ojos aterrorizados y llenos de lágrimas.

—¿Litu? ¿Qué está pasando?

—Asaltantes —dijo con voz temblorosa por el pánico—. Asaltantes, señor. Hace sólo unos momentos, una gran explosión de repente en la parte

de arriba de las escaleras, y luego disparos. Vi hombres armados que corrían por todos lados. Vi a un hombre muerto. Creo que era Urben. Creo.

Rocef Urben. Uno de los miembros de mi destacamento de seguridad.

—Le salía mucha sangre por la cara —tartamudeó Litu.

—Los asaltantes, Litu. ¿Desde dónde venían?

—Desde el oeste, señor —dijo el criado, que se llamaba Colyon—. Creo que desde la puerta principal. Le oí decir al señor Kircher que también venían por la parte de los establos.

—¿Viste a Kircher?

—Estaba un poco enfadado, señor, le oí hablar mientras pasaba a mi lado.

Miré a mi alrededor. El olor a quemado se estaba haciendo cada vez más intenso, y pude oír el sonido de nuevos disparos.

—Colyon —le dije—, ¿tienes las llaves de la casa?

—Nunca me separo de ellas, señor —me contestó.

—Eres un buen hombre. Sal por aquí hasta el porche del lado este y luego meteos tú y ellas en los jardines. Dirigios a las plantaciones de árboles frutales y escondeos. ¿Tienes un intercomunicador?

—Sí, señor.

—Si no me pongo en contacto con vosotros en los próximos veinte minutos, intentad salir de aquí. Cuida de ellas, Colyon.

—Lo haré, señor.

Salieron corriendo. Puse mi anillo en el monitor y logré la autorización de acceso. La unidad de la pared iluminó el aire con un pequeño holograma de diagnóstico. Por increíble que me pareciera, establecía que todos los sistemas de seguridad, todos los detectores, todos los escudos del perímetro, estaban apagados. Habían sido desconectados desde la unidad central mediante un código de control autorizado.

—¿Cómo demonios había ocurrido?

—¿Jubal? —Probé de nuevo con el intercomunicador—. ¿Hay alguien? Aquí Eisenhorn. Contesten.

El comunicador que llevaba en la mano contestó esta vez. Era la voz de un hombre, dura como una piedra.

—Eisenhorn. Estás muerto, Eisenhorn.

Bajé hasta las estancias de los sirvientes. Al parecer, todo el mundo había huido. Las puertas estaban abiertas de par en par y unas cuantas sillas aparecían tiradas por el sucio. Las tazas medio llenas de cafeína

seguían calientes. Una partida a medio terminar de regicida en la habitación del mayordomo. Una unidad pictográfica todavía encendida que mostraba una retransmisión en directo desde el estadio de Dorsay. Una varita de lho humeando sobre la moqueta del suelo.

La apagué con el pie.

Descubrí a Urben al pasar una puerta que daba a la pista de la parte oeste. Estaba muerto sin duda alguna. Estaba tirado en el suelo con la espalda casi bloqueando la entrada. Los disparos láser lo habían abierto en canal.

Estaba inclinado sobre él cuando oí pasos.

Tres hombres llegaron por el otro lado de la pista, pero sólo vi a dos de ellos. Se movían con rapidez, con la fluida confianza de asesinos entrenados. Llevaban puesta una armadura de combate compuesta por una cota de malla cubierta de goma, y se tapaban el rostro con máscaras de cartón piedra, del tipo que se puede comprar en Dorsay en época de carnaval. Estaban armados con rifles láser recortados.

Empezaron a disparar en cuanto me vieron, y los rayos se estrellaron contra el quicio de la puerta. Apenas tuve tiempo de ponerme a cubierto de un salto. Pude distinguir los chasquidos y pitidos de sus intercomunicadores personales.

Uno de ellos, que llevaba puesta una máscara con forma de cabeza de carnodonte, entró a la carrera medio agachado, mientras que otro que cubría su cara con una máscara de sirena hacía fuego de cobertura.

Disparé dos veces la pistola de aguja desde el quicio de la puerta y le abrí dos agujeros a la cara del carnodonte. El asaltante se dobló sobre sí mismo y se desplomó al suelo cuando le fallaron las rodillas.

La sirena disparó de nuevo de forma repetitiva. Me coloqué al otro lado del quicio de la puerta.

¡*Para*!, le ordené mentalmente utilizando mi poder psíquico. No hubo reacción por su parte. Estaban protegidos contra aquel tipo de poderes.

Alguien los había preparado a conciencia.

Me quedé agazapado y disparé contra el candelabro. Cuando cayó, la sirena se echó a un lado y lo impacté de lleno con tres agujas, cualquiera de las cuales habría sido un tiro letal. La sirena cayó de espaldas pesadamente y derribó una mesa al desplomarse.

Atravesé el umbral sin darme cuenta de que había un tercer asaltante allí afuera. Sus disparos me rozaron el hombro y me hicieron caer

pesadamente.

Se oyó un fuerte estampido.

Levanté la vista.

—¿Gregor?

Era Aemos.

—Gregor, creo que he encasquillado tu puñetera pistola.

Me puse en pie. Aemos estaba en una puerta cercana trasteando con mi pistola bólter. El tercer asaltante, al que no había visto, había dejado una mella ensangrentada en la pared.

—Dámela —le dije mientras casi se la arrebataba de las manos. Corrí el cerrojo del arma—. Gracias —añadí tras un instante.

Se encogió de hombros.

—Es muy inquietante —me dijo—. Las armas y yo no solemos llevarnos bien y siempre...

—¡Aemos, calla! ¿Qué demonios está pasando?

—Nos están atacando —explicó.

—Aemos, viejo amigo, necesito saber algo más que eso.

—Bueno, lo cierto es que sé muy poco más, Gregor. ¡Bum! nos están atacando. Ni un aviso, nada de nada. Hombres por todos lados. Muchas carreras arriba y abajo y muchos disparos. Creímos que te habían matado.

—¿A mí?

—Lo primero que atacaron fue el estudio. Con una granada o algo así.

—¡Maldita sea! Ven conmigo y quédate cerca de mí.

Subimos a la planta superior. Unas cuantas volutas de humo flotaban en el aire. Empuñaba la pistola de agujas en una mano y la pistola bólter en la otra. Descubrimos a dos miembros del personal de la casa en la parte de arriba de las escaleras. Les habían disparado después de ponerlos contra la pared.

—Oh, es terrible... —murmuró Aemos.

Lo era. Alguien iba a pagar por aquella atrocidad.

La puerta de mi estudio estaba abierta y el humo surgía de su interior.

—Quédate atrás —le susurré a Aemos, y atravesé la entrada de golpe.

La estancia era un desastre. Un cohete o el proyectil de un lanzagranadas disparado desde el prado cercano había destrozado la ventana principal y había convertido la mesa y la silla en astillas. El fresco aire nocturno entraba por el agujero y empujaba al interior de la casa el humo producido por la alfombra y las estanterías en llamas.

Había otros tres asaltantes en el interior de la estancia que estaban saqueando las estanterías llenas de libros e intentando forzar el archivador de documentos. Un hombre con una máscara de payaso estaba metiendo manuscritos, placas y pergaminos de gran valor sacados de un aparador climatizado en un simple saco. Otro, con la cara tapada por una máscara de serpiente, le estaba dando patadas a la vitrina en la que estaba guardada Barbarizadora intentando romper el cristal. El tercero, con una máscara de un sol sonriente, estaba forzando la puerta de mi archivador personal con una palanqueta.

Todos se giraron y empuñaron sus armas.

¡Por el Trono, eran muy rápidos! Yo disponía de la sorpresa y de la iniciativa, pero se movieron como el rayo. El de la serpiente incluso llegó a disparar una ráfaga que me pasó por encima de la cabeza ante de que lo derribara con un disparo de bólter. Su cuerpo golpeó contra la puerta de cristal blindado de la vitrina de la espada y dejó un reguero de sangre mientras se deslizaba hasta el suelo. El payaso fue más lento, y su torso quedó agujereado por varios proyectiles de aguja antes de que pudiera soltar el saco. Simplemente se derrumbó hacia un lado, y su máscara se arrugó y partió cuando se dio de bruces primero contra una estantería, y luego contra otra, antes de llegar al suelo.

El de la cara de sol echó a un lado la palanqueta y se metió de un salto detrás de los restos de la mesa al mismo tiempo que yo rodaba al llegar al suelo después de entrar de un salto y apuntaba de nuevo.

Su ráfaga de rayos láser se encontró de frente con mi lluvia de proyectiles bólter y de aguja. Juro que al menos dos de los proyectiles bólter explotaron en el aire al chocar contra los rayos láser. Pero las agujas atravesaron limpiamente tanto la mesa como a él. Se desplomó hacia atrás, muerto.

Me puse en pie y caminé hacia el extremo destrozado de mi estudio.

Allí fue donde encontré a Psullus. Lo había enviado a aquel lugar tan sólo unas pocas horas antes. Las páginas en llamas de Vidas, de Boydenstyre, estaban esparcidas por doquier. Estaba sentado a mi mesa cuando el cohete destrozó el gran ventanal.

—Por el amor del Emperador... Aldemar... —Aemos se quedó pasmado por aquella visión tan horrible.

En aquellos momentos, yo estaba completamente enfurecido. Me metí la pistola de agujas, que ya casi había agotado la munición, en un

bolsillo y tomé unos cuantos cargadores más para la pistola bólter de una estantería cerca de la ventana.

—Tenemos que salir de aquí, Aemos —dije.

Él se limitó a asentir, anonadado. Recogí el saco que el payaso había estado llenando y se lo entregué.

—Llénalo —le dije—. Tú sabes lo que es valioso. Se apresuró a obedecer.

Tecleé los códigos de seguridad de las vitrinas que contenían a Barbarizadora y al bastón rúnico. Las puertas de cristal blindado se abrieron con un leve siseo.

Pude oír en el exterior un sonido agudo, y distinguí los rayos de luz de unos focos que recorrían la superficie de los jardines y de los prados. Mis atacantes disponían de apoyo aéreo.

Una necesidad final. Abrí mi caja fuerte de vacío y saqué la antigua y maltrecha copia del Malus Codicium. Me la metí en el abrigo, pero Aemos ya la había visto.

—¡Vámonos!

—Un momento —me contestó Aemos mientras metía unos cuantos pergaminos más en el saco antes de echárselo a la espalda.

—Ya estoy listo —dijo.

Me dirigía la puerta, empuñando la pistola bólter en una mano y a Barbarizadora en la otra. Llevaba el bastón rúnico sujeto a la espalda. Pude oír un feroz tiroteo en la parte de abajo, un combate sin piedad.

Mi leal amigo Kirchcr no estaba dispuesto a morir sin presentar batalla.

—Sigúeme —le dije a Aemos.

Sólo habían pasado unos pocos minutos desde que la alarma del comunicador había interrumpido la sesión de espiritismo. El tranquilo encuentro con la sombra de Midas Betancore no parecía algo remoto.

La casa estaba ardiendo. Las llamas llegaban desde el ala este saltando al frío aire nocturno y llenándolo de humo y de cenizas revoloteantes. Nos pusimos a cubierto detrás de una pared situada en el patio trasero de la cocina, y le echamos un vistazo al jardín a oscuras. Tres aerodeslizadores pesados habían aterrizado allí, agazapados como unos insectos negros y relucientes con sus patas extendidas al posarse. Sus escotillas laterales estaban abiertas y las cabinas de mando vacías. Un cuarto aerodeslizador, y luego un quinto, pasaron a baja altura por encima

de nosotros, con los rayos de luz de sus focos registrándolo todo mientras sus cañones acribillaban la parte trasera de la casa con proyectiles de gran calibre.

Cinco aeronaves, y cada una era capaz de transportar a doce individuos armados. Eso significaba que lo que estaba asaltando la casa Spaeton era un pequeño ejército. Alguien quería borrarme a mí y a mi personal del mapa. Alguien quería saquear mis valiosos secretos y artefactos. Y alguien disponía del suficiente dinero e influencia para estar a punto de lograr que todo aquello ocurriera.

Lo cierto es que las defensas automáticas de la residencia debían haber sido capaces de repeler con cierta facilidad el ataque, incluso un ataque de aquella magnitud. Los inquisidores nos hacemos enemigos. Una residencia fortificada es una necesidad laboral.

Pero la Casa Spaeton había quedado abierta de par en par. Sus pantallas, sus cierres de vacío, sus cerrojos, sus detectores de movimiento, los servidores centinelas, los montajes de armas... Todo estaba inerte y fuera de servicio cuando llegaron los atacantes.

Estaba completamente seguro de que se trataba de mercenarios. Extremadamente entrenados, extremadamente motivados, absolutamente implacables. Pero ¿quién los había contratado, y por qué?

Decidí que las respuestas a todas aquellas preguntas tendrían que esperar en cuanto vi otra serie de explosiones por toda la casa que iluminaron el cielo nocturno.

Los establos, que yo utilizaba como garaje y como hangar, acababan de desaparecer hechos pedazos.

—¿Qué te parecen esos vehículos? —me susurró Aemos a la vez que me señalaba las aeronaves del jardín.

Era demasiado arriesgado. Tendríamos que salir y quedarnos al descubierto, y lo más probable era que hubiera alguien de guardia cerca de los aerodeslizadores. Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿el muelle del lago? —me sugirió—. Quizá no han llegado hasta los botes.

—No, lo tienen todo planeado. Conocían la distribución de las habitaciones, sabían que debían destruir los establos. Tenían información de todo este lugar, por dentro y por fuera.

Entramos de nuevo en la casa atravesando la cocina y el pequeño huerto de vegetales hasta llegar a la despensa que se encontraba detrás del

comedor. Las columnas de humo se elevaban en el aire como colgaduras de seda. Me quedaba una última vía de escape, una que yo creía que ellos no conocían, que no podían conocer.

Barbarizadora se estremeció en mi mano, y supe que se acercaba alguien. Puse a Aemos detrás de mí.

Dos siluetas aparecieron ante nuestros ojos. Una era Eleena Koi, la intocable asignada a la casa. Llevaba a cuestas a Xel Sastre, uno de los hombres de Kircher. Lo habían herido en un hombro y en un brazo.

—¡Eleena! —susurré con un siseo fuerte.

—¡Señor! ¡Gracias al Emperador! ¡Pensábamos que lo habían matado!

Su delgado rostro estaba tenso por el pánico y la sangre de Sastre le había manchado toda la túnica de epinchiro.

Eché un rápido vistazo a las heridas de Sastre. Eran graves, pero sobreviviría si podíamos llevarlo a un hospital.

—¿Has visto a alguno de los otros? ¿A Kircher? ¿Has visto a Kircher?

—Lo vi morir —dijo Sastre—. Nos estaban obligando a retroceder y se quedó para defender el salón principal. Se llevó por delante a veinte de esos cabrones.

—¿Estás seguro de que...?

—Lo hicieron volar en mil pedazos, pero no antes de que se cargara a media docena. Me dijo... me dijo que fue Kronsky quien les dejó entrar.

—¿Qué?

—Kronsky. El tipo nuevo que contrató el mes pasado. Nos ha traicionado a todos. Apagó el sistema de defensa.

Un trabajo de infiltración, tal como me había temido. Kircher había contratado a Kronsky de buena fe, y sin duda había examinado escrupulosamente su vida pasada e incluso lo habría sometido a un examen psíquico de su mente. Y yo le di la bienvenida a Kronsky a mi casa. Mi respeto por los recursos, la habilidad y la preparación de mi desconocido enemigo creció todavía más.

Un aerodeslizador pasó aullando cerca de la casa, y el sonido de sus disparos esporádicos hizo que se estremecieran los cristales de las ventanas.

—¿Podéis mantener el ritmo? —les pregunté a Eleena y a Sastre. Ambos asintieron.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Eleena.

—Saldremos por el comedor, luego cruzaremos rápidamente el jardín de las rosas hasta llegar a los árboles frutales situados detrás del laberinto. Después, giraremos hacia el sur, llegaremos a la valla principal y luego hasta la carretera principal que lleva al bosque.

Había descrito un trayecto de unos dos kilómetros, pero nadie se quejó. Sabíamos que quedarnos allí era un suicidio.

Quise probar con mi comunicador de nuevo para ponerme en contacto con Medea, pero sabía que era inútil. Los asaltantes tenían cubiertos todos los canales, así que en vez de eso utilicé mi poder mental.

Medea... Medea...

Me sorprendí cuando la respuesta me llegó de forma casi inmediata. Se trataba de Vanee.

Estamos justo fuera del pugnaseum. Medea va a intentar apoderarse de una de las aeronaves.

¡No! ¡Deténla, Jekud! Están demasiado vigiladas. Dile a Medea «El roble de la tormenta». Ella entenderá lo que significa. Si llegamos allí los primeros, os esperaremos todo el tiempo que podamos.

El comedor estaba a oscuras, y el suelo de madera estaba cubierto de cristales rotos. Las ventanas habían saltado hechas pedazos, y las cortinas se movían al compás del viento nocturno.

Llegamos hasta las ventanas. En el exterior, el jardín de las rosas estaba en silencio y sombrío. La luz de las llamas arrojaba largas sombras sobre el césped inmaculado.

Nos agachamos de nuevo cuando un aerodeslizador pasó por encima. Se detuvo justo sobre el jardín con los motores aullando, y los chorros de empuje azotaron el césped. Estaba tan cerca que pude distinguir el chasquido y los pitidos del intercomunicador de la cabina del piloto. Súbitamente, el foco apuntó hacia nosotros, y unos cegadores rayos de luz blanca helada iluminaron el comedor. Los restos de cristal relucieron como estrellas de una constelación.

El aerodeslizador se marchó rugiendo de forma abrupta y sobrevoló el resto de la casa.

—¡Vámonos! —dije con un fuerte siseo.

Cruzamos el jardín a la carrera. Aemos se mostró sorprendentemente ágil, pero Eleena tenía que cargar con Sastre. Retrocedí hasta ellos y la

ayudé a llevarlo. El no hacía más que disculparse, e insistía en que lo dejáramos atrás.

Era un buen hombre.

Llegamos al borde del plantío de árboles frutales y nos adentramos desapareciendo bajo su sombra, siguiendo la parte trasera del laberinto. El aire estaba cargado de suaves aromas de fruta madura y del penetrante olor de la alheña de las plantas del laberinto. Las polillas y los insectos nocturnos revoloteaban en la penumbra.

Cuando ya estuvimos bien adentrados entre los árboles frutales, a unos setenta metros de la casa, nos detuvimos para recuperar el aliento. El ruido de los disparos y de los gritos todavía llegaba desde mi residencia. Miré a mi alrededor, procurando no fijar la vista en el resplandor de los incendios para no perder mi visión nocturna y así poder ajustar mis ojos a la penumbra existente bajo los árboles. Eran manzanos, tumineros y ploineros, plantados en filas ordenadas. La corteza blanca de los tumineros brillaba como nieve en la semioseuridad, y algunos de los primeros grupos de ploineros habían sido envueltos cuidadosamente en plástico para impedir que los pájaros los picotearan. Yo había estado pocos días antes bromeando con el personal más joven de la casa mientras recogíamos fruta. Altwald había estado con nosotros colocando las bolsas alrededor de los ploineros, cada vez más gordos y maduros. Aquella noche, Jarat había servido una deliciosa tarta de tumineros.

Jarat. Me pregunté qué le habría pasado. Nunca lo descubrí.

Sastre se puso tenso y alzó su pistola láser al descubrir que algo se movía en la cercanía, pero tan sólo se trataba de un servidor-jardinero que avanzaba por el surco entre los árboles frutales rociándolos de pesticidas totalmente ajeno a la matanza que se estaba produciendo cerca de él. Simplemente obedecía su programación nocturna.

Comenzamos a avanzar de nuevo, pero cuando miré hacia atrás, pude distinguir bastantes siluetas que salían por las ventanas rotas del comedor y que se desplegaban por el jardín de rosas.

Les indiqué a mis tres compañeros que avanzaran y yo retrocedí un poco. Permanecí lo más oculto posible por si el enemigo estaba equipado con lentes de visión nocturna o con detectores de movimiento.

Me acerqué al servidor por detrás, le abrí el panel trasero mientras seguía moviéndose con lentitud y programé unas nuevas órdenes en el teclado. Cambió de rumbo y se dirigió hacia el jardín de rosas, variando su

aproximación tan sólo para esquivar a los árboles. Había incrementado su velocidad de movimiento.

Ya estaba casi de regreso con los míos cuando oí los primeros disparos. Los asaltantes se habían visto sorprendidos por la repentina aparición del servidor. Con un poco de suerte, los retrasaría o incluso los despistaría. Si habían estado siguiendo nuestro movimiento, quizás el servidor les convencería de que era lo único que habían detectado.

Seguimos caminando hasta que nos alejamos bastante de la pared del laberinto cuando ya habíamos dejado atrás el plantío de árboles frutales. Cruzamos varios prados oscuros de hierba muy crecida avanzando con torpeza. La única luz de la que disponíamos era el brillo en el ciclo provocado por el incendio de la Casa Spaeton.

Giramos hacia el sur, o lo que aproximadamente creíamos que era el sur. Seguíamos estando en mi propiedad (de hecho, la tierra que aparecía en el registro se extendía varios kilómetros a la redonda), pero se trataba de bosques sin limpiar y de terreno sin cultivar, lleno de matorrales. Pude oír el mar, tentadoramente lejos de nuestro alcance, más allá de la península que se extendía a nuestras espaldas.

Me pregunté lo lejos que podríamos llegar antes de que nuestros atacantes acabaran de registrar la casa y se dieran cuenta de que me había escurrido entre sus dedos.

Nos apresuramos durante otros veinte minutos, y pasamos por claros ocupados tan sólo por esbeltas hayas y fintles nudosos. El suelo estaba repleto de ortigas. Llegamos a una zanja de regadío llena de agua, y tardamos bastante rato en hacer cruzar a Sastre al otro lado.

Distinguí la zanja del perímetro y la carretera que estaba al otro lado. Más allá, al otro lado de la carretera, se podía ver los grandes bosques vírgenes, los bosques propios de Gudrun, que todavía cubren dos terceras partes del planeta, intactos y tranquilos incluso desde que llegaron las primeras colonias para establecerse allí.

—Ya casi hemos llegado —susurré—. Vamos.

Siempre andas tentando al destino, Eisenhorn. Tentando al destino.

Los disparos de rifle láser surcaron el aire sobre nuestras cabezas. Sólo algunos al principio, y luego muchos más, procedentes al menos de cuatro puntos distintos. Bajaron su punto de mira y los disparos de color naranja brillante segaron los matojos de ortigas, lanzando al aire una

lluvia de pulpa y de savia. La aulaga seca y los arbustos de fintle se estremecieron y estallaron en llamas.

Una bengala surcó el aire, brillante como una estrella, y nos condenó a todos con su luz delatora.

—¡La valla! ¡Vamos!—exclamé.

A nuestra espalda, iluminados por la luz de la bengala, pude distinguir unas siluetas oscuras que avanzaban a través de los matojos de ortigas y que surgían de entre los árboles. De vez en cuando, alguna de las siluetas se detenía, alzaba su arma y nos lanzaba varios disparos cegadores.

Más a lo lejos, justo donde se alzaba la brillante pira que había sido la casa Spaeton, vi dos puntos de luz blanca que se elevaban en el aire y se alejaban del incendio. Los aerodeslizadores, llamados por los asaltantes, se acercaban en nuestra dirección, iluminando con sus focos los prados y los trozos de bosque por los que pasaban.

Llegamos por fin a la valla. Concentré mi furia en Barbarizadora y abrí de un tajo un agujero de unos dos metros de ancho.

—¡Venga, pasad! —les grité.

Aemos pasó por el hueco. Sastre tropezó y se cayó, soltando a Eleena. La hice pasar también a ella por el hueco y regresé a por el herido.

Sastre había apuntado su pistola láser contra nuestros atacantes y les estaba disparando. Estaba sentado con la espalda apoyada contra la valla. Recuerdo que ya había abatido a dos de los asaltantes, unas siluetas que se esforzaban por avanzar a través de los matojos y de los arbustos a unos cincuenta metros de donde nos encontrábamos.

—¡Váyase, señor! —me dijo.

—¡No sin ti!

—¡Váyase, maldita sea! ¡No llegarán muy lejos a no ser que alguien les retrase!

Una lluvia de disparos láser cayó a nuestro alrededor, abriendo agujeros en la valla y levantando surtidores de tierra húmeda. Me vi obligado a darme la vuelta y a desviar varios disparos con Barbarizadora. La espada zumbó y se estremeció al absorber aquella energía.

—¡Váyase! —me gritó Sastre de nuevo.

Me di cuenta de que lo habían alcanzado de nuevo y que intentaba ocultarlo. Tosió y escupió sangre.

—No puedo dejarte así...

—¡Por supuesto que no puede! —me cortó en seco—. ¡Deme una puta arma! Esta maldita pistola tiene la batería energética casi descargada.

Me agaché a su lado y le entregué mi pistola bólter y los cargadores de recambio que llevaba.

—El Emperador te recordará, incluso si yo no sobrevivo esto —le dije.

—Será mejor que sobreviva, señor, o estaré malgastando todo este esfuerzo.

No había tiempo para decir nada más, ni siquiera para estrecharnos las manos. Empecé a oír el rugido de los disparos de la pistola cuando estaba empezando a atravesar la valla.

Eleena y Aemos me esperaban al otro lado de la carretera, en la linde del bosque. Me reuní con ellos y echamos a correr hacia la oscuridad, tropezando con raíces retorcidas, subiendo cuestas embarradas, rodeados por la negrura del bosque primigenio.

Los disparos de la pistola bólter continuaron sonando durante un rato. Luego, todo quedó en silencio.

Que el Dios-Emperador haya concedido el descanso eterno a Xel Sastre y que descanse en paz.

Nueve

El Roble de la Tormenta
El regreso
Midas se sentiría orgulloso

Nos lanzamos durante casi una hora a recorrer la gran oscuridad del bosque, ciegos y desesperados. Perdimos de vista el tremendo incendio de la casa en lo que nos pareció un alarmantemente corto período de tiempo. El bosque, espeso y ancestral, lo tapó por completo.

—¿Nos hemos perdido? —murmuró Eleena con voz temblorosa.

—No —la tranquilice.

Kircher, Medea y yo habíamos pasado muchas horas cazando y explorando aquellos bosques casi vírgenes, y conocía esa zona bastante bien, aunque debido a la oscuridad había una atmósfera de misterio y de falta de familiaridad.

Me fijaba en la existencia de ciertos puntos de referencia de vez en cuando: un saliente de roca parecido a un diente, un árbol viejo, una ondulación en el terreno. Normalmente, reconocía aquellas señales cuando estaba justo encima de ellas, y tardaba un momento en orientarme de nuevo.

Unos aerodeslizadores pasaron dos veces por encima de nosotros, y los haces de luz de sus reflectores intentaron atravesar el denso follaje de los árboles. Si hubieran tenido detectores de calor, habríamos muerto, pero nos estaban dando caza tan sólo con aquellos reflectores. Por fin, pensé con un cierto alivio y alegría, mi enemigo había cometido un error.

Llegamos al roble.

Medea lo había bautizado con el nombre de Roble de la Tormenta. Ya tenía varios centenares de años de vida cuando llegó el rayo que lo mató y lo dejó convertido en un gigante partido y sin hojas, como si fuera la torre medio destruida de un castillo. La corteza se desprendía poco a poco de la

madera muerta, y la zona a su alrededor estaba repleta de larvas y de escarabajos. El árbol había crecido sobre una zona agujereada del terreno contigua a un pequeño terraplén de veinte metros de alto. El roble medía unos cincuenta metros de alto desde su enorme masa de raíces parcialmente al aire hasta su extremo destrozado por el rayo, y su tronco tenía un diámetro de unos quince metros.

Me metí en el agujero bajo sus raíces. Cuando el rayo lo sacudió, muchos años atrás, había arrancado en parte al enorme árbol del suelo, lo que había creado una pequeña caverna bajo esas mismas raíces. La húmeda abertura era como una capilla formada de modo natural, y sus raíces actuaban como las vigas del techo. Me habían dicho que los anteriores propietarios de la casa Spaeton la utilizaban para sus ceremonias privadas.

Medea y yo decidimos utilizarla como hangar.

Nadie más conocía su existencia, sólo Kircher. Todos habíamos estado de acuerdo en que se trataba de un lugar secreto y solitario donde guardar una aeronave de pequeño tamaño. Un refugio. No pienso que en ningún momento pensáramos que algo realmente malo nos podía pasar en la Casa Spaeton, algo como lo que había ocurrido aquella noche, pero se nos ocurrió que era una buena idea disponer de un transporte oculto a las miradas de todo el mundo.

El transporte en cuestión era una aeronave monocasco con turbopropulsores, fabricado de modo artesanal en Urdesh. Ligera, veloz, extremadamente maniobrable. Medea la había comprado diez años antes, cuando estaba aburrida, y la guardó en el hangar principal de la Casa Spaeton, hasta que una noche, cuando nos encontrábamos fuera efectuando una investigación, varios de los miembros más jóvenes del personal de la casa decidieron darse una vuelta con ella, ya que era mucho más deportiva que las grandes aeronaves y los pesados aerodeslizadores de nuestra propiedad.

Repararon los daños antes de que regresáramos, pero Medea se dio cuenta de lo sucedido. Hubo una seria reprimenda.

Unas semanas más tarde, cuando descubrimos el Roble de la Tormenta durante una expedición de caza, y pensamos en la posibilidad de tener un vehículo de escape, Medea decidió llevarse allí la aeronave. Nunca pensamos realmente que tuviéramos que utilizarla para huir. Tan sólo era una excusa para mantenerla alejada de los envidiosos jóvenes.

Retiré la lona impermeabilizada y abrí la escotilla. El interior de la cabina de mando olía a cuero y a la leve humedad del bosque.

La aeronave, de unos seis metros de largo y con un acabado de color gris pizarra, tenía una cabina en forma de cuña que se estrechaba hasta llegar a una cola corta en forma de V. Estaba impulsada por tres unidades turbopropulsoras, una situada justo detrás de la cabina como empuje principal, y las otras dos montadas en unas alas cortas que salían a cada lado del lecho de la cabina. Las unidades de las alas estaban montadas sobre engranajes, de modo que pudieran girar para proporcionar control tanto de altitud como de rumbo. La cabina era cómoda, con tres filas de asientos: un asiento único para el piloto, dos asientos de respaldo alto para los pasajeros y un simple banco de estilo funcional detrás de éstos apoyado justo en la pared trasera de la cabina.

Me senté en el puesto del piloto y me abroché el arnés. Efectué la comprobación previa al despegue para encender los sistemas mientras Eleena y Aemos se sentaban en los dos asientos situados detrás de mí. El panel de instrumentos brilló con un resplandor verde y oímos un largo zumbido en aumento mientras los turbopropulsores comenzaban a girar.

Eleena cerró la escotilla. La alfombra de hojas secas que cubría el suelo de la cavidad formada por las raíces empezó a deshacerse y a revolotear por el aire.

No habíamos oído nada de Vanee desde que habíamos entrado en el bosque. Utilicé mis poderes psíquicos para llamarlos e insistirles en que se dieran prisa. No hubo respuesta.

Las células energéticas de la aeronave mostraban que estaban cargadas en un setenta y cinco por ciento. No vi ninguna runa señalizadora de alerta o de avería en el panel de diagnóstico. Efectué una comprobación final. El aparato estaba armado con una lanza láser ligera, colocada de un modo discreto en una montura fija bajo el morro. Nunca la habíamos utilizado, y los instrumentos mostraban que estaba apagada. Introduje un código para activarla, pero la pantalla me indicó que estaba desconectada para mayor seguridad y que no se encontraba en estado funcional.

Salí de nuevo mientras los turbopropulsores seguían girando y me dirigí al morro de la aeronave. Me agaché para mirar la montura del arma. La lanza, que era poco más que un tubo estrecho, tenía la punta cubierta con un tapón de goma para impedir que entrara la suciedad. Tiré del tapón hasta quitarlo. Al sacar aquel obturador de seguridad, rompí un cable de

enganche que dejaba a la vista una clavija y permitía tirar de ella. La lanza ya estaba preparada.

Entré de nuevo en la cabina de mando, cerré la escotilla y eché un vistazo a los instrumentos. El indicador del arma mostraba que estaba encendida, y activé la función de alimentado para cargar sus células de disparo.

Acababa de terminar cuando lo sentí.

—Señor, ¿qué ocurre? —gritó Eleena cuando lancé un jadeo y me incliné hacia delante.

—¿Gregor? —me preguntó Aemos con un tono de voz alarmado.

—Estoy bien... ha sido Vanee.

Un breve aullido psíquico procedente de la casa. Un psíquico herido.

Intenté ponerme de nuevo en contacto con él, pero no noté nada excepto una sensación borrosa de angustia de trasfondo. Un momento después oía su mente instando a Medea que corriera, que corriera y no mirara atrás.

Lancé un gemido cuando otra oleada de dolor azotó el espectro mental.

—¡Por el Dios-Emperador! ¡Maldita sea! —casi grité, e hice avanzar la aeronave.

Los turbopropulsores aullaron. Nos vimos rodeados inmediatamente por un torbellino formado por hojas secas y ramitas muertas que repiquetearon y rebotaron contra el fuselaje y las ventanillas. Me elevé unos cuantos centímetros para alejarme del suelo, con los turbopropulsores de las alas apuntando hacia abajo por completo, y nos dirigimos a la salida de la caverna del Roble de la Tormenta con un impulso mínimo.

Mantuve vigilado el escáner de proximidad, que parpadeaba en rojo al detectar la cercanía de la estructura que nos rodeaba. En cuanto indicó que la punta de la cola ya había pasado por debajo de la cornisa formada por las raíces, aumenté el impulso elevador y ascendimos, llevándonos con nosotros los remolinos de hojas del claro.

Subimos y giramos lentamente, una, dos veces, para permitir que el escáner de reconocimiento de terreno registrara la zona. Luego alineé la aeronave hacia un punto concreto.

—Estoo, ¿Gregor? —me dijo Aemos al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante y señalaba por encima de mi brazo izquierdo la

esfera luminosa de la brújula—. Nos dirigimos hacia el norte.

—Sí.

—Estoo, aahh , no hace falta que te diga que hemos venido desde el norte.

—No. Lo siento. Vamos a regresar.

Bajé el morro, los propulsores de las alas giraron hasta colocarse en una posición de tres cuartos de empuje horizontal y el aparato se adentró en la oscuridad a toda velocidad.

Avancé por encima del bosque a una velocidad de unos veinte nudos con las luces apagadas. La visibilidad era prácticamente cero, así que piloté utilizando una combinación de auspex y de escáner de proximidad, leyendo las imágenes fantasmales de color verde y ámbar de los troncos de los árboles y de las ramas a medida que se acercaban, pasando por el lado y por abajo. De vez en cuando apuraba demasiado, y la alarma de colisión sonaba en cuanto algo de color rojo vivo aparecía en la pantalla. Hubo muchos momentos en los que estuve a punto de chocar, pero sólo una vez di contra algo: una rama pequeña que se partió, gracias al Emperador. Aemos y Eleena soltaron un grito involuntario.

—Relajaos —les indiqué.

Habríamos avanzado mejor, y con mayor seguridad, por encima de las ramas de los árboles, pero quería permanecer oculto todo el tiempo que pudiera.

Intenté en vano ponerme en contacto de nuevo con la mente de Vanee.

Esquivamos por los pelos una rama baja de gran tamaño y llegamos a una larga pendiente situada bajo los árboles. El auspex me mostró que habíamos llegado prácticamente al lindero del bosque. La carretera estaba justo delante de nosotros.

Pude ver luz a través de los primeros árboles, una luz palpitante. Otra bengala. Corté la propulsión y me quedé flotando en el aire con los turbopropulsores orientados hacia abajo.

Podía ver con claridad la carretera, la valla, los prados y los campos llenos de arbustos y matojos al sur de la Casa Spaeton que habíamos cruzado a pie para poder escapar. Toda la zona estaba bañada por una luz fría y gris, una iluminación parpadeante producto de la bengala que ya se estaba apagando. Unas siluetas negras, docenas de ellas, estaban atravesando con esfuerzo el terreno lleno de vegetación desplegadas en una línea, buscando algo.

Medea, exclamé mentalmente para llamarla. No podía contestarme, ya que no tenía poderes psíquicos, pero recé para que pudiera sentir mi llamada.

Medea, estoy cerca.

Se produjo una repentina explosión de movimiento hacia el noroeste, alrededor de un grupo de árboles, y el resplandor de disparos láser. Otras dos bengalas surcaron el aire, convirtiendo al paisaje en un panorama de ángulos duros en blanco y negro. Los asaltantes comenzaron a acercarse al grupo de árboles.

Tenían a alguien acorralado, atrapado. Supe de forma instintiva que se trataba de Medea.

Hice avanzara la aeronave sin encender todavía las luces, pasando a baja altura por encima de la carretera y de los prados más exteriores. El impulso de los turbopropulsores abrió un surco temporal en la hierba. Las siluetas se giraron a medida que yo las sobrevolaba. Pude distinguir máscaras de carnaval a la luz de las bengalas.

Me ceñí al terreno y seguí dispersando a algunos de los asaltantes mientras me apresuraba a llegar al bosquecillo. El resplandor de los disparos láser comenzó a llegaren mi dirección.

Levanté con el pulgar la tapa de cobertura del botón de disparo de la palanca de mando. No existía un sistema de puntería para la lanza láser excepto la propia aeronave. Si el aparato estaba encarado hacia un punto, también lo estaba el arma.

Apreté el botón.

La lanza disparó un rayo continuo mientras mantuve apretado el botón. No tenía opción de disparo único o de ráfaga. Una línea de luz amarilla brillante, poco más gruesa que un lápiz, surgió de debajo del morro y segó los matojos cercanos al bosquecillo. Vi salir disparado barro y restos de plantas del surco que abrió en el suelo. El morro de la aeronave estaba demasiado inclinado. Me estaba quedando corto. Levanté un poco la parte delantera del aparato y disparé de nuevo.

Dos de los asaltantes se desplomaron al suelo después de ser cortados por la mitad por el rayo. Varios árboles jóvenes y un fintle maduro del borde del bosquecillo cayeron al suelo entre una lluvia de hojas. Era difícil apuntar con la aeronave moviéndose constantemente.

Me quedé flotando a unos veinte metros del grupo de árboles. Numerosas salvas de disparos nos tenían ya como objetivo. El aparato se

estremeció cuando recibió varios impactos en la parte inferior del fuselaje.

Disparé por tercera vez, manteniendo la aeronave estabilizada en paralelo con el terreno y la hice girar suavemente de izquierda a derecha mientras mantenía apretado el botón de disparo. Los asaltantes tuvieron que tirarse al suelo para esquivar el rayo de luz letal que pasó por encima de ellos. Unos cuantos no lo consiguieron. La lanza simplemente los cortó por la mitad, atravesando carne, hueso y armadura. Supongo que debí acertarle a una batería de energía o a una bolsa de granadas, porque uno de ellos estalló en mil pedazos.

Nuevos disparos resonaron contra la parte posterior del fuselaje. Avancé de nuevo y giré por el oeste del grupo de árboles.

Vi a Medea en el auspex. Estaba corriendo para alejarse del bosquecillo por el lado norte, y había quedado al descubierto. Tardé unos instantes en poder distinguirla a simple vista. Tan sólo era una mancha entre las hierbas. Una mancha brillante. Llevaba puesta la chaqueta de color cereza de su padre. Me di cuenta de que se había puesto al descubierto para darme la oportunidad de posarme y recogerla. Los delgados árboles del bosquecillo estaban demasiado juntos.

Los disparos láser la persiguieron. Se giró para disparar con su pistola, pero sin dejar de correr.

¡Estás al descubierto! ¡Tírate al suelo!

Vi que se daba la vuelta para ver dónde estaba. Un instante después, un impacto de rayo láser la hizo caer de bruces al suelo.

—¡*Medea*! —Aceleré al máximo, aplastándonos contra los asientos —, ¡Aemos! ¡Prepárate para abrir la escotilla lateral!

Me acerqué tanto como pude a la zona de arbustos donde Medea había caído. El chorro de empuje de los turbopropulsores podía causarle heridas graves. Saltamos con fuerza en nuestros asientos cuando posé el aparato. Dejé la velocidad a cero mientras Aemos abría la escotilla, pero era un hombre mayor, era lento, y estaba atemorizado. Eleena no podía salir porque él se lo impedía.

Me asomé, hice que Aemos se sentara de nuevo y bajé de un salto. Aterricé sobre las ortigas húmedas y los gruesos tallos de fex. El frío del aire nocturno me sorprendió. Otra bengala estalló por encima de nosotros, y me di cuenta de que los chasquidos que oía eran los rifles enemigos que disparaban en mi dirección.

Corrí hacia delante, buscando a Medea.

—¡Medea! ¡Medea!

Al estar en el suelo, era casi imposible adivinar en qué punto exacto de todo aquel mar de hierba que llegaba hasta los muslos había caído.

—¡Medea!

Un rayo láser cortó el aire a mi izquierda. El más cercano de los asaltantes, que estaba atravesando a la carrera el prado, estaba tan sólo a una escasa decena de metros de mí.

Me di cuenta de que estaba desarmado. Le había entregado mi pistola bólter a Sastre, y Barbarizadora y el bastón rúnico se encontraban en la aeronave, a mi espalda.

No. Tenía la pistola de agujas de Medea. Todavía estaba en el bolsillo de mi abrigo. La saqué y disparé apuntando con las dos manos.

Mi primer disparo acertó de lleno al atacante más cercano, quien cayó de espaldas sobre la hierba. Mi siguiente tiro hirió a otro, que también desapareció entre las hierbas.

Miré el indicador mecánico de la pistola de agujas. Tan sólo me quedaban dos proyectiles.

Me agaché y empecé a registrar la hierba alta con un frenesí cada vez mayor mientras los disparos pasaban cada vez más cerca.

—¡Medea!

Y allí estaba, boca abajo sobre la espesa maleza. Distinguí un agujero chamuscado y ensangrentado en la parte posterior de su chaqueta de seda.

La levanté y coloqué su cuerpo inerte sobre uno de mis hombros. La pistola automática que había estado utilizando cayó pesadamente de su mano.

Me incliné y la recogí. El cargador estaba medio lleno.

Me giré procurando que ella no se cayera y disparé la pistola con furia contra el enemigo que se aproximaba, disfrutando del gratificante rugido y retroceso de la potente arma de proyectiles sólidos. Las pistolas de aguja son unas armas elegantes y letales, pero con ellas apenas se nota que estás disparando.

Aquella arma, de cromo y cañón achatado, saltaba en la mano como un yurf enloquecido y los casquillos de bronce silbaban en el aire al salir despedidos de la recámara.

Eché a correr hacia nuestra aeronave, esperándome un tiro la espalda en cualquier momento, oí disparos láser cercanos, pero no procedían de un lugar a mi espalda. Eleena Koi estaba asomada por la escotilla lateral del

aparato y me estaba cubriendo con una pistola láser que yo no sabía que llevaba encima. Aemos se había colocado en la parte posterior, en el banco de atrás, lo que le había permitido a Eleena llegar hasta la abertura de la escotilla.

Aemos sacó los brazos y cogió a Medea. Eleena le ayudó, y entre los tres la metimos en la parte posterior, al lado de Aemos.

Deseaba con todas mis fuerzas que no estuviera muerta. Eleena disparó una última vez y se metió de nuevo en el asiento de los pasajeros. Entré de un salto y le grité que cerrara la escotilla.

No tenía tiempo de ponerme el arnés. Numerosos disparos se estrellaron contra el flanco de la aeronave. Una de las ventanas se hizo añicos. En el interior del fuselaje comenzaron a aparecer impactos que arrojaron fragmentos del casco por doquier.

Hice que la aeronave se elevara, y nos dirigimos hacia los asaltantes que se nos acercaban.

Creo que dije algo muy poco educado, aunque no estoy seguro, cuando apreté el botón de disparo. Algo así como: «Tragaos esto, cabrones».

Lo cierto es que me parece que no le acerté a ninguno, pero, por el Trono, se echaron al suelo de inmediato.

—¡Señor! —me gritó Eleena por encima del aullido de los turbopropuIsores.

Una bola de luz se estaba acercando a nosotros por el otro lado del bosquecillo. No podía distinguir al aerodeslizador, tan sólo el rayo de su reflector brillando como una enana blanca en el cielo nocturno.

Hora de irse.

Mantuve la nave en vuelo rasante, pero me alejé hacia el sur por encima del prado a toda velocidad, y sin dejar de acelerar.

Ibamos a cuarenta o cuarenta y cinco nudos por hora cuando llegamos cerca de la carretera y del lindero del bosque.

Sopesé todas mis opciones en cuestión de un momento. Podía volar algo más alto, por encima de los árboles, y convertirme en un objetivo fácil para cualquiera que me estuviera persiguiendo. Atravesar el bosque con las luces apagadas y reducir enormemente la velocidad. Atravesarlo con las luces encendidas.

Escogí la tercera opción.

Encendí los reflectores de la aeronave e iluminé una zona triangular por delante de nosotros. Incluso con las luces encendidas, el auspex y la alarma de proximidad, aquella opción era casi un suicidio, a los pocos segundos, después de esquivar por poco un choque frontal con un abeto, tuve que reducir la velocidad a treinta nudos.

—¡Va a matarnos! ¡Va a matarnos! —gritó Eleena con voz gimoteante.

—¡Silencio!

Las negras siluetas de los árboles pasaban zumbando a ambos lados, obligándome a girar y a virar de forma abrupta, una y otra vez, doblando a la derecha, luego a la izquierda, y de nuevo a la derecha. Las ramas, algunas tan gruesas como árboles jóvenes, pasaban por encima de nosotros como arcos o por debajo como puentes. Pasamos bastantes veces simplemente atravesando el dosel de hojas y ramas, y la alarma de los motores se encendía mientras los turbopropulsores se esforzaban por eliminar los restos que estaban a punto de apagarlos. Las señales de la pantalla del escáner estuvieron casi siempre en rojo.

Eleena comenzó a rezar una oración imperial.

—¡Reza por todos nosotros! —le dije de forma abrupta—. ¡Aemos! ¿Cómo está Medea?

—Está viva, gracias a las estrellas, pero no respira bien. Quizá tiene un pulmón perforado, o una cauterización interna. Gregor, necesita un médico.

—Tendrá uno. Ponla todo lo cómoda que puedas. Hay un botiquín en la casilla a tu espalda. Véndale la herida.

Aparte de ser casi un suicidio, volar por la noche a toda velocidad a través de un bosque espeso era desconcertante. El solo hecho de estar concentrado esquivando constantemente los árboles para evitar chocar me hacía perder la orientación. Unos cuantos giros a la izquierda nos ponían en dirección este. Corregir aquello y virara la izquierda para esquivar a un roble nos ponía con rumbo al oeste. Avanzábamos en zigzag a través del bosque, y zigzaguear no es el modo más rápido de escapar.

Al menos cuatro de los cinco aerodeslizadores que había visto durante el ataque nos estaban persiguiendo. Dos de ellos nos estaban siguiendo directamente a través de los árboles, a unos quinientos metros por detrás. Los otros dos se habían elevado y volaban por encima de las

copas de los árboles, por lo que avanzaban con mayor rapidez en un esfuerzo por adelantarnos.

Eran vehículos de modelo militar. Era en lo más que me había podido fijar en el breve vistazo que les eché mientras estaban posados en el jardín. Tenían motores más potentes que los turbopropulsores urdeshitas. También eran más grandes y estaban mejor blindados. Llevaban sus cañones montados en soportes al lado de las escotillas, lo que significaba, básicamente, que podían disparar en cualquier dirección, y no sólo hacia delante. No tenían por qué apuntar con el morro a su enemigo.

El auspex comenzó a repiquetear y vi un rayo de luz blanca a través de las copas de los árboles que teníamos encima, como si fuera la luz del sol atravesando unas nubes bajas. Uno de los aerodeslizadores que sobrevolaba el bosque nos estaba alcanzando.

Giré y viré de un lado a otro, no tanto por perderle como por evitar una destrucción inmediata contra el tronco de algún árbol. Pude ver el suelo del bosque saltar por los aires cuando el artillero del aerodeslizador empezó a disparar contra nosotros.

De modo que viré bruscamente inclinando un ala alrededor de un árbol de tronco inmenso y salí disparado hacia el oeste. Las luces que nos sobrevolaban desaparecieron por un momento, pero luego reaparecieron a toda velocidad por babor y avanzando en paralelo a nosotros. Un árbol, que surgió y se esfumó en un instante por estribor, perdió parte de su corteza por una ráfaga que pasó en diagonal.

Malditos cabrones. Estaba bastante seguro de que no disponían de instrumental capaz de detectar el movimiento o las fuentes de calor. Nos seguían por el resplandor de nuestras luces que destellaban bajo las copas de los árboles.

Apagué las luces pero, por desgracia, no bajé de velocidad. La alarma de proximidad sonó y, aunque tiré de la palanca de mando, golpeamos de refilón el tronco de un árbol.

Nos bamboleamos con fuerza. La alarma de fallo del motor comenzó a pitar. El turbopropulsor de babor se había parado.

Nos quedamos colgados en el aire. Apreté el botón de encendido de la unidad de babor con la esperanza de que simplemente se hubiera apagado por el impacto. Si la cubierta del turbopropulsor estaba doblada, encenderlo de nuevo podría acabar muy mal para todos nosotros.

El turbopropulsor apagado giró un poco y lanzó una leve tos ronca. Lo intenté de nuevo. Respondió tan sólo con un suave silbido gimoteante. El bosque situado veinte metros a nuestra espalda comenzó a ser reducido a pulpa de madera, restos de corteza rota y follaje pulverizado cuando el aerodeslizador más cercano intentó sacarnos de nuestro escondite con una ráfaga continuada de disparos.

El turbopropulsor de babor se puso en marcha por completo al tercer intento. Me quedé flotando en el aire y comencé a mover la palanca hacia delante, hacia atrás y hacia los lados, inclinando el morro, luego la cola y por último las cortas alas a un lado y a otro para comprobar y asegurarme de que no había perdido nada del control de altitud. Todo parecía funcionar correctamente.

Miré por encima del hombro y pude ver a Eleena, que me estaba mirando fijamente, con el rostro pálido como el de un cadáver. Aemos estaba acunando a Medea.

—¿Todo va bien, Gregor? —me preguntó.

—Sí, lo siento.

El claro situado a nuestra izquierda quedó iluminado de repente por rayos verticales de luz y a continuación se vio sacudido por ráfagas de cañón automático. Todavía nos estaban buscando a ciegas.

Tuve un recuerdo repentino. Un duelo en el vacío. Nos superaban mucho en número. Midas pilotaba con tranquilidad y elegancia. Recordé cuando me miró con los mandos del cúter artillado en sus manos, y me dijo: «El ratón se convierte en gato».

El ratón se convierte en gato.

Hice girar la aeronave hacia el claro sin dejar de flotar sobre el mismo punto, y después elevé ligeramente el morro, encarándolo hacia el origen de la luz, por encima de los árboles. Apuntando hacia él.

Apreté el botón de disparo durante un segundo tan sólo.

El rayo de mi lanza láser cruzó de forma casi instantánea las copas de los árboles. Se produjo un breve resplandor y, a continuación, una bola de fuego metálica de nueve toneladas que un momento antes había sido un aerodeslizador, simplemente se desplomó contra el suelo del claro arrancando ramas a su paso y lanzando restos ardientes por doquier.

—Uno menos —dije con tono de suficiencia. Bueno, es lo que Midas hubiese dicho.

Vimos luces a nuestra espalda que se acercaban cada vez más atravesando el bosque. Mantuve los focos apagados y nos alejamos del infierno llameante del aparato derribado hasta situarnos detrás de un enorme árbol que se había inclinado hacia un lado de puro viejo. Unas largas cortinas de musgo le colgaban de las ramas.

Observé cómo se acercaban las luces y encaré el morro siguiendo al más cercano. Habían reducido la velocidad para buscar señales de nuestra posición. Las luces más cercanas brillaban tentadoramente próximas, pero estaban medio tapadas por una línea de gruesos robles.

En ese preciso instante, otro de los aerodeslizadores se aproximó al lugar donde se había estrellado su camarada.

Elevé el morro de nuestra aeronave hacia el enemigo que se acercaba.

Apareció por completo ante nuestra vista, con sus focos bañando de luz el suelo del bosque.

Disparé de nuevo.

El disparo fue bastante bueno. Rebanó por completo la cola del aerodeslizador. El aparato enemigo comenzó a girar sobre sí mismo de una punta a otra, fuera de control, mientras despedía una lluvia de chispas eléctricas de color azul por el muñón de su cola. Destrozó un árbol gigantesco, y viceversa.

El otro aerodeslizador salió de su cobertura tras los robles y comenzó a disparar contra nosotros. Los proyectiles desgarraron las cortinas de musgo.

Me di cuenta de que alguien había tenido la buena idea de llevar gafas de visión nocturna. Podían vernos.

Intenté el disparo una vez, fallé, y di media vuelta para seguir huyendo. Apreté el pedal del acelerador y avancé con toda la rapidez a la que me atreví. La pantalla de alarma de proximidad era tan sólo un gran borrón rojo continuado, y los violentos giros que me veía obligado a realizar nos lanzaban a un lado y otro del aparato.

El piloto del aerodeslizador era bueno. Inquietantemente bueno. Al igual que las tropas de a pie mercenarias, era evidente que se trataba del mejor de su clase que se pudiera comprar con dinero.

Se pegó a mi cola como una sanguijuela.

Caracoleé a treinta y ocho nudos de velocidad a través del denso bosque, cargando nuestros cuerpos con una mayor fuerza de gravedad cuando los virajes exigían un giro mucho más cerrado. Mi oponente siguió

lanzado a la carrera tras nosotros, sin perder mi rastro y aprovechando el rebufo del chorro de mi turbopropulsor.

La persecución se transformó casi en una coreografía. Serpenteamos y giramos alrededor de los árboles, danzamos y nos elevamos como una pareja de baile. Varias veces me incliné sobre un ala para esquivar un árbol grande por un lado y él imitó el movimiento saliendo por el otro costado. Viré abruptamente hacia el norte haciendo chirriar los turbopropulsores y luego efectué un rizo para dar media vuelta y dirigirme hacia el sur. Me pasó de largo, pero estuvo de vuelta unos instantes más tarde, acelerando para ponerse a mi cola. Los proyectiles trazadores comenzaron a pasar a mi lado.

De repente, mi aeronave sufrió dos sacudidas seguidas, y los instrumentos me confirmaron lo que sospechaba: nos habían acertado. Comenzamos a perder potencia; no demasiada, pero sí la suficiente para calcular que habíamos perdido una batería o que, como mínimo, había sido dañada. Siguió disparando. Una línea discontinua de proyectiles trazadores pasó justo al lado de la cabina. Empezaron a encenderse runas de avería en el panel de instrumentos.

Tenía que hacer algo drástico, o nos convertiríamos en su siguiente señal de la cuenta de derribos pintada en un lateral del aerodeslizador. Pensé en cortar los turbopropulsores y descender para hacer que pasara de largo, pero a la velocidad a la que íbamos, se estrellaría contra nosotros y explotaríamos.

—¡Agarraos! —grité.

—Oh, mierda —exclamó Eleena Koi.

Puse al máximo el motor de propulsión y subí completamente en vertical.

Pasamos a través de la capa formada por las copas de los árboles partiendo ramas a nuestro alrededor. El aerodeslizador pasó a toda velocidad por debajo de nosotros. Sorprendido, intentó virar para seguir persiguiéndonos, pero mi maniobra le había dejado desconcertado. Tan sólo por un instante, pero fue más que suficiente.

No redujo la velocidad cuando intentó virar, y un árbol le arrancó de cuajo una de las aletas estábilizadoras. Eso fue lo último que vi de él, a excepción de una serie de explosiones que provocó en los árboles que habían quedado a nuestros pies.

Estaba temblando y sentía las manos entumecidas. El agotamiento me asaltó. La concentración que necesité para no estrellarme había sido terriblemente intensa.

Pero estaba seguro de que Midas se habría sentido orgulloso de mí. Se había esforzado siempre por enseñarme sus habilidades, y me había dicho en más de una ocasión que nunca lograría ser un buen piloto de combate.

Según su opinión, yo disponía de la fuerza y de los reflejos necesarios, pero nunca tenía en cuenta la imagen completa. Y siempre era ese detalle último y olvidado el que te mataba.

Aquel detalle último y olvidado llegó desde el norte, sobrevolando las copas de los árboles y disparando con todos sus cañones automáticos.

Diez

Derribado
La doctora Berschilde de Ravello
Kanjar el Afilado

Era el cuarto aerodeslizador que se había lanzado en nuestra persecución. Los disparos de sus cañones nos arrancaron el montaje de cola antes de que me diera tiempo siquiera a lanzar una maldición. También machacó el turbopropulsor posterior, arrancando su cubierta y doblando las palas de la hélice cuando todavía estaban girando.

Comenzamos a girar sobre nosotros mismos de forma violenta. La cabina se estremeció de arriba abajo como si fuera víctima de un ataque de convulsiones. Eleena gritó.

Luché por recuperar el control sujetando con fuerza la bamboleante palanca de mando. Coloqué los turbopropulsores de las alas en posición vertical y aceleré los motores para frenar la caída. La aeronave siguió bajando, partiendo ramas en su descenso, rebotó en una rama gruesa y cayó de morro.

Apoyé todo mi peso en el pedal del timón y tiré con fuerza de la palanca de mando.

—¡Agarraos! —grité.

Es lo único que tuve tiempo de decir.

Nos dimos un golpe de lado contra un árbol enorme, una colisión que arrancó el turbopropulsor de babor y la pintura del fuselaje del monocasco hasta dejar completamente al descubierto el metal. Luego rebotamos sobre una cresta de turba cubierta de musgo y moho. Salimos disparados hacia arriba de nuevo, escorados hacia la izquierda, cuando el turbopropulsor principal aulló al límite de su potencia en un intento por elevarnos. La alarma de avería de motor empezó a sonar cuando el turbopropulsor se paró, vencido por la presión. Por último, caímos de lado, sobrevivimos a

un impacto de frente contra un roble que dejó la ventanilla de la cabina de mando completamente agrietada y finalmente chocamos contra la tierra embarrada, deslizándonos por lo menos durante cincuenta metros antes de detenernos del todo y quedarnos tumbados de costado.

No me desmayé, pero el prolongado silencio que siguió al choque me hizo sentir como si lo hubiera hecho. Parpadeé, tumbado contra la escotilla lateral de la aeronave. Eleena lanzó un gemido y Aemos empezó a toser. El único sonido que se oyó aparte de éstos fue el tintinear de los cristales rotos al ir cayendo poco a poco al suelo de la cabina desde la ventanilla rota.

Me puse en pie y pasé por encima de los asientos.

—¿Eleena? ¿Estás herida?

—No, señor... Creo que no...

—Tenemos que salir de aquí. Ayúdame.

Entre los dos sacamos a Aemos, medio ahogado entre toses, y luego regresamos a buscar a Medea, que afortunadamente seguía inconsciente.

Los focos de los reflectores del aerodeslizador aparecieron en el agujero que habíamos abierto entre la copa de los árboles y empezaron a recorrer el terreno de un lado a otro.

En cualquier momento...

Eleena y yo arrastramos a los otros dos hasta ponerlos a cubierto en una hondonada situada a buena distancia del lugar donde estaba el aparato derribado.

—Quédate aquí —le susurré—. Dame tu arma.

Me entregó en silencio su pistola láser de cañón corto.

—Quédate escondida —le aconsejé, y luego regresé a la carrera a nuestra aeronave, de donde saqué mi bastón y mi espada.

Arrojé el bastón rúnico a unos arbustos para dejarlo fuera de la vista y desenfundé a Barbarizadora.

El aerodeslizador estaba descendiendo a través de las ramas superiores mientras seguía buscando nuestra aeronave con sus reflectores. Me metí la pistola y la espada en el cinturón y salté para encaramarme a una rama baja de una enorme haya que dominaba el lugar donde nos habíamos acabado estrellando.

El árbol era inmenso y estaba lleno de nudos. Me subí resoplando a las ramas principales y luego seguí ascendiendo hasta la maraña de ramas más finas.

El aerodeslizador apareció a la vista, descendiendo lentamente hacia la aeronave humeante, con la luz de los reflectores yendo de un lado a otro. Pude distinguir al artillero lateral, con la cara cubierta por una máscara, situado en la puerta abierta, con una mano en la empuñadura del cañón automático pivotando en su montura y con la otra en el soporte del reflector.

El aerodeslizador siguió descendiendo. Yo subí de rama en rama hasta que llegue casi a lo más alto del haya y el aerodeslizador quedó directamente bajo mis pies.

El piloto dijo algo. Distinguí con claridad el chasquido de su intercomunicador. El artillero de la puerta contestó algo, dejó a un lado el reflector y empuñó con las dos manos el cañón automático, girándolo para que apuntase contra la aeronave destrozada.

El claro bajo nosotros se iluminó con las explosiones y los estallidos cuando el arma del aerodeslizador acribilló la aeronave derribada. El pequeño aparato urdeshita quedó despedazado como si fuera de hojalata.

El artillero dejó de disparar y le dijo algo al piloto. Era una situación de ahora o nunca.

Salté de las ramas y caí directamente sobre el techo del aerodeslizador, que se bamboleó levemente bajo mis pies. Recuperé el equilibrio y luego me agaché, a continuación, me agarre al reborde superior del hueco de la escotilla y me balanceé para entrar, con las botas por delante.

El artillero estaba agachado, de espaldas a la compuerta, preparando una nueva caja de munición que estaba en una estantería de la pared. Mis botas le acertaron de lleno en la zona de los riñones y le hicieron estrellarse de cara contra el mamparo. Aterricé a su lado mientras él trastabillaba hacia atrás, tapándose con las manos la cara magullada. Lo agarré por el brazo y le hice salir de un empujón por la escotilla abierta. Estábamos a unos diez metros de altura.

El piloto lanzó un gruñido ahogado cuando miró hacia atrás y me vio. Un segundo después, el cañón de mi pistola láser le estaba presionando un lateral de su mandíbula.

—Aterriza. Ahora mismo —le ordené.

Recé para que fuera un mercenario y no un adorador del Caos. Un mercenario sabría cuándo había perdido e intentaría negociar para seguir vivo y combatir en otra batalla y por otro cheque. Un adorador del Caos

haría que nos estrelláramos contra el árbol más próximo, sin importarle en absoluto la pistola con que le apuntaba.

El piloto, que se movió de un modo lento y deliberado para que no mal interpretara sus maniobras, apagó el motor principal del aerodeslizador y nos llevó hasta el suelo del bosque.

—Apágalo todo —le dije.

Me obedeció, y el sonido de las unidades impulsoras fue disminuyendo hasta desaparecer. El panel de instrumentos quedó a oscuras a excepción de unas cuantas luces piloto de color naranja.

—Desabróchate el cinturón y sal.

Se quitó el arnés de seguridad y bajó lentamente del asiento del piloto mientras yo no dejaba de apuntarle con la pistola. Era un individuo bajo pero fornido, equipado con una armadura ablativa y un casco de vuelo de color gris provisto de visor y máscara respiratoria.

Saltó desde la compuerta lateral del aerodeslizador y se quedó de pie con las manos en alto.

Me coloqué cerca de él.

—Quítate el casco y tíralo dentro de la nave.

El piloto hizo lo que le dije. Tenía la tez blanca y llena de pecas, y llevaba el cabello cortado al uno. Me miró con unos ojos azules llenos de nerviosismo.

—Abrete el traje.

Frunció el ceño.

—Hasta la cintura.

Mantuvo una mano en alto mientras se bajaba la cremallera de la armadura ablativa con la otra, lo que dejó al descubierto la camiseta que llevaba debajo y unos hombros cubiertos de tatuajes antiguos y borrosos. El escudo psíquico era un pequeño artefacto en forma de disco que colgaba de su cuello mediante una cuerdecilla de plástico. Se lo arranqué de un tirón y lo arrojé entre los matorrales. Utilicé mis poderes psíquicos.

—Dime tu nombre.

—Nnnnhhh... —gruñó al mismo tiempo que tensaba los músculos de la cara.

—¡Dime tu nombre!

—Eino Goran.

Empujé un poco su mente con la mía. Fue como frotarse contra algo envuelto con un plástico.

—Bueno, tú y yo sabemos que ésa es una identidad implantada. Un trabajo apresurado, por la sensación que me da. ¿Cómo te llamas de verdad?

Sacudió la cabeza y apretó los dientes. Las identidades implantadas eran lo bastante baratas como para poder ser compradas en el mercado negro, sobre todo, una de tan baja calidad como aquélla. Eran personalidades falsas, habitualmente vendidas con documentos acordes a ellas, y que se entretejían por encima de la verdadera personalidad del individuo, ajustándolas como una cubierta de plástico protectora del polvo sobre una pieza de mobiliario. Nada demasiado elaborado. Si disponías de dinero podías comprar las huellas digitales y las retinas para que coincidieran. Si realmente disponías de mucho dinero, también podías conseguir un nuevo rostro.

Aquélla no era más que una pared falsa levantada con prisas para impedir la entrada por casualidad de alguna mente ajena. Carecía de un verdadero trasfondo personal, ni siquiera tenía alguna clase de engrama biográfico. Una máscara mental tan barata y poco real como las de carnaval que sus camaradas llevaban puestas.

Pero, aunque era barata, había sido colocada firmemente. Intenté apartarla, pero no se movió. Era obviamente falsa, pero no podía pasar al otro lado.

No había tiempo para preocuparse de ello en aquel momento.

¡*Duerme*!, le ordené, y se desplomó al suelo, inconsciente.

—¡Eleena! ¡Aemos! ¡Vámonos! —grité, mientras arrastraba el cuerpo desmayado hasta el aerodeslizador.

Lo registré en busca de armas, pero no llevaba ninguna encima. Le até las manos a la espalda con un trozo de cable sacado del cajón de herramientas y repuestos del aerodeslizador. Cuando Eleena y Aemos llegaron hasta el aparato, llevando cuidadosamente consigo a Medea, yo ya había vendado los ojos y amordazado al piloto, después de haberlo atado a uno de los soportes del interior del aerodeslizador.

Lo metimos todo a bordo (los objetos que habíamos rescatado de mi estudio, el bastón rúnico y todo lo demás), y colocamos a Medea en una camilla con correas que había en la parte posterior del compartimento de carga del aerodeslizador. Luego me dirigí al asiento del piloto, y en cuanto me familiaricé con los mandos, despegamos.

Ascendí justo hasta el borde de las copas de los árboles sin encender las luces. La luna ya había aparecido y la noche estaba despejada, aparte de algunas nubes oscuras que tapaban las estrellas hacia el norte. El humo de mi casa en llamas, sin duda alguna. No había señal de ninguna otra aeronave en el aire. Me pegué a la copa de los árboles y viré para poner rumbo al sur.

Eché un vistazo a la cabina en cuanto estuvimos en camino. Era evidente que se trataba de un aparato militar reconvertido, y estaba convencido de que lo habían comprado específicamente para efectuar aquella misión. Los relieves de las insignias habían sido arrancados a golpe de escoplo, y los números de servicio borrados con ácido. Aparte de los aparatos de control básicos, la cabina disponía de numerosos huecos donde se podían montar módulos opcionales de instrumentos. Sólo se había instalado un aparato comunicador. Pude distinguir los huecos donde se podían haber montado un auspex, un lector de terreno y una pantalla de visión nocturna, y también las ranuras donde se hubieran colocado el codificador de navegación y un sistema de control remoto de disparo que habría puesto el arma de la puerta lateral bajo el mando del piloto ahorrando la necesidad de un artillero. Fuese quien fuese el que había suministrado los vehículos a los mercenarios, les había entregado sólo lo más básico: un transporte de tropas artillado con un comunicador de voz de un modelo antiguo. Ningún sistema automatizado. Ninguna pista sobre el origen o la fuente de suministro.

Pero el vehículo aéreo disponía de una buena potencia y un alcance respetable. Le quedaba una autonomía de más de mil kilómetros antes de que tuviera que recargar las baterías. Algo con lo que llevarlos, con lo que disponer de algo de fuego de cobertura y que luego los sacase de allí.

Los árboles del bosque pasaban de forma veloz e intermitente bajo nosotros. El comunicador chasqueaba de vez en cuando, pero yo no tenía ni idea de los códigos de identificación ni de la jerga que estaban utilizando, y tampoco tenía muchas ganas de que alguien supiera que el aerodeslizador seguía operativo.

Lo apagué al cabo de un rato. Luego lo desconecté, lo saqué de su hueco en el panel de instrumentos y se lo entregué a Eleena, diciéndole que lo tirara por una de las ventanillas.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque no quiero arriesgarme a que tenga instalado un localizador o un transpondedor.

Asintió.

Intenté orientarme de un modo manual utilizando los instrumentos básicos mientras reconstruía un mapa de la zona en mi cabeza. Fue en buena parte una tarea de imaginación. Dorsay, la principal ciudad más cercana, estaba más o menos a una hora de viaje hacia el oeste, pero dada la escala de la operación que se había montado para eliminarme, pensé que ir allí sería como meterme en la madriguera de un carnodonte.

Sabía que existían pequeñas comunidades pesqueras y puertos deportivos en la costa oriental de la península de Insume, y la más cercana estaba a unas dos horas de viaje. Madua, una ciudad-capilla del sureste, se encontraba dentro del alcance del aerodeslizador. También lo estaba Entreve, una ciudad-mercado situada al borde de los bosques vírgenes. Lo mismo ocurría con las Montañas Atenadas.

Había pensado llamar a los arbites por el comunicador, pero decidí que era mejor no hacerlo. El ataque contra la Casa Spaeton ya tenía que haber sido detectado por los centinelas de Dorsay, sobre todo en cuanto empezaron los incendios principales, pero no había acudido ninguna de las unidades de apoyo de emergencia.

¿Habían sido sobornados los arbites para que hicieran la vista gorda? ¿Se habrían involucrado incluso más aún en el ataque?

Hasta que supiese con exactitud quiénes eran mis enemigos, no podía confiar en nadie, y eso incluía a las autoridades, e incluso a la Inquisición.

Estaba completamente solo, y no por primera vez en mi vida. Me dirigía las montañas, a Ravello.

Ravello es un pueblo montañoso situado en las laderas de las Atenadas occidentales, justo al pie del Paso de Insa, en la orilla de un extenso lago que forma parte de los manantiales del gran río Drunner. Posee un universariado pequeño pero famoso que se especializa en medicina y filología, una fábrica cervecera que exporta su cerveza hecha a partir de las aguas cristalinas del lago a todo Gudrun, y una preciosa capilla dedicada a san Calwun, y que alberga, según mi opinión, algunos de los mejores frescos religiosos de todo el subsector.

Es un lugar tranquilo, de laderas pronunciadas y densamente habitado. Sus viejos edificios se apiñan a ambos lados de sus estrechas calles con tanta cercanía que sus techos de cobre verde se solapan unos

sobre otros como placas de una armadura. Desde el aire tiene el aspecto de una gran mancha de moho oscuro que se agarra a las laderas azules del Itervalle.

El sol estaba subiendo hacia su cénit mientras nos acercábamos desde el norte. El cielo estaba despejado, de un color azul claro. Habíamos dejado atrás los bosques vírgenes en cuanto el sol empezó a teñir el cielo, y habíamos comenzado a ascender por las laderas siguiendo la línea de las Atenadas Menores hasta llegar a una altitud más elevada. El Itervalle era lo bastante alto como para que una capa de nubes cubriera su cima, pero era al otro lado del lago donde se alzaban los verdaderos gigantes: el Esembo, recortado como un diente; el Monte Fulco, un triángulo de color violeta que apuñalaba al cielo; el Corvachio, con su cumbre siempre cubierta de nieve, la alegría y la maldición de muchos escaladores aficionados.

Ya casi nos habíamos quedado sin baterías y el aerodeslizador había comenzado a no responder bien a los mandos. Bajé hasta situarnos al nivel de la carretera y entré por la puerta occidental. No había ni tráfico ni peatones. Era todavía demasiado temprano.

Las calles estaban pavimentadas con la misma piedra ouslita de color azul grisáceo que se había utilizado para construir los edificios, brillante a la luz del sol, pero húmeda en las sombras de los callejones estrechos. Cruzamos una plaza donde un estudiante estaba durmiendo la mona de una noche de borrachera en el borde de una pequeña fuente, y seguimos por una avenida más ancha, donde los coches y las aeronaves civiles estaban aparcados en batería, a continuación, subimos por una callejuela que ascendía por la ladera de la colina hasta salir de la luz del sol. Abrí las ventanillas del aerodeslizador y respiré profundamente el aire fresco y limpio. El ruido hasta entonces apagado de los motores de la nave resonó en su interior, reflejado de modo irregular por las altas paredes de los edificios situados a ambos lados de la calle empinada y pavimentada.

Había pasado mucho tiempo, pero conocía bien el camino.

Aparcamos en un callejón sin salida justo a un lado de la calle. Era poco más que un patio ciego donde una espurra de montaña se esforzaba por crecer en una de las paredes. La espurra, o al menos sus pequeñas flores amarillas primaverales, era el emblema de san Calwun, y las botellas votivas y las monedas cubrían la pequeña pila donde había comenzado a crecer el árbol.

La persiana de uno de los primeros pisos se abrió al oírse el sonido de los motores de nuestro aerodeslizador, y me alegré de haber guardado el cañón automático mientras seguíamos en vuelo. Al menos, parecíamos un transporte privado.

—Quedaos aquí —les dije a Eleena y a Aemos—. Quedaos aquí y esperadme.

Regresé a la calle y a la tranquila mañana. Todavía llevaba puesta la misma ropa con la que me había vestido antes de comenzar la sesión de espiritismo la noche anterior: las botas, los pantalones de montar, la camisa y el abrigo de cuero. Aemos me había prestado su capa de color verde. Me aseguré de no llevar a la vista ninguna insignia o emblema de mi cargo, a excepción de mi anillo de sello, que estaba seguro pasaría inadvertido. La pistola automática de Medea, recargada con proyectiles procedentes de una caja de munición que encontramos en el interior del aerodeslizador, estaba metida en mi cinturón por la parte de la espalda.

Un perro callejero, procedente del centro de la ciudad, se me acercó y olisqueó el borde de mi abrigo. Luego se alejó sin mostrar demasiado interés.

La casa seguía, como yo recordaba, a mitad de la calle. Habíamos pasado de largo por su lado mientras subíamos, y en ese momento me aseguré de no haberme equivocado. Tenía cuatro plantas de altura, con una terraza balconada situada bajo el alero del techo de tejas de cobre. Las ventanas estaban cerradas, y la entrada principal, con un par de gruesas puertas de madera pintadas de rojo brillante, tenía sin duda el cerrojo echado por dentro.

No había timbre. Me acordaba de eso. Llamé un par de veces y esperé.

Esperé mucho rato.

Por fin, oí un ligero golpe al otro lado y se abrió una ranura.

—¿Qué quiere tan temprano? —me preguntó la voz de un anciano.

—Quiero ver a la doctora Berschilde.

—¿Quién la quiere ver?

—Por favor, déjeme entrar y lo discutiré con la doctora.

—¡Es muy temprano! —protestó la voz.

Alcé la mano y sostuve en alto el sello de mi anillo para que se viera con claridad a través de la rendija.

—Por favor —repetí.

La rendija se cerró, oí el ruido de una llave al entrar en la cerradura, y una de las puertas se abrió momentos después. En el interior sólo se podían ver sombras.

Penetré en el agradable frescor de la estancia y mis ojos comenzaron a acostumbrarse a la penumbra. Un anciano encorvado y vestido de negro cerró la puerta mi espalda.

—Espere aquí, señor —me dijo, y se alejó arrastrando los pies.

El suelo era un mosaico de mármol pulido que relucía allá donde llegaba la luz del sol. Los dibujos de la pared habían sido pintados a mano por artistas. Eran esbozos anatómicos exquisitos y antiguos que se alineaban a lo largo de las paredes en sencillos marcos dorados. La casa olía a piedra caliente y a los aromas dejados en el aire por una cena cocinada en un fuego de leña.

—¿Hola? —dijo una voz que me llegó desde arriba de las escaleras.

Subí un tramo de escaleras hasta llegar a un rellano donde se habían abierto las contraventanas para que pudiera entrar bien la luz del sol.

—Siento llegar de este modo —dije.

—¿Gregor? ¿Gregor Eisenhorn?

La doctora Berschilde, de Ravello, dio un paso hacia mí, con una expresión de sorpresa somnolienta en su rostro.

Seguía siendo una mujer con una figura espléndida.

Creo que estaba a punto de abrazarme, o de darme un beso en la mejilla, cuando se detuvo y ese mismo rostro se ensombreció.

—No es una visita de cortesía, ¿verdad?

Regresé al aerodeslizador y volé hasta el patio privado rodeado por paredes altas que había en la parte trasera de su propiedad. La aeronave permanecería a salvo de miradas indiscretas en aquel lugar. El viejo mayordomo de la doctora, Phabes, ya había abierto las grandes puertas que daban al interior de la casa, y nos esperaba con una camilla para Medea. Eleena, Aemos y yo les seguimos. Dejé al piloto, que seguía inmerso en su estado de sueño inducido, atado dentro del aerodeslizador.

Crezia Berschilde se había puesto un delantal quirúrgico y se unió a nosotros en la sala del vestíbulo principal. Apenas habló mientras examinaba a Medea y comprobaba sus signos vitales.

—Llévatela —le indicó al mayordomo, y luego me miró a los ojos—. ¿Hay alguien más herido?

—No —le contesté—. ¿Cómo está Medea?

—Se muere —me replicó. Todo rastro de humor había desaparecido de su voz. Estaba furiosa, y no podía culparla por ello—. Haré todo lo que pueda.

—Te lo agradezco, Crezia. Siento haber aparecido con este problema.

—¡Debería ir al hospital! —me contestó con brusquedad.

—¿Podemos evitar eso?

—¿Podemos manejar esto de un modo no oficial, quieres decir? Eres un desgraciado, Eisenhorn. Esto puede causarme problemas.

—Sé que puede causártelos.

Frunció los labios.

—Haré lo que pueda —me dijo de nuevo—. Vete a la sala de dibujo. Le diré a Phabes que os lleve algo de comer.

Dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa en pos de Medea.

—Bueno —dijo Aemos en voz baja—, ¿quién dijiste que era?

La doctora Crezia Berschilde era una de las mejores anatomistas del planeta. Sus estudios y monográficos fueron publicados y ampliamente distribuidos por todo el subsector helicano. Después de pasar muchos años de práctica en Dorsay, y un breve período en otro planeta, en Mesina, había conseguido el puesto de profesora de anatomía en la Universidad de Ravello.

Y, hacía mucho tiempo ya, estuve a punto de casarme con ella.

Ciento cuarenta y cinco años antes, en el 241 para ser exactos. Había perdido la mano izquierda durante un tiroteo en Sameter. Los detalles exactos del caso no tienen importancia, y además, están registrados en otro lugar. Me implantaron una prótesis, pero la odiaba y nunca la utilicé. Después de dos años, y durante una estancia en Mesina, hice que un equipo de cirujanos me implantara un injerto completamente operativo.

Crezia era la jefa del equipo que me operó. Ya sé que empezara tener una relación con la mujer que te acaba de coser una mano clónica a la muñeca no es, desde luego, el mejor modo de conocer a una futura esposa.

Sin embargo, era una mujer de ingenio, culta, vivaz, y a la que no le asustaba mi trabajo. Mantuvimos nuestra relación durante años, viéndonos de vez en cuando, primero en Mesina, luego de lejos, y después en Gudrun,

cuando regresó a Ravello para hacerse cargo del doctorado, que fue cuando yo me mudé a la Casa Spaeton.

Me había sentido muy atraído por ella. Todavía lo estaba en aquellos momentos. Es difícil saber si debería utilizar una palabra de mayor intensidad que «atraído». Nunca nos lo dijimos el uno al otro, pero hubo momentos en los que yo lo hubiera hecho.

No la había visto hacía por lo menos veinticinco años, y había sido exclusivamente culpa mía.

Nos quedamos sentados en la sala de dibujo durante más de una hora. Phabes había abierto las ventanas y la radiante luz del día entraba a raudales, convirtiendo las cortinas de tul en unas redes de color blanco brillante. Se podía oler el perfume fresco y puro de las montañas.

La sala de dibujo estaba amueblada con elegantes piezas antiguas de mobiliario, y estaba repleta de libros valiosos, curiosidades quirúrgicas y vitrinas llenas de aparatos médicos antiguos cuidadosamente restaurados. Aemos se quedó casi inmediatamente atrapado en la observación de los objetos, murmurando observaciones para sí mismo. Eleena se quedó sentada y en silencio en un sillón y recompuso su figura. Estaba seguro de que ella estaba recitando los ejercicios relajantes para la mente que le habían enseñado en La Rueca. Cada pocos minutos se apartaba con ademán distraído unos mechones de cabello castaño de su delgado rostro.

El criado de la doctora regresó con una bandeja de servicio de plata. Pan, fruta, mantequilla y cafeína caliente.

—¿Necesitan algo un poco más fuerte? —nos preguntó.

—No, gracias.

Señaló una gruesa cuerda de seda que colgaba al lado de la puerta.

—Tire de ella si necesitan cualquier cosa.

Serví cafeína para los tres y Aemos tomó un trozo de pan y un ploinero maduro.

Eleena puso media docena de terrones de un azúcar de color ámbar en su pequeña taza.

—¿Quién ha sido? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Eleena?

—¿Quién... quién nos ha atacado, señor?

—¿Una respuesta directa? No tengo ni idea. Estoy barajando varias posibilidades. Puede que tardemos en descubrirlo, y antes de nada tenemos que trabajar sin peligro.

—¿Estamos seguros aquí?

—Sí, de momento, sí.

—Eran mercenarios —dijo Aemos después de limpiarse de migas los labios arrugados—. De eso no cabe ninguna duda.

—Yo he pensado lo mismo.

—Ya viste los tatuajes que llevaba en el cuerpo el piloto que has capturado.

—Sí, los he visto, pero no he podido saber qué lenguaje es.

Aemos tomó un sorbo de su taza de cafeína dulce y caliente.

—Base Futu, el lenguaje de los jenízaros vessoritas.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—Bastante —me contestó—. El hombre tiene un bono de repatriación escrito en su piel.

Pensé en lo que implicaba todo aquello. Vessor era un planeta salvaje situado en el borde exterior del subsector Antimar, y en él nacía y se criaba una población escasa pero muy fuerte y resistente, famosa por sus feroces luchadores. Se había intentado formar un regimiento de la Guardia Imperial con ellos, pero los vessoritas eran difíciles de controlar. No es que carecieran de disciplina, pero encontraban la lealtad a Terra un concepto demasiado cerebral. Se organizaban y se unían en clanes familiares, y sólo comprendían la riqueza material basada en tierras, propiedades, edificios y armas. Por tanto, como mercenarios eran excelentes. Lucharían de un modo feroz, sin igual y hasta la muerte en nombre del Emperador, siempre que ese nombre apareciera estampado en una moneda de elevado valor.

Así pues, no era de extrañar que el ataque contra la Casa Spaeton hubiese sido tan directo y eficiente. Pensándolo bien, de un modo retrospectivo, fue sorprendente y extraordinario que algunos de nosotros escapásemos con vida. Me alegré de no haber sabido contra quién me enfrentaba en aquellos momentos, si me hubieran dicho que estaba luchando contra jenízaros vessoritas, puede que me hubiera quedado inmóvil por la impresión... en vez de cargar contra ellos de cabeza para rescatar a Medea.

Me quité la capa que Aemos me había prestado, y también mi abrigo de cuero. Me subí las mangas de la camisa. El sol comenzaba a calentar demasiado la sala de dibujo. Acababa de sacar la pistola del cinturón para comprobar su estado cuando entró Crezia. Se estaba quitando los guantes

quirúrgicos, y en cuanto vio la pistola en mis manos, su mirada, ya de por sí furiosa, se volvió iracunda. Me señaló con un dedo y luego, con la misma mano, me indicó que saliera de allí.

—Ahora mismo —me dijo con un tono de voz perentorio. Metí el arma entre las dobleces de la capa y la seguí. Atravesamos el vestíbulo hasta llegar a un salón de estar con las paredes llenas de cuadros y de impresiones hololíticas. Las contraventanas de la estancia seguían cerradas, pero ella no hizo ademán alguno de abrirlas ; en vez de eso encendió una lámpara.

—Cierra la puerta —me ordenó.

Cerré la puerta.

—Crezia... —empecé a decir.

Alzó un dedo en ademán de advertencia.

—No empieces, Eisenhorn. No lo hagas. ¡Estoy a un tris de echarte a la puñetera calle! ¿Cómo te atreves...?

—¿Cómo está Medea? —la interrumpí con firmeza.

—Estable. Por poco. Le dispararon en la espalda con un arma láser y la herida no recibió ninguna clase de tratamiento durante bastantes horas. ¿Cómo crees que está?

—¿Sobrevivirá?

—A menos que se produzcan complicaciones, se encuentra en una unidad de soporte vital en el sótano.

—Gracias, Crezia. Te debo una.

—Sí, sí que me debes una. Eres increíble, Eisenhorn. Veinticinco años. ¡Veinticinco años! No te veo, no tengo noticias de ti, y apareces de repente, sin avisar, sin ser invitado, armado y huyendo, o eso parece, y con uno de los tuyos herido de un disparo. ¿Y esperas que lo tome con calma?

—La verdad es que yo sé que es una imposición terrible, pero la Crezia Berschilde que yo conocía era capaz de enfrentarse a una emergencia en cualquier momento. Y siempre encontraba tiempo para dedicarle a un amigo que la necesitaba.

—¿Un amigo?

—Sí. Crezia, eres la única persona con la que puedo contar.

Lanzó un bufido despectivo y se quitó de un tirón el delantal quirúrgico.

—Gregor, a lo largo de todos estos años me hubiera encantado ser la persona con la que pudieras contar. Y nunca lo hiciste. Siempre me

mantuviste alejada. Nunca quisiste involucrarme en tu trabajo. Y ahora...

Ella dejó que las palabras se quedaran flotando en el aire y se encogió de hombros con expresión triste.

—Lo siento.

—Traes armas a mi casa... —siseó.

—Entonces, probablemente será mejor que no te hable del mercenario maniatado que tengo en el aerodeslizador —le dije.

Se giró en redondo para mirarme, incrédula, y luego meneó la cabeza con una sonrisa lúgubre.

—Increíble. Veinticinco años sin pasar por aquí, y de repente apareces al amanecer con un montón de problemas persiguiéndote.

—No. Nadie sabe que estoy aquí. Esa es una de las razones por las que he venido.

—¿Estás seguro de eso?

Asentí.

—Alguien atacó mi residencia esta noche. La arrasó. Asesinó a todo mi personal.

—¡No quiero oír nada de eso!

—Logramos escapar con vida a duras penas. Necesitaba un sitio seguro y atención médica para Medea. Necesitaba encontrar un lugar donde estar a salvo.

—¡No quiero oír nada más! —me espetó con un gruñida—. No quiero verme mezclada en tus luchas. ¡No quiero que me involucres! Tengo una vida muy tranquila aquí y...

—Tienes que escucharme. Tienes que saberlo que está ocurriendo.

—¿Por qué? ¡No pienso implicarme en esto. ¿Por qué demonios no llamaste a los arbites?

—No puedo confiar en nadie. Ahora mismo, ni siquiera puedo confiar en las autoridades.

—¡Maldita sea, Eisenhorn! ¿Porqué yo? ¿Por qué aquí?

—Porque confío en ti. Porque puede que mis enemigos tengan vigiladas a todas las personas vinculadas conmigo en este planeta, todos los recintos de los arbites, además de todas las oficinas del Ministorum y del Administratum Imperial. Pero nuestra relación es secreta. Ni siquiera mis amigos más íntimos saben que estuvimos vinculados.

—¿Vinculados? ¿Vinculados? ¡Vaya, sabes cómo halagarme, cerdo!

—Por favor, Crezia, necesito hacer unas cuantas cosas. Arreglar ciertos asuntos. Pedirte un poco de ayuda. Después nos iremos y no tendrás que preocuparte por nada más relacionado con nosotros.

Se sentó en un sofá y empezó a frotarse las manos con nerviosismo.

—¿Qué necesitas?

—Para empezar, tu paciencia. Después de eso... acceso a una línea de comunicación privada. Necesitaré que llames a un astrópata, si eso es posible de algún modo, y también necesitaré que tu ayudante me compre ropa y algunos otros objetos que nos harán falta.

—Los sastres del pueblo están cerrados hoy.

—Puedo esperar.

—Puede que tenga alguna ropa aquí.

—Muy bien.

—Hay un comunicador en mi estudio.

Fui a visitar a Medea, que estaba durmiendo plácidamente en la impoluta sala médica construida en el sótano de la casa de Crezia, y después me retiré a la habitación que Phabes me había preparado. Eleena y Aemos ya estaban descansando en dos dormitorios adyacentes.

Me bañé y me afeité, y lo hice de un modo automático mientras repasaba mentalmente todo lo que había ocurrido. Descubrí que mi cuerpo había adquirido unos cuantos moretones nuevos desde el día anterior, y un rasguño en el muslo provocado por un disparo de rayo láser que ni siquiera había notado. Tenía la ropa sucia y desgarrada y olía a humo, y los pantalones estaban cubiertos de espinos y de semillas pegajosas de los arbustos.

Phabes me había dejado ropa limpia en mi habitación, varias mudas de atuendos masculinos. Me di cuenta de que eran míos. Había dejado ropa allí a lo largo de los años, sobre todo prendas informales y ligeras que podía llevar puestas durante mis diferentes visitas. Crezia las había guardado. No supe si sentirme halagado o alarmado. Después de todos aquellos años que habían pasado, ella no había tirado las pocas posesiones que yo había dejado en su territorio. También estaban frescas y suaves, como si las aireasen y lavasen de forma habitual. Me di cuenta de que Crezia Berschilde siempre había esperado que regresase algún día.

Quizás había sido el modo de regresar lo que la había molestado: que regresara pidiendo ayuda y no simplemente para verla. No podía culparla por ello. Yo mismo preferiría no verme si se tenían en cuenta todos los

problemas que podía llegar a causar. Y si no hubiese interrumpido todos los contactos amistosos dos décadas y media antes.

Las campanas de la capilla comenzaron a sonar en la ciudad llamando a los fieles para que asistieran al servicio. Las tabernas situadas a la orilla del lago comenzaron a abrir sus puertas, y el olor de los asados y de las hierbas aromáticas llegaba con la brisa.

Escogí una camisa de algodón de color azul oscuro con el cuello recto, unos pantalones negros de sarga y una chaqueta de verano de gamuza negra. Tuve que seguir utilizando las mismas botas que llevaba puestas la noche anterior, pero al menos las pude limpiar con un trapo húmedo. Pensé en meterme la pistola bajo la chaqueta, pero sabía lo mucho que Crezia odiaba las armas, así que la dejé, junto a Barbarizadora y al bastón rúnico, debajo del colchón de la cama. Los sacos llenos de manuscritos y pergaminos que Aemos y yo habíamos rescatado de la Casa Spaeton estaban en su cuarto, con él.

Llevaba poco más conmigo: mi anillo de sello, un comunicador de mano de corto alcance, unas cuantas monedas y la placa de mi cargo, un simple sello de metal en una cartera de cuero. Era la primera vez desde que estuve en Durer que echaba de menos mi insignia. Fischig todavía la tenía, estuviese donde estuviese.

Cuando colgué la chaqueta de cuero en el armario, noté un peso y recordé que tenía algo más.

El Malus Codicium.

Era un libro infernal, tres veces maldito. No se conocía otra copia. La mitad de la Inquisición me mataría para apoderarse de él, y la otra mitad me quemaría en la hoguera por poseerlo.

Quixos, el veterano inquisidor corrupto al que había eliminado por fin en Farness Beta, había basado todo su poder en él. Debí haber destruido el libro cuando lo destruía él, o al menos, haberlo entregado a mi ordo. No hice ninguna de aquellas dos cosas. Incrementé mis habilidades estudiándolo, utilizándolo, todo en secreto. Capturé y esclavicé a Cherubael poniendo en práctica su conocimiento arcano y siniestro. Acabé con varias conspiraciones del Caos gracias a los conocimientos que había adquirido.

Tan sólo se trataba de un pequeño objeto, grueso, encuadernado con una sencilla piel de tacto suave, con los bordes de las páginas rugosos y cortados a mano. Algo inocuo.

Me senté en una esquina de la cama y lo sopesé en las manos. La espléndida luz del sol de mediodía entraba a través de la ventana. El cielo era de un color azul claro, y las laderas del Itervalle, que eran visibles desde la parte de atrás de la casa, tenían una suave tonalidad lila. Pero yo sentía frío, y sentía que me hundía en una profunda oscuridad.

Nunca había pensado realmente en el motivo por el que había salvado aquella obra odiosa para mis propios propósitos. Conocimiento, supongo. Curiosidad. Me había topado con bastantes artefactos prohibidos a lo largo de mi vida, aunque el más famoso seguía siendo el Necroteuco. Aquel objeto detestable poseía vida propia. Escocía al tocarlo. Te atraía y te convencía para que lo abrieras. Estar cerca de aquello era arriesgarse a que te envenenara la mente.

Pero el Codicium se mantenía en silencio. Siempre había estado así. Nunca me había parecido vivo, a diferencia de otros volúmenes siseantes y ponzoñosos con los que me había encontrado. Siempre había sido un libro. El contenido era inquietante, pero el libro en sí...

Empecé a hacerme preguntas en aquel instante. Desde el mismo momento en que había llegado a mis manos, todo empezó a cambiar. Desde Cherubael hasta los deprimentes hechos acaecidos en Durer.

Quizá me estaba envenenando. Quizá me estaba distorsionando la mente. Quizás había cruzado demasiado la línea sin siquiera haberme dado cuenta, y todo por su funesta influencia.

Quizás ésa era la verdadera naturaleza de su maldad. Que era indoloro. Invisible. Insidioso. En el mismo momento en que tocabas el Necroteuco, sabías que era un objeto vil, sabías que tenías que resistirte a su corrupción seductora. Sabías que estabas combatiendo precisamente contra aquello.

Pero el Malus Codicium... era tan infinitamente malvado, tan sutil, que se infiltraba lentamente en el alma de un hombre antes de que éste se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

¿Era de ese modo como un servidor del Emperador, incluso uno tan grande como Quixos, se convertía en un monstruo? Siempre me pregunté cómo era posible que no se diese cuenta de en qué se estaba convirtiendo. Por qué había sido tan ciego sobre su propia degeneración.

Abrí uno de los cajones de mi mesita de noche y dejé allí el libro. Tendría que resolver aquello en cuanto nos marcháramos de Ravello.

Bajé al estudio de Crezia y encontré el comunicador. También había una unidad pictográfica hololítica, y la encendí. Los noticiarios locales de la mañana, los informes del tiempo, las noticias a nivel planetario, lo vi todo durante un buen rato, pero nadie mencionó ninguna clase de incidente en la región de Dorsay. Ya me lo esperaba, pero seguía siendo de todas maneras algo desconcertante e inquietante.

Utilicé el comunicador y estuve oyendo los canales imperiales y escuchando con mayor atención las frecuencias de los arbites, de la Fuerza de Defensa Planetaria y del Ministorum. Nada, o bien nadie sabía lo que había ocurrido en la Casa Spaeton la noche anterior, o bien guardaban un silencio ominoso.

Necesitaba un astrópata. Si iba a contactar con alguien, tendría que ser de fuera del planeta. No tenía otra opción.

No podía confiar absolutamente en nadie del planeta.

El aerodeslizador seguía aparcado en el patio trasero. Phabes fue tan amable de conectar un cable de alimentación desde la casa y estaba recargando las baterías de la aeronave.

Hacía calor en el patio. Los insectos zumbaban entre las rebosantes matas de bucantos que trepaban por la pared lateral.

El mercenario ya se había despertado. Giró la cabeza de un lado a otro cuando me oyó acercarme, cegado y mudo.

Le arranqué la cinta adhesiva de la boca y llené un cuenco con agua de una botella que había traído de la cocina. Se lo acerqué a la boca.

—Tan sólo es agua. Bebe.

Frunció los labios y giró la cabeza.

—Te deshidratarás con este calor. Bebe.

Se negó de nuevo.

—Mira, si te deshidratas, te debilitarás y serás mucho más vulnerable a mi interrogatorio ya mis sondeos mentales.

Se quedó mirándome y tragó saliva, pero se alejó de nuevo del agua en cuanto se la acerqué otra vez.

—Muy bien. Como tú quieras —le dije, y dejé el cuenco en el suelo.

Los vessoritas eran famosos por su resistencia. Se decía que podían estar sin comer ni beber durante días si era necesario. Si lo que él quería era fanfarronear, a mí me parecía bien.

Me puse en pie y paseé cuidadosamente por toda la parte del fuselaje del aparato. Me había llevado un aparato detector de ondas que encontré

en el estudio de Crezia, y lo conecté para que me avisara de cualquier posible señal que apareciera tanto en la banda alta como en la baja... transpondedores, balizas, códigos. No descubrí nada. Por si acaso, acerqué el aparato al vessorita. Tanto el piloto como la aeronave estaban limpios. Si los mercenarios nos estaban buscando, no nos encontrarían precisamente gracias al aerodeslizador o al piloto.

Tardé media hora en revisar la aeronave. Volví con el piloto. El sol de media mañana ya estaba lo bastante alto como para que su luz entrara por la compuerta lateral del aerodeslizador, y era obvio que el mercenario estaba sufriendo los efectos del calor, porque había retirado sus piernas hasta colocarlas en el poco espacio que quedaba a la sombra.

Le ofrecí el agua de nuevo. No hubo respuesta.

—Dime cómo te llamas —le dije. Apretó la mandíbula.

—Dime cómo te llamas —repetí, pero esta vez utilicé mis poderes mentales de fuerza de voluntad.

Se estremeció.

—Eino Goran.

Su voz sonaba seca y pastosa.

—¿Y antes de llamarte Eino Goran, cómo te llamabas?

—Nnnggh...

Su fuerza de voluntad era grande. Los vessoritas eran una raza de individuos rudos, con una elevada proporción de intocables. Parte de su entrenamiento marcial era aprender métodos para resistir los interrogatorios, y al principio pensé que disponía de algunos trucos mentales aprendidos para rechazar las compulsiones de tipo psíquico.

Sin embargo, a medida que seguía interrogándolo, empecé a sospechar que tenía que ver más bien con la identidad implantada que le habían colocado. Intenté apartarla, pero no se movió. Puede que fuera simple y hasta primitiva, pero estaba fijada de forma psíquica a su mente. Estaba seguro de que una parte de ese engaño profundo estaba actuando como pantalla, no se trataba de que no quisiera responder. Es que no podía.

—¿Gregor?

Miré afuera y vi que Crezia había salido al patio.

—Gregor, ¿qué demonios estás haciendo?

Salí del aerodeslizador y la llevé de nuevo a las puertas del jardín. Sin duda, el vessorita había oído mi nombre. Ya no podía hacer nada al respecto.

—¡Ese hombre está atado como un jodido cígnido! —exclamó.

—Ese hombre me mataría si tuviera la más mínima oportunidad. Está atado por nuestra seguridad. Tengo que interrogarlo.

Se me quedó mirando. Se había cambiado de ropa y se había puesto un vestido largo de satén de color azul con un reborde de epinchiro. Llevaba recogido su cabello rubio pajizo en una trenza alta sostenida por dos pinzas doradas. Era bella y altiva, justo tal como la recordaba. Crezia tenía los pómulos altos, una boca generosa, y unos ojos de color castaño claro que solían mostrar una mirada apasionada e inteligente. La única muestra de pasión que había visto en ellos desde mi llegada había sido la furia.

—Como un cígnido —repitió— no lo permitiré. No en mi casa.

—Entonces, ¿qué me sugieres? ¿Dispones de una habitación segura, una que pueda cerrarse desde el exterior?

—¿Que te proporcione una celda para encerrarlo? ¡Bah! —se burló.

—O eso, o sigue encerrado en el aerodeslizador.

Se quedó pensativa.

—Haré que Phabes despeje un almacén de cajas en la planta superior.

—Sin ventanas.

—¡Todas las malditas habitaciones tienen una ventana! Pero la habitación en la que estoy pensando sólo tiene un pequeño tragaluz. No es lo bastante grande como para que nadie pase por allí.

—Gracias.

—Quiero comprobar su estado.

No iba a servir de nada discutir con ella. Nos acercamos y lo revisó cuidadosamente.

—No se preocupe. Soy la doctora Cr...

—No necesita saber tu nombre. Ni el mío. Piensa en ello.

Crezia aspiró profundamente.

—Soy doctora. Sólo voy a comprobar su estado. ¿Cómo se llama?

Él negó con la cabeza.

—Utiliza el de Eino Goran.

—Ya veo. Bueno, Eino, esta situación es muy desagradable, pero si cooperas conmigo, y con Gre... con la persona con la que me he vinculado, todo irá a mejor, y muy pronto.

Vinculado. Pude sentir el placer rencoroso que puso en aquella palabra.

Crezia me miró con desaprobación.
—Necesita comer y beber. Con este calor, sobre todo, beber.
—Díselo a él, no a mí.
—Eino, necesitas beber. Si no bebes, tendré que ponerte un goteo intravenoso.
Él permitió que ella le diera de beber del cuenco, y sorbió lentamente.
—Muy bien —le dijo. Luego se giró hacia mí—. Los nudos de las ataduras están demasiado apretados.
—Eso va a seguir así.
—Pues entonces, ponle en pie y hazlo caminar un poco. Átale las manos de otro modo.
—Quizá más tarde, si supieras lo que es, lo que ha hecho , no serias tan humanitaria con él.
—Soy una funcionaría del Medicae Imperialis. Nunca importa lo que han hecho.
Regresamos a la sala de dibujo.
—Su identidad está implantada. Necesito pasar esas barreras.
—¿Para descubrir quién es realmente?
—Para descubrir para quién trabaja realmente.
—Ya veo.
Se sentó y comenzó a morderse las uñas de una mano. Siempre lo hacía cuando se sentía preocupada.
—Tienes fármacos aquí, ¿verdad? ¿Zendocaína? ¿Vulgate oxibarbital?
—¿Estás tomándome el pelo?
Negué con la cabeza y me senté frente a ella.
—Lo digo muy en serio. Necesito un psicoactivador, o al menos un opiáceo o un barbitúrico para debilitar su fuerza de voluntad.
—No. De ninguna manera.
—Crezia...
—¡No participaré en ninguna clase de tortura!
—No voy a torturarle. Ni siquiera voy a hacerle ningún tipo de daño. Tan sólo necesito que me abra su mente.
—¡No!
—Crezia, voy a hacerlo. Tengo el permiso de la Santa Inquisición para efectuar cualquier interrogatorio que crea conveniente, y estas

circunstancias me permiten incluso tomar medidas de emergencia. ¿No sería mejor que lo realizase bajo tu experta supervisión?

Llevamos al vessorita al interior de la casa a última hora de la tarde y lo metimos en el pequeño almacén de cajas que Phabes había despejado para ello. En la estancia no había nada más que una cama y un colchón. Le quité la venda y luego me quedé apuntándole con la pistola automática mientras Aemos le quitaba las ataduras.

Crezia me miró fijamente, pero no dijo a nada a propósito del arma.

—Quítate la parte de arriba otra vez —le dije.

Crezia comenzó a decir algo para protestar, pero la corté en seco.

—Necesitará que el brazo le quede al descubierto, ¿verdad, doctora?

Había otro motivo para que se desvistiera. Aemos se fijó atentamente en los tatuajes del individuo y tomó algunas notas. El vessorita se quedó allí de pie, desnudo hasta la cintura, con expresión hosca. Se negó a mirarnos a los ojos.

Me di cuenta de que era esbelto, pero con músculos muy fibrosos. Las marcas de viejas cicatrices le cubrían el torso. Había pensado que se trataba de un individuo razonablemente joven, pero, o bien era mayor de lo que aparentaba, o su corta vida había sido dura hasta un punto tremendo.

Aemos acabó de estudiar los tatuajes.

—Lo traduciré adecuadamente, pero es lo que yo pensaba que era.

Se dio la vuelta para bajar, pero lo detuve y le entregué la pistola.

—Por favor, cúbreme.

Aemos esperó mientras yo volvía a atar las manos del mercenario. Las até por delante de su cuerpo. Luego le até los tobillos y sujeté el extremo de cada una de las cuerdas a la armazón de la cama.

—Siéntate —le dije.

Me obedeció. Recuperé la pistola de manos de Aemos, me la metí en el bolsillo, y le indiqué que podía marcharse.

—¿Doctora, por favor?

Crezia me miró.

—¿Así de fácil? ¿No le vas a dar la oportunidad de cooperar de forma voluntaria?

No iba servir de nada, pero quería congraciarme con Crezia.

—Dime tu nombre —le dije.

—Eino Goran.

—Dime tu veradero nombre.

—Eino Goran.

Miré a Crezia para advertirla y utilicé mis poderes mentales. Me concentré en dirección al vessorita para que a ella no le afectara, pero aun así, Crezia se estremeció.

El mercenario me contestó con un gruñido.

—Ahora, por favor.

Crezia le inyectó rápidamente veinte mililitros de zendocaína en el brazo, y se apartó. La zendocaína es una sustancia psicoactiva, un incrementador sináptico que provoca un aumento de la actividad del córtex cerebral disimulado por un opiáceo tranquilizador. El mercenario tosió, y después de unos instantes, sus ojos mostraron una mirada vidriosa.

Crezia comprobó su presión arterial.

—Está bien —me dijo.

Coloqué una mano en la sien del individuo e introduje mi mente en la suya. Estaba relajado y no ofreció ninguna resistencia, pero su mente estaba muy activa. El equilibrio ideal si iba a intentar arrancarle la personalidad implantada.

Lo tanteé con unas cuantas preguntas de prueba, tanto de forma verbal como mental. Me dio las respuestas con un tono arrastrado.

—¿Cómo te llamas?

—Eino Goran.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta años efstándarr.

—¿Cuánto mides?

—Dos kwens y medio.

Aquélla era una buena señal. No tenía ni idea de lo que era un «kwen», pero estaba convencido de que se trataba de una medida de longitud vessorita.

—¿Dónde estamos?

—En una habitashión.

—¿Dónde está la habitación?

—En una caaasa. No shé.

—¿En qué mundo?

—Gudrun.

—¿De qué color es el ciclo?

—Eechh... ¿Eshte cielo?

—Sí. ¿De qué color es el cielo?

—Azul.
—¿A qué otro cielo me podría referir?
—No shé.
—¿Cómo me llamo?
—Gregor.
—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin mostrar reacción alguna.
—Ella te llamó assí.
Crezia me lanzó una mirada nerviosa.
—¿Y eso te dice quién soy?
—No shé.
—¿Quién puedo ser? ¿T ú quién crees que soy?
—Eiisshenhorn.
—¿Por qué conoces ese nombre?
—Por el trabajo.
—¿Qué trabajo?
—El de mercenario. Buena paga.
—Cuéntame más sobre eso.
—No shé más.
—¿Cómo te llamas? —le pregunté de nuevo al mercenario.
—Ya te lo he disho. Eino Goran.
—¿De dónde eres?
—De Hesperus.
—¿De qué color es el cielo?
—Azul. Sheguro.
—¿Cómo te llamas?
—Eino Goran. Eino Goran. Eino Goran.

Las palabras salieron a borbotones, como un arroyo montañoso, solapándose unas a otras y sin ningún sentido.

—¿De dónde eres? —le pregunté de nuevo para seguir con el interrogatorio.

—De Hesperus... Aaah. No shé.
—¿Qué quieren decir los tatuajes de tu cuerpo?
—Bono.
—¿En qué lenguaje?
—No shé.
—¿Es un bono de repatriación?
—Ajá.

—Esa es una costumbre de los mercenarios, ¿verdad?

—Aaaamm...

—Dice, para cualquier captor que pueda verlo, que si te devuelven a tu planeta natal o a una agencia de tu planeta natal, sin sufrir ningún daño, pagarán un bono. ¿No es así?

—Sí, así.

—¿Eres un mercenario?

—Sssí.

—¿De qué color es el cielo?

—Azul. No, sí... Azul.

—¿Cómo te llamas?

—Aaahh...

—Te he preguntado cómo te llamas.

—Espera...lo sé. Es difícil pensar...

Los ojos le dieron vueltas en las órbitas.

—¿Cómo te llamas?

—No shé.

—¿Eres un mercenario?

—Sí.

—¿Era yo el objetivo de tu misión ayer por la noche?

—Sí.

—¿Quién era el objetivo ayer por la noche?

—Eisenhorn.

—¿Soy Eisenhorn?

—Sí.

Me miró fijamente, pero sus ojos seguían teniendo un brillo extraño, y no me enfocó bien.

—¿Cuáles eran tus órdenes?

—Mátalos a todos. Quema el sitio.

—¿Quién te dio esas órdenes?

—El señor del clan Etrik.

—¿Señor del clan es un rango?

—Sí.

—¿Es el señor del clan Etrik un jenízaro vessorita?

—Sí.

—¿Eres un jenízaro vessorita?

—Sí.

—¿Cómo te llamas, jenízaro?

—¡Señor, Vammeko Tari, señor!

Se detuvo y parpadeó, sin estar muy seguro de lo que acababa de decir. Crezia me miraba a mí.

—Lo estás haciendo muy bien, Tari —le dije.

—Aaahhh...

La personalidad implantada se estaba despegando de su mente como papel mojado. Me lancé de cabeza con toda mi fuerza menta la acabar la tarca al notar que su mente ya estaba abierta.

—¿Dónde te contrataron?

—Hace veinte semanas. Nnnggghh... Veinte semanas.

—¿Dónde?

—Heveron.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Estaba buscando trabajo.

—¿Y antes de eso?

—Nnnggghh... Me contrataron para una guerra fronteriza. El gobernador local nos contrató. Pero al final, la guerra se quedó en nada.

—¿Y encontraste un nuevo cliente?

—El señor del clan lo hizo. Buena paga, y con un contrato de larga duración a otro planeta, y con el tránsito pagado.

—¿Para hacer qué?

—No nos lo dijeron. Nos llevaron a un lugar lejano.

—¿Adonde?

—¿Gudrun?

—¿Fue a Gudrun?

—Sí...

Se estremeció de arriba abajo.

—¿Y cuál era la misión, a grandes rasgos?

—Las armas y los transportes los proporcionaba el cliente. Nos dijo que atacáramos esa casa de la península. Que los matáramos a todos.

—¿De quién era esa casa?

—De uno llamado Eisenhorn.

—¿Cuántos hombres contrató?

—A todos nosotros, a todo el clan.

—¿Y cuántos hombres son en total?

—Ochocientos.

Me quedé callado por un momento. ¿Ochocientos?

—¿Todos para la misión en Gudrun?

—No. Sólo éramos setenta para eso. El resto era para otras misiones.

—¿Qué otras misiones?

—No me lo dijeron. Agh... Me duele la cabeza.

Crezia me tocó la manga.

—Debes parar —me susurró—. Está empezando a hiperventilar.

—Sólo unas pocas preguntas más —le respondí con un siseo. Miré otra vez a Tari. Estaba sudando y balanceándose ligeramente, y su respiración se había hecho jadeante y agitada.

—¿Dónde os agrupasteis antes de comenzar el ataque?

—Nnnggh... Piterro.

Era una pequeña isla en la bahía de Bisheen. Interesante.

—¿Cómo se llamaba la nave que os trajo hasta aquí?

—La Beltrand.

—¿Cómo se llamaba vuestro cliente?

—No shé.

—¿Lo viste alguna vez?

—No.

—¿Viste a alguno de sus agentes?

—Sí. Nnnggh... ¡Duele!

—¡Gregor!

—¡Todavía no! Tari, ¿quién era el agente?

—Una mujer. Una psíquica. Vino a implantarnos las personalidades la noche antes de la misión.

—¿Ella en persona os fijó los velos de identidad?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Se hacía llamar María. María Tarray.

—Tari, recuerda su imagen —le ordené.

Logré discernir una breve pero nítida percepción de una mujer de rasgos angulosos y marcados con un cabello negro y largo. Sus ojos fueron lo que se me quedó más grabado. Pintados con kohl, grandes y de color verde jade. Me pareció que me miraba a mi mente de un modo directo. Retrocedí de forma inmediata.

—¿Estás bien? —me preguntó Crezia.

—Sí, estoy bien.

—Vamos a dejarlo ahora —dijo de forma tajante—. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Eso es lo que he dicho.

El jenízaro se había recostado sobre la cama, con la cara hinchada y sudorosa. Había cerrado los ojos y estaba gimiendo.

—Se está viniendo abajo. Está sintiendo las disrupciones de tus sondas mentales.

Pude ver que Crezia estaba temblando de forma leve. Ella también las había sentido, aunque fuese de segunda mano.

—Una última pregunta.

—He dicho que íbamos a dejarlo ahora y lo decía en serio. Tengo que estabilizar su estado.

Alcé una mano.

—Una más. Ahora, que todavía tiene la mente abierta. Si volvemos más tarde, o mañana, ya tendrá la mente cerrada de nuevo. Y no querrás hacerle pasar por esto de nuevo, ¿verdad?

—No —accedió finalmente.

—¿Tari? ¿Tari?

—Déjame.

—¿Cómo se llama tu cliente? ¿Cómo se llama el jefe de María Tarray?

El vessorita murmuró algo.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Crezia— no lo he oído.

Yo sí. No verbalmente, sino su resonancia psíquica. Algo que estaba bloqueado, algo que no habría podido decir ni que hubiera querido. Se hundió en un desmayo mental, al mismo tiempo que los últimos restos del velo de su personalidad implantada se deshacían y aparecía el último nombre.

—Ha dicho Kanjar —le respondí —. Kanjarcl Afilado.

Once

El adepto Cielo
Avisos de muerte
Peligrosa amabilidad

Desperté antes del amanecer. Fuera todavía estaba oscuro, y la fría brisa mecía las cortinas.

Me vestí y bajé. Pasé a ver a Tari de camino. Estaba totalmente dormido, acurrucado en su cama. Crezia se había asegurado de que estaba bien, le había dado un suave derivado opiáceo para mitigar el dolor y lo había cubierto con una manta. Estuvo inconsciente durante una buena parte de las últimas catorce horas. Crezia casi se volvió loca de miedo cuando descubrió que el prisionero de su trastero era un jenízaro vessorita.

Comprobé las ataduras de Tari, que gimió suavemente cuando moví la manta.

Aemos ya estaba levantado. Se sentó en el estudio de Crezia con una taza de cafeína que él mismo había preparado, y escuchó las noticias de la radio de primera hora de la mañana.

—¿No podías dormir? —le pregunté.

—He dormido bien, Gregor, pero nunca duermo mucho.

Tomé otra taza y me puse cafeína de su jarra.

—No se oye una palabra sobre nosotros —dijo, haciendo un gesto hacia la radio.

—¿Nada?

—Es muy inquietante. Ni una sola palabra, ni siquiera en la frecuencia de los arbites.

—Alguien se las ha arreglado para reclutar ochocientos asesinos vessoritas, Uber. Tienen poder. Han bloqueado las noticias, o las han censurado.

—Los demás lo sabrán.

—¿Qué quieres decir?

—Fischig, Nayl. Sabrán que algo ocurre en cuanto dejen de recibir respuestas a sus comunicaciones desde la Casa Spaeton.

—Eso espero. ¿Qué has averiguado de los tatuajes de nuestro amigo?

—Base Futu, justo como suponía. Lo he comprobado con el cogitador de la doctora. —Sacó una placa de notas y se ajustó las gafas—. Esta marca atestigua que Vammeko Tari, un jenízaro, es propiedad del clan Etrik y que se pagará una recompensa de diez mil zkells por su repatriación. Está hecho de carne, y su carne habla por él.

Aemos me miró.

—Es una costumbre extraña.

—Concuerda completamente con la mentalidad de los vessoritas. Los jenízaros son objetos. Elementos materiales. Daría igual mantener como prisionero un cañón o un tanque. No poseen filiación política ni lealtad alguna en el marco de cualquier conflicto en el que se vean envueltos. No sirven como rehenes. El hecho de añadir ese pequeño incentivo a cada uno aclara y simplifica las cosas. Coloca un sencillo precio al asunto y disuade al captor de matarlos.

—¿Cuánto son diez mil zkells?

—Yo diría que suficiente.

—¿Qué haremos con él cuando nos vayamos?

Aquélla era una buena pregunta.

Fui a la cocina a preparar más cafeína y a buscar algo de pan, y me encontré a Crezia haciendo zumo de ploineros y de bayas de montaña en una prensa cromada. Tenía el pelo suelto y llevaba puesto un corto vestido suelto de estar por casa, de seda de color crema.

—¡Ah! —dijo ella cuando entré.

—Perdona —dije, retrocediendo.

—Ah, no te molestes, Gregor. Me has visto con mucha menos ropa.

—Ya, ya lo sé.

—Sí, ya me has visto. ¿Quieres un poco de zumo de frutas?

—En realidad estaba buscando cafeína.

—¿Cómo lo he podido olvidar? Desayuno en la terraza... yo con mi zumo y mi pastel integral, tú con tu cafeína y tus huevos con tocino.

Llené un cazo en el grifo del fregadero después de aclararlo.

—Supongo que ahora es tu oportunidad para decir «Te lo dije» —comenté.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre has sostenido que la fruta y el pan integral eran el camino a una vida saludable, ¿recuerdas? Solías hablar y hablar sobre dietas y fibra y todas esas cosas. Me decías que mi dieta de cafeína, alcohol y carne roja me iba a matar.

—Lo retiro.

—¿De verdad?

—No será tu dieta lo que te va a matar, Gregor —dijo, mordiéndose nerviosamente una uña.

—Tenías razón, por supuesto. Fíjate en ti.

—Preferiría no hacerlo —dijo ella, aplastando un ploinero con demasiada fuerza.

—Estás tan maravillosa como el día que te conocí.

—El día que me conociste, Gregor Eisenhorn, estabas medio comatoso por la anestesia y yo llevaba puesta una mascarilla facial.

—Ah, ¿cómo he podido olvidarme?

Me echó una mirada fulminante.

—Bueno, de todas formas —dije—, no estoy mintiendo. Te traté mal. Te sigo tratando mal. Alguien como tú no se merece esto.

Ella probó su bebida de frutas llena de pulpa.

—No voy a discutirte nada de eso, aunque... es agradable oírte decir que lo admites.

—Es la verdad. También lo es que sigues siendo maravillosa.

Ella suspiró.

—Los programas rejuvenecedores son muy fáciles de administrar. Tengo esta apariencia gracias a la ciencia imperial, no al zumo de frutas.

—Sigo creyendo en el zumo de fruta.

Sonrió burlonamente.

—Tú tampoco tienes mal aspecto, a pesar de la carne roja y la cafeína.

El agua del cazo comenzó a hervir.

—Me siento como una persona de mil años a tu lado. La vida no me ha tratado bien.

—Pues , no sé. Hay cierta nobleza en tus cicatrices. Hay algo muy masculino en la forma como te conservas.

Empecé a buscar los granos molidos.

—Esa lata de ahí —dijo ella—. La mezcla de achicoria que siempre has utilizado. La que siempre me ha gustado.

Tomé la caja de aluminio y eché varias cucharadas en el cazo.

—Crezia —le dije—, debiste haberme dejado hace mucho tiempo. Nunca he sido suficientemente bueno para ti. Nunca he sido suficientemente bueno para nadie, la verdad sea dicha.

—Ya lo sé —dijo ella—. Pero no puedo. Las cosas son así.

Eché el agua hirviendo en el cazo y la dejé reposar.

—¿Qué tal está Alizebeth? —preguntó ella de repente.

En cierto modo había estado esperando aquella pregunta, al final había terminado con una larga relación con Crezia Berschilde por Bequin. Aunque conocía a Alizebeth y sabía que nunca podríamos estar juntos salvo como amigos, también sabía que no podría dejar atrás mi amor por ella. Habían ocurrido demasiadas cosas y nunca podría ser justo ya con Crezia.

Veinticinco años antes, en esa misma casa, le había dicho algo similar y me había ido.

—Está muriéndose —dije.

Crezia bajó rápidamente el vaso.

—¿Muriéndose?

—O ya está muerta. —Le conté lo que había pasado en Durer.

—Oh, Dios-Emperador —exclamó—. Deberías ir con ella.

—¿Qué podría hacer?

—Estar allí —respondió con firmeza—. Estar allí y contárselo todo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo sabes que todavía no se lo he dicho?

—Porque te conozco, Gregor. Demasiado bien.

—Bueno... yo...

—¿Vosotros dos nunca...?

—No. Ella es una intocable. Yo soy un psíquico. Así es como funcionan las cosas.

—¿Y nunca se lo has contado?

—Ella lo sabe.

—¡Por supuesto que lo sabe! Pero ¿tú nunca se lo has contado?

—No.

Me abrazó. La apreté contra mí. Pensé en todas las cosas que no había hecho, o no había empezado o no había terminado. Entonces recordé todas

las cosas que había hecho y que nunca podría deshacer.

—Soy lo último que necesitas, Crezia —susurré a su pelo.

—Déjame que yo juzgue eso.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y Aemos entró cojeando. Crezia y yo nos soltamos.

A Aemos no le importaba lo más mínimo lo que pudiéramos estar haciendo.

—Tienes que venir a oír esto —dijo.

Había estado escuchando el Servicio del Subsector en la radio, noticias de todo el subsector helicano, algunas de ellas de hacía días o semanas. Cuando nos colocamos alrededor del viejo receptor, las noticias habían cambiado a la información de la bolsa y a las previsiones para el transporte.

—¿Y bien? —pregunté.

—Un informe de Mesina, Gregor. Los niveles superiores de la Aguja Once de Mesina Primaria han sido destruidos hace veinticuatro horas por lo que se creía una explosión provocada por herejes.

Me quedé helado. La Aguja Once de Mesina Primaria. Allí estaba la residencia que había alquilado para que la utilizara La Rueca. Nayl y Begundi habían llevado allí a Alizebeth y a Kara. Por su seguridad.

—El informe dice que se han perdido unas diez mil vidas —murmuró Aemos—. Los arbites de Mesina están buscando sospechosos, pero se ha atribuido a un grupo radical incontrolado de Mesina.

Me senté, temblando. Crezia se puso de cuclillas a mi lado, abrazándome. ¿La Rueca... desaparecida? ¿Bequin... Nayl... Kara... Swole... Begundi?

Era demasiado.

Caí en la cuenta de por qué Kanjar el Afilado había contratado a tantos jenízaros vessoritas. Distintos golpes, distintos mundos. ¿Dónde más había golpeado Kanjar? ¿Qué otro dolor me había causado? ¿a quién más habría matado?

—¿Qué ocurre? —preguntó Eleena, acercándose y restregándose sus ojos adormilados.

Recorrí la casa y el jardín del patio arriba y abajo. Dos o tres veces comencé a andar en dirección al trastero, pistola automática en mano. ¡A la mierda la recompensa! ¡Me vengaría!

Todas y cada una de aquellas veces me di la vuelta. Le había aconsejado a Medea que no se vengara y ahora debía escuchar mi propio y sabio consejo. Matar a Tari sería como romper una espada. ¿Qué era lo que Medea había dicho? «Es una actividad de sustitución. Es algo a lo que te puedes agarrar y hacer porque no puedes hacer aquello que realmente querrías hacer. Necesitaba algo, y no era venganza.»

Entonces, ¿qué era? Necesitaba volverá estar activo. Necesitaba reunir a mis aliados. Necesitaba descubrir quién era Kanjar el Afilado.

Y luego, ¡a la mierda con el consejo que le había dado a Medea! Necesitaba destruirle.

A las nueve en punto, el adepto Cielo llegó con su secretario, después de haber sido citado el día anterior. Ambos iban encapuchados y con túnicas, en lo que debía de ser su idea de sutileza.

Me reuní con ellos en la sala de estar, junto con Crezia. Ella se había puesto un traje beige.

El adepto Cielo era un anciano y experimentado astrópata, uno de los mejores que podía ofrecer la Casa del Gremio establecida en Ravello.

—¿Entiendo, señor, que éste es un asunto privado?

—Lo es.

—¿Está usted adquiriendo mis servicios en efectivo?

—No, adepto, mediante transferencia de fondos. Tengo un servicio de mensajería confidencial que quiero utilizar. Espero de ustedes la máxima discreción.

—Tiene usted la garantía del Gremio, señor —dijo Cielo. Su secretario abrió una placa de notas y me ofreció el escáner de huellas digitales.

Apreté mi pulgar contra él e introduje mi código.

—Aja —dijo Cielo al ver que la placa emitía un sonido y mostraba unos datos—. Todo está bien. Sus cuentas han transferido los fondos. Todo está en orden, señor Eising. Sigamos adelante.

No utilicé ninguna de las cuentas que estaban relacionadas con la persona de Gregor Eisenhorn, por supuesto. Tenía buenas razones para sospechar que mis finanzas estaban bajo vigilancia, si no bloqueadas. Así que ni lo iba a intentar, ya que eso pondría sobre aviso a mi enemigo de que alguien con poder para acceder a las cuentas de Gregor Eisenhorn estaba aún vivo, y sería relativamente sencillo rastrear ese acceso.

Aparte de las diferentes propiedades que poseía, tenía otros bienes bajo otras identidades. Gordon Eising era el titular de varias participaciones del Tesoro Público del Imperio en Tracia, con suficientes fondos para cubrir todas mis necesidades en aquellos momentos.

Había instalado el servicio de mensajería confidencial hacía muchos años para poder enviar y recibir mensajes sin tener que utilizar mi identidad auténtica. Era básicamente una cuenta de correo mantenida de forma automática a la que podía acceder, utilizando un astrópata, desde cualquier lugar. Podía enviar mensajes y leer cualquier comunicado que se hubiera enviado allí. El servicio estaba registrado a nombre de Aegis.

Cuando Cielo accedió a la cuenta de Aegis, no había ningún mensaje esperando su lectura. Redacté el contenido del comunicado en Glossia e hice que Cielo enviara mensajes de aviso a Fischig, en Durer; a Mesina, y a los agentes de mi organización de Tracian Primaris: Hesperus, Sarum y Cartol. Firmé como Rosethorn. También envié una transmisión privada, codificada y anónima a un amigo que estaba fuera del subsector helicano. El mensaje constaba de una sola palabra: Sanctum.

Esperé la respuesta antes de contactar con mi superior, Lord Rorken. Quería hacer las cosas de una en una. No era la primera vez en mi vida que deseaba permanecer fuera de la vista, excepto para los amigos.

Incluso enviar comunicados bajo otro nombre era peligroso, por supuesto. Muchas o todas las personas con las que estaba intentando contactar podían estar siendo vigiladas... si no habían sido ya eliminadas. Pero el Glossia era un código privado. Aunque mis mensajes fueran interceptados, sería imposible descifrarlos.

Las primeras respuestas llegaron al mediodía del día siguiente. El secretario de Cielo vino de la Casa del Gremio para entregarlos.

Uno era un mensaje de Fischig, en Glossia, que básicamente me contaba que ya estaba en camino desde Durer y que llegaría a Gudrun dentro de unos veinte días. Le envié una respuesta que enfatizaba toda precaución y que le pedía que contactara conmigo cuando estuviera cerca.

La respuesta al mensaje «Sanctum» fueron las palabras «Sanctum ascendiendo, en quince». No había identificación alguna del mensaje y su origen era el espacio profundo.

El secretario me entregó también una placa de datos: «Los comunicados a Mesina, Tracian Primaris, Hesperus y Cartol han sido devueltos como no entregables. Es extraño. El mensaje de Hesperus tiene

una frase añadida por los arbites locales, recomendando que se contacte con ellos directamente. No ha habido respuesta de Sarum».

Tras la marcha del secretario, hablé con Aemos. Estaba tan alarmado como yo.

—¿No entregables? Muy inquietante. Y el interés de los arbites es intranquilizador.

—¿Has progresado con los nombres? —pregunté. Había estado trabajando con el codificador de Crezia toda la mañana.

—Nada. No aparece ninguna María Tarray y no encuentro nada sobre ningún Kanjar el Afilado. Un kanjar es un arma de hoja, por supuesto. Una daga curva de la antigua Terra. La palabra aparece en varias culturas imperiales.

—¿Puedes averiguar algo más?

—No con esta máquina. Pero la doctora me va a acompañar al universitariado esta tarde y me va a proporcionar acceso a sus principales bases de datos.

Estuvo fuera mucho tiempo, hasta últimas horas de la tarde. Crezia tenía que dar algunas clases y Phabes había desaparecido. Me habían dejado solo con Eleena.

Eché un vistazo al prisionero. Estaba despierto pero no respondía. Crezia le había dejado una bandeja de comida y algo de agua antes de irse, pero no había tocado nada de aquello. Intenté hacerle unas pocas preguntas pero no se inmutó. Estaba zombi, sumido en un sopor postinterrogatorio.

Medea todavía estaba durmiendo, pero sus signos vitales eran buenos y no había rastro alguno de infección postoperatoria. Le di un suave beso en la frente y volví a la cocina.

Eleena estaba sentada en la mesa del refectorio con un tercio de una botella de vino tinto hesperiano. Sin formular pregunta alguna, tomó un vaso y me sirvió un poco.

Me senté con ella. Las puertas de la cocina estaban abiertas, permitiéndonos sentir una fresca brisa vespertina y una buena vista del Itervallea través del patio. La puesta de sol pintaba la montaña de ocre e iba cambiando de color suavemente delante de nuestros ojos para pasar a un color bermejo, luego a casi escarlata y después a azul ultramar.

—¿Ha comido? —preguntó Eleena.

—No. ¿Y tú?

—No tengo hambre —contestó ella y bebió un trago de vino.

—Lo siento, Eleena —dije.

—¿Perdón, señor? ¿Por qué?

—Siento que debas estar en medio de todo esto. Es un asunto desagradable y nos está costando caro.

Ella sonrió.

—Usted me sacó con vida de Spaeton, señor. Sólo por eso ya le estoy agradecida.

—Me habría gustado haber salvado a todo el mundo.

Ella se encogió de hombros. Podía notar que le obsesionaba la matanza de la que había sido testigo. El valiente sacrificio de Sastre en especial la había marcado. Eleena Koi tenía sólo veinticinco años, era una niña y un nuevo miembro de La Rueca. No había cumplido ningún servicio activo todavía. La habían destinado a la Casa Spaeton como una intocable residente, algo que La Rueca consideraba una tarea fácil, para acostumbrarla a la rutina de trabajo. Un poco de aclimatación.

—Si quieres irte, creo que no pasaría nada. Podría arreglarte el papeleo y conseguirte algún dinero. Podrías irte de este mundo, a la seguridad.

Eleena parecía casi ofendida.

—Soy una intocable contratada y en nómina de La Rueca, señor. Tal vez me bendijo el Emperador, ya que soy el último miembro con vida. Sabía que servir a un inquisidor sería peligroso cuando empecé. No me hago ilusiones.

—Pero aun así...

—No, señor. Soy suficientemente fuerte para esto. Puede parecer extremo, pero es para lo que fui contratada. Además...

—¿Además qué?

—Bueno, entre otras cosas, sabemos que el enemigo ha contratado al menos a un poderoso psíquico. Eso quiere decir que necesitará un intocable.

—Cierto.

—Y... creo que me sentiré más segura a su lado, si me fuera por mi cuenta, estaría toda mi vida mirando a ver quién tengo detrás.

—Gracias, Eleena. Ahora podrías dejar de llamarme señor, si todo esto por lo que hemos pasado estos días no cuenta como proceso de unión, no sé qué podrá hacerlo.

—De acuerdo —sonrió ella.

Ya era un cambio ver una sonrisa en su rostro. Era alta y demasiado delgada, en mi opinión, y siempre parecía inquieta y nerviosa. La sonrisa le sentaba bien.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

—Entonces, ¿cómo debo llamarle? —preguntó a la postre. Estuvimos charlando despreocupadamente durante un rato, hasta que el Itervalle se volvió negro y el cielo, azul imperial. Las estrellas se apagaron.

—¿Tenemos un plan? —preguntó ella.

—En teoría, sólo tenemos que averiguar quién está decidido a asesinarnos, y cazarlo. En la práctica, eso significa que nos quedamos aquí, fuera de la vista, durante un tiempo al menos y que, posteriormente, nos iremos del planeta.

—¿Dentro de cuánto crees?

—La manera que prefiero utilizar para abandonar el planeta estará disponible dentro de quince días.

Ella volvió a llenar los vasos.

—Me gusta. Me gusta cuando hablas como si todo lo tuvieras bajo control.

—A mí también —dije con una risa entre dientes.

—Entonces... hablando en la práctica, cuando estemos fuera del planeta, ¿qué haremos?

—Depende de unas cuantas cosas, de lo que logremos averiguar en las próximas dos semanas. De si me atrevo a mantenerme en contacto con mi ordos.

—Tú no crees que esté involucrada la Inquisición, ¿verdad?

—De ninguna manera —contesté. No era una mentira, porque estaba convencido de que no estábamos en conflicto con ninguna agencia externa, pero tampoco era toda la verdad. Tenía suficiente experiencia para saber que nada era imposible. Pero tampoco tenía sentido alarmarla—. Es sólo que creo que nuestro enemigo está tan bien coordinado, tan bien provisto, que está vigilándolo todo. Si me pusiera en contacto con la Inquisición, ésta nos podría traicionar.

Tomé mi vaso y bebí un buen trago del delicioso vino tinto.

—Así que, si no descubrimos nada, cuando nos vayamos... estará todo a nuestra disposición. Hay sitios adonde podemos ir a buscar protección, amigos a quien puedo acudir. Tal vez nuestra mejor opción sería desaparecer y permanecer escondidos hasta que se formalicen nuestros

planes. Pero no sé qué hacer. Me gustaría que nos dirigiéramos a Mesina. Si existe alguna posibilidad de que alguno de ellos siga con vida...

Aparte de los agentes de campo errantes cumpliendo diferentes tareas, el cuartel general de La Rueca en Mesina representaba mi única base alternativa de operaciones. Si había desaparecido, y la Casa Spaeton también, me había quedado aislado.

—Yo tenía muchos amigos en la Sala de La Rueca. Espero que estén todos bien. —Miró a la mesa y se puso a jugar con el vaso—. Supongo que estarás muy preocupado por la señora Bequin.

—Bueno... —comencé a decir.

—Siendo ella tan gran amiga y colega tuya. Y como la hirieron gravemente en Durer. Todo el mundo sabe... —cortó de repente.

—¿Sabe qué, Eleena?

—Bueno, pues que la quieres.

—¿Todo el mundo lo sabe?, ¿de verdad?

—No se puede esconder algo así. Os he visto juntos. Os adoráis.

—Pero...

—Tú eres un psíquico y ella es uno de los nuestros. Lo sé, lo sé. Eso no quiere decir que no la ames, a pesar de todo.

Me miró y se sonrojó.

—Este vino —dijo—. He hablado demasiado, ¿verdad?

—No, Eleena —dijo Crezia. Ninguno de nosotros dos la había oído entrar—. Introduce un poco de sentido en su cabeza. Tienes que volver a verla. Es lo que debes hacer.

Crezia llevaba puesto su atuendo de profesora. Cogió un vaso de un estante, se acercó a la mesa y, cuando vio que la botella estaba vacía, se dispuso a abrir otra.

—¿Qué tal ha sido el día? —le pregunté, intentando cambiar de tema.

—Me he pasado cuatro horas enseñando los principios de la palpación torácica a los alumnos de segundo año. Nunca había visto un grupo de tarugos tan mal preparados. Cuando llamé a uno de ellos para hacer una práctica, cogió la cadera del alumno que hacía de paciente. ¿Tú cómo crees que ha sido mi día?

Se sentó con nosotros a la mesa.

—He echado un vistazo a nuestro invitado. Me preocupa su estado. No ha comido ni bebido nada y prácticamente no responde. Creo que le has hecho algún daño con tus exploraciones mentales.

—Bueno, o eso —le repliqué—, o está teniendo una mala reacción a las drogas.

—Posiblemente. Si continúa igual por la mañana, le haré algunos análisis de sangre. Sus manos y pies están muy lívidos. Has apretado demasiado esas malditas ataduras.

—Están tan apretadas como es necesario, Crezia. Es un jenízaro vessorita reclutado para asesinarme, no lo olvides.

—Calla y sírveme algo de beber.

En cuanto Aemos entró, pasadas las diez, supe que algo iba mal. Cargaba con una pequeña pila de placas de datos y no protestó cuando Eleena le ofreció algo para beber, lo que no era normal en él.

Su mano temblaba cuando levantó el vaso para dar un sorbo. Incluso Crezia pudo ver que no se comportaba normalmente.

—¿Bueno, viejo amigo? —pregunté.

—Me he pasado horas investigando esos nombres, Gregor. Sigo sin encontrar nada sobre ese Kanjar, aunque he reunido una lista de planetas que siguen utilizando la palabra.

Me acercó una placa.

—María Tarray... aquí he tenido más suerte. Una María Tari fue arrestada por los arbites en Hallowcan hace cinco años por participar en actividades de sectas. Estaba pendiente de juicio cuando escapó. Ha aparecido dos veces más: en Felthon, donde era una conocida colaboradora del líder de la secta, Berrikin Paswold, y en Sansecta, donde se la buscaba en relación con el asesinato del jerarca Sansum y de cinco clérigos del Ministorum. La Inquisición tiene también una orden de búsqueda para su internamiento como sospechosa de ser una psíquica ficticia.

—¿Así que es una activa participante en actividades de sectas, eh?

Miré los resúmenes que Aemos había colocado en una placa. No me decían mucho más. Si me ponía en contacto con la Inquisición, ellos tendrían un expediente más completo, a pesar de los riesgos, me sentía inclinado a contactar con Rorken.

—Si es la misma mujer —comentó.

—No hay foto de ella, pero la descripción física concuerda con la imagen que tengo grabada en mi mente.

—¿Cuáles son sus antecedentes?

—No hay nada sobre eso... excepto que cuando se la interrogó durante su detención en Hallowcan, afirmó tener treinta y siete años y que su

mundo de nacimiento había sido Gudrun.

—Interesante... —dije—. Deberíamos comprobar esos datos en el censo planetario y...

—Creo que me pagas para ser minucioso, Gregor —dijo Aemos, cortante—. Ya lo he hecho. Aquí no hay registro alguno de ella. De hecho, no hay nadie en Gudrun con el apellido de Tarray o Tari. Sin embargo, el apellido sí aparece en otros mundos. En demasiados, de hecho, para que nos sirva para algo.

—Bueno, sabio —dijo Crezia—, ¿que es lo que te preocupa tanto?

Aemos tomó otro trago de vino y empujó una placa al centro de la mesa.

—Me estaba quedando sin opciones con los nombres, así que acudía otra cosa. Revisé los nuevos registros de todo el subsector, buscando palabras clave. No te va a gustar.

Leí la placa y mi corazón se quedó helado. Mostraba informes de boletines de accidentes procedentes de varios planetas del subsector. Sólo eran incidentes pequeños, la mayoría de los cuales no habrían ocupado una columna de prensa más allá de los noticiarios regionales. Sin duda, los sucesos que narraban no habrían sido noticia planetaria y, desde luego, tampoco interplanetaria. Aemos los había encontrado sólo porque había hecho un esfuerzo por buscarlos rastreando el compendio de los noticiarios imperiales.

El primer informe era sobre la explosión en Mesina. Mesina Primaria, la colmena principal, Aguja Once. El estallido había ocurrido a las diez y cinco, hora local. Era aterrador. Según mis cálculos, el ataque a la Casa Spaeton había comenzado al mismo tiempo exactamente, una vez hechos los consiguientes ajustes siderales. La explosión había incinerado los diez niveles más altos de la aguja. La cifra de muertos se elevaba a once mil seiscientos. El gobernador general había declarado el estado de emergencia.

Había una larga lista anexa de propiedades y negocios destruidos. Entre ellos, a mitad de la segunda página, estaba el Instituto Thorn, el nombre por el que el público conocía a La Rueca.

No había supervivientes. Supongo que pudo haber sido una coincidencia, pero no creo en ellas. Lo que significaba que mi enemigo, ese Kanjar el Afilado, no había dudado en exterminara miles de civiles sólo para eliminar a La Rueca.

El informe afirmaba que un movimiento clandestino autodenominado Vástagos de Mesina había reclamado la autoría del atentado. Ese grupo, decía, luchaba por la independencia de Mesina del Imperio.

Algo que era realmente una mentira asquerosa. Mesina era tan imperial como podía serlo un planeta con aquella cultura.

El segundo informe mencionado en la placa procedía de Cartol. Una familia que viajaba de vacaciones por la provincia de Kona había sido encontrada asesinada por pistoleros desconocidos. Dos hombres y tres mujeres. Sus identidades se facilitarían tan pronto como se averiguaran. Las autoridades de Cartol estimaban el momento de la muerte entre las diez y la medianoche, dos días antes.

Había enviado a Cartol a mi agente Leres Phinton, junto con Biron Fakal, Loys Naran y dos intocables, cinco meses antes, para recoger pruebas sobre una muerte relacionada con una secta de la región de Kona. Habían enviado sus informes con regularidad. ¡Dios-Emperador...!

Busque el siguiente elemento. Procedía de Tracian Primaris. Una residencia privada en la Colmena Sesenta y Dos había sido bombardeada justo antes de medianoche. Ocho muertos sin identificar. El lugar aparecía como Colmena Superior, número Sesenta y Dos, nivel 114, 871..., que era la dirección de la oficina regional que mantenía en el mundo capital del subsector helicano. Barned Ferrikal, que había estado conmigo durante treinta años, dirigía aquel lugar con siete personas a su cargo.

En el siguiente, Hesperus, dos hombres muertos en un tiroteo con bandas juveniles. Justo antes de medianoche, hace una semana. Se habían internado en la parte equivocada de la ciudad, dijo un portavoz de los arbites.

Lutor Witte y Gan Blaek, dos de los mejores agentes secretos que tenía, habían estado operando en Hesperus durante un año, intentando descubrir una secta tzeentchiana que estaba haciendo presa en la juventud de las zonas inferiores de las colmenas.

El siguiente se refería a Sarum, mundo capital del subsector de Antimar. Una de mis alumnas más prometedoras, la interrogadora Devra Shiborr, había ido allí ocho meses antes siguiendo mis órdenes para infiltrarse y descubrir una red caoticofilíaca en la universidad central. Se había presentado como la doctora Zeyza Bajj, una historiadora de Punzel.

La noticia registraba la muerte, aparentemente por suicidio, de la prometedora académica Bajj, su cuerpo, muerto desde hacía ocho horas,

había sido descubierto en su baño a la hora de la llamada del coro esa misma mañana.

Y, por último, el más estremecedor. Desde las Noticias Globales de Sameter, enviado la semana anterior. La residencia del inquisidor Nathun Inshabel había sido atacada y destruida por un enemigo no identificado. El nombre de Inshabel estaba entre los muertos.

Tomé asiento. Todos me miraban. Aemos apoyaba su barbilla sobre sus manos y las dos mujeres miraban fijamente, con ansiosa paciencia.

—Están todos muertos —dije—. Todos. Todos los hombres de mi operativo. Mi casa de aquí, el cuartel general de La Rueca y todos los agentes que tenía en activo sobre el terreno. Todos y cada uno. Todos asesinados a la misma hora aproximadamente y el mismo día de la semana.

Mi voz se quebró. Estaba demasiado conmocionado. Crezia me sirvió un vaso de amasec y se tomó uno ella misma.

Todo evaporado. La operación que había estado montando durante décadas, los amigos y aliados que había reunido... destruido en una sola noche. Todos mis recursos visibles habían sido identificados, puestos como objetivo y eliminados. Aparte de mi querido Fischig, que se había abierto camino para encontrarnos, éramos todo lo que quedábamos.

Me sentía más desconectado que otra cosa. La red de información secreta y personal en activo que había construido desde el comienzo de mi carrera me había sido brutalmente arrebatada.

Estaba solo.

No quería otra cosa... ninguna otra cosa más que ver a Kanjar el Afilado cara a cara y ajustarle las cuentas.

Me fui a la cama, dejando el amasec intacto, y dormí mal y a ratos. De madrugada, desperté penosamente de un sueño que no podía recordar muy bien al principio. Tumbado en la oscuridad, los detalles fueron volvieron lentamente. Había estado soñando con la fuga de Spaeton. Medea y Jekud Vanee me habían estado llamando, rogándome que los rescatara. Recordaba la sensación de tomar la mano de Medea y de agarrar a Vanee, que no podía sujetarse bien. Los jenízaros le abatieron, cortando su cuerpo en dos con el fuego del láser. Su psicótico grito de muerte me había atravesado el cerebro como un hierro candente, y eso era lo que me había despertado.

¿O no fue eso?

Me desperté otra vez a las cuatro. La noche era tranquila excepto por el ruido de los grillos de montaña.

Algo iba mal. Me levanté, saqué la pistola automática de debajo del colchón y salí al rellano.

Podía oír los ronquidos de Aemos en su habitación y los distantes suspiros de Crezia en su letargo.

La puerta de Eleena estaba abierta.

Miré dentro. La cama estaba vacía y la colcha estaba tirada por el suelo.

Avancé despacio por el pasillo con la espalda contra la pared y el arma en alto sujeta con las dos manos, casi como si estuviera rezando. Podía verse una luz por debajo de la siguiente puerta. El baño.

Pude oír el borboteo de agua y la luz me deslumbró cuando se abrió la puerta de repente.

Apunté con mi arma.

—¡Oh, Dios! ¡Por el Trono Dorado, señor! ¿Qué diablos está h...?

Le tapé la boca con la mano a la sobresaltada Eleena y tiré de ella hacia la sombra.

—Me has asustado —susurró cuando dejé de apretar.

—Perdona.

—Sólo estaba en el baño.

—Perdona. Algo va mal.

—¿Gregor? ¿Qué es ese ruido? —La voz de Crezia flotaba en el rellano.

—Vuelve a tu habitación —dije en voz baja.

Ella hizo lo contrario, a la manera típica de Crezia Berschilde. Se puso rápidamente su bata de seda y se acercó con suaves pasos hasta nosotros.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—Crezia, aunque sea sólo por una vez, sólo cállate —la corté.

—Bueno, perdona por nada.

Empujé a ambas detrás de mí y avancé lentamente hacia la puerta del trastero.

—Bonito trasero —dijo Crezia. Llevaba puesto solamente una manta.

—¿Vas a ser seria aunque sólo sea un minuto? —gruñí.

—Por favor, doctora —urgía Eleena—. Esto es algo serio.

La puerta del trastero estaba cerrada y a oscuras.

—¿Lo ves? —dijo Crezia—. No hay ningún problema.

Toqué el pomo y me di cuenta de que estaba libre. Crezia dio un salto cuando pegué una patada a la puerta y apunté mi arma a la cama.

La cama estaba vacía.

Eleena encendió la luz. Las frágiles y deshilachadas ataduras de Tari estaban todavía unidas al armazón de la cama. Las había roto a mordiscos o a tirones.

—¡Trono Dorado, se ha ido!

—Oh, no... —Crezia murmuró—. Yo sólo le aflojé las ataduras un poco.

—¿Que hiciste qué?

—¡Te lo dije! Te dije que estaba preocupada sobre el estrangulamiento. La lividez de sus manos y su...

—¡No me dijiste que las habías aflojado! —dije furioso.

—¡Creía que habías entendido lo que quería decir!

Corrí escaleras abajo. El vestíbulo, a media luz, recibía la pálida luz de la luna que se colaba a través de las puertas delanteras medio abiertas.

—¡No puede haber ido muy lejos! ¿Qué más da de todas maneras? —decía Crezia detrás de mí.

Salí a la calle. No había rastro de nada ni de nadie. Las frías sombras de la noche se dispersaban fluidamente por las losas. Tari, estaba seguro de ello, se había ido hacía mucho.

Volví adentro y Crezia encendió las luces del vestíbulo. Y gritó.

Phabes estaba doblado en una esquina, como un hombre que se ha dormido sentado. Pero estaba muerto. Le habían rajado el cuello. Un gran charco de sangre se deslizaba lentamente cuesta abajo desd esu encorvada figura.

—¿Lo ves ahora, Crezia? ¿Lo ves? —le grité.

Tari estaba libre. El sabía quién era yo y dónde estaba. Teníamos que irnos.

Rápidamente.

Doce

En la noche, en las montañas
El expreso Trans-Atenadas
Un aviso de los muertos

—No —dijo Crezia—. No. De ninguna manera. No.

—Esto no está abierto a debate, Crezia. No es una sugerencia, es una... una orden.

—¿Cómo te atreves a mandarme así, como si fuera uno de los lacayos de tu mayordomo, Eisenhorn? ¡No me voy a ir!

Abrí la boca y luego la cerré. El brutal asesinato de su hombre, Phabes, le estaba causando una gran angustia. Comunicarse con ella iba a ser una labor difícil.

Me giré hacia Aemos y Eleena.

—Vestios. Recogedlo todo y guardadlo en la aeronave. Quiero estar lejos de aquí en menos de media hora.

Ambos se alejaron corriendo.

Era difícil saber cuánto hacía que se había escapado el jenízaro. Phabes, cuyo cuerpo había cubierto Aemos con una sábana, estaba todavía caliente, por lo que estaba convencido de que Tari sólo disponía de una hora de ventaja, noventa minutos en el peor de los casos. Dado su pragmatismo vessorita, me imaginé que se había dirigido directamente a una estación de radio para comunicar nuestra posición a sus hermanos. Eso es lo que yo hubiera hecho en su lugar. Pudo haber intentado matarme él mismo, pero para entonces sabía que no debía subestimar mis habilidades. Existía la posibilidad de haberlo matado, en cuyo caso nunca se hubiera sabido el secreto de mi localización.

No, él se había ido a buscar los medios para enviar un mensaje. Era imposible saber lo cerca que podían estar los individuos de su grupo, pero

si seguíamos allí dentro de sesenta minutos nuestras expectativas no serían muy buenas.

También se me ocurrió que una vez que hubiera enviado su mensaje, estaría libre para volver e intentar matarme.

Tomé a Crezia de la mano y la llevé arriba. Sus ojos estaban rojos e hinchados y estaba paralizada por la conmoción. Se sentó a los pies de mi cama mientras yo me vestía.

—Si pudiera sencillamente irme, Crezia, lo haría —dije suavemente, a la vez que cogía una camisa limpia—. Si fuera sólo una cuestión de marcharme y eliminar toda mi mierda de tu vida, eso es lo que haría. Pero eso no es lo que va a pasar. Los mercenarios vienen de camino. Llegarán pronto, probablemente antes del amanecer. Interrogarán y matarán a todo aquel que encuentren. No podrás decirles que no sabes adonde he ido. Te... bueno, son jenízaros vessoritas y les pagan bien. No te puedo dejar aquí.

—No quiero irme. Éste es mi hogar, Gregor. Mi maldito hogar, y mira lo que has hecho.

—Lo siento.

—¡Mira lo que le has hecho a mi vida!

—Lo siento. Te compensaré.

Se levantó. La rabia le volvía y ocultaba su dolor.

—¿Cómo? ¿Cómo diablos vas a compensarme por esto? ¿Cómo diablos puedes compensarme por todo el dolor que me has causado a lo largo de toda mi vida?

—No tengo ni idea. Pero lo haré. Y tú tendrás que permanecer viva para que pueda hacerlo. Tengo la ruina de tu agradable y confortable existencia en mi conciencia, Crezia. No voy a añadir tu muerte a eso.

—Bonitas palabras, pero no me voy de aquí. Me voy a la cama.

La agarré por el brazo y la detuve. Debía cambiar de táctica. Como doctora, era totalmente desinteresada. Apelar a su instinto de conservación era inútil.

—Necesito que vengas. Ésa es la verdad. Tengo que llevarme a Medea conmigo. No puedo dejarla aquí y no creo que ella esté en condiciones de viajar.

—Por supuesto que no.

—¿As í que morirá?

—¿Si la mueves ahora? ¿En su estado?

—Entonces será mejor que viaje con un médico, ¿no crees?

Soltó mí mano.

—No pienso permitirte que pongas en peligro la salud de mi paciente, Eisenhorn —me avisó.

—Entonces ten en cuenta el pronóstico, doctora. Si se queda aquí, estará muerta por la mañana. La matarán cuando la encuentren. Si viene conmigo sin ti, probablemente morirá también. Creo que de lo que estamos hablando aquí es de tu juramento hipocrático de conservar la vida.

Odiaba ser tan manipulador... bueno, con ella. Me lanzó una mirada venenosa, sabiendo que la había arrinconado.

—Cerdo. Cerdo y listo. No sé por qué te he querido alguna vez.

—Yo tampoco lo sé. Pero sí sé porque te quise yo. Siempre te has preocupado por los demás. Siempre hacías lo que tenías que hacer.

Ella se dio la vuelta y se fue de la habitación.

Terminé de vestirme y metí unas mudas de ropa y a Barbarizadora en una bolsa de viaje de cuero que encontré encima del armario. Luego tomé el bastón rúnico y...

... me detuve en el umbral de la puerta.

El Malus Codicium estaba todavía en el cajón de la mesita. Lo envolví en una funda de almohada y lo metí en la bolsa.

¿Cómo había podido casi olvidarlo?

La primera respuesta que se me ocurrió era extraña e inquietante. Tal vez quería que lo olvidara.

Las luces interiores de la aeronave iluminaron una zona del patio. Aemos y Eleena lo habían guardado todo: ropa para cada uno de ellos y los manuscritos y libros que habíamos rescatado de la Casa Spaeton. Subí mis cosas a bordo y efectúe las comprobaciones previas al vuelo. La aeronave estaba perfectamente cargada.

—¡Ayudadme, maldita sea! —dijo Crezia.

Vestía un traje de trabajo verde oscuro y un abrigo acolchado, y llevaba dos bolsas de viaje. Medea estaba tumbada sobre una camilla gravitatoria, atada en su sitio con una unidad de revitalizrex y un botiquín anclados de forma magnética a la parte inferior de la camilla. Crezia había añadido dos cráneos-médicos a nuestra paciente, que flotaban suspendidos en el aire detrás de la camilla.

Subimos a Medea a bordo y luego montamos nosotros. Crezia se sentó al lado de Medea, sin decir palabra. Ni siquiera miró detrás de sí, a la casa, cuando ascendimos en la noche y nos alejamos a toda velocidad.

Volamos hacia el sur, hacia la principal cordillera de las Atenadas, un macizo de gigantescos picos que dividían el centro del continente a lo largo de tres mil quinientos kilómetros. El Itervalle y sus vecinos eran tan sólo estribaciones comparados con esta gran estructura geológica.

No quería estar en el aire demasiado tiempo. Tari sabía que teníamos una aeronave y habría informado a sus camaradas. Esto era sólo un corto salto para comenzar. Estudié una placa de navegación y comencé a trazar una ruta.

Al amanecer estábamos a unos noventa kilómetros hacia el sudoeste y varios cientos de metros más altos, en los valles bajos del irregular y afilado Esembo. Con las primeras luces de la mañana, era una negra forma ascendente con una centelleante capa de hielo. Sus poderosos vecinos acechaban a sus espaldas.

Descendimos en una ciudad llamada Tiroyere, un pequeño lugar que prosperaba como centro de reunión y lugar de paso para los viajeros que se dirigían a los centros turísticos situados en la parte superior del Paso de Esembo. Aparqué la aeronave en el límite de la ciudad, en una zona de abetos que la ocultarían a los observadores aéreos.

Nadie había hablado mucho. El aire era fresco, por lo que puse al máximo la calefacción de la cabina para que Medea estuviera cómoda.

—Deberíamos comer —dijo Eleena—. Yo iría a comprar algo... pero...

Ninguno de nosotros tenía dinero.

Crezia se quitó los guantes y sacó una cartera de su abrigo.

—¿Soy la única persona que piensa en cosas prácticas? —comentó agriamente.

Eleena tomó una barra de crédito de Crezia y atravesó los árboles hacia la ciudad. Estuvo de vuelta quince minutos más tarde llevando consigo una caja de estireno en la que había cuatro vasos altos de cafeína y dulces en frascos desechables, unos bollos calientes envueltos en papel encerado, una barra de pan y varias raciones de carne de salchicha selladas al vacío.

También había comprado una pequeña placa de datos con una guía turística de la región.

—Pensé que podría ser útil —dijo.

—Fantástico —dijo Crezia—. Ahora podremos escoger los mejores sitios para esquiar.

Mientras Eleena estuvo fuera, empleé considerable tiempo y esfuerzo en liberar la escotilla lateral de la aeronave. Había sido atornillada para que quedara abierta al estilo militar para la posición permanente del artillero. Con el arma guardada y un frágil cargamento humano, quería sellar la cabina. Se cerraba pero el pasador no enganchaba. Intenté utilizar la fuerza bruta, pero no creía que se hubiera cerrado nunca en todos sus años de existencia.

Comimos y bebimos en silencio, y los cráneos-médicos administraron alimento a Medea a través de los tubos del gota a gota.

Observé el cielo y el largo arco de la carretera hacia la ciudad. No había mucho tráfico. Unos cuantos vehículos de carga y algunos dromes móviles, además del ocasional aerodeslizador. Todos los turistas se dirigían a los centros turísticos.

Mientras comía, ojeé la guía que Eleena había comprado.

Dejamos Tiroyere a las nueve y media y pasamos el resto del día volando hacia el oeste, a espaldas del Esembo, sobre los espejos de los lagos altos y hacia el centro turístico norteño de Gruj. Durante mucho tiempo, estuve convencido de que nos seguía un pequeño aerodeslizador amarillo. Me llegué a preocupar tanto que me desvié hacia el este, alrededor de un trecho de pastos de montaña y escarpados bosques.

Perdí de vista al vehículo amarillo, pero unos treinta minutos después apareció otro que fue nuestra firme sombra durante una distancia de unos cinco kilómetros. Mi desazón volvió de nuevo.

A última hora de la tarde, cuando volábamos hacia Gruj, la aeronave negra giró hacia el sur siguiendo una ruta que la llevaría a la estación balnearia de Firiol, en la ladera sur del Monte Fulco.

Había estado huyendo de fantasmas.

Aterricé el aerodeslizador en Gruj bajo la protección de unos pinos, al sudoeste de las viejas murallas de la ciudad. Tomé la barra de crédito de Crezia y fui solo a la ciudad.

Gruj era una vieja ciudad de calles sinuosas, como Ravello, pero bastante menos pintoresca. Locales con máquinas de juego y salones de baile ocupaban las principales vías, y había un ajetreado bullicio de jóvenes gudrunitas de vacaciones en todas las calles.

Encontré las oficinas locales de los Adeptus Astra Telepática, una alta y negra estructura de ventanas en una esquina de la plaza principal, y entré.

Una ojerosa adepta llamada Nicint cargó mi barra de crédito y me proporcionó acceso a la cuenta de Aegis. Quería comprobar si había llegado algo durante los últimos días.

Me esperaba una sorpresa.

Había un comunicado de Harlon Nayl. Había sobrevivido.

Su mensaje era bastante largo y estaba escrito en Glossia. En esencia decía que había abandonado Mesina dos semanas antes, sospechando, por razones en las que no entró, que algo malo estaba a punto de ocurrir. Eso no me sorprendió. Nayl tenía olfato para los problemas. Que él, de todos mis pobres perdidos agentes, hubiera sido avisado del peligro, era algo fácil de creer. Estaba, en el momento de enviar el comunicado, a tres días de Gudrun.

Pedí a la adepta que enviara una respuesta, también en Glossia, diciéndole a Nayl que se dirigiera a la capital septentrional de Nueva Gevae y, una vez allí, que consiguiera pasajes para salir del planeta. Le pedí que confirmara y le dije que le mandaría otro mensaje cuando estuviera cerca. Calculaba unos cuatro días. Cuatro días y estaríamos con Nayl en Nueva Gevae y a punto de abandonar ese mundo.

El oruga todoterreno era básicamente un lujoso vehículo de recreo. Contaba con una cabina bien tapizada y un compartimento anexo provistos de un brillante recubrimiento exterior gris y se desplazaba sobre una unidad principal de tracción colocada en un carril con gruesas ruedas delanteras para una fácil maniobra.

El empleado de la empresa de alquiler estaba en pleno discurso, cantando las bondades de la máquina, cuando lo corté.

—Me lo llevo.

—Una elección sensata, señor.

—Dos semanas de alquiler. Voy a Ontre y lo dejaré allí.

—De acuerdo, señor. Entréguelo en nuestras oficinas de Ontre. Hay un poco de papeleo que rellenar. ¿Tiene algún documento de identidad?

La barra de crédito de Crezia cubrió el coste del depósito. Quería mantener la transacción en el anonimato.

Utilicé el lector de mano de la agencia para despertar a otra de mis identidades falsas aletargadas. Torin Gregori, un hombre de negocios de

Tracian de vacaciones con abundantes fondos. El agente pareció satisfecho.

El oruga todoterreno era un vehículo pesado y potente con una sorprendente fuerza en su motor. Lo conduje a las afueras de la ciudad, a la aeronave, parando de camino para aprovisionarnos en un mercado.

Mis amigos de la aeronave contemplaron mi llegada con precaución. Luego supe que Eleena había sacado su pistola láser y la tenía preparada.

Salí de la cabina y les hice gestos.

—Subid a bordo. Cambiamos de vehículo.

Dejamos el vacío aerodeslizador bajo los árboles y, tan pronto como colocamos a Medea de forma segura en el compartimento recubierto de felpa y cuero, nos dirigimos a la carretera del paso.

No dije nada a los demás sobre Nayl. No quería crear falsas esperanzas.

Hacia el anochecer, circulábamos sobre la autopista recubierta de nieve en polvo cerca del paso, hacia Ontre. Ya habíamos dejado atrás Gruj. Pensé haber visto una pequeña aeronave amarilla acercándose a la ciudad cuando la abandonábamos, pero estaba demasiado lejos para estar seguro.

Condujimos toda la noche, relevándonos al volante. La noche era clara y la radio de la cabina estaba sintonizada a informes meteorológicos para escuchar las alertas de nieve.

Ascendiendo el borde meridional del Monte Fulco, atravesamos unos continuos chubascos de nieve y tuvimos que bajar la velocidad y utilizar las luces antiniebla. Crezia estaba conduciendo en ese momento. Ella había vivido en las montañas el tiempo suficiente para saber lo que tenía que hacer.

Eché una cabezada en el compartimento, descansando en el largo asiento situado al otro lado de la todavía durmiente Medea. Volví a soñar con ella, a soñar que la salvaba. Jekud Vanee estaba también en mi sueño, desesperado por obtener mi ayuda. Sus lloros y gritos de dolor eran una lanza de sonido y dolor psicológico que me despertó.

Eché un vistazo a Medea, que seguía todavía estable. Eleena estaba dormida a su lado.

El compartimento se balanceaba y vibraba con el ruido de la carretera, y unas sombras fantasmales causadas por la nieve revoloteaban junto a las ventanas.

—¿Estás bien, Gregor? —preguntó Aemos.

Estaba sentado en el asiento situado en la parte trasera del compartimento, rodeado de placas de datos.

—Un sueño, eso es todo, Uber. También me despertó anoche.

Me tomé un respiro y me senté. La noche anterior había dado por hecho que me habían despertado los sonidos de la huida de Tari. Pero acababa de ocurrir otra vez. El sueño me había despertado. Me había despertado dos veces. El horrible grito de muerte, de dolor, rabia y frustración de Jekud Vanee.

Entramos en Ontre a media tarde del día siguiente. Una fuerte nevada nos había retenido y había recubierto los tejados de cobre del famoso centro turístico. Pero la fuerte nevada había atraído también a la ciudad en grandes cantidades a los amantes de los deportes de invierno. El sitio tenía una actividad vibrante, los vehículos llenaban las carreteras, y los aerodeslizadores que llegaban a la ciudad punteaban los cielos.

Conduje el vehículo oruga al aparcamiento de la Estación Transcontinental de Ontre y encontré sitio. Aemos y yo fuimos al vestíbulo del edificio donde Torin Gregori adquirió billetes para tres compartimentos intercomunicados. Nos dijeron que el expreso tenía prevista su salida en una hora.

Del mismo modo que la cordillera Atenada forma un pliegue en el centro del mayor continente de Gudrun, el expreso TransAtenadas corre como una arteria a lo largo de ella. El ferrocarril es famoso por su romanticismo. La mayoría de los que viajan en él lo hacen por el propio viaje, gente de vacaciones que prefieren viajar a llegar. Los jóvenes viajan en tropel a centros como Gruj y Ontre para utilizarlos como base para el esquí y el surfing sobre hielo, mientras que los acaudalados eligen el Trans-Atenadas, donde pueden sentarse en cómodo lujo y observar por las ventanillas cómo pasan ante ellos los paisajes más espectaculares.

La gran locomotora cromada propulsada por promethium entró en Ontre a las cinco arrastrando un tren de diez vagones de dos pisos. Los mozos de estación nos ayudaron a subir a Medea a bordo.

Nuestros compartimentos, en el nivel superior del tercer vagón, un coche-cama, eran de primera clase y espaciosos. Pusimos a Medea en uno de ellos, con Eleena a un lado y Crezia al otro. Uber y yo compartimos el otro. Estaban comunicados por puertas y acabados en arce pulido.

El expreso hizo sonar su señal y salió jadeando de Ontre, subiendo a base de músculo la pendiente hasta el Paso de Fonette. La gran bestia

plateada podía alcanzar los ciento setenta kilómetros por hora en zonas llanas.

Eché un vistazo al horario. Tras viajar toda la noche llegaríamos a Fonette, luego un corto tramo hasta Locastre, seguido por una marcha ininterrumpida y a gran velocidad a través de la meseta septentrional y atravesando las Atenadas Mayores hasta la costa.

Deberíamos llegara Nueva Gevae en algo menos de tres días.

Apenas teníamos sensación de movimiento: sólo una ligera y continua vibración que uno rápidamente olvidaba. Los vagones eran robustos, de gruesas paredes, y estaban provistos de calefacción y aislamiento contra el frío de las Atenadas, pero el efecto secundario de ello era que se eliminaba prácticamente todo sonido exterior. El gran motor, ensordecedor en la explanada del andén de Ontre, era prácticamente inaudible. Sólo alcanzábamos a oír un mero suspiro cuando el expreso atravesaba un corte o una garganta y el ruido del motor era comprimido y canalizado hacia atrás por las inclinadas paredes laterales.

Si bajabas las persianas, era como estar en casa, en un cómodo salón.

Mientras hubo luz, dejé la persiana arriba y disfruté de las vistas panorámicas del paso, de los campos nevados, rosas y suaves en el atardecer, de las escarpaduras de hielo de duras sombras rotas por roquedales de piedra negra. De vez en cuando, el humo de la máquina pasaba al lado de las ventanas y oscurecía la vista.

En las curvas lentas te podías apoyar en la ventanilla y ver el lateral de los vagones que iban por delante, segmentados como una gran serpiente, y los colores cromo, azul y blanco que reflejaban los últimos rayos de sol. La larga y cambiante sombra del tren apareció dos veces a nuestro lado cruzando los campos nevados.

Cayó la noche y las vistas desaparecieron. Cerré la persiana. Aemos dormitaba, por lo que pensé que daría un paseo a lo largo del tren para echar un vistazo.

La puerta que daba al otro compartimento se abrió y entró Crezia. Llevaba puesto un vestido gris de satén con un apretado plisado de encaje que iba de la parte superior de la garganta hasta la parte superior de la falda fruncida. Una estola de piel cubría uno de sus brazos y se había recogido el pelo.

Me levanté de mi asiento casi automáticamente.

—¿Y bien? —preguntó.

—Estás... espectacular.

—Por «Y bien» quería decir que «Sino es hora ya de que me acompañes a cenar».

—¿Cena?

—¿La principal comida del día? ¿Normalmente se sitúa en algún punto entre la comida y un gorro de noche?

—Conozco el concepto.

—Bien. ¿Vamos?

—Estamos huyendo de la muerte. ¿Crees que es éste un buen momento?

—No puedo pensar en un momento mejor. Estamos huyendo de la muerte, Gregor, en el medio de transporte más opulento y exclusivo que Gudrun puede ofrecer. Sugiero que huyamos de la muerte con estilo.

Fui al baño y me puse la ropa más presentable que tenía. La tomé del brazo y bajamos la escalera hacia el vagón restaurante que estaba tres vagones más atrás.

—¿Te has traído estas ropas contigo? —le pregunté en voz baja cuando avanzábamos por el vestíbulo enmoquetado y suavemente iluminado, cruzándonos con otros pasajeros bien vestidos que iban y venían del vagón restaurante.

—Por supuesto.

—¿Nos fuimos a todo correr y tú pusiste en la maleta un vestido como éste?

—Pensé que debía estar preparada para todo.

El vagón restaurante estaba en el nivel superior del sexto vagón. Unas lámparas de araña de cristal colgaban del techo abovedado, y el propio techo era de cristal blindado. Servía también como salón mirador, aunque en ese momento sólo brindaba un techo de negrura estrellada.

Un cuarteto de cuerda estaba tocando con suavidad en un extremo del vagón que poco a poco se iba llenando. El aire estaba repleto de música suave, de los sonidos metálicos de los cubiertos y de voces susurrantes. Unos discretos detectores de veneno sobrevolaban como luciérnagas cada mesa. Un sobrecargo uniformado nos acompañó a una mesa situada junto a las ventanas de la izquierda del vagón.

Estudiamos los menús, y caí en la cuenta de cuán hambriento estaba.

—¿Cuántas veces? —preguntó.

—¿Cuántas veces qué?

—Hace años, cuando estábamos juntos, venías a verme a Ravello sigilosamente, como tú acostumbras. ¿Cuántas veces te sugerí que tomáramos este expreso a través de las montañas?

—Sí que lo mencionaste, sí.

—Pero nunca lo hicimos.

—No , no lo hicimos. Lo lamento.

—Yo también. Me parece tan triste que lo estemos haciendo ahora por pura necesidad... Aunque debería haber adivinado que únicamente si te veías obligado te vería hacer este romántico viaje.

—Sea cual sea la razón, aquí estamos.

—Debí haberte puesto un arma en la cabeza hace años.

Pedimos una sopa de velours, seguida de un solomillo de runka de las tierras bajas, rollitos de queso con una macedonia de hierbas y tentaciones de champiñones del bosque, y un Chateau Xandier de Sameter, que recordaba que era uno de sus favoritos.

La sopa, servida con un delicioso capón y un copo de smitane en plato blanco de borde ancho delicadamente grabado en relieve con el emblema del distintivo de la compañía Trans-Continental, era suave y casi perfecta. El runka, simplemente flambeado con amasec, estaba muy poco hecho y era inmejorable. El Xandier, seco y de acabado mohoso, la hizo sonreír con agradables recuerdos.

Hablamos. Teníamos décadas que rellenar. Me contó cosas sobre su trabajo y su vida, el interés que había desarrollado por la xenoanatomía, las monografías que había realizado, el nuevo procedimiento para injertar músculo que había abanderado. Tocaba la espineta como medio de relajación y había perfeccionado ya todos los Estudios de Guxella, menos dos. Había escrito un libro, un tratado sobre el análisis comparativo del dimorfismo óseo en biotipos humanos primitivos.

—Estuve a punto de enviarte una copia, pero temía que eso pudiera ser mal interpretado.

—Tengo una primera edición —le confesé.

—¡Qué leal! Pero ¿lo has leído?

—Dos veces. Tu análisis del trabajo de Terksson en los puntos de DimmammarA es convincente y bastante crítico. Tal vez me parezcan discutibles tus capítulos sobre el Tallarnopithiccno, pero tú y yo siempre discutíamos sobre la hipótesis de «Fuera de Terra».

—Ah, ya. Tú siempre has sido crítico en ese tema.

Sentía que tenía muy poco para devolverle. Había tanto sobre mi vida de los últimos años que no podía o no debía decirle. Así que, en vez de ello, le conté lo de Nayl.

—¿Ese hombre es de confianza?

—Completamente.

—¿Y tú estás seguro de que es él?

—Sí. Está utilizando Glossia. La belleza de ese código es que es individualmente idiomático. Las personas ajenas a él no pueden romperlo, utilizarlo o entenderlo. Tendrías que estar conmigo durante mucho tiempo para llegar a comprender los principios de este mecanismo.

—Ese guardaespaldas. El que traicionó a tu grupo.

—¿Kronsky?

—Sí. El estaba a tu lado.

—No durante mucho tiempo, incluso con los rudimentos que llegó a comprender, no podría engañarme durante mucho tiempo utilizando Glossia.

—¿Entonces vamos a ser rescatados?

—Confío en que vamos a poder irnos del planeta.

—Bien, Gregor, creo que esas buenas noticias merecen que pidamos un postre.

El sobrecargo nos trajo ribaude nappé, pegajoso y dulce, seguido de una espesa y negra cafeína hesperiana y unos licores digestivos, un amasec con sabor a roble para mí y un dedal de pasha para ella.

Por entonces ya nos reíamos desenfadadamente. Fue una buena cena y una magnífica noche en deliciosa compañía. Hasta entonces no me di cuenta de lo hermoso que pudo haber sido.

Me despertaron la sacudida y el golpe de una parada justo después del amanecer. Fuera sonó un silbato, amortiguado por el recubrimiento del vagón, y se oyó el lejano murmullo de voces de hombres.

Lentamente, me deslicé fuera de la cama, procurando no molestar a Crezia. Ella estaba todavía profundamente dormida, aunque se dio la vuelta y se estiró, murmurando, hacia el espacio que acababa de dejar libre.

Intenté encontrar algunas de mis ropas. Estaban esparcidas por el suelo y, con la persiana bajada, era cuestión de buscarlas por el tacto.

Levanté el borde de la persiana con un dedo y eché un vistazo fuera. Había amanecido con una luz, helada y poco color. Estábamos en una

estación y la gente se arremolinaba sobre el nevado andén.

Habíamos llegado a Fonette.

Me vestí, temblando. Ahora el tren había parado y estaba al ralentí, mientras las rejillas de ventilación de la pared emitían una fresca brizna de aire.

Abrí la puerta y me deslicé fuera, echando un último vistazo a mi espalda. En su sueño, Crezia se había acurrucado como un ovillo, envolviéndose en las sábanas, cerrándose al frío y al mundo.

Fuera casi helaba y había bastante luz. El amplio andén estaba repleto de pasajeros que dejaban o se incorporaban al expreso y de unidades de servicio que conducían pirámides de equipaje.

Caía un poco de nieve. Me abracé y golpeé mis zapatos contra el suelo. Otros pasajeros habían bajado del tren para estirar las piernas.

La estación de Fonette ocupaba una zona elevada sobre la ciudad, a la sombra del Monte Fulco, al norte, y de los Uttes, el Menor y el Mayor, al sur, además de la masa de las Atenadas Centrales, siempre difuminadas por las condiciones climatológicas.

—¿Cuánto paramos? —pregunté a un mozo que pasaba a mi lado.

—Veinte minutos, señor —contestó— lo suficiente para hacer el relevo y para recargar el agua del depósito.

No lo suficiente para correr a la ciudad, supuse. Me quedé en el andén hasta que sonó el silbato para subir a bordo. Luego me quedé de pie en el vestíbulo del vagón apoyado sobre la ventanilla de la puerta mientras salíamos lentamente de la ciudad.

El edificio de la estación se alejó, mostrando una panorámica de la ciudad que no había sitio visible desde el andén. Helados tejados inclinados llenos de nieve, una capilla del Ministorum, un sólido blocao de los arbites. Una pista de aterrizaje, justo debajo de la carretera de la estación, llena de aeronaves aparcadas y repostando.

Una de ellas era pequeña y amarilla.

Volví al compartimento de Crezia, me quité el abrigo y las botas y me tumbé a su lado hasta que despertó. Se dio la vuelta y me besó en la boca.

—¿Qué haces? —preguntó, adormilada.

—Estaba comprobando el horario.

—No creo que haya ningún cambio en esta línea.

—No —dije mostrándome de acuerdo—. Estaremos en Locastre dentro de unas cuatro horas. Allí haremos una parada larga. Cuarenta y

cinco minutos. Luego el tramo final hasta Nueva Gevae.

Se sentó, restregándose los ojos. Dormida, indefensa, estaba más bella que nunca.

—¿Y qué? —preguntó.

—Allí comprobaré la cuenta astropática. Habrá tiempo.

Alguien llamó a la puerta. Era el sobrecargo del servicio de compartimentos con un carrito de desayuno. La última cosa que habíamos hecho anoche fue ordenar un desayuno caliente completo.

Bueno, casi la última cosa.

Eleena y Aemos ya estaban levantados, desayunando juntos. Crezia se puso el vestido y echó un vistazo a Medea, que permanecía estable y durmiendo profundamente.

—Los datos son buenos —me dijo cuando volvió—. Mañana, tal vez pasado, debería estar de vuelta con nosotros.

Comimos juntos en su compartimento, retomando la conversación de la noche anterior. Todo resultaba familiar y relajante, como si hubiéramos ajustado nuestros relojes en veinticinco años. Me di cuenta de cuánto había echado de menos su compañía y vitalidad.

—¿Qué ocurre? — preguntó—. Pareces preocupado.

Pensaba en la aeronave amarilla.

—Nada —dije.

Durante la larga y lenta subida a Locastre a través de los Uttes, estudié las placas de datos del material que Aemos había recopilado desde el ataque sobre la Casa Spaeton. Presté especial atención al nombre de Kanjar el Afilado. Aemos había preparado una lista de culturas planetarias donde la palabra «kanjar» se utilizaba todavía. Nueve mil quinientas. Repasé la lista de forma sistemática, aunque sabía que Aemos, con su gran conocimiento de datos curiosos, ya lo había hecho. Cualquiera de ellos podía ser la clave. Un kanjar era una daga ceremonial de juramentos en Benefax, Luwes y Craiton. Era el término en jerga para un señor de una banda en el distante Mekanique. Era la palabra más común para un cuchillo de poda en cinco mundos sólo en el sector de Scarus. Era el adjetivo en jerga de colmena para una triquiñuela en Morimunda. En tres mil mundos era sencillamente la palabra para cuchillo.

Un cuchillo que me estaba hiriendo en lo más profundo. ¿Quién era Kanjar el Afilado? ¿Por qué estaba buscando mi destrucción y la destrucción de toda mi operación con tanta diligencia?

Eché un vistazo a la placa que recogía los daños que me había causado, las muertes que había ordenado. Todavía me conmocionaban. El simple alcance de sus esfuerzos asesinos me asombraba. Tantos objetivos, tantos mundos... y todos atacados en el mismo momento sideral.

Descubrí que volvía una y otra vez a la noticia de la muerte de Inshabel. Era, sencillamente, la excepción. Cada una de las demás víctimas u objetivos habían sido una parte específica de mi organización personal. Pero Nathun Inshabel no lo era. Él era (había sido) un inquisidor por derecho propio. Durante mi campaña contra el hereje Quixos, casi cincuenta años antes, lnshabel, que entonces tenía el rango de interrogador, había formado parte de mi equipo. Se había unido a mi grupo después de la muerte de su maestro, el inquisidor Roban, durante la atrocidad en Tracian Primaris, y había continuado ayudándome fielmente hasta después de la depuración del baluarte de Quixos en Farness Beta. Después de eso, con mi patrocinio, se convirtió en inquisidor y comenzó a trabajar por su cuenta.

Desde entonces, habíamos estado en contacto en pocas ocasiones y, aparte de nuestra vieja amistad, no había ninguna relación entre nosotros. ¿Por qué había sido señalado también para ser destruido? Coincidencia no era una respuesta suficientemente buena.

¿Qué era lo que nos relacionaba? ¿Quién nos relacionaba? El nombre obvio era Quixos, pero eso no llevaba a ningún sitio. Yo mismo había eliminado a Quixos.

Repasé una vez más la lista de mundos, intentando encontrar una conexión.

Uno de los planetas que aparecía en la lista era Quenthus Ocho.

El nombre me enganchaba como un clavo saliente. Quenthus Ocho. Un mundo marginal. Nunca había estado allí. Pero me habían hablado una vez de él.

Confiando en mi instinto, comprobé si Quenthus Ocho aparecía en la vasta lista de mundos en los que se registraba el apellido Tarray o Tari. Aemos ya había cruzado las listas de mundos que utilizaban «kanjar» con los mundos que poseían el apellido «Tarray» y había obtenido setecientos posibles. Ahora yo podía añadir un poco de sentido a uno de ellos.

Ahí estaba. Kanjar era la palabra para un cuchillo de guerra en Quenthus Ocho, y Tarray era el nombre de un clan de ese mundo. Hacía casi trescientos cincuenta años, uno de los más viles sociópatas del

imperio había iniciado su carrera en Quenthus Ocho. La afirmación de María Tarray de que había nacido en Gudrun ya había sido desechada por Aemos, que había comprobado el censo y no había encontrado rastro del nombre.

No había retrocedido lo suficiente. No retrocedió trescientos cincuenta años. Yo sí lo hice y encontré que Tarry había sido un nombre campesino en Gudrun hasta aquel momento. El árbol genealógico finalizaba justo entonces.

Sabía quién era. Sabía quién era mi enemigo.

Trece

Locastre
Parada completa
Fin de la linea

Llegamos a Locastre más o menos una hora más tarde de lo previsto. Unas ventiscas impropias a esas alturas de la temporada habían soplado desde el este hacia los Uttes y el expreso se había visto obligado a reducir su velocidad y a avanzar lentamente. En las pendientes inclinadas que constituían la travesía de los pasos, había peligro de que el tren resbalara, y podíamos sentir los frecuentes tirones que provocaban los bojes del vagón cuando avanzaban sobre los helados raíles. Hubo una parada de diez minutos en un tramo recto hacia el oeste del Utte Mayor para que la cuadrilla de técnicos del tren saliera y levantara el frente de la máquina hasta su posición normal. La ventisca estaba a nuestro alrededor, y todo lo que quedaba al otro lado de las ventanillas era una espiral sin colorido.

Fui hasta el final del vagón y eché un vistazo a través de las ventanillas del furgón. Unas manchas negras se movían en la blanca neblina, algunas iluminadas por chisporroteantes destellos verdes y rojos. Sentí varias sacudidas y golpes con sonido metálico que estremecían la plataforma bajo mis pies.

El sistema de megafonía de los vagones nos informó con voz suave que reemprenderíamos pronto nuestro camino, nos aseguró que el tiempo no constituía peligro alguno y nos reconfortó con la noticia de que se estaba sirviendo un ponche caliente, cortesía de la compañía, en el vagón restaurante. Innecesariamente enfundados en pieles o en carísima ropa de montaña, llegaron otros pasajeros para echar un vistazo a las puertas moteadas de copos de nieve, refunfuñando y preguntándose sobre irreales e hipotéticas situaciones que no habían ocurrido.

Volví al compartimento que compartía con Aemos, corrí el cerrojo de las puertas y me senté con él. Le conté mi teoría.

—Pontius Glaw... —Sus viejos labios escupieron el nombre—. Pontius Glaw...

—Encaja, ¿no?

—A juzgar por lo que dices, sí. Aunque, por supuesto, yo sé poco de lo que pasó entre ese monstruo y tú en Cinchare.

Allí mismo, en Gudrun, nos habíamos enfrentado por primera vez a la villanía de Pontius Glaw y de sus venenosos descendientes en el pasado 240, algo que nos parecía que había ocurrido hacía mucho tiempo. En aquel momento, el propio Glaw, un notorio hereje, llevaba dos siglos muerto, habiendo sido su vida cercenada por el inquisidor Angevin.

Pero la noble familia de Glaw había conservado el cerebro y la personalidad memorizada de Glaw en un cristal psicopatético. Nosotros frustramos los intentos de la casa de Glaw para recuperarle para la vida corporal, y después hice que guardaran el cristal bajo el cuidado de mi viejo aliado Magos Geard Bure, de los Adeptus Mechanicus, para mayor seguridad.

Un siglo después, en 340, volví a visitar a Bure en la remota lejanía del mundo minero de Cinchare, durante el asunto Quixos, para obtener información secreta de boca de su prisionero sobre los anfitriones-demonios. Sin el oscuro consejo de Pontius Glaw, nunca habría sido capaz de vencer a Quixos o a sus demonios esclavos Prophaniti y Cherubael.

Pero me vi forzado a hacer un trato con Glaw. Hice que le mereciera la pena. El señuelo con el que le tenté fue que, a cambio de su ayuda, encargaría a Bure que fabricara un cuerpo para que viviera en él.

Y, como soy un hombre de honor, cumplí mi palabra, creyendo que aunque se le diera movilidad a Glaw, nunca podría escapar de las garras de Geard Bure.

Al parecer, me equivoqué respecto a eso.

Durante aquellas entrevistas privadas en Cinchare, Glaw me relató el suceso que le había conducido a él, el exitoso vástago de una de las más respetadas casas de Gudrun, al culto del mal.

Ocurrió en Quenthus Ocho en 019. Glaw había estado visitando los anfiteatros de Quenthus, comprando gladiadores para su afición: la lucha en el pozo. Incluso antes de su caída, era un hombre cruel. Compró un bruto, un guerrero de un remoto mundo salvaje... Borea, creo recordar.

Ansioso de agradara su nuevo maestro, el guerrero le había dado a Glaw su collar. Era una ancestral reliquia del mundo salvaje, y ni el guerrero ni Glaw se dieron cuenta de que estaba contaminado por el inmundo Caos. Glaw se lo puso y de forma inmediata cayó en sus garras. Este simple acto había sellado su destino y lo había transformado en el enemigo idólatra que constituyó una plaga para el subsector helicano durante casi dos décadas.

Le hice a Aemos un resumen de todo esto.

—El asunto parece encajar. ¿Tú piensas, deduzco, que Pontius Glaw ha escapado de su prisión en Cinchare, ha reconstruido sus fuerzas y que ahora está apuntando hacia ti para vengarse?

—¿Venganza? No... bueno, indirectamente, tal vez. Seguro que querrá vengarse, pero la escala de su ataque, de su esfuerzo, del alcance de tan gran operación... todos y cada uno de mis elementos, incluso Inshabel.

Aemos se encogió de hombros.

—Inshabel estaba con nosotros en Cinchare.

—Ésa es la cuestión. Pontius está intentando destruir a todo aquel que pueda saber que él existe. La mayoría del Imperio piensa que está muerto desde hace mucho tiempo. Nosotros suponemos una amenaza para él sólo porque sabemos algo de él.

Podía percibir que Aemos tenía algo en su mente que no quería decirme.

—¿Aemos?

—Nada, Gregor.

—¿Viejo amigo?

Sacudió la cabeza.

—Dilo. La existencia de Pontius Glaw es un secreto sólo porque yo nunca informé a los ordos de que él podía sentir todavía; porque nunca entregué su esfera engrama a la custodia del Ordo Hereticus, como debí haber hecho, y ahora él está libre sólo porque hice que le construyeran un cuerpo.

—No. —Se puso en pie y miró fuera de la ventanilla del vagón entrecerrando los ojos, intentando ver algo, cualquier cosa, en la ventisca —. Ya hemos tenido antes esta conversación, o al menos una como ésta. Sobre Cherubael.

Se dio la vuelta para mirarme. Era un hombre muy mayor.

—Eres un inquisidor del Glorioso Imperio de la Humanidad. Estás entregado a la destrucción del mal en cualquier faceta de sus formas clásicas: Xenos, Malleus, Hereticus. Te enfrentas a peligros inimaginables. Tuya es la tarea más ardua jamás emprendida por ningún funcionario imperial. Debes utilizar cualquier arma a tu disposición para proteger nuestra cultura. Incluso el arsenal del enemigo. Y tú sabes muy bien que algunas veces dicho uso tiene consecuencias. Puede que ahora lamentemos tus acciones con Pontius Glaw, pero sin ellas, Quixos no habría sido derrotado. Podemos jugar al juego de «qué hubiera pasado si» durante todo el día. La única verdad es que la victoria tiene un precio y ahora estamos pagando ese precio. La verdadera medida del carácter de una persona es lo que hace con él.

—Corregiré mis errores. Derrotaré a Pontius Glaw.

—No tengo ninguna duda al respecto.

—Gracias, Aemos.

Se volvió a sentar.

—Esa mujer, Tarray. ¿Cómo encaja en todo esto?

Le mostré el registro del censo.

—Los Tarray eran una familia de baja casta de Gudrun durante la vida orgánica de Glaw. Luego, la línea de descendencia se interrumpe de repente, pero reaparece en Quenthus. Creo que los Tarray, o al menos un Tarray, estaban entre el séquito de Glaw y que él se los llevó a Quenthus. Necesito que lo compruebes en Locastre.

—¿Locastre? Pero si sólo vamos a parar allí cuarenta y cinco minutos.

Hice un gesto hacia la ventana.

—Probablemente será más rato a causa del tiempo, pero tendrás que moverte rápidamente. Voy a utilizar ese rato para acceder a la cuenta de Aegis.

La manecilla de la puerta que comunicaba con el otro compartimento, que estaba cerrada, se movió lentamente hacia uno y otro lado.

—¿Gregor? —Era la voz de Crezia—. ¿Se puede saber qué estás haciendo ahí encerrado? —gritó desde el otro lado de la puerta.

—Sólo estaba hablando de cosas con Aemos.

—Van a servir ponche caliente. Pensé que nos podíamos juntar con todos ellos.

—Un momento —dije en voz alta como respuesta. El tren dio un bandazo y comenzó a moverse de nuevo.

Miré a Aemos.

—Las cosas de las que hemos hablado...no deben salir de aquí. Todavía no. Crezia no necesita saberlas, ni tampoco Eleena, si no es necesario.

—Mis labios están sellados.

Salimos de la tormenta y bajamos una cómoda pendiente hacia Locastre. Era casi mediodía. El mal tiempo estaba al acecho como un gran muro gris detrás de nosotros, nublando los Uttes, aunque las previsiones advertían de que se movería hacia el valle.

Los mozos anunciaron una parada de noventa minutos en Locastre.

Le dije a Eleena que se asegurara de que el expreso no saliera hasta que Aemos y yo volviéramos.

Locastre ocupa un valle estrecho excavado por los glaciares. Los viejos edificios son de color gris oscuro, el granito sustituye a la tradicional ouslita utilizada en las tierras bajas, y la altitud y el clima son tales que las calles están cubiertas por túneles presurizados de cristal blindado y provistos de calefacción. Alquilé un servidor-camilla e hice que me llevara a través de los túneles calientes y húmedos de las calles, mientras unas inquietantes ráfagas de nieve salpicaban el tejado transparente situado sobre ellos.

Fuera de la oficina del Gremio Astropático, le dije que esperara e introduje mi barra de crédito en su contador como prueba de buena fe. Se acomodó en una posición baja de su chasis con piernas de araña, dejando salir vapor de su mecanismo hidráulico.

Había un mensaje de Nayl para mí esperando en la cuenta de Aegis. Había hecho el viaje muy rápidamente y ya estaba en Nueva Gevae. Tenía los pasajes para salir del mundo en un carguero llamado Caucus. Estaba deseando verme.

El comunicado de Nayl estaba en Glossia y yo redacté mi respuesta de la misma forma. Si el tiempo lo permitía, llegaríamosa Nueva Gevae dentro de dos días. Nada más llegar, organizaría un encuentro con él.

—¿Eso es todo, señor? —preguntó el adepto que me atendía. Recordé el comentario de Crezia durante la cena sobre si Nayl era de confianza. Añadí otra línea, sugiriendo que la situación me recordaba los problemas

que tuvimos en Eechan, años antes, cuando nos enfrentamos a Beldame Sadia.

—Envíelo, por favor —dije.

Arriba en la estación, el expreso hizo sonar su señal.

El expreso rugió mientras avanzaba hacia las Atenadas Centrales, perseguido por el tiempo, a pesar del hecho de que estábamos escalando ahora algunas de las mayores pendientes de la ruta, la locomotora marchaba al máximo de potencia, intentando adelantarse a las nieves tanto como pudiera.

La principal cadena de montañas de las Atenadas, a través de las que viajábamos ahora, incluía los picos más altos de Gudrun: Scarno, Dorpaline, los Heledgae, Vesper, Monte Atena. Cualquiera de ellos hacía pequeños a picos como Monte Fulco, por el que ya habíamos pasado anteriormente. Parecían tan oscuros y ciclópeos como continentes inclinados.

También eran bellos. Zonas incomparables de hielo blanco y azul, lenguas inmaculadas de nieve, brillante luz solar que prácticamente centelleaba como la luz de las estrellas en el vacío.

Hasta que todo desapareció, antes de la caída de la noche. La niebla gélida y el vapor descendían como un telón, bloqueando la luz y reduciendo la visibilidad a unas pocas docenas de metros. Luego la nieve comenzó a caer de nuevo y nuestra velocidad disminuyó. El mal tiempo nos había alcanzado.

—¿Gregor? —Había estado observando la tormenta de nieve—. Ven, entra aquí.

Crezia me llamó por señas a través de la puerta de comunicación. Medea estaba despierta.

Los cráneos cibernéticos retrocedieron para dejarme sitio cuando me senté junto a su cama. Parecía cansada y agotada, desvanecida, prácticamente. Sin embargo, sus ojos estaban medio abiertos y consiguió esbozar una ligera sonrisa cuando me vio.

—Todo está bien. Estás en buenas manos.

Movió la boca, pero no salió ningún sonido de ella.

—No intentes hablar —susurró Crezia.

Vi curiosidad en los ojos de Medea cuando fijó su mirada en Crezia.

—Esta es la doctora Berschilde. Una buena amiga. Ella nos ha salvado la vida.

—... Cuánto...
—¿Qué?
—¿Cuánto he estado dormida?
—La mayor parte de la semana. Te hirieron en la espalda.
—Costillas... duelen.
—Eso se pasará—dijo Crezia.
—¿Ellos... ellos nos pillaron?
—No, no nos pillaron —dije—. Y no nos van a pillar tampoco.

Envueltos por la glacial ventisca y manteniendo una velocidad de no más de sesenta kilómetros por hora, atravesábamos el techo del mundo. Nos aventuramos en las zonas públicas del tren e incluso en el salón unas cuantas veces y nos encontramos con que se habían organizado varios actos para entretener al público: comidas de buffet, música, escuelas de cartas, un torneo de regicida, pases de extravagancias hololíticas. El personal uniformado de Trans-Continental estaba por todas partes, manteniendo a todo el mundo feliz e impartiendo con soltura la idea de que estar atrapado en un temporal de nieve en las Atenadas era parte del romance de la famosa línea de ferrocarril.

Y no un posible infortunio letal.

Si la locomotora descarrilaba o si la generación de electricidad tenía un fallo de funcionamiento y el tren se quedaba atrapado en medio de una ventisca que durara más de un par de días, moriríamos congelados y tendrían que esperar hasta la primavera para sacarnos.

Por supuesto, en los novecientos noventa años de funcionamiento del expreso Trans-Atenadas, eso no había ocurrido nunca. El tren había logrado siempre pasar. Era un medio de transporte extraordinariamente seguro, teniendo en cuenta el terreno que cruzaba.

Pero siempre hay una primera vez para todo. Los años de experiencia aconsejaban al personal del tren que comenzara a tranquilizar y distraer a los pasajeros en cuanto el tiempo se cerraba o tendrían que gestionar una situación de pánico. El rico ocioso puede llegar a preocuparse en demasía.

Paramos cuatro veces antes del amanecer del día siguiente. La primera fue hacia las diez de la noche. El sistema de megafonía nos informó de que estábamos esperando a que disminuyera la velocidad del viento antes de cruzar el puente de la garganta de Scarno y que no había ninguna razón para que nos preocupáramos. Menos de cinco minutos después, estábamos otra vez en marcha.

Estaba todavía despierto, a la una, cuando nos deslizamos suavemente hasta parar otra vez. Me sentía inquieto y, después de quince minutos, me puse la pistola automática en el cinturón, me sujeté a Barbarizadora a la cintura y las tapé con el manto verde de Aemos.

El vestíbulo estaba oscuro, habían bajado las luces a un ámbar auxiliar. Unas pequeñas luces verdes de aviso brillaban en la pantalla del monitor de uso exclusivo del personal, que estaba situado en el muro panelado del extremo del vagón.

Oía alguien ascendiendo desde el nivel inferior del vagón por la escalera de caracol y resultó ser un sobrecargo que me miró enigmáticamente.

—¿Hay algún problema, señor? —preguntó.

—Esa era mi pregunta. Me preguntaba por qué hemos parado.

—Es sólo rutina, señor. Nos estamos acercando a la cuesta de Scarno y el maquinista jefe ha ordenado una revisión de los elementos de frenado para prever un exceso de hielo.

—Ya veo. Sólo rutina.

—Todo es completamente seguro, señor —dijo con una bien entrenada seguridad.

Como si fuera para confirmar lo que había dicho, las luces parpadearon y nos pusimos en marcha. El sonrió.

—Ahí tiene, señor.

Volvía mi compartimento. Apenas noté las otras dos paradas que hicimos aquella noche. Pero mantuve las armas a mano.

El segundo día íntegro de viaje pasó sin incidentes. El tiempo alternaba entre largas y furiosas ventiscas y rápidos y gloriosos momentos de calma bañada por la luz del sol. Paramos cinco veces más antes de la cena. Cinco titubeos más de rutina. El sistema de megafonía susurró que, aunque íbamos atrasados, era probable que recuperáramos el tiempo perdido cuando nos alejáramos de las montañas y cruzáramos la Meseta Septentrional en la segunda mitad del día siguiente.

Mi impaciencia iba en aumento. Me encontré recorriendo el tren en muchas ocasiones, de un extremo a otro. Incluso llevé a Crezia al salón para comer y estuvimos allí el tiempo suficiente para jugar una o dos partidas de regicida.

Medea estaba recuperando fuerzas. Aquella tarde estaba sentada y comiendo sola. Los cráneos cibernéticos desconectaron todos sus tubos de

goteo intravenoso, salvo el monitor vital. Nos turnamos para sentarnos a su lado. Dejé a Eleena que le contara los detalles de lo que había ocurrido desde el ataque a Spaeton. Medea escuchaba atentamente, con creciente preocupación.

Cuando fue mi turno para pasar una hora a su lado, ella me habló.

—Tú volviste a por mí.

—Sí.

—Podían haberte matado.

—A ti te hubieran matado.

—Ellos mataron a Jekud —dijo tras una pausa—. Atravesábamos a la carrera los corrales y ellos lo cortaron en dos.

—Lo sé. Lo sentí.

—No pude ayudarle.

—Lo sé.

—Me sentí muy mal. Después de todo lo que él había hecho para mostrarme a mi padre. Y yo no pude salvarlo.

—Probablemente fue rápido. Los vessoritas son asesinos despiadados.

—Creí oírle gritar después de la caída. Iba a volver a buscarlo, pero ellos estaban por todas partes.

—Está bien.

Tomó una taza de la mesita y dio un sorbo.

—Eleena dice que los han matado a todos.

—Me temo que sí.

—Quiero decir, no sólo aquí. La Rueca. Nayl. Inshabel.

Afirmé con la cabeza.

—Alguien fue muy concienzudo aquella noche. Pero aquí tienes un pensamiento para alegrarte: Nayl está vivo, y también lo está Fischig. Vamos a encontrarnos con ellos.

Eso la hizo sonreír.

—¿Cómo escapó Nayl?

—No lo sé. No me ha dado ningún detalle. Parece que sabía algo y abandonó Mesina antes del ataque. Estoy deseando averiguar lo que sabe.

—¿Como quién está detrás de todo esto, quieres decir?

Le guiñé un ojo.

—Eso, Medea, ya lo sé.

Abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quién?

—Te lo diré cuando confirme mis sospechas. No quiero que te preocupes innecesariamente.

—Bueno, esto ya es crueldad —me recriminó—. Ya no voy a poder pensar en nada más.

—Entonces mira a ver qué es lo que sacas —le sugerí.

Medea estaba al corriente de la mayor parte de mis operaciones y pensé que sería interesante ver si llegaba a alguna conclusión por sí misma.

La sacudida hizo que me golpeara la cabeza contra el panel lateral de la cama y me despertó justo a tiempo para sentir otras dos sacudidas más antes de que el tren parara por completo.

Eran casi las tres de la mañana y la oscuridad era total. Podía oír cómo sonaban los golpes de los copos de nieve contra la ventanilla del compartimento, como pequeñas armas de fuego.

Cada una de las paradas anteriores había sido suave. No como aquélla.

Aemos se había despertado también y estaba sentado cuando encendí la luz de la mesita y cogí a Barbarizadora.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, espero. —La puerta que comunicaba con el otro compartimento se abrió y Eleena se asomó.

—¿Has sentido eso? —preguntó adormilada.

—Coge tu pistola —le dije.

Despertamos a Crezia y nos dirigimos los tres al compartimento de Medea. Crezia parecía aturdida y preocupada. Eleena estaba bien despierta para entonces y ya estaba comprobando la carga de su arma.

Me puse el manto de Aemos para ocultar mis propias armas.

—Quédate aquí y vigila —le dije, y me fui de la suite a través de la puerta que conducía a mi compartimento.

Pude oír los movimientos en el oscuro vestíbulo, en los demás compartimentos, gente hablando en voz baja y el ocasional sonido de una alarma, mientras los pasajeros preocupados intentaban llamar a los sobrecargos.

Me dirigía al lado contrario del vagón, hacia la pantalla del monitor, cuando vi las dos luces rojas encendidas entre las verdes.

Levanté la tapa protectora de cristal de la pantalla y coloqué mi sello junto al lector óptico. Los potentes códigos de la autoridad inquisitorial cargados en mi sello rápidamente se hicieron con el programa de confianza de Trans-Continental Line y me brindaron acceso al sistema principal del expreso.

La pequeña pantalla del monitor despertó y mostró gráficos y barras de datos de fácil comprensión. Solicité una aclaración de las luces rojas de aviso.

Código de alerta 88, decimal 508 encendido sistemático de las unidades activas de frenado, vagones siete a diez, forzando el accionamiento del freno principal.

Código de alerta 521, decimal 6911 violación irregular del cierre de la puerta, puerta 34, vagón octavo, nivel inferior.

Corrí a lo largo del nivel superior del tren, en dirección a la parte trasera. Las puertas de algunos compartimentos se abrían mostrando unas caras ansiosas.

—No hay ninguna necesidad de preocuparse —grité en mi mejor tono de Trans-Continental, reforzándolo con una suave subida de poder psíquico que cerró las puertas detrás de mí como un redoble de tambor.

En el sexto vagón tuve que bajar al nivel inferior por culpa del salón restaurante. Cuando pasaba al coche siete, vi a tres empleados del tren que corrían por la escalera de cabina hacia el octavo vagón.

El frió era intenso en el vestíbulo inferior del octavo vagón y el temporal lo estaba azotando. Vi a seis o siete empleados del ferrocarril vestidos con ropa para el frío y bengalas de iluminación cuando salían fuera del vagón abierto. Otros varios estaban agrupados alrededor de la pantalla del monitor y uno, un sobrecargo, me vio acercarme.

—Por favor, vuelva a su compartimento, señor, todo marcha bien.

—¿Cuál es el problema?

—Váyase rápido, señor. ¿Cuál es el número de su compartimento? Le llevaré unos licores por cuenta de la compañía dentro de un momento.

—Alguien ha accionado los frenos traseros y la puerta 34 está abierta —dije.

Él parpadeó.

—¿Cómo...?

—¿Qué es lo que ocurre?

—Señor, puedo garantizarle su seguridad, así que si hiciera el favor de...

No tenía tiempo para una discusión.

—¿Qué es lo que ocurre, Inex? —le pregunté, leyendo su nombre de la placa de bronce que llevaba en la solapa y pronunciando mis palabras con sólo un toque de poder psíquico. Un nombre siempre ayudaba a aumentar la coacción mental.

Parpadeó.

—Los sistemas de frenado de los cuatro vagones traseros se han accionado, lo que ha provocado una incidencia global de frenado —dijo, de forma rápida y obediente.

—¿Alguien tiró del cable de emergencia?

—No, señor. Tendríamos constancia de ello y, además, todo el sistema de frenado se habría disparado al mismo tiempo. Creemos que hay hielo en las unidades traseras.

—¿Eso provocaría un bloqueo parcial del freno?

—Sí, señor.

—¿Y qué me dice de la puerta?

—Se abrió justo después de que paráramos. El sobrecargo jefe piensa que fue uno de los técnicos, que abrió la puerta para salir a comprobar los frenos sin informar al sistema de que estaba desbloqueando la puerta.

—¿No la forzaron?

—La abrieron desde dentro. Con una llave. —Los efectos de mi poder psíquico estaban disminuyendo y volvió su tono jocoso—. Tenemos personal ahí fuera ahora, señor, comprobando los frenos.

—¿Incluyendo ese técnico que supuestamente abrió la puerta en su afán de encontrar el problema?

—Estoy seguro, señor.

—Averigüelo —dije, utilizando el poder psíquico con mayor energía.

Volvió al panel del monitor y sus colegas dieron un paso hacia atrás, perplejos, mientras él manejaba el aparato.

—¿Quién tiene acceso a las llaves de las puertas?

—¿Quién diablos es usted?

—Un preocupado miembro del pasaje —dije, cubriendo a todos con mi poder psíquico—. ¿Quién tiene las llaves?

—Sólo los técnicos de nivel dos o superior, los sobrecargos de primera categoría y los guardias —dijo otro, tartamudeando en su desesperación y afán por decírmelo.

—¿Cuántas personas en total?

—Veintitrés.

—¿Falta alguien?

—No lo sé —dijo Inex.

—Apártese —ordené, y apunté mi sello al monitor.

El tren tenía una tripulación de ochenta y cuatro personas. Todos tenían implantado un rastreador subcutáneo para que el jefe del tren pudiera dar cuenta de la situación de su gente en todo momento. La pantalla mostraba un croquis del tren, pero era tan pequeño que tuve que desplazarme por la pantalla para encontrar lo que quería. El personal jefe aparecía en rojo ; los técnicos, en ámbar ; los sobrecargos, en verde ; y los guardias, en azul. El personal auxiliar, como cocineros, camareros, mozos y limpiadores, aparecía en rosa.

Los puntos rojos y ámbar se agrupaban en la sección de la locomotora y los azules y verdes salpicaban todos los vagones. El nivel superior del noveno vagón, el alojamiento de la tripulación, estaba repleto de luces rosa. Pude ver un grupo de cursores verdes y azules que representaban a los hombres que estaban agrupados a mi alrededor en la parte trasera del nivel inferior del vagón octavo, cerca de la puerta 34. Un submenú recogía las luces ámbar y azules que habían abandonado el tren para inspeccionar las ruedas.

Había una luz verde entre las rosas en el vagón noveno. Pedí más información. La luz verde pertenecía al sobrecargo de categoría primera Rebert Awins. Estaba en su cuarto.

El expreso había hecho una parada de emergencia y todo el personal, aparte de los auxiliares, se estaba moviendo para tranquilizara todo el tren. Excepto Awins.

—Awins es de primera categoría. El tendrá llaves.

—Sí, señor —dijo Inex.

—¿Por qué no está ayudando?

Se miraron unos a otros.

—¿Cuándo le vieron por última vez?

—Hoy estaba en el turno de mañana —dijo uno de ellos.

—Yo le he visto comiendo en la sala de personal en el cambio de turno —añadió otro.

—¿Y desde entonces?

Todos negaron con la cabeza.

—Debería haber vuelto a las nueve —dijo Inex—. ¿Voy a ver?

No, iba a decir. Porque está muerto. Pero no tenía ningún sentido asustarlos.

Cambié de idea.

—Vaya a ver, Inex. —Alargué la mano y tomé los auriculares del hombre que tenía más a mano. No protestó. Ni se dio cuenta.

—Vaya a su habitación y dígame lo que encuentra. Canal de la radio... —estudié el pequeño auricular y ajusté el micrófono —... seis.

—Sí, señor —dijo Inex.

Según se iba, alargué el brazo y le di un ligero toque en la frente. Se estremeció. Mi impronta psíquica permanecería con él unos treinta minutos, aunque se alejara de donde yo estuviera.

Inex se fue corriendo.

Eché un vistazo a la puerta del vagón. La habían cerrado, pero la luz de «abierto» todavía parpadeaba. En el interior y junto a la puerta había placas de hielo sucio derritiéndose sobre la plataforma metálica.

—¿Cuántas personas salieron? —pregunté. Uno de ellos consultó la pantalla.

—Veinte, señor.

—¿Cuántos han vuelto a entrar desde que llegaron aquí?

—Ninguno —respondieron al unísono.

Estarían buscándome. Buscándonos. Sabían que estábamos en el tren y habían subido a alguien a bordo en Fonette o en Locastre. Alguien que se había hecho amigo de Rebert Awins, lo había matado y se había quedado con sus llaves de acceso. Alguien con la pericia técnica suficiente para accionar un bloqueo parcial de los frenos, parar el tren y utilizar las llaves de Awins para abrir una puerta exterior y permitir subir a bordo a sus compañeros.

Alguien que seguramente ya sabía qué compartimentos estábamos ocupando.

Salí corriendo por donde había venido hacia el tercer vagón, utilizando los vestíbulos de los niveles inferiores. Saqué a Barbarizadora de su funda de piel. Parecía incongruente ir corriendo por el tren

blandiendo una espada, pero los compartimentos que había a mi alrededor estaban llenos de ciudadanos imperiales inocentes y no me atrevía a utilizar mi pistola.

Tampoco me atrevía a utilizar el intercomunicador.

Llegué a ellos psíquicamente. Eleena era un blanco intocable, así que llamé a Aemos, Crezia y Medea.

Estad alerta. Problemas en camino.

Pasé junto a varios empleados del tren en el vestíbulo que dieron un respingo, alarmados, cuando vieron la espada.

—¡Olvidadlo! —les dije mediante mi poder psíquico mientras pasaba a su lado. Continuaron con sus cosas.

Llegué a la parte delantera del cuarto vagón y me dispuse a subir. Un sobrecargo de la Trans-Continental yacía boca abajo en las escaleras con el cuello roto.

Justo entonces, la voz frenética de Inex gimió en mi auricular.

—¡Está muerto! ¡Oh, Dios-Emperador! ¡Está muerto! ¡Robert está muerto! ¡Tocad la alarma!

La sirena de emergencia comenzó a sonar y las luces empotradas en la pared comenzaron a parpadear en naranja. Vi que una tercera luz roja se había encendido en el panel del monitor situado al final del vagón.

Apreté mi sello contra el lector y obtuve la información.

Código de alerta 946, decimal 2452violación irregular del cierre de la ventanilla, ventanilla 146, tercer vagón, nivel superior.

Trepé por encima del cadáver del sobrecargo y subí las escaleras.

El vestíbulo superior del tercer vagón estaba incluso más frío que el helado vagón octavo. La ventanilla del extremo del lado izquierdo, junto a la articulación entre vagones, estaba totalmente abierta y el aire congelado y la nieve entraban formando remolinos. La ventanilla había sido recortada de su marco con una hoja automática o un soplete de fundición.

La luz no era buena. Una luz medio atenuada y triste de las lámparas empeoraba por el enojoso parpadeo de las luces de emergencia. Las sirenas todavía sonaban.

Descubrí tres formas oscuras en medio del vestíbulo delante de mí, moviéndose furtivamente. No me habían oído llegar gracias al aullido de la ventisca y el pitido de las alarmas.

Me apreté contra la pared pandada. Barbarizadora palpitó. Hambrienta. Aunque fuera de forma pasiva, podía sentir que los tres

hombres estaban protegidos psíquicamente. Formaban grandes siluetas. Armaduras de combate. Pude ver la fea sombra de un arma de asalto cuando el que iba delante les hizo señas para que avanzaran.

Que avanzaran hacia las puertas de nuestros compartimentos. Me acerqué aún más.

El que iba delante, rezumando profesionalismo, ya que comprobó visualmente su retaguardia, me vio.

Y se desató el infierno.

Catorce

Barbarizadora contra los Jenízaros
Etrik, espada contra espada
Un aperitivo en Nueva Gevae

Los dos asesinos que estaban más cerca de mí se giraron y abrieron fuego con unos rifles automáticos cortos y de gran calibre. Supongo que la espada que empuñaba en una mano era un signo bastante revelador, pero me habrían matado de todas maneras, incluso si me hubieran confundido con un simple pasajero.

Eran asesinos profesionales, jenízaros vessoritas. Tenían un trabajo que hacer, un contrato que cumplir, y cualquiera que se interpusiera en su camino era un objetivo.

El hecho de que estuvieran utilizando armas de proyectiles sólidos me confirmó que se trataba de combatientes vessoritas. Era los militares pragmáticos por excelencia. Habían seguido al tren en un aerodeslizador con mal aislamiento térmico, y habían atacado en mitad de una ventisca. En semejantes condiciones, las armas láser corrientes hubieran sido inútiles, porque sus células de energía se habrían descargado con el frío. Sin embargo, un rifle automático bien lubricado podía disparar incluso en condiciones de bajo cero. Sólo dependía del funcionamiento de su martillo percutor.

Jenízaros vessoritas. Ya me había enfrentado con ellos antes sin saber quiénes eran. En ese momento lo sabía, y su formidable reputación casi hizo que me quedara paralizado. Vessoritas, tres de ellos. Protegidos con armaduras de combate y disparando munición de punta hueca y de gran calibre. Sinceramente, hubiese preferido enfrentarme a una escuadra de karskins furiosos.

Pero tenía en la mano a Barbarizadora, viva y alerta. Había estado utilizando mis poderes mentales sin restricción durante un rato, y eso

había aumentado su poder. Realicé un *gahn fasl*, el mandoble en forma de ocho, y desvié los tres primeros disparos, Las chispas de los impactos relucieron sobre la hoja llena de energía. Luego hice un *uwe sar*, un *ulsar* y un *ura wyla* en rápida sucesión y lancé los proyectiles desviados y aplastados contra los paneles de las paredes a mi alrededor. Las astillas de madera saltaron por doquier.

Me eché a un lado, y los siguientes disparos agujerearon la alfombra del pasillo y acribillaron la puerta que comunicaba los vagones. La gente gritaba en los compartimentos de alrededor.

Me tiré al suelo, rodé sobre mí mismo y me puse en pie cuando el primer vessorita llegó a la esquina situada al final del vagón y disparó media docena de veces. Los casquillos vacíos expulsados por el arma se estrellaron contra su torso envueltos en una humareda azul y la bocacha de su arma se iluminó como un soplete a quemarropa.

Pero yo estaba a su espalda.

Sus disparos agujerearon el marco de la ventana y arrancaron trozos de madera de las paredes del vagón. Barbarizadora le arrancó la cabeza.

El segundo estaba lanzado a la carga, disparando también. Lanzó un aullido a través de su máscara cuando vio el cuerpo de su camarada caer en dos pedazos diferentes.

Realicé una secuencia de *ura geh* que desvió los borrones blancos que eran sus balas, y luego continué con un *uin tahn wyla* que cortó el cañón de su arma, un golpe de revés *tahn* que le cortó los antebrazos, para terminar con el ewl caer. El golpe letal.

La sangre roja y caliente ya estaba saliendo a borbotones de los muñones de sus brazos, humeante en el frío aire, cuando Barbarizadora atravesó su armadura pectoral de ceramita y le partió el corazón. Las paredes acribilladas a balazos quedaron pintadas con gotas de hielo ensangrentado, congeladas de forma casi instantánea.

Una bala me rozó el borde de la mandíbula con la fuerza suficiente para abrirme la carne de la barbilla y lanzarme de espaldas al suelo alfombrado. Intenté ponerme en pie, pero el tercer vessorita estaba justo encima de mí. Oí el chasquido de su arma.

Lanzó un grito y noté un olor a quemado en el aire. Levanté la vista.

El vessorita estaba intentando protegerse, como si le estuviera atacando un enjambre de insectos furiosos. Los cráneos cibernéticos de

Crezia estaban revoloteando a su alrededor, acometiendo contra él de forma constante con sus láseres quirúrgicos.

Sus aullidos fueron cortados en seco por dos chasquidos de un arma láser.

El jenízaro se desplomó como un peso muerto a mis pies. Miré al otro lado del pasillo y vi a Eleena Koi en la puerta de mi compartimento empuñando su pistola con las dos manos en una pose desafiante.

—¡Eleena! —le grité—. ¡Saca a los demás de los compartimentos! ¡Que salgan al pasillo y que vengan hacia aquí!

—Pero Medea... —empezó a decir.

—¡Hazlo!

Corrí hacia la ventana rota del vagón y salí al tremendo frío. Tuve que enfundar a Barbarizadora, y a mi arma no le gustó nada. La temperatura en el exterior era capaz de hacer que te dolieran los huesos, y la ventisca me golpeó con una andanada tras otra de granizo duro como la roca. Había pocos sitios a los que agarrarse, y el exterior del vagón estaba completamente cubierto por una capa de hielo.

Encontré algo... Creo que eran rebordes de hielo sólido. Los dedos se me entumecieron.

Me subí al techo del vagón tres, y la negrura salpicada por la nieve blanca de las Atenadas se alzó por encima de mí.

La ventisca se aseguró de que mi visión no pudiera alcanzar muy lejos. Apenas podía mantenerme en pie. Toda la superficie del tejado convexo de aluminio estaba completamente helada y resbaladiza como una pista de patinaje.

Di unos cuantos pasos y mis pies perdieron asidero. Caí de bruces, aturdido y sin resuello. La boca se me llenó de sangre: me había mordido la punta de la lengua.

Escupí la sangre, furioso conmigo mismo por el dolor que sentía, y me arrastré hacia delante a través del ataque de los elementos. Distinguí unas siluetas por delante de mí en mitad del torbellino de blanco sobre negro. Otras tres figuras con armaduras en el borde del tejado.

Habían bajado un detonador direccional hasta la ventana del compartimento que Aemos y yo compartíamos. Mientras los observaba, apretaron el botón y destrozaron la ventana con un estallido de cristales y fuego que penetró en el interior del vagón. El primer jenízaro comenzó a descender por una cuerda para colarse por la ventana destruida. Sus

camaradas estaban agachados sobre la superficie del tejado asegurando los anclajes de sus propias cuerdas.

Me levanté de un salto y desenfundé a Barbarizadora, resplandeciente y lanzando chasquidos eléctricos en el aire húmedo.

La potenciada hoja de combate de Carthae descendió velozmente y cortó las cuerdas a la vez que se hundía profundamente en el techo del vagón. El asesino que ya estaba bajando lanzó un aullido mientras caía por el costado del vagón de dos plantas.

Los otros dos se giraron rápidos como centellas. Uno se apresuró a desenfundar su pistola, mientras que el otro se abalanzó contra mí con las manos convertidas en garras. Se encontró con un tahn wyla que le partió la cabeza en dos como si fuera un melón maduro.

El cadáver rodó hasta caer por el borde del tejado del vagón hacia la oscuridad. Me quedé de pie y preparado, con Barbarizadora estremeciéndose en mis manos. El vessorita que quedaba retrocedió sin dejar de apuntarme con una pistola automática de gran calibre. Apenas podíamos permanecer en pie, y teníamos que esforzarnos por mantener el equilibrio, tal era la fuerza de la tremenda ventisca.

Disparó una vez. Un *ulsar* desvió el proyectil. Disparó de nuevo, y casi se cayó al resbalarle los pies. Hice un *uin ulsar* que lanzó el proyectil hacia la oscuridad.

—Me llamo Gregor Eisenhorn. Soy el hombre al que tenéis que matar. Identifícate.

Dudó por un momento.

—Mi nombre de clan ser Etrik, con rango de señor del clan. Del clan Szober.

—Señor del clan Etrik. He oído hablar mucho de ti. —Tuve que gritar para que me oyera — Vammeko Tari mencionó tu nombre.

—¿Tari? El ser quien...

—¿Quién os dejó entrar? —dije por él—. Ya lo pensé. Tenía la sensación de que nos estaba siguiendo.

—Ser el que acabas de matar.

—¿De veras? Mala suerte. Entrégate.

—No lo haré.

—Ajá. Bueno, entonces dime... ¿Cuánto le paga Pontius a tu clan por esta misión?

—¿Quién ser Pontius?

—Bueno, entonces que sea Kanjar. Kanjar el Afilado.

—Lo suficiente.

Me disparó de nuevo y luego se lanzó contra mí, empuñando una espada de energía en la mano izquierda. Barbarizadora desvió el nuevo proyectil y luego formó un *uwe sar* para detener el mandoble de la reluciente hoja enemiga. Se oyó un tremendo chasquido de energías en colisión.

Empuñé a Barbarizadora con las dos manos y lancé un golpe horizontal cuando Etrik intentó disparar otra vez con su pistola. La punta de la espada cortó la parte superior de la pistola, y le dejó tan sólo con la empuñadura en la mano. Pero la espada del señor del clan, un alfanje corto pero robusto de diseño antiguo, entró en mi guardia como un rayo y me atravesó parte del hombro derecho. Lancé un aullido de dolor.

Gruñí y lancé un *leht suf* que le hizo retroceder por un momento, y luego dos *ulsars* de revés que detuvieron sus dos siguientes ataques y me dieron cierta ventaja. Etrik era un individuo grande, con unos brazos bastante largos y una fuerza inquietante. Eso significaba que incluso sus ataques más ágiles y profundos llegaban con una potencia considerable.

No reconocí la técnica de combate con espada que estaba utilizando, aunque yo sabía que los guerreros de Vessor consideraban el manejo de la espada como una de las tres artes principales de combate, y le dedicaban tanto tiempo en su entrenamiento como a las armas de fuego o al combate con las manos desnudas. El solo hecho de que fuera el propietario de un arma de energía heredada de su familia lo identificaba como un experto en su manejo.

Mi habilidad con la espada era una mezcla heterodoxa de métodos que había acabado dominando a lo largo de los años, pero el núcleo, o la base de todos ellos era el *Ewl Wyla Scryi*, «el genio del filo», el antiquísimo sistema de esgrima de Carthae.

Allí arriba, encima del expreso Trans-Atenadas, cualquier movimiento de esgrima tenía que ser medio improvisado. Ninguno de los dos disponíamos de un equilibrio perfecto sobre nuestros pies. Las botas resbalaban continuamente sobre el metal cubierto de hielo, y el ventarrón nos azotaba con fuerza.

Siguió atacándome, supongo que intentando rebanarme el cuello, y me vi obligado a utilizar una serie de variantes de paradas *tahn feh sar* con la hoja en posición rígida y vertical que me defendían la cabeza y la oreja.

Mis ataques eran más por lo bajo, estocadas de *fon uls* y *fon uin* que tenían como objetivo su corazón, su estómago o su brazo de ataque.

Su defensa era excelente, sobre todo un desenganche de arrastre que anulaba todas y cada una de mis estocadas de *fon bei* con las que intentaba desplazar su hoja de forma lateral para abrirle la guardia. Sus ataques eran imaginativamente arrítmicos, lo que impedía cualquier tipo de anticipación, excepto la de último momento. Era tremendamente hábil.

Me pregunté si ése era el motivo por el que Pontius había contratado a los vessoritas. Era un gran conocedor de las artes marciales y de las castas de guerreros. No quería simples asesinos. Quería maestros en el arte del asesinato. Con el señor del clan Etrik le había sacado partido a su dinero.

Me di cuenta de que el mercenario, mediante una combinación de paradas laterales y de estocadas en profundidad, me estaba obligando a retroceder hacia el hueco que se abría entre los vagones tres y cuatro. Estaba acorralado, con mi espalda contra el hueco, y mis opciones de combate limitadas. No me atrevía a dar un salto de espaldas sin mirar atrás, y no podía, ni debía, apartar la vista de su espada ni por un solo momento. Sabía que se estaba preparando para un ataque frontal en profundidad que, o bien me pillaría sin espacio para esquivarlo, o bien haría que me cayera por el borde del tejado.

La escuela de esgrima de Carthae enseña que cuando un ataque inminente es inevitable, la única respuesta práctica es limitarlo o forzarlo. La técnica, que se desarrolla de muchas formas, recibe el nombre de *gej kul asf* que significa «la montura embridada». Representa al adversario como una montura desbocada que va a cargar contra ti, sin importar lo que hagas, y que tu arma es una brida que va a controlar esa carga como tú quieras. Etrik iba a lanzarse a fondo, así que tenía que reducir sus opciones de ataque. Me coloqué en una posición de *ehn ulsar*, en la que la espada se alza, blandida a dos manos, con la empuñadura por encima de los hombros, y la hoja inclinada hacia abajo en un ángulo de unos treinta y cinco grados desde la horizontal. Los golpes secos y laterales le impedían tener cualquier oportunidad de atacarme los costados o la parte superior del cuerpo. La única opción que le quedaba era lanzarse por abajo, deteniéndome por arriba, para así poder colarse en mi guardia. Lo estaba obligando a tomar como objetivo la parte baja de mi cuerpo, una zona en

la que ya sabía que su estilo de esgrima no le era muy favorable. También le exigía que moviera su cuerpo de un modo muy poco equilibrado.

Etrik se lanzó a fondo por fin, con el hombro bajo y la espada alzándose desde una posición al lado de la cadera. Mi «brida» había determinado por completo la altura y la dirección de su ataque.

En vez de retroceder o de intentar rechazar su estocada hacia lo alto con un golpe en diagonal, me eché a un lado, como un bailarín taurino que esquivara a un aurox embistiendo en una de las plazas de carnaval de Mankareal. Su espada sólo cortó el aire vacío.

Intentó cambiar de dirección, pero había apoyado todo su peso en la estocada. Su pierna izquierda se quedó en el aire, por encima del tejado cubierto de hielo del vagón, y la derecha se deslizó hacia el otro lado. Etrik lanzó una maldición e hizo lo único que le quedaba por hacer. Convirtió su estocada a fondo en un salto.

Llegó a duras penas al tejado del otro vagón. Chocó con el pecho y con los brazos contra el borde, y las piernas le quedaron colgando en el hueco. El pomo de su alfanje acababa en una punta afilada que clavó en el techo para no caerse. Intentó encontrar un asidero con las botas en los costados de plástico impermeable de la articulación que conectaba los dos vagones.

Sólo disponía de unos cuantos segundos para convertir mi ventaja temporal en una ventaja definitiva.

Pero mi esquiva lateral me había dejado con tan poco agarre a la superficie helada del techo como a Etrik. Mis piernas se levantaron por su cuenta de repente y caí de espaldas. Rodé tan rápidamente como pude y me esforcé por encontrar un asidero, pero eso me costó a Barbarizadora. La preciada hoja rechinó mientras rebotaba por el techo antes de caer por el borde del vagón.

Logré agarrarme, pero por los pelos. El pincho del pomo de la espada de Etrik rechinó a lo largo del tejado de metal cuando apoyó todo el peso en él y se hincó más profundamente. Dio unas cuantas patadas al aire y contra la pared y logró subirse al techo del vagón número cuatro antes de echarme un vistazo. Lanzó una risotada y en su cara se dibujó una mueca desagradable cuando se dio cuenta de que yo me encontraba en peor situación que él.

Dio un paso cauteloso, sin dejar de reírse, hacia la parte superior de la articulación entre los vagones, y luego otro, manteniendo el equilibrio

mientras regresaba al vagón número tres para acabar conmigo.

En otros dos pasos se encontraría lo bastante cerca para darme un mandoble.

Decidí cuál de mis dos manos estaba mejor agarrada y me solté de la otra, rebuscando en la parte trasera de mi cinturón.

Etrik salió de la articulación de unión, dio un último paso, con el alfanje en alto para abrirme la cabeza, y descubrió que estaba mirando frente a frente al cañón de una pistola automática.

Iba contra todas las reglas del noble arte del *Ewl Wyla Scryi* empezar un duelo con una espada y acabarlo con una pistola. Los maestros de Carthac se hubieran sentido avergonzados de mí, pero no me sentía demasiado noble en aquellos momentos.

Sólo disparé una vez. El proyectil le impactó en mitad del esternón y lo lanzó de espaldas. Etrik, con una expresión en el rostro de haber sido engañado, desapareció por el otro extremo del tejado.

Estaba exhausto, y el tremendo frío me había agotado cuando entré otra vez en el vagón. El piso superior estaba lleno de gente. Los sobrecargos se esforzaban por conducir a los aterrorizados y angustiados pasajeros hacia otros vagones. Los jefes de personal miraban consternados los daños causados por el enfrentamiento y los cadáveres de los tres vessoritas. Eleena estaba discutiendo acaloradamente con uno de los jefes.

Todo el mundo se giró, y alguien llegó a gritar, cuando entré de nuevo por la ventana. Debió de ser todo un espectáculo: completamente cubierto de escarcha y de sangre helada que había salido de mis heridas en el brazo y en la barbilla.

Crezia y Aemos se abrieron paso a través de los mirones y llegaron a mi lado.

—Estoy bien.

—Déjame echarle un vistazo a eso... ¡Trono Dorado! —exclamó Crezia mientras me giraba un poco la cabeza para mirar mejor el rasguño de mi barbilla.

—No te preocupes.

—Necesitas que te...

—No es el momento. ¿Medea está bien?

—Sí —me respondió Aemos.

—Entonces, ¿nadie está herido?

—Tú ya estás bastante herido por todos nosotros —me dijo Crezia.

—Las he tenido peores —le repliqué.

—Es cierto —comentó Aemos mostrándose de acuerdo conmigo—. Las ha tenido peores.

Eleena todavía le estaba gritando al jefe del tren, quien a su vez le estaba gritando a ella. Era un individuo de elevada estatura y aspecto distinguido que llevaba puesta una versión más ornamentada, y con brocados, del uniforme de la Trans-Continental, rematado con una gorra de oficial de estilo marinero. Era evidente que era muy mayor, y sus ojos, su nariz y sus orejas habían sido reemplazados por implantes biónicos, unos artefactos simples y funcionales creados a mano por los devotos ingenieros de la locomotora. Incluso sus dientes, enmarcados por una impresionante barba blanca, eran de hierro forjado. Se llamaba Alivander Suko, y más tarde me enteré de que había sido el jefe del expreso Trans-Atenadas desde hacía más de trescientos setenta y ocho años. Parecía una locomotora barbuda con forma humana.

Eché a Eleena a un lado y me puse cara a cara con él.

—Exijo una explicación para este escándalo —gruñó Suko con una voz reverberante causada por su laringe mecánica—. Jamás ha ocurrido nada semejante a bordo del Trans-Atenadas. Esta violencia vulgar y esta falta de decoro...

—¿Decoro? —le pregunté.

—¿Es usted el responsable de todo esto?

—Hubiera preferido que esto no ocurriera, pero... sí.

—¡Detenedle ahora mismo! —gritó Suko.

Un par de fornidos guardias del tren que habían sacado unas pistolas láser del cuarto de emergencia del tren en cuanto las alarmas empezaron a sonar avanzaron hacia mí.

—Aquí hay tres muertos, y fuera hay otros tres —le dije con voz suave al jefe del tren mientras miraba fijamente sus ojos de párpados electrónicos, y haciendo caso omiso a los guardias de un modo evidente—. Todos con armadura, todos armados... Soldados de combate. ¿De verdad cree que es buena idea enfrentarse al hombre que los ha matado a todos?

El pasillo se quedó completamente en silencio, un silencio más frío y más desagradable que las tremendas ráfagas de viento tormentoso que

entraban por la ventana destrozada. Todas las miradas estaban fijas en nosotros, incluidas, para gran incomodidad de Suko, las de los últimos pasajeros sacados por los sobrecargos.

—¿Podríamos continuar esta charla en privado? —sugerí.

Entramos en uno de los compartimentos que había quedado vacío. Abrí la cubierta de madera con bisagras del pequeño cogitador de la suite, lo conecté al modo hololítico y apoyó mi anillo de sello contra el lector de datos. La pequeña terminal proyectó un holograma del sello de la Inquisición, sobre el que se podían leer detalles de mis credenciales, seguido por una imagen tridimensional de mi cabeza que daba vueltas lentamente.

—Soy el inquisidor Gregor Eisenhorn de la Ordos Helicana.

Suko y sus guardias se quedaron sin habla.

—¿Se lo cree, o tengo que dar vueltas lentamente delante de usted hasta que se convenza?

El jefe del tren se me quedó mirando, tan pasmado que no supo qué decir durante unos momentos.

—Lo siento, señor —comenzó a decir—. ¿Cómo puede la Trans-Continental ser de ayuda en la tarea de la poderosa ordos?

—Bueno, señor, para empezar, puede hacer que este tren se ponga de nuevo en marcha.

—Pero...

Ya estaba harto.

—He estado viajando de incógnito, señor, pero no seguiré haciéndolo. Y ya que voy a revelar de forma pública mi condición de inquisidor, será mejor que empiece a comportarme como tal. Este tren se encuentra a partir de ahora bajo mi mando.

Nos quedamos parados el tiempo suficiente para que los ingenieros desconectaran los frenos de emergencia y aseguraran las ventanas destrozadas. El rato fue lo suficientemente largo para que los guardias del tren, bajo mi supervisión directa, registraran todo el vehículo en busca de cualquier otro pasajero que no tuviera billete.

Salí afuera, esta vez envuelto en una vestimenta a prueba de aquella ventisca infernal, y recuperé a Barbarizadora, que se quejó de forma

quisquillosa por haber sido abandonada en mitad de aquel sitio. Enfundé la quejumbrosa espada y regresé para echarles un vistazo a los cuerpos de los tres jenízaros, que ya se estaban congelando en mitad de la nieve.

El expreso reanudó la marcha a las cinco, y ya no hubo más interrupciones. Atravesamos la noche a toda marcha y llegamos a un amanecer más despejado, donde la tierra estaba cubierta de nieve pero en el que ya había desaparecido la tormenta de hielo.

Suko forzó la locomotora hasta los márgenes de seguridad para recuperar el tiempo perdido. El expreso cruzó las laderas meridionales de las Montañas Atenadas, y descendimos por un paisaje lleno de colinas y llanuras rocosas glaciales. Si hubiera estado despierto, habría visto los pedregales y los matojos convertirse poco a poco en bosques de árboles caducifolios, para luego dar paso a las primeras granjas de la amplia Meseta Sur, iluminada por el sol de la mañana.

Pero estaba profundamente dormido, con las heridas vendadas, y con Barbarizadora reposando intranquila a mi lado mientras Crezia me observaba.

Me desperté después de las cinco, con el expreso avanzando todavía a buena marcha. Teníamos previsto llegara Nueva Gevae a medianoche. Le había dado órdenes estrictas a Suko de que no comunicara nada sobre lo que había ocurrido.

Era muy probable que Pontius intentara matarme de nuevo en Nueva Gevae. Estudié con detenimiento el mapa de la ruta y pensé en decirle a Suko que hiciera una parada no prevista en alguna de las estaciones secundarias de las ciudades situadas al norte de Nueva Gevae. Podríamos haber bajado y alquilado un transporte aéreo, y el tren podría haber seguido hacia la ciudad.

También pensé que mi atento e implacable enemigo habría pensado en aquello y se habría anticipado. Y también consideré que llegar a la terminal de una gran ciudad sería un plan mucho más seguro.

Me quedé tumbado en el camastro de mi compartimento, meditando, mientras el paisaje de la meseta pasaba veloz al lado de mi ventana. Medea ya estaba despierta y en pie para aquel entonces, yendo de un sitio para otro a trompicones y utilizando como muleta, de todo lo que podía haber escogido, mi bastón rúnico. Sólo ella poseía el ingenio para atreverse a cometer aquella falta de respeto.

Entró cojeando en mi compartimento, se dejó caer en el extremo del camastro donde estaba tumbado y se frotó un poco la espalda dolorida. Crezia estaba dormida en el lecho de enfrente.

—No tienes ni un momento para aburrirte, ¿verdad?

—Nunca.

Señaló con un gesto del mentón a Crezia.

—No se ha apartado de ti, Gregor. En todo el día.

—Lo sé.

—Es algo más que una vieja amiga, ¿no?

—Sí, Medea.

—Tú y tus secretos.

—Lo sé.

—Nunca me lo contaste.

—Nunca se lo conté a nadie. Crezia Berschilde se merecía esa discreción.

Se giró para mirarme.

—Gregor Eisenhorn también se merecía esa discreción, ¿no crees? Puede que seas un gran y terrible inquisidor y todo eso, pero también eres un ser humano. Tienes una vida aparte de este desagradable trabajo.

Pensé por un momento sobre aquello. Por desgracia, no estaba de acuerdo con ella.

—Pero ya estáis juntos de nuevo. Tú y la buena doctora.

—He renovado una amistad que jamás debería haber permitido que se debilitase.

—Sí, claro, renovado.

Realizó un gesto sorprendentemente ordinario y gráfico. No pude evitar sonreír.

—¿Querías decirme algo más, o simplemente has venido para demostrarme las capacidades más vulgares de tus habilidades mímicas?

—Sí, quiero decirte algo más. ¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos a nuestro destino?

Nueva Gevae era un racimo de pirámides colmena que cubría el delta del río Sanas. Pudimos distinguir sus luces parpadeantes más de una hora antes de que llegásemos. El expreso Trans-Atenadas se detuvo siseante y

con un estremecimiento en la terminal principal dos minutos antes de la medianoche. Salí por delante de la multitud de pasajeros y me dirigí, a través de la amplia explanada situada bajo el techo de arcos y de cristal, hasta la oficina del Gremio de Astrópatas, que se encontraba al lado de los almacenes de carga de mercancías.

Accedía la cuenta Aegis y leí la respuesta de Nayl. Estaba de acuerdo con que aquello se parecía mucho al problema que tuvimos en Eechan, y maldijo el nombre de Sadia. También me decía que el Caucus estaba listo para partir, y que estaría en un bar llamado El Salón de Entipaul a las doce del mediodía siguiente. El bar estaba en la colmena cuatro, en el nivel sesenta.

Me quedé observando con tristeza el comunicado y luego miré al adepto.

—Una respuesta de cuatro palabras: «Espina de Rosa irá». Envíelo.

Entré en El Salón de Entipaul un minuto antes de las doce. Era una jaula de tubos de aluminio y paneles de madera de contrachapado pintados con aerosol. Las hileras de luces estaban conectadas de modo que parpadearan al ritmo de una potente música que resonaba en los altavoces. El dueño del lugar quería que pareciese un sitio peligroso, de tipos duros, en plan bajos fondos de la colmena, pero todo era una simple fachada. Aquello no era más que un local para la comida del mediodía y de descanso después de la jornada laboral, un bar al que iban los oficinistas de la colmena y los del Administratum, un sitio en el que quedar con las encantadoras chicas del personal del logosticador, para celebrar un ascenso o una jubilación, o para montar una fiesta de cumpleaños. Yo había estado en bares de tarados de verdad, y había oído música potente de verdad. Aquel recinto era una simple farsa, un engaño.

Estaba envuelto en la enorme túnica de Aemos, con la capucha echada sobre la espalda, y llevaba puesta una máscara recicladora que había tomado prestada del expreso. Quería parecer un tecnoadepto que había ido a comer o un oficinista de almacén que se había escapado para tener una cita con su chica.

El lugar estaba bastante vacío. Un camarero de aspecto aburrido situado detrás de la estrecha barra le pasaba un trapo a los vasos, y dos camareras de uniforme parloteaban al lado de la puerta trasera, sosteniendo sus bandejas como si fueran escudos antidisturbios. Había media docena de hombres sentados en los reservados que rodeaban la zona

central del bar, y una figura encapuchada bebía, sentada y sola, de espaldas a la puerta.

Me senté en una de las mesas centrales. Una de las camareras se me acercó. Olía a oscura, y sus cejas pintadas sobre la piel resaltaban las pupilas tremendamente dilatadas de sus ojos.

—¿Qué va a ser?

—Tundere y de grano, doble, en funda de hielo.

—Vale dale —me contestó mientras se alejaba.

La música siguió sonando a todo volumen. Volvió con un pequeño vaso de licor en su bandeja levitadora. El vaso, en realidad, era una copa de hielo prensado hasta darle forma. Lo colocó en la mesa con unas pinzas y agarró en el aire la moneda que le arrojé.

—Quédate el cambio —le murmuré.

—Gracias, generoso —se burló antes de alejarse de nuevo contoneando un trasero que no merecía la pena ser contoneado.

No toqué la bebida. El hielo se fue derritiendo poco a poco, y el líquido aceitoso comenzó a extenderse por encima de la superficie de la mesa.

La figura encapuchada se puso en pie y se acercó hasta mí.

—¿Espina de Rosa?

Levanté la mirada.

—Ese soy yo.

Se quitó la capucha que le tapaba la cara y la dejó caer sobre sus hombros. Tenía unos rasgos angulosos y un cabello negro y liso. Sus ojos, contorneados de kohl, brillaron como el jade.

No era Harlon Nayl. Era María Tarray.

Se sentó frente a mí y se bebió de un trago mi copa. Se lamió los largos dedos para quitarse el agua del hielo.

—Sabía que le atraparíamos más tarde o más temprano.

—Supongo que sí. ¿Quiénes sois?

Los demás clientes del bar se habían levantado y habían formado un círculo a nuestro alrededor, sentándose en las mesas adyacentes. María Tarray chasqueó los dedos y todos echaron a un lado los faldones de las capas de los abrigos para dejar a la vista las pistolas con las que iban armados. Chasqueó de nuevo los dedos, y las armas desaparecieron.

—Así que, ¿es una trampa?

—Por supuesto.

—¿Los astrogramas no los mandó Nayl?

—Es evidente.

—¿Habéis descifrado el Glossia?

—¿A que somos listos?

Me recosté en mi asiento.

—¿Cómo lo hicisteis?

—¿Le gustaría saberlo, señor Eisenhorn?

Me encogí de hombros.

—Viendo cómo me habéis pillado, sí que me gustaría. Estos hombres son más de esos malditos vessoritas, ¿verdad? Estoy muerto si pestañeo. No veo qué mal hay en saberlo.

—Me imagino que ya lo habrá adivinado —me replicó. Sonrió. Pude sentir su poderosa mente intentando meterse en la mía.

—Jekud Vanee.

—Exacto, señor Eisenhorn. Su astrópata ha demostrado ser muy útil, gracias a una persuasión adecuada. Y los jenízaros son muy buenos en esa clase de persuasión. Vanee envió todos los comunicados fingiendo ser Nayl. Él sabía Glossia.

Intentó meterse de nuevo en mi mente.

—Está utilizando técnicas de ocultación —me dijo, y su rostro se ensombreció.

—Por supuesto que lo estoy haciendo. Tú también lo harías si la situación fuera a la inversa. Sin embargo, debo decirte que estoy decepcionado. Esperaba que hubiese venido Pontius en persona. Después de todo, ésta es su trampa. La última batalla de Eisenhorn. Hubiera debido ser lo bastante educado para aparecer y verme morir.

—Pontius está ocupado con otra cosa —me respondió furiosa, y luego se dio cuenta de lo que había dicho.

—Gracias por confirmármelo —le dije.

—¡Cabrón! —exclamó rabiosa—. ¡Estás muerto! ¿De qué te servirá? ¡Estás metido en una trampa!

—Sí, sí que lo es. Una trampa.

Dudó por un momento. Todos los jenízaros se habían levantado y me apuntaban con sus armas. El personal del bar había salido a la carrera en cuanto vieron aquello.

María Tarray alargó lentamente la mano y me quitó la máscara recicladora de la cara.

—¿E... Etrik? —tartamudeó, con los ojos verde jade abiertos de par en par.

—S í —le contesté a tres kilómetros de distancia en una habitación alquilada de una pensión.

Estaba sudando y con todo el cuerpo en tensión por el esfuerzo de canalizar mi voluntad a través del bastón rúnico para darle vida al cuerpo del señor del clan, Etrik.

Tarray se levantó de la mesa de un salto y tiró la silla.

—¡Maldita sea! —aulló—. ¡Nos ha pillado! ¡Nos ha pillado! ¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Podías hablar como Nayl y utilizar Glossia gracias a Jekud, pero Jekud no sabía lo que Nayl sabía. Acabamos con Sadia en Lethe Once, no en Eechan —le hice decir a Etrik.

María Tarray desenfundó una pistola de plasma y le disparó a Etrik en mitad del pecho. Los vessoritas que la rodeaban también abrieron fuego con sus pistolas automáticas y las carabinas láser.

En cuanto mi marioneta comenzó a ser destrozada, dejé salir el vórtice de disformidad que había estado dando vueltas en mi mente desde que lo había invocado.

Surgió del cuerpo desplomado de Etrik y se expandió, aniquilando a los jenízaros, El Salón de Entipaul y toda la planta sesenta de la colmena cuatro en un radio de cincuenta metros.

María Tarray quedó atomizada. Sus escudos psíquicos se desplomaron en los últimos milisegundos de su vida debido al terror y pude discernir una brevísima imagen de su poderosa mente. No lo vi todo, pero fue suficiente.

Lo suficiente como para saber que acababa de aniquilar por completo a la hija de Pontius Glaw.

Quince

Sanctum, Catarsis y Fischig
Teht uin san
Promody

Quince días más tarde estábamos muy lejos de Nueva Gevae, muy lejos del propio Gudrun. Había logrado, hasta aquel momento, escapar de las garras de Kanjar el Afilado.

La mañana antes de mi encuentro, o mejor dicho, el encuentro de mi marioneta con María Tarray en el bar de la colmena, Aemos y yo habíamos comprado unos pasajes en una nave de transporte ligero llamada el Espíritu de Wysten, y al anochecer ya estábamos abandonando el planeta. Cinco días y medio más tarde, en las proximidades de Cyto, nos encontramos, tal como habíamos acordado, con el Essene.

Mi viejo amigo Tobias Maxilla, el excéntrico capitán y propietario de la nave mercante rápida Essene, había acudido sin dudarlo en respuesta a la palabra clave en Glossia «Sanctum». Abandonó sus rutas comerciales en el subsector helicano y se dirigió inmediatamente hacia Gudrun. Nunca formó parte de mi equipo, pero era un aliado desde hacía ya mucho tiempo, y me había proporcionado los servicios de su nave en numerosas ocasiones.

Siempre afirmaba que lo hacía por la recompensa financiera (me aseguraba de que mi ordos lo remunerara de forma regular y generosa), y para poder llevarse bien con la Inquisición Imperial. Sin embargo, yo estaba convencido de que su lealtad hacia mí era la consecuencia de una vena aventurera. Involucrarse en mis asuntos ofrecía la posibilidad de una ocupación mucho más entretenida que un simple viaje comercial entre dos mundos del sector helicano.

No había nave, ni capitán de nave, en quien confiara más que en Tobias Maxilla y en el Essene. Con mi vida destrozada, la espalda contra

la pared y un enemigo sanguinario lanzado en mi persecución, fue a él a quien acudí en busca de rescate y de un modo de huir.

Y además, uno siempre podía confiar en que Maxilla animara el espíritu de cualquier grupo de gente. Lo cierto es que los ánimos de mi pequeño grupo habían estado inquietos desde que salimos de Nueva Gevae. Y todo era por mi culpa.

En cuanto me di cuenta de que los mensajes de Nayl eran otra de las trampas de Glaw, le atraje para tenderle mi propia emboscada. Ciertos capítulos del Malus Codicium trataban sobre la creación y el manejo a distancia de esclavos mentales, humanos controlados psíquicamente como si fueran marionetas. Nunca había intentado algo como aquello, ya que me pareció muy macabro. El Codicium sugería que todo el proceso funcionaba mejor con el cadáver de alguien que hubiera muerto de forma reciente. Pero, por otro lado, tan sólo se trataba de una elaborada prolongación del uso de mi fuerza de voluntad, y era adecuado para mis propósitos.

No les expliqué con detalle lo que iba a hacer, pero Medea, Eleena, Crezia y Aemos sabían que tramaba algo poco ortodoxo, y todos se quedaron preocupados cuando hice que llevaran el cuerpo de Etrik desde el tren hasta el alojamiento que habíamos alquilado en la colmena cuatro. Crezia murmuró algo sobre «robo de cadáveres», y Medea tuvo grandes reservas al respecto. Cuando estábamos a bordo del Belleza, bromeó sobre la posibilidad de que yo estuviera yendo demasiado lejos. Parecía que había aceptado todo el asunto relativo a Cherubael.

Pero, después de lo de Etrik, parecía estar menos segura sobre todos aquellos juegos esotéricos psíquicos.

Incluso Aemos se mostraba reservado conmigo. No había dicho una sola palabra sobre el Malus Codicium desde que me vio retirarlo de la caja fuerte de mi estudio. Y me había reiterado en bastantes ocasiones que se fiaba de mi criterio.

Pero seguía habiendo una tensión en el aire.

Los dejé fuera de la habitación mientras realizaba los rituales, y eso también fue un error. Excepto Eleena, que no había podido sentir las ondas psíquicas del acto, todos los demás sí habían notado su reflujo espeluznante.

Tampoco había utilizado antes un vórtice de disformidad, pero me pareció que era la única arma con la que podía equipar a mi esclavo para

acabar con todos los que querían atraparme. Al recordarlo, me pregunto si no fue el Malus Codicium el que me metió aquella idea en la cabeza.

El vórtice funcionó. Destruyó a los enemigos que intentaban atraparme. Dudo mucho que vuelva a utilizarlo jamás. La retroalimentación psíquica me dejó inconsciente, y estuve débil y enfermo durante dos días. Mis amigos tuvieron que echar abajo la puerta de la habitación para llegar hasta mí, y debieron de quedarse estremecidos por lo que vieron en el interior. El círculo quemado en el suelo, el residuo psicoplásmico que goteaba en las paredes, los símbolos que había pintado. Creo que pensaron por primera vez que yo había intentado hacer algo sobre lo que no tenía por completo el control.

Quizás estaban en lo cierto.

Ninguno de ellos quería hablar sobre el incidente. Aemos había encontrado el Malus Codicium en el suelo, a mi lado, y se lo metió en un bolsillo antes de que alguno de los otros pudiera verlo. Más tarde, ya a bordo del Espíritu de Wysten, me lo devolvió en privado.

—No quiero tener que tocarlo de nuevo —me dijo—. No creo que quiera verlo de nuevo.

Me inquietó aquella reacción. Su vida siempre había estado dedicada a la adquisición de conocimientos (en su caso, se trataba incluso de una compulsión de tipo clínico), pero en aquella ocasión mostró su rechazo a una fuente de información secreta, aunque siniestra, que no podía encontrarse prácticamente en ningún otro sitio de la galaxia. Yo pensaba que él sería uno de los pocos que podría apreciar toda su valía.

—Es el Malus Codicium, ¿verdad?

—Sí.

—Nunca lo encontraron. En Farness Beta, después de que Quixos muriera, el ordos lo buscó por todos lados y nunca lo encontró.

—Es cierto.

—Porque tú lo cogiste para ti y jamás se lo dijiste a los demás.

—Sí. Esa fue mi decisión.

—Ya veo. Y así es como lograste aprender a controlar demonios, ¿verdad?

—Sí.

—Me has decepcionado, Gregor.

Maxilla fue, como siempre, el anfitrión perfecto, y el ánimo general se elevó un poco cuando estuvimos en su compañía. Nos recibió en la compuerta externa de estribor situada a proa del Essene. Iba vestido con una especie de túnica-sobretodo a cuadros y de tela de sedril, con un fular de seda azul sujeto con un alfiler en forma de estrella dorada, además de un solideo de gamuza púrpura rematado con una borla plateada. El maquillaje que le cubría el rostro era de un color blanco satinado, con unos corazones negros pintados por encima de sus ojos. Una fina cadena de platino colgaba de un pendiente de diamantes en su lóbulo izquierdo hasta el zafiro que tenía engastado en un lado de la nariz, a su espalda, los servidores chapados en oro nos esperaban con bandejas llenas de bebidas y refrigerio. Nos saludó a todos, tonteando con Medea y alborotando alrededor de Crezia y Eleena, las dos mujeres a las que todavía no conocía.

—¿Hacia dónde vamos? —fue la primera pregunta que me hizo.

—Déjame utilizar tu astrópata, y pon rumbo al sitio donde nos encontramos por primera vez.

Le envié un mensaje a Fischig, cifrado en Glossia, para que cambiara de dirección y evitara pasar por Gudrun, y para que se reuniera conmigo en un nuevo punto de encuentro.

«Espina desea Sabueso, en la cuna del Sabueso, a la sexta.»

El navegante de aspecto cadavérico y sin nombre de Maxilla realizó sus cálculos adivinatorios hipermatemáticos y colocó al Essene en mitad del espacio disforme y a la máxima velocidad que ofrecía su potente motor.

Como siempre me ocurre, fui incapaz de descansar en condiciones mientras viajaba por el infernal inframundo que es el espacio de disformidad, así que en vez de eso me retiré al salón de estar con Maxilla. Le encantaban los cotilleos, y siempre disfrutaba durante unas cuantas horas cada vez que nos reuníamos enterándose de todo lo ocurrido. Rodeado como estaba de una tripulación que era más mecánica que humana, ansiaba la compañía de sus iguales.

Pero yo deseaba tener una conversación privada con él.

Nunca antes me había confiado en ese sentido con él, pero en aquellos momentos sentía que era la única persona del Imperio que me escucharía con imparcialidad. Y si no era imparcial, al menos no se dedicaría a juzgarme con dureza. Maxilla era un rufián. No pedía disculpas por ello. Había pasado casi toda su vida dedicado a ir probando las cualidades

dúctiles de las reglas y de las normas. Supongo que lo que yo quería era saber, descubrir lo que pensaba de mí.

Su salón de estar era un compartimento de dos plantas situado detrás del puente de mando del Essene, parecido a una catedral. Una mesa de banquete de diez comensales fabricada con duraloy, en la que había cenado en numerosas ocasiones, ocupaba una zona un poco más elevada al otro extremo, bajo una sección del techo en forma de cúpula de la que podía retirarse el blindaje con un simple tirón de una palanca de mando para poder transformarla en una burbuja de observación.

Unas escaleras curvadas, con pasamanos de madera de tefra que Maxilla proclamaba que había recuperado del naufragio de un navio de veinte mástiles en Nautilia, arrancaban de cada extremo del entresuelo hasta llegar a la zona del puente principal, una estancia amplia con un suelo de mármol incrustado. Numerosas obras de arte (pinturas, estatuas, antigüedades, hololitos) estaban expuestas alrededor de la sala entre los pilares de crisoelefantina de las paredes. Algunas de las obras estaban protegidas por unos campos de estasis que relucían con suavidad, y otras se apoyaban con gracilidad sobre rayos repulsores invisibles.

Unas elegantes sillas y sillones de grandes reposabrazos, algunos cubiertos con telas de tejido sampanés, estaban colocados sobre el gran rectángulo de una exquisita alfombra de olitari, situada en el centro de la estancia. Sólo la alfombra ya costaba una pequeña fortuna. La sala estaba iluminada por seis relucientes lámparas de araña fabricadas en los famosos talleres de cristal de Vitria, y cada una estaba colgada de una pequeña placa antigravitatoria para que flotaran por debajo del techo decorado.

Me senté en uno de los sillones y acepté la gran copa de amasec que Maxilla me ofreció.

—Gregor, tienes aspecto de querer descargar un gran peso que llevas en tu interior —me dijo mientras se sentaba frente a mí.

—¿Tan transparente soy?

—No. Me temo más bien que se trata de una esperanza que yo tengo. Estos últimos meses han sido bastante aburridos. Tengo ganas de emociones. Y cuando la única persona que conozco que tiene por costumbre meterse en las aventuras más peligrosamente ridiculas de las que nadie jamás haya oído hablar me llama pidiendo ayuda, me animo inmediatamente.

Colocó una varita de lho en una larga boquilla de plata, la encendió con un leve chasquido de su arma digital de anillo y se recostó sobre el sillón, exhalando una vaharada de humo especiado mientras hacía dar vueltas al amasec en el interior de la copa con movimiento de experto.

—Yo... —dije cuando intenté empezar a hablar, pero lo cierto es que no sabía cómo comenzar.

Dejó su copa sobre la mesita y realizó un gesto teatral con su vara de mando. El aire a nuestro alrededor se tornó ligeramente opresivo y los sonidos llegaron algo apagados.

—Habla con tranquilidad —me dijo—. He activado el campo de privacidad de la sala.

—Verás —le dije—, lo cierto es que mi titubeo tenía más de no saber qué decir.

—Yo me ocupo de rutas y viajes, Gregor. Según mi experiencia, el mejor sitio para empezar es siempre...

—¿El comienzo? Lo sé.

Le conté, primero de un modo general y luego con mayores detalles a medida que avanzaba en mi relato, todos los hechos ocurridos, y por orden. Durer. Thuring. El combate entre Crúor Vult y Cherubael. Su rostro maquillado se convirtió en una máscara trágica, en la de un payaso triste, cuando le referí lo que le había ocurrido a Alizebeth. Siempre había sentido debilidad por ella.

Aunque pensaba que había seguido su consejo y empezado por el principio, a medida que hablaba me daba cada vez más cuenta de que no había sido así. Tuve que seguir retrocediendo y contar más detalles. Para explicarle todo sobre Cherubael, tuve que regresara Farness Beta y mi lucha contra Quixos, y eso a su vez requirió que le explicase mi misión en Cinchare. Le conté el ataque contra la Casa Spaeton y nuestra desesperada huida a través de la superficie de Gudrun. Le informé de todos los asesinatos que habían tenido lugar a lo largo y a lo ancho del subsector. Él conocía a Harlon Nayl y a Nathun Inshabel, por no mencionar a bastantes más personas de mi equipo. Mi narración de la venganza de Pontius Glaw se convirtió en una letanía de malas noticias.

En cuanto empecé, no pude detenerme. No le oculté nada. Sentí que era una liberación confesarlo todo por fin y quitarme aquel peso de encima. Le conté todo sobre el Malus Codicium, y cómo podía haberme puesto en peligro al conservarlo. Le detallé los tratos que había tenido con

demonios y huéspedes demoníacos. Y con los esclavos psíquicos muertos. Y con vórtices de disformidad. Le confesé el trato que había hecho con Pontius en Cinchare y cómo aquello le había proporcionado el poder suficiente para convertirle en la amenaza que me estaba persiguiendo en aquellos momentos.

—Todo el mundo, Tobias, todos los miembros de mi operativo, mi familia por así decirlo, todos menos tú, Fischig y el pequeño grupo que viene conmigo a bordo, están muertos por lo que hice en Cinchare. Algo así como... Bueno, no he hecho la cuenta exacta, pero unos doscientos servidores del Imperio. Doscientas personas que se habían entregado a mi causa con la firme creencia de que yo estaba realizando un buen trabajo... están muertas. Ni siquiera cuento a la gente como Poul Rassi, Duclane Haar y al pobre desgraciado de Verveuk en lo que resultó ser la obertura de esta matanza sangrienta, o Magos Bure, al que Glaw debe haber matado para poder escapar.

—¿Puedo corregirte, Gregor?

—Por supuesto.

—La has llamado tu causa. Has dicho que se habían entregado a tu causa. Pero no es cierto, ¿a que no?

—¿A qué te refieres?

—¿Sigues creyendo con fervor que cumples la voluntad del Emperador?

—¡Por supuesto que lo hago!

—Entonces ellos murieron al servicio del Emperador. Murieron por su causa. Ningún ciudadano imperial puede pedir mayor honor.

No creo que me estuvieras escuchando, Maxilla...

Se puso en pie de repente.

—No, no, yo creo que tú no lo has estado haciendo, inquisidor. Ni siquiera escuchabas lo que tú mismo decías. Insisto en ello porque es tan básico que me parece que lo has pasado por alto.

Cruzó la sala de estar y se quedó delante del retrato hololítico de un soldado imperial, mirándolo fijamente. Era muy antiguo. No quise ni pensar dónde lo había conseguido.

—¿Sabes quién es?

—No.

—El Señor de la Guerra Terfeuk. Estaba al mando de las fuerzas imperiales en la guerra de Pacificus, hace ya casi cincuenta siglos. Ya es

historia antigua. La mayoría de nosotros ni siquiera sabemos de qué iba aquella maldita guerra. En la batalla de Corossa, Terfeuk lanzó al combate a cuatro millones de guardias imperiales. Ya no se libran batallas como aquélla, gracias al Trono. Por supuesto, era la época del Alto Imperialismo, la era de los señores de la guerra famosos, el tiempo del culto a la personalidad. Bueno, el caso es que Terfeuk logró vencer. Ni siquiera sus consejeros más allegados pensaron que fuera capaz de obtener la victoria en Corossa, pero lo logró. Y de esos cuatro millones de hombres, sólo noventa mil consiguieron salir con vida del campo de batalla.

Maxilla se giró y se me quedó mirando.

—¿Sabes lo que dijo el tal Terfeuk? ¿Sabes lo que dijo de aquel coste en vidas tan espantoso?

Negué con la cabeza.

—Dijo que había sido el mayor honor de su vida servir tan bien al Emperador.

—Me alegro por él.

—No lo comprendes, Gregor. Terfeuk no era un carnicero. No era el típico militar que perseguía la gloria. Era, en todos los sentidos, muy humano, y sus hombres lo adoraban por ser justo y generoso. Pero cuando llegó el momento, no se arrepintió ni por un solo instante del coste que conllevaba servir al Emperador y defender el Imperio a toda costa.

Maxilla se sentó de nuevo.

—Creo que de eso es de lo único que eres culpable: de tomar decisiones difíciles para servir al Emperador lo mejor que sabes y puedes, servirle de un modo en que quizás otros no serían lo bastante fuertes y fallarían. Cumplir tu deber y vivir con sus consecuencias. Estoy seguro de que Terfeuk pasó muchas noches en vela, durante años, después de lo que ocurrió en Corossa. Pero se enfrentó a ese dolor. No se arrepintió en absoluto.

—Enviar hombres al combate en una batalla no es exactamente lo mismo que...

—Siento no estar de acuerdo. Tu campo de batalla es la sociedad imperial. Las personas que han muerto eran tus soldados. Y los soldados no son más que recursos militares. Tienen que ser utilizados. Utilizaste tus propios recursos para ganar tus batallas. Ese libro del que hablas. Ese demonio. Suena fascinante. Me encantaría encontrarme cara a cara con él.

—No te gustaría, te lo aseguro. Y es «ello», no «él». Maxilla se encogió de hombros.

—Supongo que querías hablar conmigo sobre todos estos asuntos porque pensaste que encontrarías un oyente comprensivo. Al fin y al cabo, soy un viejo rufián y todo eso.

Juro que hubo ocasiones en las que pensé que Maxilla podía leerme la mente.

—Déjame decirte algo, Gregor. Te quiero como a un hermano, pero no nos parecemos en nada. Yo soy un rufián, un jugador empedernido. Un mentiroso. Un réprobo. Mis vicios son numerosos e innombrables. Yo nunca me aprovecho de las reglas: las rompo. Las destrozo. Las machaco. Dondequiera y comoquiera que pueda. En ese sentido, somos espíritus afines. Estás forzando las reglas del Imperio, de la Inquisición; eres, sin ninguna duda, lo que ellos llaman un radical. Pero ahí es donde se acaban las similitudes. Yo rompo las reglas en mi propio beneficio. Para conseguir lo que quiero, para aumentar mis riquezas y mi nivel social. Para mejorar mi situación. Para mí, sólo para mí. Pero tú no lo haces por ti. Lo haces por el sistema en el que crees y por el Dios-Emperador al que adoras y, maldición, eso implica que puedes tener la conciencia tranquila.

Me quedé sorprendido por la pasión que había mostrado en su discurso. También me quedé desconcertado por la idea (algo que nadie se había atrevido a decir hasta ese momento) de que me había convertido en un radical. ¿Cuándo había ocurrido aquello? Mis acciones habían sido radicales, pero ¿me convertía eso en un radical hasta la médula?

Sentado allí, en aquella opulenta estancia, me di cuenta de que Maxilla había dado con la verdad, una verdad que yo había estado negando. Había cambiado sin reconocer ese cambio en mí mismo. Siempre le estaré agradecido a Tobias Maxilla por ese momento de comprensión tan doloroso y brutal. Me sentí mucho mejor después de aquello.

—Supongo que no puedes acudira tus superiores en busca de ayuda, ¿verdad?

—No —le respondí, aturdido todavía por aquel nuevo punto de vista.

—Porque tendrías que contarles cosas que no quieres que conozcan, ¿cierto?

—Por supuesto. Para conseguir cualquier clase de ayuda oficial tendría que escribir un informe completo. Y ese mismo informe se desharía en pedazos bajo la más mínima investigación si omitiera al

Malus Codicium, o a Cherubael. ¡Por el Trono! La lista va muy atrás. Incluso les oculté la existencia de Pontius Glaw. Hay un individuo llamado Pontius Glaw que está exterminando a toda mi gente. ¿Y de dónde sale ese tal Pontius Glaw, señor gran inquisidor? Bueno, para ser sincero, conozco su existencia desde hace siglos, pero he mantenido eso oculto a sus ojos. Y sólo está en pie y caminando por ahí porque yo decidí proporcionarle un cuerpo.

Lanzó una pequeña risa.

—Ya veo lo que quieres decir. ¿Qué le contarás a Fischig? El querido Godwyn es recto como pocos.

—Yo me encargaré de Fischig.

—Entonces, ¿cuál es tu próximo movimiento? Has mencionado a la hija de tu enemigo, esa psíquica. Viste cosas en su mente cuando la mataste, ¿no?

Sí que lo había hecho. Todo el escudo mental de María Tarray se había venido abajo justo antes de que el vórtice la aniquilara por completo. La imagen que había obtenido de su psique distaba mucho de ser completa, pero fue muy provechosa.

—María Tarray era mucho mayor de lo que parecía o pretendía parecer. Era la hija bastarda de Pontius Glaw y de una sirvienta que Glaw se había llevado con él a Quenthus Ocho. María nació en el 020, corrompida desde su misma concepción por el collar contaminado por el Caos que Pontius llevaba puesto siempre. Varios personajes heréticos que han logrado escapar de la Inquisición en estos últimos trescientos años eran ella con distintas personalidades y apariencias. Ahora que ha muerto se podrán cerrar muchos casos.

—Pontius no estará muy contento.

—Supongo que Pontius Glaw me quiere ahora más muerto que antes incluso. Pero verás, van detrás del Malus Codicium. Me enteré de eso en su mente desguarnecida. Glaw sabía que Quixos lo tenía, y cuando Quixos murió, se dio cuenta de que quien debía tenerlo era yo. Desea enormemente poseer ese libro.

—¿Sabes por qué?

—Vi unos paisajes de un mundo árido justo antes de que María Tarray muriera. Un planeta reseco en el que unas ciudades primigenias yacían enterradas bajo grandes y profundas capas de ceniza. Glaw está buscando algo allí, y necesita el Malus Codicium para encontrarlo.

—¿El qué?

—No lo sé.

—¿Dónde?

—Tampoco sé eso. Había un nombre, una palabra, en su mente. «Ghül». Pero no sé lo que significao a qué se refiere. Su mente se estaba derrumbando. Muy poco de lo que vi tenía sentido.

—Consultaré mis mapas y a mi navegante. ¿Quién sabe? —se inclinó hacia delante y me miró fijamente—. Ese libro. Ese tal Malus Codicium. ¿Puedo verlo?

—¿Por qué?

—Porque aprecio mucho los objetos antiguos y únicos.

Lo saqué de mi chaqueta y se lo pasé. Lo estudió con algo parecido a la veneración, y con una sonrisa en el rostro.

—No hay mucho que mirar, pero es precioso por lo que es. Gracias por la oportunidad de tenerlo en la mano.

Me lo devolvió.

—No me creo que sea capaz de decir lo que voy a decir —añadió—, sobre todo yo, entre todas las personas que conozco..., pero, yo lo destruiría si fuera tú.

—Creo que tienes razón. Creo que lo haré.

Dejé en la mesita la copa vacía y me dirigía la puerta. Maxilla apagó el campo de privacidad.

—Gracias por tu hospitalidad y por el tiempo que me has dedicado, Tobías. Me parece que será mejor que me vaya a la cama.

—Felices sueños.

—Sólo una cosa más —le dije mientras me daba la vuelta—. Me has dicho que rompes las reglas para conseguir lo que quieres. Que no sirves a nadie más que a ti mismo, y que todo lo que haces, lo haces en tu propio beneficio.

—Eso he dicho.

—Entonces, ¿cómo es que me ayudas tan a menudo?

Sonrió.

—Buenas noches, Gregor.

El Essene llegó a Hubris cuatro días más tarde. Se trataba de un planeta en uno de los extremos exteriores del subsector helicano. Fischig, Bequin, Maxilla y yo nos conocimos por primera vez allí, en el 240.

Fue allí, aunque de un modo indirecto, cuando me encontré por primera vez con Pontius Glaw. Todo daba vueltas para llegar al comienzo del modo más extraño.

Había redirigido a Fischig hacia allí porque era un lugar de encuentro conveniente para nosotros y estaba fuera de las rutas habituales, pero también me pareció apropiado. Él era un purificador de los arbites locales cuando se cruzó por primera vez en mi vida. Era su mundo natal.

Hubris gira durante once de cada veintinueve meses en una órbita tan alejada de su estrella que la población se ve obligada a hibernar en unas tumbas criogénicas gigantescas para sobrevivir a la oscuridad y al frío. Aquellos años de invierno de noche eterna se llaman Letargo, y yo había experimentado uno en mi última visita.

Pero en aquellas fechas llegué al principio de Deshielo, la sesión intermedia entre Letargo y Vital.

Las tumbas habían quedado vacías y las grandes ciudades se estaban despertando bajo el pálido sol. La población estaba enfrascada en un jubileo frenético de festines y bailes y excesos en general que duraba tres semanas, y que se suponía que debía celebrar el renacimiento de la sociedad, pero que probablemente tenía sus orígenes verdaderos en los métodos tradicionales de recuperación de una criogenización prolongada y que incluían una actividad física forzada y una ingestión masiva de calorías.

Me ofrecí a bajar a la superficie para verme con él, en parte debido a que a Crezia, a Eleena y a Medea les vendría bien la relajación que ofrecía un festival semejante, y Maxilla jamás rechazaba una oportunidad de asistir a una buena fiesta.

Pero Fischig respondió que subiría lo antes posible hasta el Essene, y lo cierto es que llegó, pocas horas más tarde, pilotando su propia nave.

Pude adivinar que estaba tenso desde el instante en que subió a bordo. Fue educado, y pareció mostrarse encantado de ver a Medea, a Aemos y a Maxilla. Pero se mostró reservado.

Le dije que estaba encantado de volverle a ver, y que me sentía aliviado de que hubiera escapado a los ataques de Glaw.

—Glaw, ¿eh? —me dijo. Ya se había enterado de todo lo relacionado con la caída de La Rueca y de todas nuestras demás ramas operativas—. Me preguntaba quién podía haber sido.

—Tenemos que hablar —le dije.

—Sí, pero no aquí —me respondió.

Maxilla nos prestó su sala de estar y conectó el campo de privacidad.

—No hay nada que no puedas decir delante de los demás, Godwyn —le expresé con sinceridad.

—¿No? Glaw nos ha matado a todos excepto a unos cuantos. Y todo porque...

—¿Por qué?

—Deberías haber destruido a ese monstruo hace años, Eisenhorn. Eso, o entregárselo a tu ordos. ¿En qué demonios estabas pensando?

—En lo mismo que estoy pensando ahora. Hice lo que creí que era mejor.

—¿Y lo que ha pasado a Nayl? ¿Y a Inshabel? ¿Y a Bure? ¿Y a Suskova? ¿A toda la puñetera Rueca? ¿Eso era lo mejor?

Su tono de voz era venenoso.

—Sí, Fischig. Y jamás te he oído contradecirme una decisión.

—¡Como si me hubieras escuchado si lo hubiese hecho!

—¿A ti? Sí. No te oí en ningún momento decir que deberíamos entregar a Glaw a la ordos.

—¡Porque tú siempre lo hacías parecer todo tan lógico! ¡Como si tú supieras más!

Me encogí de hombros.

—Esto no es propio de ti, Godwyn. Pareces amargado. Las cosas no salieron como yo hubiera querido, y me estás culpando de todo lo que ha pasado. Tomé una serie de decisiones difíciles que yo creía que eran las correctas. Si alguna vez, alguna vez, hubieras puesto alguna objeción, habría tenido en cuenta tu opinión.

—Demasiado fácil. Es jodidamente fácil ahora. Yo jamás fui otra cosa que tu lacayo, tu subalterno. Si hubiera dicho que vaporizáramos a Glaw, me habrías dicho que sí y luego lo habrías ocultado de todas maneras.

—¿De verdad crees que soy tan falso y tan retorcido? ¡Tú, que de todos mis consejeros, eres el que más respeto!

—¿Ah, sí? —me replicó mientras se quitaba los guantes y los arrojaba a uno de los sillones de Maxilla. Se sirvió una copa de uno de los licores del capitán—. ¿Quién le dijo a Bure que le construyera un cuerpo a Glaw, pero sin contárselo a ninguno de nosotros? ¿Quién es el que sabe cómo invocar demonios de repente como si fuera un auténtico experto? Cubres tus secretos con unos aires tales de superioridad moral que parece que todos debemos darle las gracias a las estrellas y al propio Emperador de que nos escogieras para ayudarte en tu sagrada tarea. ¡Pero no eres más que un mentiroso! ¡Un conspirador! ¡Y puede incluso que algo peor!

—¡Y tú no eres más que un puritano demasiado idealista para tu propio bien! Y para el mío —le dije con un siseo—. Deseaba enormemente contar con tu ayuda, Godwyn. Eres una de las pocas personas en las que realmente confío, y uno de los pocos individuos de todo el espacio con el coraje de espíritu suficiente para mantenerme a salvo. Te necesitaba en mi lucha por destruir a Glaw. No puedo creer que me ataques de esta manera.

Se quedó mirando el contenido de la copa que sostenía en la mano.

—Siempre te advertí que lo haría si alguna vez cruzabas la línea.

—No he cruzado ninguna línea. Pero si piensas así... vete. Sal de esta nave y déjame hacer mi trabajo. Siempre tendrás mi gratitud por los servicios que has prestado. Pero no pienso tolerar esta amargura.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí.

Se quedó dudando unos momentos.

—Te di mi vida, Gregor. Te admiraba. Siempre creí que hacías... lo correcto.

—Todavía lo hago. Sirvo al Emperador. Lo mismo que tú. Líbrate de todo ese rencor y podremos trabajar juntos de nuevo.

—Déjame pensarlo.

—Tienes dos días. Después, tenemos que marcharnos.

—Entonces, serán dos días.

Al parecer, pensar en todo aquello tan sólo le llevó un día. Acababa de recibir por medio del banco de mensajes astropáticos del Essene un comunicado bastante interesante, y me dirigí en busca de Fischig. Me

encontré a Crezia jugando al regicida con Maxilla en uno de los compartimentos en mitad del puente. El capitán se había aficionado bastante a la doctora Berschilde.

Ella se levantó en cuanto entré en la estancia, y me mostró entusiasmada el esplendoroso vestido de seda que llevaba puesto.

—¡Tobias ha hecho que sus servidores me lo confeccionaran! ¿A que es precioso?

—Sí que lo es —le contesté, mostrándome de acuerdo.

—La pobre no tenia prácticamente nada con lo que vestirse, Gregor. Tan sólo unas cuantas mudas en unas bolsas de viaje. Era lo menos que podía hacer. Espera a ver el traje de epinchiro que le están tejiendo.

—¿Habéis visto a Fischig?

Crezia se giró para mirar fijamente a Maxilla, y el capitán de la nave se mostró de repente muy interesado en estudiar la siguiente jugada de la partida.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

Crezia me tomó del brazo y me llevó hasta las ventanas del camarote.

—Gregor, se ha ido.

—¿Qué se ha ido?

—A primera hora de esta mañana. Se marchó en su nave. Un hombre espantoso.

—Crezia, era amigo mío.

—Pues me parece que ya no lo es.

—¿Dijo algo antes de marcharse?

—No a mí no, al menos. Ni a Tobias, a excepción de una breve despedida. Pero ayer por la noche se quedó despierto hasta muy tarde hablando con Medea y con Aemos.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. No me hicieron partícipe de la conversación. Tobias nos llevó a Eleena y a mí a dar una vuelta por su colección de arte. Tiene algunas piezas que son extraordina...

—¿Ayer hablaron y esta mañana se ha marchado sin más?

—Medea me cae bien, pero creo que ha sido un poco descuidada. Yo no le hubiera contado a ese tal Fischig las cosas que tuviste que hacer en Nueva Gevae.

—¿Y ella lo hizo?

—Te lo acabo de decir. Puede que lo haya hecho.

Hice que los servidores llamasen a Aemos y a Medea. Llegaron a mi camarote casi al mismo tiempo. Ambos parecían sentirse incómodos.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?—me replicó Medea.

—¿Qué le dijisteis?

Ella apartó la mirada. Aemos jugueteó con el reborde de su túnica.

—Simplemente intentamos que lo comprendiera todo, Gregor. Todo acerca de lo que estabas haciendo... lo que habías hecho. Pensé que si lo sabía todo, acabaría viéndolo como nosotros lo vemos.

—¿De verdad? ¿No se te pasó por la cabeza que era un cabrón puritano con muy poco aguante y a punto de saltar? ¿Como siempre ha sido en realidad?

—Pensé que la sinceridad sería lo mejor —murmuró Aemos. Medea murmuró algo en voz baja.

—¡Ah, vamos, dilo para que todos nos podamos enterar!

—La sinceridad sería lo mejor —comentó Medea—. Estaba apreciando la ironía.

—¿Y eso?

—Pensaba en todo lo que no nos habías contado. En la sinceridad que tú no practicaste.

—Eso tiene gracia viniendo de ti, Medea Betancore. De hecho, creo que te lo he contado todo. Lo he compartido todo contigo. Lo juré por mis secretos.

—Sí, bueno... —empezó a decir, pero apartó la vista de nuevo.

—Oh, por el Trono, se lo has contado, ¿verdad? ¡Le contaste todo sobre Cherubael, y el Malus Codicium y Glaw y todo de todo!

Se giró para mirarme con los ojos llenos de angustia y de lágrimas.

—Pensé que lo entendería si todo salía a la luz...

—No me extraña que se marchara —dije mientras me dejaba caer en una silla.

—Medea sólo estaba haciendo lo mismo que yo —dijo Aemos—. Te estábamos defendiendo ante él, estábamos intentando hacer que entendiera y viera la situación del mismo modo que nosotros. Pensamos que...

—¿Qué?

—Pensamos que cambiaría de idea y confiaría de nuevo en ti si lo sabía todo.

—Yo pensé que los dos teníais más sentido común —les dije mientras pasaba a su lado y salía del camarote.

Había varias naves en los calzos del hangar principal del Essene. Dos cápsulas de transbordo, una gran pinaza, tres transbordadores planetarios y unas cuantas aeronaves de menor tamaño.

Estaba ocupado indicándole a los servidores que prepararan para despegar un aerodeslizador de dos plazas cuando apareció Medea, con los ojos enrojecidos y vestida con una chaqueta de vellón, lista para bajar a la superficie.

—Yo te bajaré —me dijo.

—No te preocupes. Ya has hecho bastante.

—¡Ese es mi trabajo, Gregor! ¡Soy tu piloto!

—Olvídalo.

Me metí en la estrecha cabina de mando del aerodeslizador pintado de color rojo brillante, cerré la carlinga y puse en marcha el único motor, un reactor trasero.

La compuerta de despegue se abrió y salí disparado a toda velocidad del Essene.

Rastreé su trayectoria de vuelo hasta Catarsis, la capital de Hubris. Las bengalas festivas y los fuegos artificiales restallaban por encima de los tejados inclinados de la enorme metrópolis situada tierra adentro. El jubileo estaba en su pleno apogeo. En cuanto posé la pequeña aeronave en el aeropuerto de Catarsis, me encontré atravesando una densa multitud de gente que saltaba y gritaba y que abarrotaba las calles serpenteantes. Todos estaban muy pálidos o mostraban señales de la hibernación reciente. Todos ellos estaban borrachos.

Me pusieron botellas cada dos por tres en las manos, y las muchachas y los jóvenes por igual me besaban en la cara. Fui empujado, abrazado, rociado y cubierto con pétalos y confeti. El olor a sustancias químicas criogénicas que exudaban todos ellos impregnaba la ciudad por completo.

Me llevó toda la tarde encontrarle. Estaba solo en una habitación de un hotel desvencijado pero lleno de personalidad que daba a la avenida de las Tumbas Procesionales.

—Vete —dijo en cuanto abrí la puerta.

—Godwyn...

—¡Que te vayas, joder! —aulló al mismo tiempo que lanzaba un vaso contra la pared del otro lado, donde estalló en mil pedazos.

Había estado bebiendo mucho, lo que era algo muy inusual en él, aunque todo el resto de habitantes de Hubris excepto yo debía de encontrarse en ese mismo estado.

Los fuegos artificiales restallaron y chisporrotearon en la plaza situada bajo las ventanas.

Fischig me miró con el ceño fruncido y una expresión furibunda en los ojos durante un largo ralo, y luego desapareció en el cuarto de baño de la habitación. Reapareció con otros dos vasos de licor y un plato lleno de hielo.

Me quedé en la puerta de entrada y observé atentamente mientras él se esforzaba lenta y cuidadosamente en preparar un par de tragos. Anís, servido sobre hielo picado.

Puso un vaso delante de él, y el otro lo deslizó hasta colocarlo al otro lado de la mesa, junto a una silla.

Para mí, aquello supuso un gesto diplomático. Me senté delante de él y alcé el vaso.

—Por todo lo que hemos pasado juntos —brindé. Nos bebimos de un trago el anís.

Empujé el vaso por encima de la mesa hacia él, y Fischig los llenó de nuevo.

Me pasó aquella segunda copa y me miró a los ojos por primera vez desde que había llegado. Yo me quedé, a mi vez, mirándole la cara. Vi la cicatriz que le cruzaba el ojo y que lo había marcado antes de que yo lo conociese, distinguí las leves marcas de cicatrices en el lado de su cara que tuvo que ser reconstruido después de nuestro enfrentamiento con los saruthi en el mundo deformado que orbitaba alrededor de KCX-1288.

—Nunca quise huir de ti —me dijo.

—Creo que nunca lo has hecho. ¿Cuándo fue la última vez que Godwyn Fischig huyó de una pelea?

Se rió con amargura. Nos bebimos la segunda copa y él preparó una tercera para cada uno.

—Fuese lo que fuese lo que Medea te contó, fuese lo que fuese lo que Aemos te contó... es cierto. Pero no es lo que tú te crees.

—¿Ah, no?

—No soy un hereje, Godwyn.

—¿No?

—Creo que me he convertido en lo que tu llamarías un radical, pero no soy un hereje.

—¿No es eso lo que diría un hereje?

—Sí. Supongo que sí. Si me dejaras entrar en tu mente, verías...

—¡No, gracias! —dijo estremeciéndose a la vez que se echaba atrás con su silla.

—Vale —le tranquilicé y tomé un sorbo del vaso—. No será lo mismo sin ti.

—Lo sé. Tú y yo. ¡Menudo par de cabrones! ¡Hasta el mismo Ojo del Terror nos temía!

—Sí, sí que nos temía.

—Podríamos hacerlo de nuevo —me dijo.

—¿De verdad podríamos?

—Podríamos luchar codo con codo como en los viejos tiempos y perseguir la oscuridad.

—Sí, sí que podríamos. Y eso me gustaría.

—Por eso lamento haberme marchado de ese modo. Debería haberme quedado.

Asentí.

—Sí.

—Te debo eso. Debería haberlo intentado con mayor fuerza. No estás perdido. No del todo. Sólo estás resbalando.

—¿Resbalando?

—Hacia el pozo. El pozo del radicalismo. El pozo del que nadie regresa jamás. Pero yo puedo sacarte antes de caer.

—¿Sacarme antes de caer?

—Sí. No es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué, Godwyn?

—Para lograr tu salvación —me dijo.

La multitud de afuera estaba gritando y aplaudiendo. Las andanadas de fuegos artificiales subían al cielo vespertino, y lanzaban nuevas estrellas a su paso.

—¿Qué quiere decir eso de «salvación»? —le pregunté.

—Por eso estoy aquí. Ese es el motivo por el que el Emperador me puso a tu lado. Para mantenerte centrado. Ése es mi destino.

—¿Lo es? ¿Y qué es lo que me reserva el destino?

—Renuncia a todo, a todo ello. Entrégame el Malus Codicium... el demonio, el bastón rúnico. Déjame llevarte al cuartel general de la ordos en Tracian. Allí puedes cumplir tu penitencia. Yo rogaré por ti. Rogaré indulgencia. No serán demasiado duros contigo. Estarás de nuevo en servicio en muy poco tiempo.

—¿De verdad te crees que puedes llevarme de regreso al ordos, contarles todo lo que he hecho, y que ellos me dejarán seguir en activo?

—¡Lo entenderán!

—¡Fischig, eres tú el que no lo entiendes!

Me miró, desilusionado.

—Entonces, ¿no lo harás?

—Creo que ha llegado el momento de que nos digamos adiós. Godwyn, admiro tus esfuerzos, de verdad, pero no puedo ser salvado.

—¡Puedes serlo!

—No —dije negando con la cabeza—. ¿Y sabes por qué? Porque no necesito ser salvado.

—Entonces, es cierto que yo también debo decir adiós —me replicó mientras servía una última copa.

—Recuerda todo lo que hicimos juntos —le dije.

—Sí.

Cerré la puerta detrás de mí y me marché.

Tardé tres horas en regresar a la pista de aterrizaje a través de la densa masa de celebrantes. Ascendía toda velocidad de regreso al Essene.

Todos me estaban esperando en el hangar mientras posaba la aeronave en el hangar. Maxilla. Crezia. Eleena. Aemos. Medea.

Saqué del bolsillo la copia arrugada del comunicado astropático que había recibido poco antes de marcharme en busca de Fischig y se la di a Maxilla.

—Salimos de órbita. Nuevo destino: Promody.

—¿Qué pasa con Fischig? —me preguntó Eleena.

—Que no viene.

Existe un movimiento en la esgrima de Carthae llamado *teht uin sah*. La frase describe literalmente una posición de los pies, pero la filosofía que oculta es mucho más profunda. Significa el momento del duelo en que

logras la ventaja y comienzas a ganarlo. Es el momento decisivo, crucial, el instante en que cambia un combate a vida o muerte. El momento en que tu suerte cambia y en el que te das cuenta de que puedes conseguir la victoria si te esfuerzas lo suficiente.

Sentí que el comunicado astropático procedente de Promody era el equivalente a un *teht uin sah*. Me lo había enviado a mí personalmente, sin codificar, un amigo de confianza al que no había visto desde hacía mucho tiempo.

Decía tan sólo: «Kanjar debe ser detenido».

El Essene tardó diez semanas en llegara Promody, un mundo selvático en el extremo posterior del sector Scarus, más concretamente, en el subsector de Antimar.

Bajé al planeta yo solo, utilizando el mismo aerodeslizador rojo que utilicé en Hubris, por si acaso resultaba ser una trampa.

Me estaban esperando en una colina tropical, bajo las copas de unos árboles punz de color rosa. El atardecer era cálido y fragante. Los insectos revoloteaban en la creciente oscuridad. El aire estaba cargado de humedad.

Salí del humeante aerodeslizador.

Mi viejo pupilo, Gidcon Ravenor, sentado en su silla de energía, avanzó por encima del suelo cubierto de musgo para darme la bienvenida, a su izquierda estaba Kara Swole, a su derecha, Harlon Nayl.

Dieciséis

Sobrevivir a Mesina
La profecía de Gideon
Nada dura para siempre

Harlon me dio un tremendo abrazo de oso y Kara me dio un tímido beso en la mejilla después de ponerse de puntillas, me quedé mirándolos, a los dos, casi sin poder creerlo.

—Tienes la costumbre de regresar de entre los muertos —le dije a Harlon—. Me alegro que sea de verdad esta vez.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré más tarde. Me niego a contarte nada hasta que me digas cómo es posible que sigas vivo.

—¿Por qué no entramos? —nos sugirió Ravenor.

Nos llevó por el sendero que cruzaba los árboles punz y atravesamos varios claros donde la luz estaba teñida de un color dorado por las hojas anaranjadas y pulposas que formaban el dosel de ramas de la selva. Unos lagartos con plumas de brillantes colores saltaban planeando de un árbol a otro, y unos insectos casi transparentes del tamaño de la palma de una mano revoloteaban en el aire, arrastrados por la brisa húmeda como semillas flotantes.

La silla de energía de Ravenor siseaba flotando unos centímetros por encima de la superficie del suelo, rodeada y suspendida en el aire por un campo esférico generado por el arco antigravitacional que lo rodeaba y daba vueltas lentamente.

El suelo estaba completamente encharcado más allá de la ladera llena de árboles. Un inmenso lago de líquido amarillento se extendía bajo las copas de los árboles que sobresalían por encima de su superficie en grupos llamativos y chillones. La maleza, las extensiones de juncos y los árboles

de raíces fibrosas formaban islotes casi flotantes en el lago, junto a los grupos de zutaes de hojas gigantescas de color malva o naranja y las marañas de lianas saprofíticas.

Unas pasarelas antigravitatorias cruzaban por encima del agua de aspecto resinoso y comunicaban el terreno seco con el campamento de Ravenora través de unos cuantos de los islotes.

El campamento se había levantado sobre una gran plataforma de duraloy de unos veinte metros de lado que quedaba elevada por encima de la superficie del agua mediante unas unidades repulsoras de elevación conectadas entre sí. La estructura angular y geométrica que la plataforma sostenía parecía una gran tienda, que por el leve resplandor que despedía supe que estaba formada por campos de energía opaca cruzados en intersección.

Pasamos a través de una membrana de campo permeable que era la entrada de la tienda y penetramos en una estancia fresca con ambiente de temperatura controlada e iluminada por globos de brillo. El equipo estaba almacenado en contenedores de metal y había numerosas piezas de mobiliario desmontable. Unas pantallas indicaban la existencia de otras estancias dentro de la misma tienda, aunque no se viera su interior. Un hombre de cabello gris con una túnica de lino estaba trabajando sobre una mesa de campo de pequeño tamaño revisando datos en un codificador portátil.

Kara montó otras tres de las sillas guardadas en un rincón mientras Harlon traía unas botellas heladas de agua frutal y algunas raciones de comida en paquete. Una joven salió de una de las otras estancias y conversó en voz baja con el hombre sentado en la mesa de campo.

—Estás ocupado, por lo que veo.

—Sí —me respondió Ravenor—. La vista debería ser buena.

No entendí muy bien lo que me había querido decir, pero lo dejé pasar. Tenía otras cosas en la cabeza.

Harlon abrió con el pulgar el tapón de una de las botellas y me la pasó antes de sentarse.

—Un brindis por todos nosotros, que todavía seguimos vivos a pesar de todo.

Entrechocamos las botellas y Kara alzó la suya en el aire para brindar con nosotros.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Un puñado de mercenarios cabrones arrasaron La Rueca. Se llevaron por delante toda la aguja superior de la colmena. Los mataron a todos.

Harlon hablaba con aparente tranquilidad, pero en su tono de voz se percibía un leve acento rabioso.

—¿Y vosotros?

—La señora Bequin nos salvó —respondió Kara.

—¿Qué?

—La llevamos a Mesina en condición estable —siguió diciendo Kara —. Las instalaciones médicas de La Rueca nos permitieron instalarla para que estuviera cómoda, a mí lograron ponerme en condiciones de andar en una semana más o menos. Fue entonces cuando la señora Bequin se puso peor de repente.

—Tuvo una especie de infarto — comentó Harlon con un gruñido—. Uno muy malo que se llama... aaahhh...

—Isquemia cerebrovascular —dijo Ravenor en voz baja.

—Eso estaba más allá de los recursos de las instalaciones o de la capacidad de nuestros médicos, así que la llevamos al Hospital General Municipal Sandus Sendar para que la operaran —continuó Kara—. Sabíamos que usted no querría que la dejáramos sola, así que nos quedamos con ella por turnos. Yo me encargué de una guardia, y Harlon me sustituía. La noche que fuimos atacados, yo acababa de comenzar mi guardia.

—Y yo estaba regresando a la Aguja Once en un taxi aéreo —acabó Harlon.

—¿Así que ninguno de los dos estabais allí?

—No.

—¿Vosotros dos... y Alizebeth... sobrevivisteis?

—Tuvimos suerte, ¿no?

—¿Dónde está? —les pregunté—. ¿Y cómo está?

—No ha recuperado la conciencia en ningún momento. Se encuentra en una máquina de soporte vital en la enfermería de mi nave —me contestó Ravenor—. Mi médico personal la está atendiendo.

Conocía al doctor Antribus, el médico de Gideon. Bequin no podía estar en unas manos más expertas.

Miré de nuevo a Harlon y a Kara. Me di cuenta de que el antiguo cazador de recompensas de Loki estaba disfrutando con el relato de lo

ocurrido. Probablemente lo había estado ensayando durante semanas.

—Bueno... sigue.

—Kara y yo nos ocultamos. No podíamos trasladar a la señora Bequin, así que la ingresamos de nuevo con una falsa identidad para que nadie la pudiera relacionar con nosotros. Luego, Kara y yo nos fuimos de caza. Alcanzamos al grupo que nos atacó en un villorrio con un aeródromo situado en las afueras. Eran treinta en total. Jenízaros vessoritas, nada menos. Nunca me había enfrentado a esos tipos antes, aunque había oído hablar de ellos, por supuesto. Bueno, pues peleaban bien los muy cabrones.

—He tenido contactos de primera mano con ellos.

—Entonces, te darás cuenta de que dos contra treinta, incluso con la sorpresa de nuestro lado, era un enfrentamiento desigual. Yo me carguéa tres...

—A dos —le interrumpió Kara—. Fueron dos.

—Vale, dos seguros y uno probable. Kara, que el Emperador la bendiga, se cargó a seis de esos cerdos. ¡Bam, bam, bam!

—Nayl, podremos discutir los detalles más tarde con una buena botella de amasec por delante. Ahora, ve al grano.

—Ese es el lema de mi familia, jefe —dijo Harlon con una sonrisa—. Al final, resultó que Kara y yo habíamos mordido más de lo que podíamos masticar, y acabamos arrinconados en el patio de un almacén cerca del aeródromo. El momento de estar con la espalda contra la pared. La última batalla. La ocasión de tener que cambiarse de ropa interior. Y en ese preciso instante, tal que así —chasqueó los dedos—, llegó la salvación.

Miró al inquisidor Ravenor.

—Me alegro de haberles podido ayudar —dijo Gideon con cierto reparo.

—¿Ayudarnos? ¡El y su equipo de ataque son cojonudos! Por lo que pude ver, tan sólo ocho de los mercenarios lograron marcharse con vida. Saltaron a su nave y salieron pitando del planeta.

Dejé la botella, ya vacía, en el suelo de duraloy y me recliné hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Bueno, Gideon —dije—. ¿Cómo, en el nombre de Terra, apareciste en Mesina en el momento más apropiado?

—No lo hice —me contestó—. Llegué en el momento equivocado. Si hubiese llegado a Mesina un día antes, habría sido el momento más

apropiado. Pero mi nave se vio retrasada por una tormenta de disformidad que también interrumpió mis comunicaciones.

—Es la segunda vez desde que he llegado que te muestras tan enigmático —le comenté—. ¿Son esas maneras de tratara tu viejo maestro?

Gideon Ravenor había sido mi alumno, con el cargo de interrogador, a finales de los años 330. Había sido el candidato a inquisidor más prometedor de todos cuantos he conocido. Un psíquico latente de nivel delta, con un coeficiente de 171, y que también poseía un intelecto de genio acompañado de una formación excelente y redondeado con un nivel físico de atleta. Había resultado gravisimamente herido durante la Sagrada Novena de Tracian Primaris, en la Infame Atrocidad, y su cuerpo había quedado severamente lisiado. Desde aquella fecha vivía dentro de la protección de su silla de energía, una mente brillante recluida en un cuerpo casi paralizado e inútil.

Pero eso no le había impedido convertirse en uno de los mejores agentes de la Inquisición. Yo mismo había apoyado su candidatura al cargo de inquisidor en el 346. Desde entonces, había resuelto con éxito y brillantez cientos de casos, entre los que se encontraban la famosa Violación de Gomek y, por supuesto, el asunto Cervan-Holman de Sarum. También había escrito numerosas obras de considerable interés: los célebres ensayos Hacia una utopía imperial, Reflexiones sobre el estado de la colmena y Terra Redux: Historia de los comienzos de la Inquisición, un estudio sobre las prácticas de los adoradores del Caos que se estaba convirtiendo rápidamente en un libro de texto muy extendido, y una obra llamada El espejo de humo, que trataba sobre la interacción de la humanidad con la disformidad y que mostraba una percepción y una poesía tan sutiles que yo estaba convencido de que sobreviviría tanto como obra de arte como libro de instrucción.

Ravenor era prácticamente invisible en el interior del borroso globo que rodeaba su silla de energía. Era poco más que una sombra difusa que flotaba en mitad de la penumbra chasqueante. Su cuerpo era prácticamente inservible, y para todo lo que hacía utilizaba sus poderes mentales. Su mente se había hecho más poderosa al padecer aquella incapacidad física, lo que lo compensaba de todo lo que quedaba fuera de su alcance. Estaba seguro de que ya estaba mucho más allá del nivel delta de poder psíquico.

—Mi trabajo en estos últimos años me ha obligado a desarrollar una cierta comprensión sobre el proceso de adivinación y las profecías —dijo Gideon con lentitud—. Ciertas asuntos me han sido... revelados. Asuntos de mucha importancia.

Me di perfecta cuenta de que estaba siendo muy cuidadoso a la hora de elegir sus palabras. Era como si me quisiera contar algo más, pero que no se atreviera. Decidí que debía respetar su prudencia y permitirle que me dijera tan sólo aquello que él consideraba que me podía contar.

—Una de esas revelaciones, una visión, si prefieres llamarla así, predijo que La Rueca de Mesina sufriría un destino violento. El suceso me fue profetizado hasta en su hora exacta, pero me fue imposible llegar a tiempo para impedirlo.

—¿La destrucción de La Rueca fue profetizada?

—Con una precisión inquietante —me contestó.

Me di cuenta de repente que estaba oyendo su voz. Me refiero a la voz que Ravenor tenía antes de sufrir aquellas graves lesiones, una voz producida por un hombre al que la laringe y la boca no le habían quedado derretidas por promethium ardiendo. Me había acostumbrado al habla sintética y monótona de su reflector de voz.

—Mi trabajo también me ha permitido perfeccionar y aumentar mis habilidades psiónicas —dijo, y me resultó evidente que una de ellas era la capacidad de leer el pensamiento superficial—. He dejado de utilizar el reflector de voz desde hace un año aproximadamente. He desarrollado el control psiónico suficiente como para transmitir mi voz de modo natural.

—¿Te estoy oyendo en mi cabeza?

—Sí, Gregor. Oyes la voz a la que ya estabas acostumbrado. Por supuesto, no funciona con los intocables o con individuos con escudos psíquicos... *por eso mantengo el viejo reflector de voz a mano*.

Dijo la última parte de la frase de forma mecánica utilizando la caja de voz desprovista de tono humano con la que estaba equipada su silla, y oír las chirriantes palabras electrónicas, desprovistas de toda emoción, hizo que nos echáramos a reír por la sorpresa.

—Aunque llegué demasiado tarde para salvar a los miembros de La Rueca, logré sacara Kara, a Harlon y a Alizebeth del planeta y ponerlos a salvo.

—Tendrás mi gratitud eterna por ello. Pero ¿por qué me has hecho acudir a una cita contigo en un planeta tan alejado de las rutas habituales?

—Promody posee secretos que necesitamos —me dijo.

—¿Qué clase de secretos?

—He podido ver el futuro, Gregor —me explicó Ravenor—. Y el panorama no es nada agradable.

—La cultura imperial jamás le ha dado demasiada importancia a la adivinación —me comentó Gideon—. He llegado a sospechar que eso es una gran debilidad.

Ya era mucho más tarde. La noche había caído en el lago pantanoso y el aire estaba repleto de moscas bioluminiscentes. Ravenor y yo habíamos salido a dar un paseo por las pasarelas antigravitatorias situadas detrás del campamento.

—¿Una debilidad? ¿No sería más bien una debilidad mucho mayor tomársela en serio? Si nos creyésemos toda la verborrea de cada visionario babeante que encontramos en los mercadillos y en las plazas, de cada profeta enloquecido de la Eclesiarquía que proclama que ha recibido una serie de revelaciones divinas...

—Estaríamos locos, lo sé, es cierto. La mayor parte de eso es basura, mentiras, engaños, las imaginaciones de unas mentes enloquecidas. Algunas veces, esas visiones proféticas son verdaderas, pero normalmente las tienen personas con poderes psíquicos que lo han logrado por casualidad o porque están locas. En cualquiera de los dos casos, esas visiones no son de fiar o son demasiado confusas como para ser interpretadas de un modo práctico y útil. Pero el hecho de que la humanidad no sea demasiado buena en ese terreno no quiere decir que no se pueda hacer.

—Según tengo entendido, otras razas tienen fama de destacar en ese sentido —le comenté.

—Desde luego, ésa ha sido mi experiencia en ese tema —me contestó —. Servir en la Ordo Xenos ha sido muy instructivo. Cuanto más he estudiado las razas alienígenas para descubrir sus debilidades, más he aprendido sobre cuáles eran sus puntos fuertes.

—Estás hablando de los eldars, ¿verdad? —me arriesgué a preguntar.

No me contestó inmediatamente. Sus últimas palabras habían estado peligrosamente cerca de la herejía. La esfera de energía que le rodeaba

parpadeó, demostrándome que se sentía nervioso.

—Son una raza muy extraña. Son capaces de discernir la geografía invisible del espacio-tiempo y pueden descifrar sus probabilidades con gran precisión. Pero ellos mismos son muy impredecibles, a veces utilizan ese conocimiento como palanca para cambiar el resultado de los hechos, a veces se quedan quietos sin hacer nada observando cómo se cumplen las profecías. Creo que no existe ningún humano que pueda explicar por qué toman las decisiones que toman. Creo que simplemente no vemos las cosas como ellos las ven.

—Su mayor longevidad les otorga una mayor perspectiva...

—Supongo que en parte se trata de eso. Aunque una reflexión más ortodoxa consideraría que su mayor perspectiva es, en el fondo, su maldición. Los del Ministorum creen que los eldars están demasiado resignados ante su destino. Que son indolentes, y casi crueles, o que son tremendamente manipuladores.

—¿Tú no piensas eso?

—Sólo admitiré que siento una fascinación egoísta, Gregor. Interactúan con la estructura fundamental del universo. Como tú mismo habrás apreciado, cualquier clase de talento que te permita vivir o percibir algo más allá del cuerpo físico me atrae. Mi trabajó me ha...

Se quedó callado.

—¿Gideon?

—Quería aprender algo sobre el modo en que sus mentes presencian la realidad independientemente de sus cuerpos. Por ejemplo, sus videntes poseen una sensibilidad cinestética que funciona sin importar las limitaciones del tiempo y del espacio...

Se detuvo al borde de una de las pasarelas y se quedó mirando la neblina pantanosa que había llegado con la noche. Los insectos relucientes y las esporas de las plantas habían invadido el aire, y sus recorridos se veían interrumpidos de vez en cuando por la acción de algún depredador nocturno. Unas siluetas sinuosas avanzaban bajo el agua reluciente y las pasarelas que flotaban en el aire sin apenas causar perturbación en la superficie del lago.

—He hablado demasiado —murmuró.

—No necesitas ser precavido conmigo, Gideon. No te condenaré por buscar el conocimiento. Yo... ya no soy el puritano que conociste antaño.

—Lo sé. Te lo diría si pudiera. Pero para aprender ciertas cosas, me vi obligado a realizar ciertas promesas.

—¿A los eldars?

—Ni siquiera te puedo confirmar eso. No estoy orgulloso de las promesas que hice, pero las cumpliré.

—Entonces, ¿qué es lo que puedes contarme? Dijiste que te habían sido revelados ciertos acontecimientos.

—Uno de los de su raza ha profetizado una gran oscuridad que se abre ante todos nosotros. Es tan abrupta y profunda que ha retorcido y alterado la madeja de probabilidades que los eldars leen. Todo eso le ha sido revelado en una secuencia de visiones consecutivas y relacionadas. Una de esas visiones era la destrucción de La Rueca. Cuando aquello se hizo realidad, me quedé estremecido. Demostró que las visiones no eran una simple extravagancia.

—¿Qué más ha visto ese eldar? —le pregunté.

—Una espada viviente, un hombre-máquina, sobre un mundo muerto hace ya mucho tiempo y preparándose para lanzar un ataque que derramará sangre de los eldars y de los humanos por igual —me respondió —. Y después de eso... nada.

Bajé los ojos y le miré.

—¿Nada?

—Nada. Esa visión es lo más lejos que ha podido llegar. No está más allá de seis meses a partir de ahora. Y más allá de ese punto, ha sido incapaz de ver absolutamente nada.

—¿Porqué?

—Porque ya no hay ningún futuro que ver.

Diecisiete

Psícoarqueologia
Ghül
La Barcaza del Demonio

El mensaje que Gideon me había enviado demostraba que ya conocía la existencia de Kanjar el Afilado, pero a medida que fuimos hablando, descubrí que sabía poco más aparte del nombre en sí.

—Nayl y yo rastreamos a los jenízaros después de que huyeran de Mesina para intentar descubrir quién los había contratado. La información estaba muy bien escondida. Los vessoritas se esfuerzan mucho por ocultar la identidad de sus clientes. Encontramos pistas falsas, pagos procedentes de cuentas fantasma y mediante compañías de paja. Pero al final, logramos averiguarlo: Kanjar el Afilado.

—¿Y qué sacas tú de ese nombre?

—Nada... excepto que fue el individuo que ordenó la destrucción masiva de todo tu equipo... y que ese nombre aparece destacado en bastantes de las visiones que ha tenido el vidente. Creemos que Kanjar y el hombre-máquina que aparece en la revelación final son el mismo ser.

—Kanjar el Afilado es Pontius Glaw —le dije.

Se quedó asombrado y emocionado a la vez. Las visiones no mencionaban en absoluto a Glaw. Su personalidad como Kanjar el Afilado había enmascarado su verdadera identidad a los ojos de los eldars.

—¿Por qué te has convertido en su objetivo? —me preguntó.

—Por instinto de conservación. Soy una de las pocas personas que sabe que todavía existe. De hecho, y siento decirlo, sigue existiendo «gracias» a mí. También estaba buscando algo que él cree que yo poseo.

—¿El qué?

No tuve más remedio que contarle todo lo que había ocurrido. Mi relación con Glaw, lo de María Tarray, lo del Malus Codicium...

—No bromeabas cuando me dijiste que ya no eras el puritano que una vez conocí —me dijo.

—¿Estás sorprendido?

—No, Gregor, no lo estoy. Creo que el radicalismo es inevitable. Todos acabamos al final convirtiéndonos en radicales cuando nos damos cuenta de que debemos conocer a nuestro enemigo para poder derrotarle. El verdadero peligro procede de los puritanos extremistas. El puritanismo se ve alimentado por la ignorancia, y la ignorancia es el mayor peligro de todos. Y con esto no estoy sugiriendo que el camino del radicalismo sea fácil. Al final, también el radical más responsable y cuidadoso acaba cayendo en la disformidad. La verdadera medida del carácter procede del bien que un hombre puede hacer en nombre del Imperio antes de verse arrastrado demasiado lejos.

—Ha y otra cosa. En la mente de la hija de Glaw pude distinguir la imagen de un planeta reseco que se acerca mucho a la descripción que has hecho del que aparece en las visiones de los eldars. Había un nombre relacionado con ese planeta: Ghül.

—Déjame investigar eso —me dijo, e hizo dar la vuelta a su silla de energía para regresar al campamento.

Ravenor me había convocado en aquel remoto planeta selvático porque Promody había tenido un lugar predominante en una de las revelaciones del vidente. Kanjar el Afilado había estado allí hacía poco, quizá menos de seis semanas antes. Ravenor quería descubrir el motivo.

El equipo de campo de Ravenor tenía un total de diez miembros: varios técnicos, seis astrópatas y un arqueólogo llamado Kenzer, que era el individuo de cabello gris que había visto en la tienda.

—Pero no existen ruinas arqueológicas en Promody — le comenté poco después de que fuéramos presentados.

—Ya no, señor —contestó, mostrándose de acuerdo—. Sin embargo, existe una teoría muy convincente que dice que Promod y fue antaño uno de los numerosos mundos habitados por una cultura antigua.

—¿Cómo de antigua?

Me miró con nerviosismo.

—Pre-Amanecer —me respondió.

Una cultura anterior a la aparición de la Humanidad. Aquello era impresionante.

—Y esa teoría convincente —le presioné—, ¿es idea de los eldars?

No quiso responderme en un principio, pero mi cargo le dejó pocas opciones.

—Sí, señor. Pero esta cultura es anterior incluso a ellos. Incluso había desaparecido mucho antes de que ellos llegaran a las estrellas.

Los técnicos de Ravenor habían pasado todo el tiempo, desde que llegaron a Promody, llevando a cabo varias exploraciones con ayuda de los astrópatas. Habían estudiado la superficie y la atmósfera del planeta a la búsqueda de señales de la visita de Kanjar, intentando detectar indicaciones de los puntos en los que había aterrizado, la contaminación residual dejada por los motores de los vehículos, los ecos de las mentes humanas. Estaban bastante seguros de que el campamento situado en el pantano se encontraba bastante cerca del lugar donde Kanjar había aterrizado. En ese momento, los astrópatas estaban preparándose para llevar a cabo una sesión de espiritismo a una escala mucho mayor de lo que yo jamás había intentado.

Gideon me llamó para que acudiera a la tienda de campaña.

—Ghül es el nombre de un planeta —me dijo.

—¿El mundo muerto que aparecía en la visión?

—Es bastante probable.

—¿Y dónde está?

—No lo sabemos.

—¿A quién te refieres con el plural «sabemos»? ¿De dónde has sacado esa información?

Dejó escapar un suspiro.

—¿Gran vidente? —dijo en voz alta.

Una de las pantallas interiores se desplazó hacia un lado y una figura delgada y muy alta salió de una de las estancias internas. Iba cubierta por una túnica con capucha. La tela de la túnica estaba hecha con alguna clase de material azul brillante que relucía como seda fina, pero que parecía más pesado y a la vez más fluido. El ambiente se cargó con un olor extraño y dulzón, algo desagradable, como el del azúcar quemado. Sabía que aquel

ser jamás se quitaría aquella capucha en mi presencia. Yo no era digno de ver el rostro que ocultaba.

—Éste es Eisenhorn —dijo la figura encapuchada.

No era una pregunta. Las palabras fluían de un modo melódico y con una extraña cadencia a la que ningún humano se hubiera podido aproximar.

—¿Quién es el que se presenta así? —dije yo.

—El libro está en su abrigo —le dijo el individuo a Ravenor, haciendo caso omiso de mi comentario—. Es un insulto que lo lleve de un modo tan poco formal.

—¿Gregor?

Saqué el Malus Codicium del bolsillo del abrigo. La figura realizó un gesto de protección frente al libro con su enguantada mano derecha.

—Me temo que es un insulto que tu amigo deberá tolerar —le contesté—. Este objeto no se alejará de mi persona.

—Lo ha contaminado. Ya le arde en la sangre. Lo ha unido a demonios.

—Y mucho más aparte de eso, sin duda —contraataqué—. Pero échale un vistazo a mi mente y dime que no estoy dedicado por entero a la salvación de todos nosotros.

Dejé caer mis pantallas protectoras mentales en un acto provocativo, pero aunque pude sentir la tentación del eldar por mirar, no tocó mi mente.

—Ravenor responde por ti —dijo la figura encapuchada tras un momento—. Me contentaré con eso. Pero no te acerques más.

—¿Y cómo te llamo?

—No tendrás ninguna necesidad de hacerlo —me replicó claramente el eldar sin rodeos de ningún tipo.

—Por favor —dijo Ravenor para interrumpirnos. Era evidente que se sentía muy incómodo—. Gregor, puedes llamar a mi invitado gran vidente. Mi señor, quizá le pueda hablar a Gregor de Ghül.

—En los Primeros Días, llegó una raza procedente del torbellino y levantó varios asentamientos en este espacio. Se crearon siete mundos, y el mayor de todos ellos era Ghül. Después fueron derrotados y desaparecieron sin dejar rastro alguno.

—¿Del torbellino? ¿Del espacio de la disformidad?

El gran vidente no dijo nada.

—¿Me estás diciendo que los demonios colonizaron una vez siete mundos de nuestra realidad?

—Huyeron de una guerra. Su rey había muerto y llevaban su cuerpo para enterrarlo. Alzaron su primera ciudad sobre su tumba, y luego crearon seis mundos a su alrededor para honrar su descanso para siempre.

—¿Ghül es la tumba de un rey demonio?

No hubo respuesta.

—Bueno, ¿qué? ¿Me vas a contestar una de cada dos preguntas? ¿Ghül es un mundo-tumba? ¿Es eso lo que busca Glaw? ¿La tumba de un demonio?

—No he visto la respuesta —me contestó el eldar.

—¡Bueno, pues haz una suposición alocada!

—El rey demonio está muerto. Kanjar no tiene ninguna posibilidad de resucitarlo.

—A menos que tenga en su poder el Malus Codicium.

—Ni siquiera así.

—Entonces ¿qué quiere? —exclamé.

—Tradicionalmente —dijo Gideon—, bueno, al menos en las culturas humanas, a un rey se le entierra con grandes tesoros y artefactos a su lado.

—Así que hay algo en esa tumba. Algo tan valioso que el Malus Codicium es tan sólo una llave para conseguirlo. ¿Dónde está Ghül?

—No lo sabemos —dijo Ravenor.

—¿Lo sabe Glaw?

—Creo que por eso ha estado aquí.

El eldar se retiró y me alegré de que no estuviera presente. Me fue difícil imaginarme cómo era posible que Ravenor tolerara su presencia.

En el exterior se estaban realizando los últimos preparativos. Todo el personal de Ravenor, a excepción de Kenzer y de los seis astrópatas, se estaba retirando a su nave. Nayl y Kara regresaron al Essene.

—Ha llegado un mensaje de Maxilla —me dijo Nayl—. Acaba de recibir un comunicado de Fischig.

—¿Fischig? ¿De verdad?

—Parece ser que ha cambiado de idea. Que se arrepiente de haberse peleado contigo y que quiere volver con nosotros.

—Dile que creo que es demasiado tarde para eso, Harlon.

Nayl se encogió de hombros.

—Dale un poco de cancha, jefe. Ya sabes lo estricto que es. Ha tenido tiempo de pensárselo. Darle vueltas a todo lo que ha pasado. Déjale que

regrese. Por lo que Gideon ha estado contando, nos vendría muy bien que estuviese con nosotros.

—No. Quizá más tarde. Ahora no. No creo que pueda confiar en él.

—El piensa probablemente lo mismo de ti —dijo Nayl con una sonrisa—. ¡Era broma! —exclamó mientras fingía un gesto defensivo para aplacarme—. Buena suerte —me deseó, y luego se alejó para dirigirse hacia el transbordador donde le esperaba Kara Swole.

Acababa de amanecer. Los técnicos, antes de marcharse, habían extendido las pasarelas antigravitatorias hasta formar una circunferencia de unos cincuenta metros de diámetro sobre el pantano. Los astrópatas se repartieron alrededor de las pasarelas, bajo la gruesa y húmeda vegetación. Yo me quedé con Gideon y con Kenzer en una de las secciones centrales. Los astrópatas, separados por una distancia regular entre cada uno de ellos, comenzaron a murmurar a medida que fueron entrando en trance, y el aire empezó a cargarse de energía psicopática.

En vez de concentrarse en un único objeto, tal como había hecho Jekud Vanee con la chaqueta de vuelo de Midas Betancore, los astrópatas estaban abriendo toda la zona, evocando todas las trazas de actividad psíquica. Un brillo azul y frío comenzó a extenderse a nuestro alrededor, contrastando bastante con la luz dorada del sol que comenzaba a salir. Los objetos que nos rodeaban empezaron a tener una apariencia borrosa y transparente.

—Veo algo... —dijo Kenzer.

Yo también. Unas siluetas, parecidas a pequeñas nubes, que se retorcían mientras tornaban forma sobre la superficie del agua en el centro del círculo. No se distinguía nada preciso.

Sentí cómo Gideon extendía el poder de su mente y ajustaba la coherencia de la imagen. Allí de pie, a su lado, me di cuenta de lo mucho que había aumentado el poder de su mente. Mi antiguo alumno era terriblemente poderoso.

De repente, la imagen se aclaró. Tres figuras vadeaban el agua del pantano que les llegaba hasta las rodillas. Una de ellas era un ogrete inmenso armado con un cañón ametrallador que seguía a un fornido humano equipado con una armadura de combate de color beige. Su cara

estaba cubierta por una máscara recicladora de aire. Exploraba la zona con un auspex manual. La tercera figura estaba a su lado. Era alta, y ancha, y se movía con una extraña rigidez, con el cuerpo parcialmente tapado por lo que parecía una capa de plumas.

No eran plumas. Eran hojas de cuchillo. Lenguas de metal pulido y afilado entrelazadas hasta formar algo parecido a un ropaje blindado. Pudo distinguir bajo aquello un cuerpo de cromo, duraloy y acero, todo ello bruñido, un cuerpo humanoide de un diseño extraordinario.

No tenía ninguna duda de que se trataba de la obra de Magos Gerad Bure. El fallecido Gerad Bure.

Ese era Kanjar el Afilado. El hombre-máquina... la espada viviente de la visión del eldar. Pontius Glaw.

Pude verle la cara. Era el rostro de un joven de rasgos atractivos y con una melena de cabello rizado, pero el cabello no se movía, y la expresión de su rostro no cambiaba, congelada en una sonrisa levemente despectiva. Era una máscara de oro batido, como la cabeza de una estatua noble. Había visto esa cara antes, en los registros antiguos que mostraban a Pontius Glaw en su juventud.

No se oía nada, pero vimos que Glaw le decía algo a su hombre de punta. Luego se giró y pareció darle órdenes a alguien o a algo que no podíamos ver.

Se produjo una larga pausa mientras esperaban y, de repente, el ogrete retrocedió, como si algo le hubiera atemorizado. El hombre de punta ajustó su auspex para centrar el foco. Glaw se quedó completamente inmóvil durante unos cuantos segundos, como si se hubiera quedado paralizado por el asombro, y luego se puso a dar palmadas con sus manos metálicas, lleno de alegría.

—No puedo verlo que están haciendo... —comentó Kenzer.

—No hay nada que ver —exclamó Gideon, decepcionado. Parecía estar en lo cierto. Se podía distinguir una leve distorsión visual donde el fantasma psíquico del lugar no lograba encajar con exactitud con su contrapartida real, pero no se veía nada más.

—No —exclamé de repente—. Creo que sí lo hay. Que tus astrópatas incrementen la zona de actuación mental.

—¿Qué? —me preguntó extrañado Gideon.

—Tú hazlo.

Los astrópatas de Ravenor, con tan sólo un pequeño esfuerzo, lograron aumentar el diámetro de la escena invocada. Fuimos capaces de distinguir de forma casi inmediata unas siluetas imprecisas que se encontraban en el mismo borde de la acción.

—¡Psíquicos! —exclamó Gideon.

—Exacto —le dije—. Esa es la razón por la que no podemos verlo que está haciendo: ¡realizó el mismo tipo de ceremonia que nosotros!

—Una sesión de espiritismo.

—Correcto.

—Gregor, ¿cómo lo adivinaste?

—El señor Kenzer dijo que no quedaban ruinas antiguas en Promody. Glaw tenía que estar buscando información del pasado de otro modo.

—Pero no podemos distinguirlo que él estaba viendo...

—Retroceded —dijo una voz a nuestras espaldas.

El vidente se había reunido con nosotros en la pasarela sin hacer ni un solo ruido.

—Retroceded —dijo de nuevo.

Los astrópatas tardaron unos cuantos minutos en rehacerse y en recomponer la imagen. Pude sentir el apoyo que les estaba prestando el eldar con su fuerza mental.

Observamos cómo se desarrollaba de nuevo toda la escena. Las tres figuras se acercaron, al igual que antes. Glaw conversó con su hombre de punta y luego les dijo algo a sus psíquicos.

El mundo cambió.

Ya no había selva. Ni agua. Unos grandes peñascos de roca y pendientes suaves tapaban el cielo. Unas columnas de piedra del tamaño de pinos gigantescos se alzaban ante nosotros. Estábamos viendo lo mismo que los psíquicos de Glaw le habían permitido ver a él. La superficie de Promody tal como había sido eones antes de la llegada del hombre. Una ciudad ciclópea de roca vitrea negra que había desaparecido hacía ya tantísimo tiempo que sólo quedaban sus restos psíquicos.

—¡Dios-Emperador! —jadeó Kenzer, y se desplomó al desmayarse.

Lo cierto es que era algo terrorífico. Fascinante. La escala era inmensa. Nos sentimos como microbios o como motas de polvo en mitad de una calle de una ciudad colmena imperial.

Me quedé mirando, maravillado. El ogrete retrocedió, atemorizado, y Glaw se quedó de nuevo pasmado ante aquello, y, por fin, pude entender el

motivo. Glaw palmeó las manos satisfecho y el hombre de punta comenzó a examinar una amplia sección de la pared fantasmal con su auspex.

—¡Hay una inscripción! —exclamó Ravenor.

Salté de la pasarela y me metí en el agua. Avancé, vadeando, hasta que me coloqué al lado de las figuras de Glaw y sus hombres.

—¡Tenemos que grabarlo antes de que desaparezca! —grité. Ravenor hizo sobrevolar su silla por encima del agua hasta ponerse a mi altura. Los sensores de grabación de su silla comenzaron a funcionar y a almacenar las imágenes.

Me sentí mareado. Glaw estaba bailando y saltando como un lunático, con su cuerpo mecánico moviéndose de un modo torpe y poco preciso.

La luz a nuestro alrededor comenzó a parpadear y a desaparecer.

—Lo estamos perdiendo —dijo Ravenor.

—Probablemente ya iba siendo hora de que lo hiciéramos... —le contesté mientras regresaba trastabillando hacia la pasarela.

La colosal ciudad se desvaneció en el aire. Luego le tocó el turno a Glaw y a sus acompañantes y, por fin, la propia luz azul se disipó.

Los astrópatas de Ravenor se quedaron tirados en las pasarelas, completamente agotados. El eldar permaneció de pie, pero con la cabeza agachada.

—Parecía un mapa.

—Era un mapa —dijo el eldar—. El plano de siete planetas. Y en él estaba la localización exacta de Ghül.

Pontius Glaw sabía hacia dónde tenía que dirigirse. Lo sabía desde hacía ya varias semanas. Puede que ya hubiera llegado a su objetivo.

A Ravenor y al gran vidente les llevó casi todo un día darle sentido a lo que habíamos descubierto. Después de calcular los cambios siderales lo mejor que pudieron teniendo en cuenta la inmensa cantidad de tiempo que había pasado, determinaron que el mundo conocido como Ghüll antes de la llegada del hombre se encontraba en un sistema inexplorado llamado 5213X, a tres meses de distancia del borde exterior del espacio imperial y a veinte semanas de donde nos encontrábamos en ese momento.

Efectuamos todos los preparativos necesarios para partir la noche siguiente. Ravenor me explicó que el eldar le había pedido que lo llevara a

un lugar secreto en su ruta, donde podría acceder a lo que había llamado un túnel de disformidad. Ravenor estaba en deuda con él y debía acompañarle.

Acordamos reunimos en Jeganda, a tres semanas de camino de 5213X, antes de recorrer el último tramo de viaje juntos.

—¿Informamos a nuestras ordos? —me preguntó Ravenor.

—No. La ayuda que nos pudieran prestar se vería anulada con creces por los problemas que podrían causarnos. Prepararé un informe completamente documentado y detallado de todo lo que sabemos para que lo retransmitan en caso de que...

—¿En caso de qué?

—En caso de que fracasemos —acabé la frase.

Antes de partir, me atreví a visitar la nave de Ravenor, el Hinterlight. Me llevé a Crezia y a Nayl conmigo. El doctor Antribus nos llevó hasta la cámara suavemente iluminada de la enfermería de la astronave donde Alizebeth se encontraba en el interior de un campo de estasis que relucía levemente.

Crezia y Harlon se quedaron en la entrada.

Alizebeth parecía simplemente estar dormida. Su piel estaba tan pálida como las nieves de las cimas de las Atenadas.

—¿Está viva? —le pregunté a Antribus.

—Sí, señor.

—Me refiero a... Bueno, si ese equipo de apoyo vital, sin el campo de estasis...

—Si los apagamos, puede que se quede como está. Sin embargo, también es posible que se debilite. Es muy difícil saberlo con seguridad en casos de daños tan graves.

—¿Se recuperará? —le pregunté.

—No —me contestó, con la amabilidad suficiente como para decírmelo mirándome a los ojos—. Excepto que ocurra un milagro, jamás recuperará la conciencia o la movilidad.

—Así que, ¿está muerta para nosotros?

—¿Quién puede decirlo, señor? No siente ningún dolor. Creo que ella está en medio de un sueño interminable y tranquilo. Si usted piensa que eso es una crueldad, podemos desconectarla de las máquinas y dejar que la naturaleza siga su curso.

Se retiró, y Crezia apareció a mi lado.

—¿Qué vas a hacer, Gregor? —me preguntó.

—No voy a apagar las máquinas. Todavía no. Tengo la cabeza demasiado ocupada con ese cabrón de Glaw. Ya tomaré una decisión después. —*Si existe un después*, pensé—. Me gustaría que tú y Nayl os quedarais con ella. Que la cuidarais. ¿Lo harás?

—Por supuesto —me respondió.

Me di cuenta de que era la primera vez que ella veía a Alizebeth Bequin.

—¿De verdad? Sé que es pedirte un favor muy grande.

—Gregor, soy doctora, y tu amiga. No es un favor muy grande.

Me di la vuelta para marcharme.

—Lo más probable es que pueda oírte —me dijo de repente.

—¿Tú crees?

Crezia se encogió de hombros y sonrió.

—No lo sé con seguridad. Tiene todas las posibilidades de que sea así. Y si no puede, ¿realmente importa?

—¿Qué es lo que importa?

—Díselo, Gregor. Ahora, antes de que te vayas. Díselo, por lo que más quieras. Haz lo correcto con una de nosotras al menos.

Me dejó a solas, y me senté al lado de la cama de Alizebeth.

Y después, aunque jamás he logrado saber si ella me oyó o entendió lo que le decía, le dije todas las cosas que debía haberle dicho a lo largo de los años que habíamos estado juntos.

Me despedí de Ravenor y le prometí que lo esperaría en Jeganda. Le di un beso a Crezia y me fui al hangar del Hinterlight para transbordar hasta el Essene. Nayl vino a despedirse de mí en el hangar.

Le estreché la mano con fuera.

—No pierdas de vista a Gideon —le pedí.

Frunció el ceño.

—¿No te fias de él? —me preguntó.

—Le confiaría mi vida. De quien no me fío es de sus amigos.

Fui a hablar con Aemos mientras el Essene se alejaba de Promody y aceleraba para llegar al punto de traslación al immaterium que el navegante de Maxilla había calculado.

Estaba en sus habitaciones, ordenando una gran pila de libros que había tomado prestados de la biblioteca personal de Maxilla.

—Algo nuevo con lo que entretenerte —le dije al tiempo que le entregaba un montón de placas de datos y hojas de registro.

Ravenor me había copiado, antes de separarnos, todo lo que había podido copiar, incluido un archivo pictográfico de la inscripción tal como la habían grabado los sensores de su silla de energía.

—Gideon ha resaltado algunos de los párrafos de sus notas para ayudarte a que vayas más deprisa, pero es la inscripción, que es un mapa, lo que realmente me interesa. El... socio de Gideon me ha dicho lo que significa, bueno, al menos la parte del mismo que se refiere a Ghül. Me gustaría saber algo más, en términos literales.

—¿Quieres que descifre un texto alienígena de una lengua muerta mucho antes de que apareciera el hombre?

Dicho así, parecía una tarea bastante difícil.

—Aquí tienes unas cuantas muestras de la misma escritura que Ravenor consiguió en otros sitios. No lo sé. Haz todo lo que puedas. Cualquier cosa que descubras nos será útil.

El viaje a Jeganda no fue el más largo que he realizado, pero a mí me lo pareció. Estaba inquieto y nervioso, y me sentía impaciente por llegar. Mi mente no paraba de pensar en la ventaja que Glaw nos llevaba, o lo cerca que nos acechaba la vaciedad que había predicho el vidente.

Me dediqué a meditar y a realizar ejercicios físicos para pasar el tiempo. También me dediqué a revisar la biblioteca de Maxilla en busca de cualquier libro que hiciera referencia a los eldars y a sus leyendas. Kara se dedicó a entrenar a Medea para ponerla en buena forma física y, después de dos semanas, los tres estábamos llevando a cabo cada día unas duras sesiones de entrenamiento de combate. Eleena se reunía con nosotros en los entrenamientos menos agotadores para mantenerse en forma. Me alegré de disponer de una intocable a nuestro lado teniendo en cuenta nuestro destino final y las habilidades de Glaw.

A excepción de Alizebeth, que no contaba dadas las circunstancias en las que se encontraba, Eleena era la última persona con vida que había pertenecido a La Rueca. Me pregunté si podría reclutar nuevos miembros y reorganizarla de nuevo.

Me pregunté si siquiera tendría la oportunidad de intentarlo.

Aemos me llamó a la tercera semana para que fuera a sus habitaciones y discutiéramos lo que había descubierto hasta aquel momento. Me intrigó que simplemente no me lo hubiera contado en la cena. Todos nos reuníamos para cenar cada noche.

Me contó que estaba avanzando. La antiquísima cultura que había creado Ghül apareció de un modo indirecto en bastantes fuentes antiguas. Al parecer, los primeros exploradores imperiales habían tenido conocimiento de una raza muerta y precursora en sus primeros contactos con las razas alienígenas, aunque a Aemos le preocupaba que algunas de las referencias tuvieran que ver más bien con otras culturas desaparecidas, o con otras especies que habían emigrado o trasplantado.

No obstante, había un tema central, a la raza de Ghül siempre se la llamaba «los otros» o «los ajenos» porque no era originaria de nuestra galaxia. El propio nombre «Ghül» no aparecía por ningún lado.

—Una cultura minoritaria, la de los Doy de Mitas, tiene una leyenda relacionada con los «xol-xonxoy», unos demonios que gobernaron antaño y que algún día regresarán. La palabra significa «los disformados».

—Una descripción tan buena como cualquier otra. Los eldars parecen convencidos de que esa cultura era una colonia de demonios procedentes de la disformidad. Ni siquiera se trataba de una raza propiamente dicha, sino más bien de una hueste, de un ejército... de una nación. Quizás eran un rey demonio exiliado y sus seguidores.

—Existen algunos datos más, pero no muchos. No estoy logrando avanzar nada con la inscripción, aunque es algo extraordinario, y la grabación de Gideon de esa sesión es muy inquietante. Me gustaría que me prestases tu libro.

—¿Cómo?

—Tu maldito libro. Y utilizo el adjetivo con pleno conocimiento de causa e intención.

—Me dijiste que no querías volver a verlo en tu vida —le recordé.

—Y no quiero, Gregor. Me estremece tan sólo pensar que se encuentra en la misma nave que yo. Pero me estremece mucho más pensar en lo que nos podemos llegar a encontrar al final de nuestro viaje. Me has pedido que haga una tarea, y ésa es la única fuente o herramienta de la que dispongo que todavía no he utilizado.

Saqué el Malus Codicium del bolsillo, pero por un momento, no fui capaz de entregárselo.

—Ten cuidado —le dije entre dientes.

—Conozco el procedimiento —me contestó refunfuñando—. No es la primera vez que me entregas textos prohibidos para que los estudie.

Pero no como éste.

Mantuve vigilado a Aemos después de aquello. Lo visité con cierta regularidad y me aseguré de que fuera a todas las comidas. Empezó a tener un aspecto cansado y a volverse irritable. Quise recuperar el libro, pero me dijo que ya casi había terminado.

Estábamos tan sólo a una semana de Jeganda cuando acabó con la tarea que le había encargado.

—Está incompleta —me advirtió—, pero los elementos principales se encuentran aquí.

Parecía todavía más cansado que antes, y había comenzado a temblarle levemente todo el costado izquierdo. Su cuarto era un revoltijo de papeles y placas, notas y apuntes, de libros esparcidos por doquier. En algunos lugares, sitios en los que al parecer se había quedado sin papel sobre el que escribir, continuó realizando sus anotaciones sobre la mesa o incluso sobre la pared.

Uber Aemos había realizado su mayor logro a mi servicio, la tarca más difícil que jamás le había pedido cumplir. Y le había costado caro. Le había perjudicado la salud, y me temía que también su cordura.

—El rey demonio —empezó a decirme mientras desplegaba una gran hoja de papel de pergamino llena de escritura garabateada sobre el desorden de su mesa—, que está representado por este glifo de aquí... —y señaló con un dedo medio paralizado—, y por esta formación triple de símbolos, se llamaba Y... Y... Y...

—¿Aemos?

—¡Yssarile!

Tuvo que escupir prácticamente la palabra para que le saliera de la boca. El reloj dorado que había en la mesa situada al lado de su cama sin hacer tocó de repente dos veces la campana sin ningún motivo aparente.

—No para de hacer eso —gruñó Aemos con voz enfadada.

Su dedo señaló otra marca del papel para que la mirara y luego siguió una línea curva de escritura. Me di cuenta de que sus notas habían tomado la forma de la propia inscripción del mapa.

—Aquí, ¿ves? Hubo una guerra. El rey demonio Y... Y...

—Déjalo. Llámale sólo el rey demonio.

—El rey demonio libró una guerra de proporciones y odio titánicos contra un rival. El nombre del rival no aparece, pero por lo que deduzco de esta marca, supongo que debe de ser uno de los que nosotros llamamos los cuatro poderes primarios del Caos, aunque, por lo que parece, sólo existían tres en aquella época. Me pregunto por qué.

No podía responderle a aquello. Ni siquiera estaba seguro de que el mismo vidente pudiera.

—Al rival se le describe como un hechicero inmundo —continuó diciendo Aemos—. No pretendo saber, ni quiero hacerlo, la jerarquía existente en el espacio disforme, pero en términos sencillos, Y... Y... ¡Maldita sea! ¡Yssarile! era un lugarteniente, un señor de la guerra, un príncipe... como quieras llamarlo, que intentó usurpar el lugar ocupado por uno de los poderes primarios.

Aemos desenrolló otra hoja arrugada y le quitó de un manotazo los restos de las virutas de madera procedentes de afilar lápices que había encima.

—La guerra duró... mil millones de años. Bueno, según nuestro cómputo. El rey demonio fue destruido por su rival. Completamente aniquilado. Su hueste huyó despavorida ante aquella derrota aplastante y buscó refugio en el universo material. Nuestro universo. Aquí establecieron su capital y seis colonias hermanas. La capital, Ghül, fue construida sobre el mausoleo del rey demonio, que a su vez fue construido alrededor de su barcaza.

—¿Su barcaza?

—Supongo que se referían a su nave. La palabra se acerca más a «carruaje» o a «galera» en términos literales. Y creo que ésa es la clave. La barcaza era su máquina de guerra, la embarcación sobre la que marchaba al combate. Se la describe, aquí y aquí, como un artefacto de tal poder que incluso los disformes que escribieron todo esto estaban asombrados y estupefactos.

Me miró.

—La barcaza de un rey demonio. Un arma de poder inconcebible que se encuentra enterrada en el mausoleo de Ghül. Ese trofeo, o eso es lo que me ha contado, es lo que anda buscando Glaw.

—¿Contado?

Se sobresaltó, y meneó la cabeza.

—Estoy cansado. Quiero decir que enterarme de eso me ha costado, lo que he sacado de aquí. De mi trabajo.

—Has dicho «contado».

—No lo he hecho.

—Lo has dicho claramente.

—Bueno, sí, lo he hecho, pero lo he utilizado en la frase equivocada. Enterado. De todo esto es de lo que me he enterado.

Le puse una mano en el hombro, para tranquilizarlo, pero él se estremeció y se encogió un poco.

—Aemos, has llevado a cabo una tarea extraordinaria en este asunto. Te he pedido mucho.

—Sí, sí que lo has hecho.

—Demasiado.

—Yo estoy para servirte, señor. Nunca es demasiado.

—Le ordenaré a Maxilla que te prepare otra estancia. No puedes dormir aquí.

—Estoy acostumbrado al desorden —me contestó.

—No es el desorden lo que me preocupa.

Se alejó arrastrando los pies y murmurando algo.

—Tengo que pedirte que me devuelvas el libro —le dije.

—Está por ahí —me respondió con cierta brusquedad—. Ya te lo llevaré luego.

—Prefiero llevármelo ahora.

Se me quedó mirando.

—Ahora, por favor —le repetí.

Sacó el Malus Codicium de debajo de una enorme pila de notas que se esparcieron revoloteando sobre la alfombra, y alargó el brazo para entregármelo. Lo cogí, pero él no lo soltó.

—Aemos...

Logré arrancarle el libro de las manos de un tirón. El reloj volvió a sonar fuera de hora.

—Creo que deberías considerar todas las opciones, Gregor —me dijo de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Los poderes a los que nos enfrentamos son formidables. Quizá demasiado formidables. Somos tremendamente inferiores en poder. Creo que deberíamos fortalecernos.

—¿Y cómo propones que logremos eso?

—Invoca al huésped demoníaco.

—¿Qué?

Se quitó sus gafas electrónicas de grandes lentes y las limpió con un reborde de su túnica.

Sus manos estaban temblando mucho en ese momento.

—No aprobé tu comportamiento anterior, en Durer, pero ahora creo que entiendo mejor la situación. Comprendo las decisiones que has tomado. Las reglas que has forzado. Todo por el bien, y me disculpo por haber dudado de ti en algún momento. Con el demonio, es posible que tuviéramos una oportunidad. Invócalo para que venga.

—¿Cómo?

Se puso nervioso con mi actitud.

—¡Como hiciste en Miquol!

—Aquello fue producto de la pura desesperación —le reprendí.

—¡Y ahora estamos en una situación desesperada!

—Y además, no tenemos un cuerpo huésped al que someterlo. Para invocarle...

—¡Tampoco lo tenías entonces!

—Y casi nos mató a todos con su poder puro antes de que pudiera atraparlo.

—¡Utiliza entonces uno de los astrópatas de Maxilla!

Me quedé mirándolo con tranquilidad.

—No mataré a un hombre para lograr un cuerpo huésped para el demonio.

—Fue lo que hiciste en Miquol —dijo entre dientes.

—¿Qué acabas de decir?

—Que lo hiciste en Miquol. Verveuk no estaba muerto. Lo sacrificaste por el bien de todos. ¿Por qué no te atreves a hacerlo de nuevo?

—¿Por qué debería hacer de nuevo algo que desearía no haber hecho jamás?

—¿No lo estamos arriesgando todo? Una vida, señor. ¿Qué es una vida comparada con los millones de personas que podrían morir si Glaw logra salirse con la suya? Invoca al demonio. Invoca a Cherubael para que nos ayude.

Me dirigí con lentitud hacia la puerta.

—Descansa un poco —le repliqué con una ligereza forzada—. Te sentirás mejor. Cambiarás de idea.

—Lo que tú digas —respondió mientras se daba la vuelta a modo de despedida.

Estaba completamente desprevenido para la descarga de voluntad psíquica que le lancé.

—¿Qué es lo que te dijo? —le ordené.

Aemos lanzó un grito y las piernas le fallaron. Se cayó al suelo y casi derribó una mesa en su intento por permanecer de pie.

Sus papeles acabaron esparcidos por el suelo en una cascada.

—Eso te lo contó todo, ¿verdad? ¡Te lo dijo! ¡Maldito loco, Uber! ¿Qué es lo que has hecho?

—¡No pude descifrar el código! —gimió—. ¡El lenguaje era demasiado difícil para mí! ¡Pero había tantas cosas nuevas en el libro! ¡Ese libro maravilloso! ¡Me di cuenta de que podía hacer algo más!

—Hablaste con el demonio.

—¡Noooo!

—Entonces, ¿cómo sabías cuál era su nombre? ¡Porque estoy seguro de que yo jamás te lo dije!

Lanzó un fuerte aullido y logró ponerse en pie trastabillando, con el rostro convertido en una máscara de dolor, vergüenza y miedo.

—¡Estaba ahí, en las páginas! —me gritó—. ¡Sonando al lado de mi oído, como un susurro! ¡Tan suave! ¡Me dijo que me podría ayudar! ¡Me dijo que me diría todo lo que necesitase saber si podía lograr que lo liberaran!

—¡Oh, Dios-Emperador! —exclamé—. ¡Todo lo que me has contado ahora lo sabes por ese cabrón de Cherubael!

—¡Pero es cierto! —chilló—. ¡Cierto! ¡Yssarile! ¡Yssarrrrrrilllle!

El reloj comenzó a dar campanadas repetidamente y sin cesar. Una jarrita de cristal y tres vasos que estaban en una de las mesas estallaron en mil pedazos. Una de las lentes de las gafas de Aemos se resquebrajó.

Cayó desmayado al suelo.

Llamé a unos servidores y se lo llevaron a la zona de enfermería. Lo encerré en una de las salas de aislamiento. Por su seguridad, y por la nuestra.

El maldito reloj todavía estaba sonando cuando regresé a sus estancias para quemar todas sus notas y papeles.

Dieciocho

Reencuentro en Jeganda
Lealtades equivocadas
Hasta el último, hasta la muerte

Aemos, a lo largo de toda aquella última semana de viaje, él fue mi preocupación principal. Estuve observándolo en la enfermería, pero en general, mostró una actitud indiferente y negativa. Se despertó pocas horas después de nuestro enfrentamiento, pero no dijo nada. Al principio se negó a comer y se mantuvo despierto día y noche, mirando fijamente a la puerta cerrada de la sala de aislamiento.

Deseé fervientemente no haberme visto obligado a encerrarlo.

Empezó a comer y a beber después del primer día, pero siguió encerrado en su silencio. Todos tratamos de que reaccionara de algún modo. Tanto Medea como Maxilla se pasaron horas intentándolo.

Para cuando llegamos a Jeganda, un día antes de lo previsto, nuestros ánimos estaban bastante bajos.

Nunca me había dado cuenta de lo importante que era Aemos para la moral de nuestro equipo. Todos le echábamos de menos. Todos odiábamos lo que había ocurrido.

Yo me odiaba a mí mismo por permitir que hubiera ocurrido. Aemos no había tenido el cuidado suficiente justo cuando más tenía que confiar en él; pero incluso así... era por mi culpa. Me odiaba por ello.

Y odiaba a Cherubael, cuya influencia perniciosa había estado marcando mi vida desde hacía ya demasiado tiempo. Me pregunté si alguna vez me libraría de su presencia.

Tomé una decisión. Si sobrevivía, si derrotaba a Glaw, destruiría el Malus Codicium y luego regresaría a Gudrun y destruiría a Cherubael. Me llevaría el bastón rúnico y lo aniquilaría, lo mismo que había hecho con Prophaniti, otro demonio, allá en Farness Beta.

El sistema Jeganda está dominado por un enorme gigante de gas. Una estación de paso semiautomatizada establecida y mantenida por un consorcio de gremios comerciales y casas de navegantes gira en órbita a su alrededor como lugar para repostar y efectuar reparaciones o reavituallamientos.

El Essene se acercó con lentitud. No se veía señal de ninguna otra nave. Maxilla se puso en contacto con el jefe de la estación y una nave de remolque nos llevó hasta uno de los amplios muelles de atraque que se extendían desde el borde de la instalación en forma de disco.

Entré en la estación a través de una de las compuertas de vacío, junto a Medea y a Maxilla, y allí fuimos recibidos por el jefe, un individuo tranquilo e hirsuto llamado Okeen. Este se encargaba del mantenimiento de la instalación con tan sólo otros cuatro hombres. Era un contrato por veinte meses, nos explicó, y luego se marcharían en cuanto llegara el personal de relevo. No recibía muchas visitas, nos comentó. Estarían encantados de reponer todos los suministros técnicos que necesitara el Essene, y a un precio muy razonable, nos informó.

Nos dijo muchas cosas. El aislamiento provoca reacciones terribles en la mente de las personas.

No pudimos hacer que se callara. Finalmente, opté por dejarlo con Maxilla, quien era muy capaz de mantener su ritmo de conversación.

Medea y yo nos marchamos al centro de la estación para ver si el astrópata del lugar había recibido algún mensaje procedente de Gideon. Era un sitio deprimente, de pasillos bastante sucios y hangares oscuros. Había un extraño olor en el ambiente, y yo opinaba que era el de carne estropeada, mientras que Medea estaba convencida de que se trataba de lactosa agria.

Al final, resultó que había algo que Okeen, a pesar de toda su cháchara, no nos había dicho.

Alguien nos estaba aguardando en la sala de espera de la estación.

—Gregor —dijo Fischig mientras se levantaba del sillón.

Iba vestido completamente de negro, y llevaba puesta una capa de color rojo oscuro que sujetaba a su cuello con un pequeño símbolo inquisitorial de plata.

Me quedé cara a cara frente a él, en el otro lado de la estancia.

—Godwyn, ¿qué estás haciendo aquí?

—Te estaba esperando, Gregor. Esperando la oportunidad de arreglar todo lo que hice.

—¿Y cómo te propones lograrlo?

Se encogió de hombros. Fue un gesto abierto, relajado, casi de disculpa.

—Dije ciertas cosas que no debería haber dicho. Te juzgué con demasiada precipitación. Siempre he sido un idiota bastante terco. Uno pensaría que mis muchos años de servicio contigo me habrían corregido ese error.

—Eso pensaría —dijo Medea en tono de broma. Levanté un dedo para indicarle que guardara silencio.

—Dejaste bien claro lo que pensabas y sentías allá en Hubris, Fischig. No estoy seguro de que podamos trabajar juntos de nuevo. Existe una mutua falta de confianza.

—Y eso es algo que quiero solucionar —me dijo.

Jamás le había oído hablar con tanta tranquilidad o sinceridad.

—Godwyn, cuestionaste mi pureza, calificaste algunos de mis actos como heréticos y luego te ofreciste para redimirme.

—En esa última parte estaba borracho —me contestó, con un leve asomo de sonrisa.

—Sí, sí que lo estabas. Y ahora, ¿cómo estás?

—Estoy aquí —me dijo—. Estoy dispuesto a intentarlo, a reconciliarme.

—Bueno, empecemos por lo de «aquí». ¿Cómo demonios sabías que yo estaría aquí?

Se quedó callado. Giré lentamente la cabeza para mirar a Medea, que estaba de espaldas y tenía los ojos dirigidos al suelo.

—Tú le dijiste que vendríamos aquí, ¿verdad?

—Eeehhh...

—¿Verdad?

Se dio la vuelta de repente para ponerse cara a cara conmigo, tan altanera y rebelde como su querido y quisquilloso padre.

—¡Sí, de acuerdo, lo hice! ¿Vale? Necesitamos a Fischig...

—Quizá no sea así, chica.

—¡No me llames chica, cabrón! Es uno de los nuestros. Uno del grupo. Siguió enviando mensajes a la nave. Uno tras otro. Tú no querías escucharle, así que le contesté.

—Nayl me dijo que había mandado un mensaje.

—Sí —me contestó con un tono malicioso—. Y Nayl me dijo a mí lo que le contestaste. Ese tremendo rechazo a un hombre que te ha dedicado casi toda su vida, a un hombre que simplemente se enfadó un poco contigo y que luego se lo pensó mejor y se arrepintió. Fischig quiere arreglarlo todo. Quiere estar de nuevo con nosotros. ¿Jamás te has arrepentido de algo que has hecho?

—Más de lo que tú puedas llegara imaginarte, Medea. Pero debiste habérmelo dicho.

—Le pedí que no lo hiciera —me interrumpió Fischig—. Me imaginé cómo ibas a reaccionar. Le agradezco a Medea que me tenga en tan alta estima. ¿No podrías encontrar esos mismos sentimientos en tu interior para confiar de nuevo en mí? ¿Confiar en mí como ella lo hace?

—Es bastante posible. Pero quería hacerlo con mis propias condiciones, cuando estuviera preparado. Ahora mismo están pasando demasiadas cosas.

—Oh, vamos —me imploró Medea.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Conseguí un pasaje en una nave mercante. Me dejó aquí hace más o menos una semana.

Le había hecho la pregunta para poder comprobar su respuesta y tener una medida de su veracidad. Mientras me contestaba, y yo exploraba con sutileza su mente, descubrí lo último que esperaba encontrar.

—¿Por qué estás protegido con un escudo psíquico? —le pregunté.

—Tan sólo es una precaución —me respondió.

—¿Frente a qué? —le exigí saber.

—Frente a este momento —me contestó Fischig.

En sus ojos apareció una auténtica sensación de angustia, sacó una pistola bólter compacta de debajo de su capa.

—¡Fischig! —gritó Medea horrorizada.

Barbarizadora ya estaba en mis manos, vibrando.

—No seas insensato —le dije.

Sólo sería un insensato si hiciese esto sin ayuda.

Las palabras no habían sido pronunciadas por su boca. Eran alambres ardientes de veneno psíquico que envolvían un inmenso ataque mental que se estrelló contra mi nuca. Trastabillé hacia delante, medio cegado. Medea se desplomó en el suelo, totalmente inconsciente.

Vi unas siluetas que salían de cada una de las puertas que daban acceso a la sala de espera. Cinco, seis más. Hombres equipados con la armadura de color borgofia y con capucha pertenecientes a la escolta personal de un inquisidor. Sus placas pectorales estaban decoradas con el emblema de la Inquisición estampado en pan de oro. Dos de ellos me agarraron y me quitaron la espada de energía de entre mis dedos flojos. Los otros se limitaron a apuntarme con sus armas.

—¡No le hagáis daño! ¡No le hagáis daño! —les gritó Fischig.

Los guardias me arrastraron hasta ponerme delante de un individuo que había salido de detrás de la grasienta cocina de la sala de espera. Pude distinguir a un individuo alto, con una armadura de color negro a juego con su túnica, y con una cara monstruosa que había sido transformada quirúrgicamente para inspirar miedo y aversión. Era un rostro caballuno, alargado, con una boca llena de dientes romos y unos pozos hundidos por ojos. Unos cables de fibra y unos tubos de fluido formaban un cordaje reluciente en la parte posterior de su cráneo.

Había sido alumno, hasta llegar al cargo de interrogador, de mi viejo aliado Commodus Voke, ya fallecido. Había logrado llegar a ser inquisidor por derecho propio.

—Eisenhorn. Es tan odioso tener que volverte a ver —me dijo Golesh Constantine Pheppos Heldane.

Los guardias nos llevaron a rastras a Medea y mí de regreso al Essene. Yo estaba mareado todavía. Pude oír a Fischig suplicarle a Heldane que le ordenara a sus hombres que nos trataran con el mayor cuidado.

Qué error tan tremendo había cometido Fischig.

Pude distinguir, mientras nos llevaban por los muelles de atraque de la estación, la silueta negra y esbelta del crucero de la Inquisición que ocupaba el muelle contiguo al del Essene. Probablemente se había mantenido oculto tras la atmósfera del gigante de gas hasta que la trampa se puso en marcha.

Nos llevaron a la sala de estar principal. Los hombres de Heldane, y calculé que debía de haber casi un destacamento completo, se habían apoderado del Essene.

—¿Cuántos viajan contigo? —me preguntó Heldane. No le contesté.

—¿Cuántos? —me repitió, ya sus palabras siguió un doloroso ataque mental que me hizo gritar.

Necesitaba tiempo para concentrarme. Necesitaba reconstruir mis defensas mentales.

Me fingí herido, y miré a mi alrededor para observar bien la situación en la que me encontraba. Maxilla estaba cerca de nosotros, rodeado de guardias e iracundo. Eleena estaba sentada en un sillón, rígida y completamente pálida. Medea estaba tirada en el suelo y comenzaba a recuperar la conciencia. No había señal alguna de Aemos o de Kara.

—¡Cuatro! —exclamó Maxilla—. ¡Estos cuatro! El resto son mi tripulación, todos ellos servidores medio mecánicos conectados a mi nave.

Estaba fingiendo su papel de inocente propietario de la embarcación, enfurecido por la invasión de su nave, y que quería mantenerse a distancia de sus problemáticos pasajeros. Pero yo sabía que estaba atemorizado.

—Estás mintiendo. Estoy seguro —dijo Heldane mientras daba vueltas alrededor de Maxilla—. Tus defensas son buenas, lo reconozco, propietario de la nave. No me mientas.

—No estoy... —empezó a decir Maxilla, pero se interrumpió para lanzar un grito de dolor.

—¡No me mientas!

—¡Déjelo en paz! —gritó Fischig—. Sólo es el capitán. El propietario de la nave, como usted ha dicho. No forma parte de todo esto.

Heldane le lanzó una mirada fulminante a Fischig.

—Tú has sido quien ha provocado todo esto, purificador. Fuiste tú el que vino a mi ordos para suplicarnos que salváramos a tu querido y herético señor de la condenación eterna. Bueno, pues eso es lo que estoy haciendo. Así que cierra la boca y déjame hacer mi trabajo. ¿O preferirías que examinase la mente de esas dos dulces señoritas?

—No.

—Bien. Porque este propietario de nave es muy interesante.

—No es completamente humano ¿verdad? ¿Verdad, Tobias Maxilla? Tus defensas son admirables, pero eso se debe a que tu cerebro no es completamente orgánico. Tiene una parte tan importante de máquina, señor, que no creo que merezca el calificativo de hombre, ¿a que no?

—Mira quién habla —le respondió Maxilla con valentía.

Sentí el ataque psíquico desde el otro lado de la estancia, y me hizo estremecerme de dolor. De las facciones inhumanas de Heldane brotó un rugido animal furioso, y Maxilla trastabilló, lanzó un grito y cayó de rodillas. Una lluvia de chispas saltó de los servomotores del cuello, del hombro y de la muñeca de su costado derecho.

—Y ahora me responderás, hombre de metal —le dijo en tono de burla Heldane—. ¿O prefieres que queme otra parte de tu cuerpo blasfemo?

—Hay cinco personas a bordo —dije yo en voz alta—. Somos cinco.

—Ajá... el hereje habla por fin.

Heldane se dio la vuelta para centrar toda su atención en mí. Dejó a Maxilla tranquilo, al menos, por unos momentos.

—El otro miembro de mi equipo es mi sabio, Aemos. Estoy seguro de que lo recuerdas. Está en la enfermería.

—Cuánta amabilidad por tu parte, Gregor —me dijo Heldane.

Recé para que lo hubiera engañado. Estaba claro que Heldane sentía en nuestras mentes que faltaba alguien. Tenía la esperanza de que si le mostraba a Aemos, se quedaría satisfecho y pasaría por alto a Kara.

—Te aconsejaría que lo dejases allí tranquilo —le dije—. Está... «dañado».

—¿Dañado por la disformidad?

—No. Se recuperará.

—Pero ¿está en la enfermería porque ha estado en contacto con la disformidad?

—¡No!

Heldane se dio la vuelta hacia dos de sus hombres.

—Id a la enfermería. Localizada ese hombre. Matadlo e incinerad sus restos.

—¡Dios-Emperador, no! —grité.

Intenté ponerme en pie, intenté arrancara Barbarizadora de las manos de Heldane con el poder de mi mente, pero estaba demasiado debilitado, y él era demasiado fuerte. Otro ataque psíquico me arrojó de nuevo al suelo.

—¿Va todo bien? —preguntó la voz de alguien recién llegado—. Me ha parecido oír un tremendo griterío indecoroso.

—Todo va bien, mi señor. Bienvenido a bordo —le oí decir a Heldane.

Di la vuelta sobre mí mismo y vi entrar al recién llegado en la sala de estar del Essene. Estaba deslumbrante con su servoarmadura de bronce, y

mantenía su mandíbula artificial tan apretada como la última vez que lo había visto.

—Osma...

—Gran Maestre Osma de la Ordos Helicana, si no te importa —me dijo con desdén.

Lo habían ascendido. Orsini había muerto y Osma logró por fin el rango que se había pasado toda su vida persiguiendo. Habían ocurrido muchos acontecimientos en el subsector helicano desde que tuve que empezara huir y a preocuparme por mi vida. Osma, mi némesis, el hombre que una vez había intentado declararme extremis diabolus, y que me había mandado a prisión, que me torturó y persiguió, se había convertido en el maestre de la Ordos Helicana, y en mi jefe directo supremo.

Los guardias me llevarona la planta superior de la sala de estar del Essene y me obligaron a sentarme en una de las sillas que estaban enfrente de la mesa de banquetes. Se retiraron, y Osma y Heldane se acercaron. Osma tenía en sus manos a Barbarizadora, y estaba estudiando las intrincadas inscripciones grabadas en la hoja de la espada. Su arma habitual, un enorme martillo de energía, estaba enganchado a su cinturón.

Heldane se sentó frente a mí.

—No existe ninguna clase de aprecio entre nosotros, Eisenhorn. No te insultaré fingiendo que así es. Ponnos las cosas fáciles a todos. Confiesa.

—¿Que confiese qué?

—Tu herejía —dijo Osma.

—No soy ningún hereje. Y esto no es un tribunal de mis iguales. No puedo ser juzgado de este modo.

Sabía perfectamente bien que Osma podía. Gran maestreo no, Osma podía tratarme como le diera la gana.

—Confiesa —me dijo de nuevo, y después se sentó en la silla contigua a la de Heldane con un chirrido de los servomotores de su impresionante armadura.

Estaba realmente fascinado con Barbarizadora, y no paraba de darle vueltas en sus manos cubiertas por los guanteletes.

—¿Qué confiese qué?

—Tenemos una lista de acusaciones —dijo Heldane mientras sacaba una placa de datos de debajo de su capa—. Tu hombre, Fischig, fue muy concreto y específico respecto a lo que le preocupaba. Te has aliado con demonios, y has invocado a uno de ellos para formar un huésped

demoníaco en más de una ocasión. Has ocultado textos prohibidos por la Inquisición. Has escondido de la Inquisición a un hereje famoso, y le has permitido campar a sus anchas.

Fijé una mirada iracunda en Heldane.

—¿Pontius Glaw? No admito nada, pero sí te diré esto: si me mantenéis detenido, pagaréis un precio mucho mayor de lo que os podéis imaginar. He jurado detener a Pontius Glaw, y vosotros me estáis impidiendo que lleve a cabo mi sagrado deber y mi misión.

—Tus días de cumplir tareas sagradas se acabaron hace ya mucho tiempo —me dijo Osma.

—¿Dónde está el Malus Codicium? —me preguntó Heldane. Endurecí mi escudo mental, deseando contra toda esperanza que la simple verdad no apareciera a la luz. En mi bolsillo. Estaba en el maldito bolsillo. Vuestros hombres me registraron a fondo en busca de armas pero no les preocupó la presencia de un libro viejo en un bolsillo de mi abrigo.

Heldane no logró leer nada de aquello.

—Sigue mostrando una resistencia increíble —le dijo a Osma.

Suponían que el Malus Codicium estaría guardado en un sitio seguro. Una caja de seguridad de vacío, una simple caja fuerte, ¡bajo el maldito colchón de mi cama! No tenían ni idea de que pudiera encontrarse justo delante de ellos, cubierto tan sólo por la capa de tejido de cuero de mi abrigo. Tuve que ocultar aquel hecho tan simple y tan estúpido a sus mentes.

—Millones de personas morirán. Quizás incluso decenas de millones, si no me dejáis acabar con mi tarea.

—Eso es lo que dicen todos —me contestó Osma, se puso en pie, se acercó, y se inclinó sobre mí hasta que su rostro envejecido y de rasgos angulosos quedó a mi lado—. Vas a arder, Eisenhorn. Vas a arder y a sufrir. Yo he llegado al cargo de gran maestre porque jamás he permitido la existencia de herejes como tú. Eres la peor clase de estúpido.

—Háblanos del huésped demoníaco —dijo Heldane—. ¿Dónde está encerrado? ¿Cómo podemos encontrarle? ¿Cuáles son las palabras de control que lo dominan?

—¿Las palabras de control? —le repliqué—. ¿Para qué las necesitas? ¿Intentáis haceros con el control del demonio?

Heldane se reclinó sobre la silla y le lanzó una mirada a Osma.

—¡Por supuesto que no pretenden hacer eso! —me dijo Fischig, que se había quedado en la parte final de la escalera que daba a la planta superior—. No son herejes como tú... Ellos no harían...

Se giró para mirar a Heldane y a Osma.

—Ustedes no quieren dominar al demonio, ¿verdad, señores?

—Debe ser contenido y manejado —le contestó Osma—. Deja este asunto a tus superiores, por favor. Nos interrumpes demasiado.

—Pero ¿y lo del huésped demoníaco? Hablan como si lo quisieran para ustedes.

Osma miró al inquisidor de cara alargada.

—Heldane, dile a este individuo que se vaya. Ya ha cumplido su propósito.

—¡Fischig, vete ya! —le ordenó Heldane.

Mi antiguo amigo bajó las escaleras y se sentó en uno de los sillones. Se quedó mirando a Eleena y a Medea, que estaban procurando poner cómodo a Maxilla.

—¡El huésped demoníaco! —me inquirió Heldane con voz rasposa—. ¡Entréganoslo!

—Y vosotros os atrevéis a llamarme hereje...

La bofetada mental de Heldane casi me hizo caer de la silla. Uno de los guardias se acercó a Osma.

—Señor, hemos registrado toda la enfermería, pero allí no hay nadie.

Gracias sean dadas al Emperador. Kara había dejado libre a Aemos.

—¿Kara? —exclamó Heldane de repente—. ¿Quién es Kara?

«Nadie», pensé con todas mis fuerzas.

—Hay un sexto pasajero a bordo —le informó Heldane a Osma—. Probablemente se encuentra con el sabio.

—¡Encontradlos! —gritó Osma, y la mitad de la unidad de guardias salió apresuradamente de la estancia—. Trae más escuadras a bordo si es necesario.

La nave se estremeció y dio un salto, al que siguió un tremendo sonido chirriante de metal chocando contra metal procedente de algún punto del exterior.

—¿Qué ha sido eso? —exigió saber Heldane.

Se puso en pie y se apresuró a bajar las escaleras que llevaban al puente de mando principal. El Essene se estremeció con fuerza de nuevo.

Osma también se puso en pie y me señaló con la punta de Barbarizadora.

—¡Sigúeme! —me ordenó—. Vigila a los demás —le indicó al capitán de la guardia.

Seguimos a Heldane hasta el puente de mando. Fischig se unió a nosotros, así como Maxilla, al que uno de los guardias ayudaba a mantenerse en pie.

La nave se estaba escorando de forma peligrosa. Pudimos ver una imagen frontal de la estación en la pantalla principal.

El Essene se había desenganchado de sus anclajes y se estaba alejando lentamente del muelle. Los soportes y las torres chirriaban y se doblaban contra el costado del fuselaje de la nave.

—¿Qué es lo que has hecho? —me preguntó Osma.

—Yo no tengo nada que ver con esto —le repliqué.

Una serie de pequeñas explosiones recorrieron los puestos de control del lado derecho del enorme puente de mando haciendo caer una lluvia de chispas y de pequeñas piezas de maquinaria sobre el suelo de mármol pulido.

Otra explosión azotó el anexo de la capilla de estribor, que contenía la cripta del astrópata, y dobló la compuerta. Uno de los servidores del timón estalló en llamas y se derrumbó. Su recubrimiento se partió en trozos.

—¡Sabotaje! —exclamó Osma con un rugido. Heldane se giró hacia Maxilla.

—¡Esto ha sido obra tuya!

—¿Mía? —gritó Maxilla—. ¿Por qué demonios iba a arriesgarme a dañar mi preciosa nave sólo por estos criminales? ¡No significan nada para mí!

—¡Me estás mintiendo, engendro metálico! —vociferó Heldane. Agarró a Maxilla por el cuello y lo levantó en el aire—. ¡Dinos qué es lo que has hecho! ¡Arréglalo! ¡Haz que tu tripulación estabilice la nave!

—Yo no he hecho nada... —logró articular Maxilla, medio ahogado.

Heldane lo arrojó por los aires hacia el otro lado del puente de mando. El inquisidor ya era fuerte de por sí, pero potenció todavía más su fuerza con el uso de la telequinesis. Maxilla se estrelló contra la pared con un impacto de potencia tal que se oyó un crujido espantoso, y Heldane lo mantuvo allí con su poder mental durante un momento angustioso,

aplastándolo contra la pared de duraloy. Se oyeron numerosos chasquidos de huesos y de metal al partirse.

Luego lo dejó caer, y el cuerpo roto y fláccido de Tobias Maxilla cayó al suelo de mármol, y allí se quedó, inmóvil.

—¿Por qué has hecho eso? —le gritó Fischig.

—Cierra la maldita boca, idiota —le replicó Heldane—. Tenemos que controlar y detener esta nave.

Fischig y uno de los guardias dieron unos pasos hacia la consola con los mandos y controles principales del puente. Fischig conocía el Essene. Probablemente pensó que podría acceder a los motores y nivelarnos antes de que las torres y las grúas de los muelles siguieran causándole daños a la astronave.

La cripta del astrópata saltó en pedazos con una llamarada de fuego blanco que vaporizó a dos de los puestos de control del puente y lanzó por los aires a Fischig y al guardia.

Aullando y contorsionándose, reluciendo con un brillo verde incandescente que recorría su cuerpo convulso, una figura salió levitando de la cripta.

Pero no estaba aullando. Estaba riéndose. Era Cherubael.

Brillaba con tanta intensidad que hacía daño a los ojos mirarle, aunque pude distinguir que utilizaba el cuerpo de uno de los astrópatas del Essene. Los agujeros donde conectar las clavijas todavía seguían visibles sobre su piel, y de algunos incluso salían unos cuantos cables que colgaban a su espalda. Todos los ropajes que llevaba puestos habían ardido, pero el enorme trabajo de sustitución biomecánica era claramente visible. El cuerpo no disponía de piernas, tan sólo de un manojo de cables y conectores que se balanceaban por debajo del torso, por donde el astrópata, lo mismo que la mayoría de la tripulación de la nave de Maxilla, había quedado unido de forma permanente a los controles de la cripta en su alvéolo, incapaz de moverse.

Heldane y dos de los guardias se lanzaron a por el demonio. Los guardias rezaban a voz en grito plegarias contra la disformidad mientras le disparaban. Heldane desenfundó una espada de energía que llevaba en la cintura. Sentí los efectos secundarios de su ataque con todo su poder mental contra el demonio.

Osma se había quedado mirando al demonio completamente asombrado. Se me ocurrió de repente que Osma, a pesar de su rango y de

su autoridad, probablemente no tenía demasiada experiencia de primera mano con abominaciones como Cherubael.

—Querías al huésped demoníaco, gran maestre —le dije—. Pues parece ser que aquí lo tienes.

Mis palabras le hicieron regresar de su estado de asombro, y miró a su alrededor, pero Barbarizadora ya estaba cruzando el aire en línea recta hacia mi mano.

—¡Hereje! —aulló.

Empuñó su martillo de energía crepitante con sus manos cubiertas por los guanteletes y se lanzó a por mí. Tenía mucha ventaja. Estaba protegido contra mis poderes psíquicos, además de disponer de una armadura, mientras que yo no disponía absolutamente de ninguna protección.

Nuestras armas resonaron al chocar. Nos separamos para atacarnos de nuevo. El ponía una tremenda fuerza en cada uno de sus golpes, y yo todavía estaba debilitado por los ataques mentales de Heldane.

—¡No hay tiempo para esto, imbécil! —le grité—. ¡No he sido yo quien ha liberado al demonio, pero sí soy el único que puede detenerlo!

A nuestra espalda, Cherubael se carcajeó de un modo casi histérico cuando incineró a los dos guardias que le estaban disparando. Bajó flotando y se trabó en combate cuerpo a cuerpo con el enfurecido Heldane.

Osma seguía con su actitud desafiante. Desvió mi mandoble con un golpe de reverso de su martillo de energía, con tanta fuerza, que retrocedí tambaleándome y con la guardia abierta. Su siguiente golpe vino directamente contra mi cabeza, y tuve que seguir echándome hacia atrás para esquivarlo. Falló por poco. La energía del martillo me quemó una mejilla.

Y además, había perdido el equilibrio.

Caí sobre el suelo de mármol y rodé hacia un lado justo cuando el martillo bajó como un rayo y partió las grandes losas de piedra. El arma de Osma, el símbolo del martillo de su ordo, se alzó de nuevo para efectuar el golpe letal definitivo.

Se produjo una descarga de energía, y el aire por encima de mi cabeza fue atravesado por un rayo cegador de color turquesa. Le dio a Osma de lleno en la cara y vaporizó su cabeza en un restallido de luz, trozos de hueso y tejido adiposo. Su cuerpo se desplomó en el suelo con un estampido metálico, y los restos medio fundidos de su mandíbula artificial

rebotaron con un repiqueteo por la superficie de mármol del puente de mando.

Me puse en pie.

Maxilla, que seguía tirado y retorcido sobre el suelo en el mismo punto donde Heldane le había dejado caer, bajó lentamente la mano. El arma digital del anillo que llevaba puesto en su mano elegantemente enguantada, estaba brillando.

Dirigí mi atención hacia el otro combate. Medea y Eleena habían entrado en el puente de mando junto a los demás guardias, y se habían quedado inmóviles, horrorizadas por la escena. Algunos de los guardias dieron media vuelta y salieron huyendo.

Heldane estaba retrocediendo a lo largo del puente de mando empujado por el luminoso y carcajeante demonio. Estaba atacando a Cherubael con todo lo que tenía, y el demonio se limitaba a reírse. La silueta de sus dientes se recortaba contra el tremendo brillo de la luz de la disformidad que surgía por su boca abierta.

Las ropas de Heldane estaban empezando a humear y a chamuscarse.

—¡Eleena! —grité, y ella echó a correr hacia mí. Ninguno de los atemorizados guardias intentó detenerla.

—No hay tiempo de hacer esto de forma correcta. Necesito que te quedes a mi lado para bloquear al menos una parte de su poder.

Ella se limitó a asentir y se agarró a mi abrigo con las dos manos. Estaba completamente aterrorizada, pero no titubeó.

Saqué el Malus Codicium del bolsillo de mi abrigo y empecé a pasar las páginas con desesperación. No podía encontrar lo que estaba buscando. ¡No podía encontrar el maldito texto que estaba buscando!

El suelo de mármol se agrietó y se abrió bajo los pies de Heldane como si fuera tierra firme resquebrajada por un terremoto. Uno de los pies se le coló dentro de la fisura y el inquisidor se tambaleó.

Cherubael lanzó un grito de alegría y palmeó las manos. El suelo se estremeció otra vez, y la grieta se cerró, atrapando a Heldane como si fuera una prensa industrial.

El inquisidor lanzó un tremendo aullido. Aulló como aullan los condenados. Estaba atrapado en el suelo con su pierna aplastada. Cherubael avanzó hacia él.

Heldane lanzó un mandoble con su espada llevado por el terror. La hoja se fundió. Las ropas del inquisidor empezaron a arder. Quedó cubierto

de la cabeza a los pies por las llamas de color verde, y se puso a aullar de nuevo. De pie, envuelto en llamas, inmovilizado en aquel sitio, parecía precisamente un hereje al que estuvieran quemando en la hoguera.

Cherubael apartó la vista de su presa. Se aburría porque ya se estaba muriendo. Dio un salto en el aire y avanzó flotando hacia mí. Eleena dejó escapar un gemido sollozante.

—¡Quédate a mi lado! —le dije.

—Hola, Gregor —me saludó Cherubael.

Su voz era áspera y rasposa. El cuerpo del astrópata que ocupaba no había hablado durante muchos años, y los órganos de la voz se habían atrofiado de modo parcial.

—¿A que nos hemos divertido juntos, Gregor? —siguió diciéndome, con sus ojos en blanco fijos en mí.

Estaba sonriendo, pero no había ningún sentimiento cálido en aquellas órbitas de mirada vacía. Nada en absoluto, excepto una maldad ilimitada.

—Siempre me ha encantado jugar a todo esto contigo. Pero esta partida en concreto debe de haber sido toda una sorpresa para ti, ¿verdad? No esperabas verme, ¿a qué no? No has sido tú el que me ha llamado esta vez.

Se acercó más. Pude sentir, no calor, sino un frío ardiente que emanaba de su cuerpo. Yo todavía estaba pasando frenéticamente las páginas buscando lo que quería encontrar.

—Te voy a dar otra sorpresa —añadió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Ésta es la última vez que jugamos juntos. Ya me he hartado del modo que haces trampas en todas las partidas. ¿Has visto lo que le he hecho a ese idiota de cara de caballo? Pues no te lo haré, viejo amigo. Te haré algo que realmente haga mucho, mucho daño.

Se abalanzó sobre mí, pero retrocedió de repente, como si algo lo hubiera incomodado. Había entrado en contacto con la zona muerta psíquica provocada por Eleena a su alrededor. Cherubael centró su atención en ella.

—Hola. Pero qué cosita más linda. ¡Qué cara tan bonita! Lástima que vaya a destrozarla.

—Noooo —sollozó Eleena.

—Eres un tipejo muy listo, Gregor. Siempre tienes la precaución de mantener a un intocable cerca de ti cuando vas a encontrarte conmigo.

Pero ésta no es la habitual, ¿verdad? ¿Qué le ha pasado a la otra?

Abrí el libro de par en par.

—Pero ya sabes que no te podrá salvar —comentó Cherubael mientras me mostraba sus manos, donde habían comenzado a crecer unas tremendas garras afiladas de gran tamaño.

Puse bien en alto el libro y lo sostuve delante de sus ojos con las dos manos, manteniendo las hojas abiertas para que el demonio las pudiera ver con claridad.

Eran los diagramas de las cuatro runas principales de destierro. Aquello no expulsaría a Cherubael porque no habían sido invocadas del modo apropiado, pero yo estaba bastante seguro de que tan sólo el hecho de leerlas le haría bastante daño.

Cherubael chilló y retrocedió en el aire. Yo avancé un paso hacia él sin dejar de mantener el libro bien alto y abierto.

El demonio, que sufría un dolor agónico, cruzó flotando todo el puente de mando, atravesó la pantalla principal y destrozó las placas hololíticas en una lluvia de cristal y chispas. Luego rebotó dos veces en el techo, como un abejorro furioso que intentase salir por una ventana cerrada. El color de su aura en llamas pasó a ser amarillo primero para después llegar al anaranjado del fuego de una caldera.

Cherubael cayó, se estrelló contra el suelo y se abrió paso a través de él dejando atrás un agujero circular y humeante.

—Oh, amado Emperador... —jadeó Eleena.

—¡Vamos! —le grité — No pasará mucho tiempo antes de que vuelva para intentarlo de nuevo. ¡Muévete!

Medea corrió hacia nosotros. Los últimos guardias que quedaban con vida estaban ocupados en apagar el fuego que rodeaba a Heldane con sus propias capas. Él no había dejado de gritar en ningún momento.

—¡Sácala de aquí! —le dijea Medea mientras empujaba a Eleena en su dirección—. ¡Vete al hangar de las naves! ¡Vamos!

Se apresuraron a dirigirse hacia la salida. Unas detonaciones sordas procedentes de las profundidades del Essene hicieron estremecerse el suelo. Empezaron a sonar múltiples alarmas. Una lluvia de chispas procedente del techo combado cayó sobre el puente de mando.

Me acerqué a Maxilla. Sus ojos parpadearon, y me miró.

—No lo decía de verdad —murmuró con una voz apenas perceptible.

—¿Decir qué?

—Le dije a esa mala bestia que ninguno de vosotros me importaba lo más mínimo, pero no lo decía de verdad.

—Lo sé.

—Gracias —me dijo, y murió.

Salí corriendo del puente de mando y entré en uno de los pasillos longitudinales principales. Una cortina de humo subía procedente de los tremendos e incalculables daños que había sufrido la nave. Vi desparramados en el suelo el armamento y las capas dejadas atrás por los guardias de Osma en su aterrorizada carrera para escapar.

Había dado una docena de pasos cuando una voz me ordenó que me detuviera.

Fischig había salido en pos de mí. Me estaba apuntando con su pistola bólter con una mano firme que no temblaba en absoluto. Estaba cubierto de sangre y de moretones provocados por la explosión que lo había derribado, pero en su rostro se podía ver un gesto de determinación absoluta. Yo había visto esa expresión con anterioridad, pero nunca había sido el objeto de su atención.

—No te muevas de donde estás —me dijo.

—¡Vámonos! Tenemos que salir de aquí. La nave se está haciendo pedazos.

—No te muevas de donde estás —me repitió.

—Ven conmigo. Te explicaré todo lo que ha pasado y verás por qué es vital que...

—Cállate —me ordenó—. Todo es mentira. Siempre ha sido mentira. ¿Sabes que has estado a punto de engañarme en el puente de mando? Casi me convenciste de que había cometido un terrible error al ir a ver a Osma. Pero después me has mostrado tus verdaderas intenciones. Has llamado a ese demonio y me has demostrado que todo lo que me temía sobre ti era cierto.

—No es ni el momento ni el lugar, Godwyn. Voy a marcharme. Ven conmigo si quieres.

Le di la espalda y empecé a alejarme.

—Gregor, por favor...

Seguí caminando. Estaba seguro de que no me dispararía. Habíamos pasado demasiadas cosas juntos. Cuando llegara el momento, no sería capaz de detenerme así.

La pistola bólter rugió. El proyectil explotó en mi rodilla izquierda. Lancé un grito y casi caí al suelo. Me quedé apoyado en Barbarizadora. Había sangre por todas partes. No podía creer que hubiera encontrado la fuerza de voluntad suficiente para dispararme.

Apoyé casi todo mi peso en Barbarizadora y me puse en pie con otro grito de dolor. Fischig disparó de nuevo, y en esta ocasión fue mi pierna derecha la que cedió, con la rodilla machacada.

Me quedé tumbado boca arriba. Podía sentir los estertores mortales del Essene, que se estremecía y temblaba bajo el suelo en contacto con mi espalda. Fischig apareció a mi lado, de pie.

—Para ya... —jadeé—. Llévame al hangar.

Amartilló su pistola bólter. Estaba temblando por la angustia que sentía, por la pena y la decepción, por el deber y sus creencias.

—Por favor —me dijo—. Renuncia a todo ello. Arrepiéntete de tus pecados y acepta al Emperador por el bien de tu alma. No es demasiado tarde.

—Todavía estás intentando salvarme. —Logré articular las palabras a pesar del terrible dolor que sentía—. Por la gloria bendita, Fischig... ¿De verdad me has disparado para intentar salvar mi alma?

—¡Re... Renuncia a la disformidad! —me dijo tartamudeando—. ¡Por favor! ¡Puedo salvarte! ¡Eres mi amigo, y todavía puedo salvarte de ti mismo!

—No necesito que nadie me salve —le repliqué.

Me apuntó a la cabeza con la pistola. Su dedo comenzó a apretare! gatillo.

—Que el Emperador te proteja, Gregor Eisenhorn —me dijo. Se estremeció. Una vez. Dos veces. Se tambaleó. La pistola bólter osciló en su mano, que de repente se había quedado floja, y finalmente disparó, inofensivamente, contra la pared del pasillo. Cayó de rodillas, y luego se desplomó de cara, como si estuviese rezando de modo ferviente.

Me esforcé por levantarme un poco para poder apoyar la espalda contra la pared. Tenía las piernas completamente inutilizadas y ensangrentadas.

Medea se agachó a mi lado. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Soltó la pistola de agujas que empuñaba y la dejó caer al suelo.

Kara apareció a nuestra espalda, con una carabina láser en las manos, y Eleena y Aemos siguiéndola. Todos miraron horrorizados la imagen que

ofrecíamos Fischig y yo.

Aemos estaba pálido como un muerto, y se apoyaba en mi bastón rúnico como si fuera un peregrino penitente.

—Ayudadme a levantarme —dije apretando los dientes.

Kara y Medea me pusieron en pie entre las dos. Miré a Aemos.

—¿Has sido tú quien ha invocado a Cherubael? Has sido tú, ¿verdad? Lo invocaste para que entrara en el cuerpo de uno de esos pobres astropátas, ¿no es cierto?

—Iban a hacernos quemar como herejes —me dijo en voz baja—. Y entonces no hubiéramos podido detener a Glaw.

—Pero Uber, ¿cómo has podido realizar los rituales necesarios? Ya no tenías el libro para ello.

—Ese libro —exclamó Aemos con un suspiro—. Ese maldito libro, ahora está todo aquí —dijo mientras se tocaba su frente arrugada con un dedo huesudo.

Lo había memorizado. A lo largo de todas aquellas semanas de estudio, había memorizado el Malus Codicium. Gracias al virus mnemónico que había contraído hacía ya tanto tiempo, era un adicto a los datos. Aquello era lo que le convertía en un sabio tan magnífico. Y su adicción le había obligado a tomar una sobredosis.

—¿Has memorizado todo el libro?

—Palabra... —tragó saliva antes de seguir—, por palabra. Sentimos otra explosión estremecedora y una bocanada de aire caliente recorrió todo el pasillo.

—¿Nos vamos a quedar todo el día aquí como ninkers, o vamos a largarnos de esta nave? —exclamó Kara mientras se agarraba con más fuerza a mí.

—Creo que eso sería lo mejor —le dije, mostrándome de acuerdo.

Pero el camino de salida estaba bloqueado. Cherubael había regresado a por mí.

Su maligno paso arrasador casi había acabado ya con el Essene. Todavía estaba furioso por el dolor que sentía y que yo le había provocado. Ni siquiera hablaba ya.

Se lanzó por el corredor hacia nosotros. No podía sacar el Malus Codicium. Ya tenía bastante con mantenerme de pie.

Eleena lanzó un grito de terror. Yo lancé una maldición, indefenso e inútil.

Aemos avanzó tambaleante y se colocó entre nosotros y el engendro de la disformidad que nos atacaba. Apoyó con fuerza el bastón rúnico en el suelo y bajó la punta hacia Cherubael. Sabía lo que debía hacer. Que el Emperador tenga misericordia de él, pero sabía mejor que yo lo que había que hacer.

Se produjo una descarga de energía y de luz tan poderosa que estaba más allá del sonido. El cuerpo que albergaba al demonio se desintegró, arrojando sobre nosotros una lluvia de carne achicharrada, huesos quemados y restos biónicos ennegrecidos.

Aemos y el bastón rúnico se estremecieron de un lado a otro al mismo tiempo que los dos quedaban iluminados por las descargas de los fuegos eléctricos que restallaron y los recorrieron de arriba abajo.

Los últimos arcos de electricidad se desvanecieron sobre el suelo. Aemos se quedó de pie donde se había plantado, con el bastón rúnico en la misma posición en que lo había estado empuñando. Una pequeña voluta de humo surgió de la pieza de la punta.

—¿Aemos?... ¡Aemos!

—Lo he... desposeído... del cuerpo... momentáneamente —dijo Aemos sin darse la vuelta. Su voz sonaba débil y parecía pronunciar las palabras con un esfuerzo enorme—. Así que... está débil... y... confundido... pero no estará... mucho tiempo... así... Necesitamos... un... huésped... apropiado... para que... lo ocupe.

Se dio la vuelta y quedó cara a cara con nosotros. La destrucción del cuerpo del astrópata había chamuscado sus ropas y le había arrancado las gafas.

—¿Qué has hecho con el ser? —le pregunté.

No me respondió. El esfuerzo hubiera sido demasiado grande. Aemos sólo me diría dos palabras más en su vida.

—Aemos, ¿qué has hecho con el ser? —le repetí.

Abrió los ojos. Los tenía en blanco. Completamente en blanco.

Tardamos diez minutos en asegurar el huésped demoníaco, diez minutos de los que, en realidad, no disponíamos. Estaba entorpecido por el hecho de que no me podía mover sin ayuda. Eleena tuvo que sostenerme el Malus Codicium mientras yo realizaba el ritual y pintaba los signos, las runas y los símbolos de protección. Recordé los preparativos apresurados que llevé a cabo en la playa de Miquol.

—¡Date prisa! —dijo Kara con un tono de voz urgente.

—¡Ya está! ¡Listo! Aemos, ¿puedes oírme! ¡Ya está!

Sus viejas manos estaban temblando. Bajó el bastón rúnico. Pude ver que su boca intentaba formar las palabras pero que no podía lograrlo.

Yo ya conocía esa parte. El encantamiento, la letanía, admonición contra el mal. Las palabras finales y definitivas.

—*In servitutem abduco*, ¡te encierro para siempre en este huésped!

Medea casi quemó los retrorreactores de la gran pinaza de Maxilla para hacernos salir del puente del hangar. Toda la nave se estremeció. No tenía la potencia de nuestro antiguo cúter artillado, pero Medea le sacó hasta la última brizna de empuje que pudo.

Habíamos logrado llegar a unos dieciséis kilómetros de distancia del Essene cuando tuvo lugar la primera convulsión verdadera. El majestuoso y veloz carguero del tipo Isolda, el orgullo de su propietario, nos parecía un cascarón negro, iluminado desde su interior por los tremendos fuegos atómicos, mientras iba dejando atrás un reguero de restos cuando se dirigía tambaleándose lentamente, al encuentro del gigante de gas.

Vimos un pequeño resplandor, y después otros dos, casi simultáneos, como un parpadeo. Luego apareció un punto blanco en el lugar donde se encontraba el Essene, que fue creciendo y creciendo para convertirse en una línea blanca que se hizo cada vez más brillante y alargada, acercándose más y más, hasta que pudimos distinguir que era el borde llameante de un enorme disco en expansión producido por una explosión termonuclear.

La pinaza se estremeció de un lado a otro con una fuerza tremenda, como si fuera un sonajero en la mano de un niño emocionado, cuando la onda de choque pasó a nuestro alrededor.

Luego, todo quedó en silencio y tranquilo. El Essene había desaparecido.

Aemos estaba hecho un ovillo en uno de los asientos de aceleración elevada del espacio para los pasajeros de la pinaza. Tenía los ojos cerrados, y su respiración era entrecortada y fatigosa.

Kara me ayudó a colocarme en el asiento a su lado. Ella me estaba diciendo algo sobre la urgencia de mejorar los torniquetes y las vendas que tenía en las piernas, pero lo cierto es que yo no estaba escuchándola.

—¿Uber?

Abrió los ojos como si le hubiera despertado de un sueño. Eran sus ojos de nuevo. Inyectados en sangre, viejos, que parpadeaban para poder enfocar la vista sin las gafas.

El sonido de su respiración empeoraba por momentos.

—Aguanta —le dije—. Hay una unidad médica portátil en la sección de carga. Eleena está intentando ponerla en marcha.

Murmuró algo y tragó saliva.

—¿Qué? —le pregunté.

Me sorprendió al agarrarme de la mano, que tenía llena de sangre. Me la apretó con fuerza. Giró lentamente la cabeza y miró de reojo al huésped demoníaco que habíamos creado juntos. Estaba sentado, atado con los cinturones del asiento, al otro lado del pasillo de pasajeros, con la cabeza agachada y aletargado.

—Muy... —me susurró—. Muy inquietante...

Iba a contestarle cuando sentí que su mano se relajaba, y que su respiración se detenía. Mi más antiguo amigo había muerto.

Me recliné en el asiento y me quedé mirando al techo del compartimento de pasajeros. Las emociones que había estado conteniendo salieron a raudales y me inundaron por completo.

Me sentí frágil, como si estuviera hecho de papel. Sabía que había perdido una enorme cantidad de sangre.

El dolor que sentía en las piernas era como fuego, pero no era nada comparado al dolor que sentía en mi alma.

Oí a Kara gritar mi nombre. Lo gritó de nuevo. Oí a Eleena pedirme que les dijera algo.

Pero el vació se abalanzó contra mí como una pared, y ellas estaban demasiado lejos para que yo las oyera bien.

Dieciocho

En las Estancias de Yssarile
Hojas de Oscuridad
En nombre del Sagrado Dios-Emperador

Alguien, en algún lugar, estaba disparando una de aquellas malditas catapultas shuriken. Pude distinguir el zut, zut, zut del mecanismo lanzador de proyectiles y los leves y agudos sonidos de los mismos.

Me di cuenta de que tenía sangre en la boca. Ya me preocuparía de eso más adelante. Crezia se enfadaría, sin duda alguna.

—No deberías estar haciendo esto —me advirtió con dureza en la enfermería del Hinterlight.

Bueno, pues se equivocaba. Aquello era una misión para el Emperador. Aquélla era mi misión.

—Avanzad —dijo Nayl por el intercomunicador—. Veinte pasos.

—Recibido —contesté.

Di un paso adelante. Todavía me costaba mucho trabajo, y seguía sorprendiéndome mucho la forma tan condenadamente lenta con que avanzaba mi cuerpo. Las abrazaderas ortopédicas de diseño primitivo que rodeaban mis piernas y mi torso pesaban demasiado y me obligaban a avanzar a grandes pasos, como si fuera un ogro de los mitos antiguos.

O como un titán de combate, pensé con arrepentimiento. Un pesado paso tras otro, marchando lentamente hacia mi destino.

Fue lo mejor que Antribus y Crezia pudieron lograr dada la escasez de tiempo y de recursos disponibles. Crezia había intentado convencerme con insistencia de que me quedara confinado a la zona de soporte vital hasta que pudiera ser llevado a una instalación imperial más avanzada.

Yo había insistido en recuperar la movilidad.

—Si intentamos arreglarlo ahora de mala manera —me dijo ella—, a la larga será peor. Para lograr que te pongas a caminar ahora, tendremos

que realizar una serie de operaciones que nada podrá arreglar más tarde, sin importar lo bueno que sea el cirujano.

—Tú hazlo —le dije.

Estaba dispuesto a sacrificar la sofisticación protésica si con ello lograba atrapar a Pontius Glaw. Lo único que necesitaba era funcionalidad.

Barbarizadora retembló en mi mano derecha cuando sintió una bioaura, pero me quedé tranquilo. Se trataba de Kara Swole.

Ella estaba regresando al trote hasta mi posición. Iba equipada con una armadura ceñida de color verde y un grueso chaleco antifragmentación acolchado. Tenía puesto un visor antipolvo, y llevaba colgado del hombro un cañón automático compacto.

—¿Todo bien, jefe? —me preguntó.

—Estoy bien.

—Pareces...

—¿Qué?

—Cabreado.

—Gracias, Kara. Probablemente estoy enfadado porque tú y Nayl os lo estáis pasando en grande al ir de avanzadilla.

—Bueno, pues Nayl piensa que deberíamos cerrar líneas.

Me puse en contacto con el segundo elemento de nuestra fuerza. En menos de dos minutos, Eleena y Medea se habían reunido con nosotros. Junto a ellas llegaron Lief Gustine y Korl Kraine, dos hombres del grupo de Gideon que habíamos incluido como refuerzos, además del arqueólogo mercenario de Gideon, Kenzer.

—Avanzad —les dije.

—¿Se las apaña bien, señor? —me preguntó Eleena.

—Estoy bien. De verdad. Me gustaría que dejarais de... —Me callé—. Estoy bien, Eleena, gracias.

Todavía seguían preocupados por mí. Tan sólo habían pasado tres semanas y media desde la matanza de Jeganda. Sólo llevaba en pie desde hacía cinco días. Todos se habían mostrado de acuerdo, aunque sin mostrármelo a las claras, en que debería haber seguido el consejo de Crezia y dejado la resolución de aquel asunto en manos de Ravenor.

Bueno, ésa era una de las ventajas de ser el jefe. Yo tomaba las jodidas decisiones. Pero no estaba enfadado en absoluto con ellos por mostrarse preocupados. Si no hubiese sido por los esfuerzos denodados de Kara y de Eleena a bordo de la pinaza, yo habría muerto. Se me paró el

corazón dos veces. Eleena, la única con el mismo tipo sanguíneo que yo, incluso tuvo que donar sangre a última hora.

Mi grupo, que se había estado deshaciendo, estaba uniéndose más que nunca.

—Vamos a aligerar el paso —le dije—. No quiero que Nayl y Ravenor se lleven toda la gloria.

—Te sigo, Patas de Hierro —me replicó Medea en tono de guasa.

Kara soltó una pequeña carcajada, pero fingió que tenía problemas con su máscara filtrante.

—No puedo ni imaginarme cómo piensas salirte con la tuya con ese mote —le comenté.

Oímos de nuevo el zumbido de los disparos de las catapultas shuriken. Sonaba cerca, y el ruido nos llegaba a través del laberinto del desfiladero.

—Alguien se lo está pasando en grande —dijo Gustine. Gustine, que llevaba una gran barba, probablemente para ayudarle a disimular las terribles cicatrices que parecían cubrir todo su cuerpo, era un antiguo guardia imperial que primero pasó a ser luchador profesional, luego cazador de recompensas y por último, soldado de la Inquisición. Me dijo que era originario de Raas Bisor, en Segmentum Tempestus, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba ese planeta. Aparte de que estaba en el Segmentum Tempestus. Gustine llevaba puesta una pesada armadura ablativa de color gris, y estaba armado con un viejo rifle láser del tipo IG con aspecto de haber sido reparado muchas veces.

Llevaba bastantes años con Ravenor, así que confiaba en él. Nos llegó otra vez el eco de los sonidos siseantes, superpuestos a los de las descargas de láser.

—Los amigos de Ravenor —comentó Medea.

Ninguno de nosotros nos sentíamos cómodos con la presencia de los eldars. Seis de ellos habían llegado a bordo de la nave de Gideon para servir como guardaespaldas del gran vidente. Altos, demasiado altos, con una delgadez inhumana, silenciosos, se mantenían apartados en la sección de la nave que se les había asignado. Guerreros especialistas los había llamado Gideon, fuese lo que fuese lo que quería decir aquello. Las crestas de plumas de sus grandes cascos recurvados les hacían parecer todavía más altos con la armadura puesta.

Se desplegaron en la superficie del planeta con Ravenor, el gran vidente y tres miembros más del equipo de Ravenor.

Un tercer equipo de asalto de seis miembros bajo el mando del segundo de Ravenor, el teniente Rav Skynner, se encontraba más o menos a un kilómetro al oeste de nosotros.

Ghül, o 5213X según su código de la Cartografía Imperial, no se parecía en nada a lo que yo me había imaginado. No tenía ninguna similitud con el mundo que había entrevisto en la mente de María Tarray, un planeta reseco donde las ciudades primigenias se encontraban enterradas bajo enormes capas de ceniza. Supongo que eso se debía a que lo que yo en realidad había visto era su propia concepción imaginada del lugar. Ella nunca lo había visto en realidad. No había vivido lo suficiente para tener esa oportunidad.

Me pregunté si Ghül encajaba con la imagen de la visión del gran vidente. Probablemente. Los eldars me parecían unos cabrones innecesariamente precisos.

Nos acercamos al planeta siguiendo una ruta amplia y sigilosa. El Hinterlight estaba equipado con unos campos de ocultación que Ravenor se mostró remiso de explicarme, pero yo supuse que tendrían algo que ver en parte con el poder terrible de su propia mente. Los sensores de alta frecuencia habían localizado una astronave que flotaba en órbita elevada alrededor del planeta, un carguero comercial independiente de tamaño considerable que no pareció darse cuenta de nuestra presencia.

Ghül en sí mismo era invisible, o casi invisible. Nunca he visto un planeta que pareciera tanto no estar donde estaba. Era tan sólo una sombra recortada contra el firmamento estrellado, un eco de materia apenas discernible. Incluso por el lado que le daba el sol aparentaba no tener ninguna forma verdadera. Parecía absorber la luz y no dejar escapar nada.

Cuando Cynia Preest, la capitana de la nave de Ravenor, nos trajo los primeros resultados de las exploraciones de la superficie para que los estudiáramos, pensamos que nos estaba enseñando las imágenes del primer plano del juguete de un niño.

—Es un laberinto —recuerdo que dije.

—Un rompecabezas..., como unos engranajes —opinó Ravenor.

—No, es como una pepita de fruta grabada —dijo Medea. Todos nos giramos para mirarla.

—¿Las obras del Señor en el corazón de una piedra? —nos preguntó —. ¿Alguien sabe de lo que hablo?

—Quizá sería mejor que nos lo explicases —le indiqué.

Y eso fue lo que hizo durante un rato, hasta que comprendimos la idea. Al parecer, los ermitaños de Glavia creen que no existe mayor expresión de su amor por el Emperador que inscribir toda la Plegaria Imperial en las pepitas de sekerry. La sekerry, y de eso nos enteramos allí también, era una fruta dulce y blanda típica de verano que sabía un poco a una mezcla entre el membrillo y el turrón. Era parecida a la manzaniata, nos comentó para precisarnos el sabor. Las pepitas eran más o menos del tamaño de las perlas.

Por suerte, nadie cometió el error de ocurrírsele preguntar qué era una manzaniata.

—No sé cómo lo hacen —nos siguió explicando Medea—. Lo hacen a simple vista, con una aguja pequeña. Ni siquiera creo que sean capaces de ver lo que están haciendo. Y sin embargo, cuando nos enseñaban las imágenes aumentadas de esas pepitas en la scholam, ¡podías leer todas y cada una de las palabras! ¡Todas, todas las palabras! Las obras del Señor en el corazón de una piedra. Pegadas las unas a las otras, apretadas y compactas, utilizando hasta el más mínimo rincón de espacio. Nos enseñaron que las pepitas de plegarias eran una de las Diecinueve Maravillas de Glavia, y algo de lo que deberíamos sentirnos orgullosos.

—¿Las Diecinueve Maravillas de Glavia? —le preguntó Cynia.

—¡Por el Trono Dorado , no hagas que empiece! —grité yo. Sin embargo, la comparación de Medea tenía algo de cierto.

La superficie de Ghül había sido tallada, o eso parecía a primera vista. Una esfera negra perfecta, con toda su superficie grabada con unas líneas estrechas, profundas y entrelazadas. En realidad, cada una de esas líneas era un barranco de lados pulidos, de unos doscientos metros de ancho y unos novecientos metros de profundidad.

Estuve pensando en la descripción de Medea y recordé el mapa que había visto durante la sesión de espiritismo en Promody, y el modo en que las anotaciones habían acabado tomando la misma forma que el mapa mientras se esforzaba por descifrarlo.

Decidí que era perfectamente posible que la superficie de Ghül hubiese sido tallada. Toda la cultura de los disformes y, desde luego, su lenguaje, había sido desarrollada utilizando expresiones relacionadas con

lugar y localización. Me imaginé que la pared grabada que había visto en aquella sesión de espiritismo formaba parte en realidad de todo un conjunto de líneas laberínticas originarias de una época en la que Promody se había parecido a Ghül, su planeta capital.

Los sensores de Cynia Preest habían localizado registros de calor y de movimiento en una zona de la superficie. Organizamos los equipos de ataque y nos preparamos para descender al planeta. La capitana del Hinterlight había recibido órdenes de tomar como objetivo la nave mercante enemiga y de prepararse para destruirla.

Nuestras tres aeronaves, la pinaza y dos transbordadores del hangar de Ravenor, habían bajado hasta la escasa atmósfera y habían sobrevolado a baja altura su superficie geométrica y perfecta, con sus sombras destacando apenas sobre las secciones llanas y oscuras y sus profundas simas.

Aterrizamos en unos desfiladeros adyacentes a la zona objetivo.

La primera sorpresa que tuvimos fue que el aire era respirable. Todos íbamos equipados con trajes de vacío y máscaras recicladoras.

—¿Cómo es posible? —preguntó Eleena.

—No lo sé.

—Pero es tan improbable... Quiero decir que no es factible —casi tartamudeó.

—Sí, sí que lo es.

La segunda sorpresa fue el descubrimiento de que Medea estaba en lo cierto.

Kenzer se había arrodillado con su auspex en uno de los lados del desfiladero y se había puesto a estudiar la relación geométrica entre el suelo del precipicio y la pared que lo formaba.

No necesitaba que me dijera que era perfecta. Suave. Exacta. Trabajada. Tallada.

—El ángulo entre el suelo y la pared es de noventa grados con un margen de precisión tal que... Bueno, es tan preciso que se sale de la escala del auspex. ¿Quién... quién podría lograr algo semejante? —logró decir Kenzer completamente asombrado.

—¿Los ermitaños de Glavia? —bromeó Medea.

—Si dispusieran de rayos de fusión de astronaves, un planeta que les sobrara y unos recursos de energía ilimitados —le contesté—. Además,

aclárame esto: ¿quién pulió la superficie del planeta antes de empezar todo este trabajo?

Avanzamos a lo largo del desfiladero. Se curvaba suavemente hacia el oeste, como un río antiguo que hubiera profundizado sus orillas. Mucho antes, en KCX-1288, cuando me enfrenté a los saruthi, me había sentido desconcertado por su falta de geometría angular. En aquella, en Ghül, me sentí inquieto por todo lo contrario. Todo era tan jodidamente preciso, cuadriculado, sin señales ni marcas. Tan sólo una pequeña y leve capa de polvo depositadas en el amplio espacio del suelo de la garganta sugería alguna clase de antigüedad.

Alcanzamos a Nayl.

—Saben que estamos aquí —dijo refiriéndose a los sonidos de combate en el desfiladero cercano.

—¿Tienes idea de cuántos son?—le pregunté.

—Ni por asomo, pero el grupo de Skynner también se ha visto metido en problemas. Vessoritas, o eso cree. Están equipados con armadura de caparazón y armados hasta los dientes.

—Entonces, será mejor que vayamos con cuidado.

Intenté ponerme en contacto con Ravenor, pero utilizando mis poderes mentales en vez del intercomunicador.

¿Situación?

LOS GUERREROS ESPECIALISTAS HAN...

Eh, eh, eh... más flojo, Gideon.

Lo siento, a veces olvido que tú...

¿Yo qué?

Que estás herido, eso quería decir. Los guerreros especialistas ya han entrado en combate. Aquí estamos bastante liados.

Pude sentir las punzadas de energía que fluctuaban bajo el nivel de comunicación cuando canalizaba parte de sus poderes mentales a los cañones psíquicos de su silla de energía.

¿El enemigo? —le pregunté.

Jenízaros vessoritas y algunos mercenarios de los habituales. Hemos...

La comunicación se interrumpió. Lo único que se oyó durante unos momentos fue una chirriante oleada de distorsiones.

Lo siento —dijo tras unos instantes—. *Han utilizado alguna clase de arma de fusión. Está claro que no nos quieren por aquí.*

¿Aquí, dónde?

Me envió una secuencia de coordenadas de mapa. Tomé la placa de mapas de manos de Nayl e introduje los datos.

Se trata de una estructura —siguió comunicándome Ravenor—. *Está delante de nosotros y a vuestro suroeste. Está construida sobre el extremo final de uno de los cruces de los desfiladeros. Aunque no puedo ver cómo. No hay puertas. Sin embargo, está claro que los vessoritas están saliendo de algún sitio. Debe de haber una entrada oculta.*

Se produjeron nuevas distorsiones. Luego se puso en contacto otra vez.

Los vessoritas están luchando como locos. Mi vidente dice que ya se han ganado el respeto de los guerreros especialistas.

—¿Mi vidente? —pregunté.

Envíalo de nuevo. No lo entendí del todo.

Nada, Gideon. Vamos a intentar llegar por vuestro flanco, a lo largo de la intersección noroeste del desfiladero.

Recibido.

¡*Vamos*! —ordené.

Todos sufrieron un pequeño sobresalto, todos menos Eleena. Me di cuenta de que todavía estaba utilizando mi poder mental. Torpe y descuidado. Estaba cansado y dolorido, pero no era excusa suficiente.

—Perdón —les dije volviendo a utilizar mi voz—. Vamos a seguir avanzando. Esta garganta gira hacia el suroeste y se cruza con otras dos. La localización del objetivo se encuentra en esa intersección, o eso cree Gideon.

Apresuramos la marcha, atravesando la profunda sombra del desfiladero.

—¡Por la gloria! —exclamó Kenzer de repente. Estaba mirando hacia arriba.

Unos brillantes resplandores iluminaron la noche llena de estrellas enmarcada entre los dos bordes de la garganta. Se esparcían adelante y atrás como chorreones de leche derramada sobre tinta. La astronave de Glaw, advertida de nuestra presencia, había presentado batalla y el Hinterligth había respondido a la amenaza. Unos enormes parpadeos de luz iluminaron el firmamento como si estuviese lleno de aparatos estroboscópicos.

—No me gustaría estar ahí arriba —comentó Korl Kraine.

Era un individuo nacido en una ciudad colmena que no había servido en ninguna clase de milicia formal. Su lealtad era primero para Ravenor, y para su clan de la colmena Tan Nueve, de Tansetch, en segundo y último lugar. Era un hombre bajo y de tez pálida, que iba equipado con un chaleco antifragmentación recortado. Tenía la piel teñida con los colores de su clan, y sus ojos no eran más que unas prótesis baratas. Llevaba un collar hecho con dientes humanos, lo que era una ironía, ya que sus propios dientes estaban fabricados con ceramita.

Kraine alzó su rifle automático Tronsvasse con mira telescópica nocturna y avanzó de un modo escurridizo. Había vivido en un laberinto de calles oscuras en su ciudad natal hasta que Ravenor lo reclutó, así que se había adaptado perfectamente a aquella penumbra.

El sonido de los disparos de catapulta shuriken se hizo más fuerte. Había varias de ellas en funcionamiento, enzarzadas en un canto a dúo con los rifles láser. Distinguí el estampido de una granada.

Kenzer, el arqueólogo, se estaba retrasando. No era parte del equipo oficial de Ravenor, tan sólo se trataba de un experto pagado para ayudarnos en Promody. No me caía demasiado bien. No tenía mucha personalidad y tampoco estaba muy comprometido con nuestra misión.

No me hacía falta leerle la mente para saber que había venido con nosotros para poder disfrutar de la fortuna en potencia que representaban las investigaciones relativas a Ghül.

—¡Date prisa! —le grité.

Me estaba empezando a doler bastante la espalda, y tenía sangre en la boca otra vez.

Kenzer estaba agachado en la base de uno de los lados de la garganta trasteando con su escáner de mano.

Ordené que nos paráramos, y regresé hasta donde estaba él dando unos grandes pasos pesados. Mis pesadas botas, reforzadas con la armazón metálica del montaje que me permitía andar, levantaban nubes de polvo. Realmente era Patas de Hierro.

Creo que lo que más me molestaba no era el aparatoso armazón de metal, ni los pasos tan ridículos que me obligaba a dar, ni siquiera la hemorragia de motivo desconocido que me empezaba a llenar de nuevo la boca.

No, lo peor era el cráneo pelado.

No me podía acostumbrara ello. Crezia se había visto obligada a afeitarme la cabeza para implantarme el puñado de cables neurales y de conexiones sinápticas que hacían funcionar la armazón que rodeaba mis piernas. Estuvo enfadada a lo largo de todo el proceso de implante. Era bastante primitivo, incluso para los niveles habituales del Imperio, pero estábamos en mitad de la nada, y había sido lo mejor que habían podido lograr entre ella y Antribus.

La necesidad obliga, como suele decirse.

Estaba completamente calvo, y tenía la parte trasera del cráneo casi en carne viva, me escocía y estaba llena de los enchufes y las conexiones de enlace implantadas en la médula espinal que mis fieles doctores habían instalado para que la estructura adosada a mis piernas funcionase. Los cables cubiertos de acero salían de mi cabeza y me bajaban por la espalda hasta el servomotor lumbar de la armazón. Los cables agrupados estaban grapados a la piel de mi espalda, como si fueran una trenza artificial.

Me acostumbraría a ello con el tiempo. Eso si tenía tiempo. Y si no me quedaba tiempo, ¿qué importaba?

Me paré al lado de Kenzer, y lo cubrí con mi sombra.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto y efectuando una grabación, señor —parloteó—.Aquí hay una señal. Hasta ahora, las paredes han estado completamente lisas.

Miré hacia abajo. Me costaba mucho trabajo agacharme.

—¿Dónde?

Sacó una brocha para quitar polvo de su mochila de herramientas y apartó la capa de suciedad que la cubría.

—¡Aquí! —exclamó.

Se trataba de una pequeña espiral grabada sobre la superficie pulida de la roca.

Parecía una versión a pequeña escala del mapa que habíamos visto en Promody, o una versión realmente diminuta de la superficie laberíntica del planeta.

—Date prisa en grabarla y sigue avanzando —le dije. Me di la vuelta —. Vámonos —ordené con voz seca por encima del hombro.

Kenzer gritó. Se oyó una ráfaga de disparos láser.

Giré en redondo de forma inmediata. Kenzer estaba tirado sobre el suelo del desfiladero, destrozado por los disparos láser. Sólo era parcialmente reconocible, tal había sido la ferocidad de los disparos a

quemarropa que había recibido. El amplio charco de sangre en aumento que salía de su cadáver empapaba el polvo del suelo.

No había señal de ningún atacante.

—¿Qué demonios?

Tenía empuñada a Barbarizadora, que se había estremecido momentos antes, pero que en aquellos instantes estaba inerte.

Nayl se agachó cerca de mí, con su arma pintada de negro mate cubriendo toda la zona que rodeaba al cadáver.

—¿Cómo, en el nombre de Terra, ha ocurrido? —me preguntó—. ¿Lief? ¿Korl? ¿Por arriba?

Volví la vista atrás. Gustine y Kraine estaban caminando de espaldas observando con atención la parte superior del desfiladero.

—Nada, no hay tiradores en la parte de arriba —me informó Gustine.

Le di una fuerte palmada a la fría superficie de piedra de la pared de la garganta justo por encima de la señal que había descubierto Kenzer. No cedió ni un ápice.

Avanzamos un poco más siguiendo la curva del desfiladero. Kraine iba detrás cubriéndonos las espaldas. Después de avanzar unos cincuenta metros, lanzó un grito.

Me giré justo a tiempo para verle en un tiroteo cara a cara con dos jenízaros vessoritas con armadura de caparazón completa. Kraine dio varios pasos hacia atrás trastabillando cuando recibió repetidos impactos en el torso, pero logró seguir disparando. Pude acertarle con una ráfaga en la cara a uno de sus adversarios vessoritas antes de que el otro le disparara en el corazón y lo derribara.

Nayl y Medea ya estaban disparando. El vessorita que quedaba cambió de objetivo y disparó otra salva, acertando de refilón tanto a Eleena como a Nayl.

Pero a continuación, saltó hacia atrás varios metros cuando el cañón de Kara le destrozó el cuerpo.

—¡Comprueba cómo están! —le ordené señalando a Eleena y a Nayl.

A Nayl le había rozado en el brazo izquierdo, y Eleena tenía una herida leve en el muslo izquierdo. Ambos insistieron en que se encontraban bien. Medea abrió el botiquín de campaña que llevaba para sacar unas cuantas vendas.

Miré los cadáveres, tanto el de Kraine como los de los vessoritas. Gustine apareció a mi lado.

—¿De dónde jesh salieron? —me preguntó.

No le contesté. Saqué el bastón rúnico de su funda de cuero por encima de mi cabeza, y lo agarré con fuerza mientras dirigía un poder mental contra la pared del desfiladero. El polvo y la suciedad de eones salieron volando en todas direcciones, y pude distinguir otra marca en espiral en la pared, como la que había encontrado Kenzer.

—Mapas —dije en voz alta.

—¿Qué, señor? —inquirió Lief.

Me agaché un poco. Me escupí un poco de saliva en los dedos y luego los pasé por las marcas de la espiral. Intenté hacer caso omiso del hecho de que había un rastro de sangre en la saliva.

—No me extraña que Ravenor no pudiera encontrar una puerta. No estamos mirando en la dimensión adecuada.

—Perdone, pero ¿de qué mierda está hablando? —me preguntó Lief.

Me gustaba. Siempre era sincero.

—Los disformes concebían el lugar y el momento de un modo que nosotros no podemos ni imaginarnos. Después de todo, eran disformes. Vemos todo esto como un entramado geométrico de desfiladeros matemáticamente precisos, pero no lo es. Tiene cuatro dimensiones...

—¿Cuatro? —balbuceó Gustine, sin estar muy seguro.

—Ah, cuatro, seis, ocho... ¿Quién sabe? Piensa que es... que es una prenda tejida.

—¿Una prenda tejida, señor?

—Sí, con todos esos hilos gruesos entretejidos con un diseño complejo.

—Vale...

—Ahora imagínate las agujas de tejer que lo hicieron. Sólo las agujas. Grandes, duras y simples.

—Vale... —dijo Medea uniéndose a la conversación.

—Este planeta simplemente es las agujas de tejer. Duro, rígido, simple. La realidad de Ghül es la prenda tejida por ello, algo que no podemos ver, algo complejo y suave, entrelazado alrededor de las agujas.

—Lo siento, señor, pero me he perdido —me respondió Lief Gustine.

—Perdido —dije—. Eso es exactamente. Estas señales en las paredes son como mapas en miniatura, donde se explica cómo se puede entrar y salir de la realidad general.

Gustine asintió, como si lo comprendiese.

—Vale... Entonces, empezando de nuevo, ¿de dónde jesh han salido los jenízaros? —me preguntó.

Le di una palmada a la pared.

—De aquí. Por aquí.

—¡Pero eso es roca sólida!

—Sólo para nosotros —le contesté.

En cuanto retomamos la marcha, formamos un recuadro que cubría todos los lados, como una de aquellas falanges de lanceros de las guerras primitivas de antaño. El sonido del combate en el que estaba envuelto Ravenor se hizo frenético. Nayl me informó con preocupación de que no podía ponerse en contacto con Skynnerni con ninguno de los miembros de su escuadra.

Todos nos dedicamos a observar con atención las paredes para descubrir nuevas marcas.

—¡Aquí, señor! ¡Aquí! —gritó Kara.

Me acerqué presuroso a la marca que había descubierto.

—Espera —le ordené.

La roca pulida se abrió como en un parpadeo. De repente, ya no estaba allí. Un jenízaro vessorita con armadura de combate de caparazón salió con el arma levantada.

Nayl le abatió en el acto de un solo disparo. Pero llegaron más después de aquél.

Medea empezó a disparar. Otros dos mercenarios habían aparecido del mismo modo repentino en la pared del desfiladero que estaba a nuestras espaldas.

No teníamos cobertura. Ninguna clase de maldita cobertura.

Instantes después, nos disparaban desde un tercer punto.

Yo ya había desenfundado la gran pistola automática de la clase Hecuter que había tomado prestada de la armería del Hinterlight. El viejo rifle láser de Gustine estaba disparando a mi lado, y Eleena estaba vaciando el cargador alargado de su pistola en fuego semiautomático.

Nos habían estado acechando uno por uno hasta aquel momento. Aquello ya era una emboscada en toda regla y a gran escala. Conté al menos quince jenízaros, además de un ogrete equipado con un arma pesada. Nayl cayó al suelo, herido en un muslo, pero siguió disparando. Un rayo láser rebotó en la armazón que me rodeaba la pierna izquierda.

Había llegado el momento de igualar los equipos.

—¡Cherubael! —ordené.

Había estado flotando por encima de nosotros, siguiéndonos como una cometa, pero descendió en ese preciso instante, tomando velocidad y empezando a brillar.

Había sido mucho más cuidadoso en la creación de aquel huésped demoníaco. Aemos y yo lo habíamos hecho mediante unos rituales precipitados y muy básicos en aquellos últimos minutos a bordo del Essene, y yo había trabajado sobre aquellos preparativos y fortalecido las runas y las señales místicas para reforzar su obediencia. Aquel huésped demoníaco no podría tener ninguna clase de malicia caprichosa parecida a la que había poseído en ocasiones anteriores. No se rebelaría. No se convertiría en un ser medio incontrolable que tendría que ser vigilado de forma constante. Estaba atado y sometido con protecciones triples, y sería totalmente servicial. Me gustaba pensar que aprendía de mis errores, al menos, a veces.

Por supuesto, había que pagar un precio por aquella clase de seguridad. Aquel Cherubael podía manifestar mucho menos poder, lo que era una consecuencia directa de sus ataduras reforzadas. Pero poseía suficiente poder. Más que suficiente.

Se abalanzó sobre el enemigo del desfiladero, dejando la estela de una llamarada de disformidad tras su cuerpo horizontal, y aniquiló a uno de los grupos de atacantes con una tormenta borrosa de éter. He de decir que los vessoritas ni siquiera gritaron, pero se desmoralizaron y empezaron a retroceder.

El ogrete comenzó a disparar su arma pesada contra el demonio que le atacaba. Los impactos rebotaron en Cherubael como si fueran pétalos de flores. Le clavó las garras en el pecho a aquel ser semihumano y aullante, y levantó a la pesada criatura del suelo.

Y la arrojó hacia arriba. El ogrete ascendió. Simplemente ascendió y siguió ascendiendo.

Cherubael cambió la dirección de su ataque y flotó a pocos centímetros del suelo lanzado en persecución de los mercenarios que retrocedían. Nuestras armas ya habían hecho disminuir su número, y también nos habíamos puesto a perseguirlos, aunque Eleena se había quedado junto a Nayl, que estaba tirado en el suelo lanzando imprecaciones.

Me había dado cuenta de algo más en aquel nuevo Cherubael. Ya no se reía. Jamás. Su rostro mostraba un ceño fruncido implacable e inmóvil. No mostraba ninguna señal de estar disfrutando con la matanza.

Me alegré de aquello. Las risotadas que soltaba solían sacarme de quicio.

Sin embargo, iba a tardar bastante en acostumbrarme al nuevo rostro de Cherubael. Una vez instalado en su huésped de carne mortal, el demonio había efectuado sus alteraciones habituales: los pequeños cuernos sobresalientes, las garras, la piel suave y reluciente, los ojos en blanco.

Pero no había logrado borrar por completo los rasgos de Godwyn Fischig.

Mató a los últimos de los mercenarios que nos habían emboscado, excepto a uno que llegó a la pared del desfiladero y al portal dimensional por el que habían salido.

—¡Aguántalo! —le ordené—. ¡Aguántalo abierto!

Cherubael obedeció. Atomizó a ese último mercenario justo cuando el portal se abría y luego mantuvo los brazos abiertos, impidiendo que se cerrara. Incluso para Cherubael, aquello era un tremendo esfuerzo.

—Date prisa —me dijo como si estuviera furioso conmigo. Llegué al portal. No hubo tiempo para que pasáramos todos.

Gustine se lanzó de cabeza y pasó de un salto, y yo les grité a los demás que se quedaran atrás y permanecieran unidos.

Lo último que oí fue un fuerte impacto líquido, que debió de ser el ogrete obedeciendo por fin a la ley de la gravedad.

El portal dimensional se cerró en un instante.

Noté una enfermiza sensación de movimiento veloz, y aterricé encima del cuerpo tumbado en el suelo de Gustine, en un lugar cerrado y que olía a moho.

—¡Ay! —se quejó.

Me puse en pie. Aquella simple acción fue ridiculamente difícil. Estaba sudando a chorros cuando por fin lo logré del todo.

—¿Está bien? —me preguntó Gustine.

—Sí —le repliqué con sequedad.

Lo cierto es que no lo estaba. Me palpitaba mucho la cabeza, y el dolor que sentía en las piernas comenzaba a superar los efectos de los calmantes que se estaban administrando de forma automática desde un dispensador que Crezia me había colocado en la cadera.

—Será mejor que no esperes que te lleve en brazos —me susurró Cherubael, situado a mi espalda.

—No te preocupes. Tu dignidad no se encuentra en peligro.

Desenfundé a Barbarizadora. La empuñé en la mano derecha, mientras que en la izquierda sostuve con fuerza mi bastón rúnico.

Avancé a grandes pasos. Oscuridad. Una pared. Me giré. Otra pared.

—¿Gustine?

Encendió una lámpara de campaña, pero no dejaba ver más que paredes negras. No había señal alguna de un techo.

—¿Hasta dónde puedes ver? —le pregunté a Cherubael.

—Hasta siempre —me contestó, flotando a mi lado.

—Vale, muy bien. En términos prácticos, ¿hasta dónde puedes ver?

—Aquí dentro, no demasiado lejos. Puedo ver que esta pared acaba ahí. Hay un hueco más allá.

—Muy bien.

Avancé de un modo lento y pesado. La espalda me dolía mucho donde me habían colocado los implantes, y me sangraba la nariz. Gustine enganchó la lámpara a la guía de la bayoneta de su rifle láser.

Intentó ponerse en contacto con Nayl por el intercomunicador. El aparato estaba muerto y en silencio.

Me esforcé en llegar hasta Ravenor con mi poder mental. Nada.

Dando pesados pasos, seguí avanzando con mis extraños compañeros. El bastón rúnico estaba temblando: detectaba alguna fuente o foco de poder.

—¿Lo sientes? —le pregunté al demonio. Se limitó a asentir.

Decidí que nos encamináramos en aquella dirección.

—¿Se ha dado cuenta de que aquí dentro también podemos respirar? —me comentó Gustine unos pocos minutos después.

—Vaya, no me había dado cuenta de eso —le repliqué. Me frunció el ceño, con un gesto fingido de enfado.

—Me refiero a que el aire está bien, que no hace falta llevar máscaras, ni dentro ni fuera.

—Es así para que nuestros enemigos puedan respirar —dijo Cherubael.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Llegaron aquí los primeros. Penetraron en el interior. Ghül hizo que la atmósfera fuera apropiada para ellos en cuanto sintió que estaban aquí.

—Hablas como si Ghül estuviera vivo.

—Ghül nunca ha estado vivo —respondió—. Tampoco ha estado muerto —añadió tras unos momentos.

Estaba a punto de decirle que explicara un poco más aquella idea alarmante cuando de repente, Cherubael se abalanzó hacia delante, hacia la oscuridad que nos esperaba. Pude distinguir el resplandor de su luz y la descarga de un disparo láser.

Regresó con las garras humeantes por la sangre que las cubría.

—Nos están dando caza —dijo.

He visto maravillas a lo largo de mi vida. También horrores. He presenciado panoramas y espectáculos que han intimidado a mi mente y han empequeñecido mi imaginación.

Nada de todo ello podía compararse al mausoleo situado bajo la superficie de Ghül.

No puedo decir nada sobre su tamaño, excepto utilizar palabras inadecuadas, como inmenso, gigantesco...

No existía nada que se pudiera utilizar para dar una escala. Salimos de los túneles oscuros para llegar a un abismo oscuro que era igual en todos los aspectos, con la excepción de que la oscuridad que antes eran paredes, ahora era inmaterial. Unas diminutas y esparcidas motas de luz, docenas de ellas, salpicaban e iluminaban pequeñas secciones de la parte frontal de una estructura imposible, tan negra y ciclópea como la pared eterna que los antiguos filósofos creían que rodeaba a la creación. El borde del universo. El costado de un ataúd que un dios antiguo había labrado para mantener a la realidad en su interior.

No me gustaría tener que decir qué dios había sido.

El ambiente era cálido y estaba inmóvil. Ni siquiera el aire se movía. Los puntitos de luz mostraban pequeñas partes de un vasto diseño grabado en la parte frontal de un mausoleo. Unos atisbos de espirales, líneas y runas que se arremolinaban unas alrededor de otras.

Allí era donde los disformes habían dejado a su rey muerto para que descansara por toda la eternidad.

Aquélla era la tumba de Yssarile, alrededor de la cual se había formado Ghül en los desconocidos eones anteriores a la aparición del hombre.

Aquélla visión hizo que hasta Cherubael guardara un silencio pasmado. Yo tenía la esperanza de que ese silencio tuviese que ver con el

asombro, pero en realidad estaba convencido de que tenía que ver más con un sentimiento de reverencia.

O de temor.

Gustine perdió la compostura. Su mente se negó a aceptar lo que sus ojos estaban viendo. Empezó a sollozar de un modo incontrolable, y cayó de rodillas. Era una imagen penosa vera un hombre tan fornido y valiente reducido a aquel estado.

Lo dejé tranquilo tanto tiempo como me atreví, pero el sonido de sus sollozos llegaba muy lejos en la oscuridad, y me pareció alarmantemente fuerte. Algunas de las diminutas luces de la pared del mausoleo empezaron a moverse, como si estuviesen descendiendo.

Agarré al sollozante soldado e intenté utilizar mi poder mental para tranquilizarlo.

No funcionó. Ninguna clase de persuasión podía anclar los bordes de su cordura en los puntos en los que se había soltado.

Tenía que ser más duro. Adormecí su conciencia con una potente sonda psíquica y bloqueé su terror, a la vez que inmovilizaba cualquier clase de pensamiento, a excepción de los instintos y las funciones biológicas más básicas.

Nos aproximamos al mausoleo a través de una llanura de piedra que no reflejaba la luz. Cuanto más avanzábamos, más me daba cuenta de lo lejos que estábamos de la estructura de piedra. Evidentemente, era mucho más grande incluso de lo que yo había pensado en un principio.

Hice que Gustine apagara su lámpara de campaña. Sólo teníamos que seguir las pequeñas manchas de luz que había delante de nosotros. Le sugerí a Cherubael que quizá sería mejor que nos advirtiese si la oscuridad a nuestro alrededor se convertía en otra cosa que no fuera una llanura lisa de piedra. Por ejemplo, en un abismo.

La única ventaja de la escala inconcebible del lugar era que nuestros enemigos tendrían una tarea muy ardua para localizarnos y descubrirnos. Había tantísimo espacio donde buscar...

Después de lo que me pareció una hora, todavía estábamos a muchísima distancia de la tumba. Le eché un vistazo a mi cronómetro para calcular con exactitud cuánto tiempo había pasado desde que habíamos accedido al interior de Ghül, pero se había parado. Bueno, no se había parado exactamente. Todavía funcionaba y desgranaba los segundos, pero el tiempo que transcurría no quedaba registrado de ningún modo.

Me acordé del reloj que había en las estancias de Aemos, cuya campana sonaba para marcar la hora en momentos que no tenían ningún sentido.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, fui capaz de distinguir con mayor claridad las manchas de luz. Unos pequeños puntos blancos arrojando una pequeña luz a su alrededor era lo que nos había parecido.

En realidad, se trataba de lámparas enormes, de tremenda potencia, de la clase utilizada en los campos de aterrizaje o en los campamentos militares. Estaban montadas en aparatos suspensores, y flotaban en varios puntos por delante de la parte frontal del mausoleo. Iluminaban los detalles de la superficie con zonas de luz del tamaño de anfiteatros. Había cuarenta y tres plataformas, cada una con su propia lámpara. Las conté todas.

Había hombres, figuras humanas, en las plataformas. Los hombres de Glaw, de eso estaba seguro. Algunos de ellos serían guardias mercenarios, pero la mayoría de ellos serían adeptos de algún conocimiento arcano embarcados en su causa.

Algunas de las plataformas se movieron lentamente o ajustaron su campo de luz mientras las mirábamos.

Estaban leyendo la pared.

Fuese del modo que fuese que lo hubiera logrado, Glaw había conseguido tener conocimiento de aquel lugar, había descubierto su localización y se había adentrado en su interior para saquear sus viles tesoros. Pero era evidente que sus secretos más profundos seguían eludiendo su atención.

Ese era el motivo por el que deseaba tanto poseer el Malus Codicium.

Para abrir la última puerta, para lograr atravesar aquella barrera final.

Una de las plataformas comenzó a ascender en vertical, y la luz de su lámpara iluminó de forma intermitente los relieves de la tumba por los que pasaba. Siguió subiendo hasta que llegó a lo que me pareció que era el extremo superior de la pared. La luz de su lámpara dejó a la vista una zona abierta, quizás una entrada; aunque ¿quién pondría una entrada en la parte superior de una pared sin colocar ninguna clase de escalera o peldaños?

Me reprendí por preguntarme algo así. Los disformes, ¿quiénes si no?

—Glaw está allí arriba —me dijo Cherubael.

Estaba en lo cierto. Podía sentir el hedor que desprendía la mente del monstruo.

Nos apresuramos a cruzar la distancia que nos separaba de la parte inferior de la pared del mausoleo. Varias aeronaves de carga y un par de aerodeslizadores pesados estaban aparcados allí, situados junto a varios montones de cajas de metal llenas de equipo y piezas de repuesto para las lámparas. Era su campamento base.

Nos quedamos a la espera, y comencé a pensar en las diferentes opciones de las que disponíamos.

Casi al mismo tiempo, dos de las plataformas descendieron por la pared hasta llegar al nivel del suelo y bajaron la potencia de sus enormes lámparas. Había unos seis hombres en cada plataforma.

Una de ellas llegó la primera. Dos de los hombres bajaron de un salto y se apresuraron a acercarse a una de las aeronaves de carga. Pude oírlos charlar con los demás hombres de la plataforma. Un momento después, la segunda plataforma se posó con suavidad a su lado.

Pude ver con claridad a los individuos. Iban vestidos con ropas de campaña ligeras o con trajes de supervivencia en ambientes hostiles. Algunos llevaban placas de datos en las manos.

Los hombres que habían entrado en la aeronave regresaron cargando con una caja de piezas de equipo entre los dos. La subieron a la plataforma y empezaron de inmediato a ascender de nuevo por la pared. La lámpara se encendió a toda potencia para comenzar otra vez su trabajo.

—Vamos —dije en voz baja.

Unos cuantos hombres más estaban cargando cajas en la otra plataforma. Eran seis en total, cuatro vestidos con túnicas y dos mercenarios con armaduras que manejaban los controles de la plataforma.

Barbarizadora se encargó de tres de los cargadores con dos rápidos mandobles. Gustine tiró de uno de los individuos por encima del pasamanos de la plataforma y le partió el cuello. Cherubael abrazó a los dos mercenarios por detrás, y ambos se convirtieron en ceniza que se dispersó en el aire.

Subimos a bordo.

—Prepara la lámpara —le ordené a Gustine.

Estudié con rapidez el panel de los controles de la plataforma y activé el mando de impulsión. El control de subida y bajada era una simple palanca de mando de bronce.

Ascendimos. La pared de la tumba susurró a nuestro lado. Cuando pasamos al costado de las plataformas de trabajo situadas más abajo, Gustine encendió la lámpara y la dirigió hacia la pared.

No podía recordar con exactitud la altura a la que estaba la plataforma antes de descender a por piezas nuevas. ¿Cuánto tardaríamos en pasar de largo el puesto que nos tocaba y que los demás se dieran cuenta de aquello?

Tenía la esperanza de que estuvieran demasiado enfrascados en su trabajo para percatarse de lo que ocurría.

Ya habíamos ascendido dos terceras partes de la pared cuando oímos unos disparos procedentes de otra plataforma, y una lámpara apuntó en nuestra dirección. Lo mismo hicieron otras más de forma casi inmediata, y nos siguieron en nuestro ascenso. Los disparos láser pasaban a nuestro alrededor. Gustine se asomó por encima del pasamanos y respondió al fuego enemigo. Yo seguí haciendo ascender la plataforma.

—¿Quieres que...? —me preguntó Cherubael.

—No. Quédate quieto.

La siguiente andanada de disparos de Gustine destrozó la lámpara de la plataforma que ascendía en nuestra persecución. Surgió una tremenda lluvia de chispas que cayeron como una cascada sobre la superficie de la tumba. Sentí varias sacudidas cuando algunos disparos se estrellaron contra la parte inferior de nuestra plataforma.

Ya casi habíamos llegado.

Aparecimos cerca de la entrada. Era cuadrada, de quizás unos cuarenta metros de lado. Ya había una plataforma flotando en su exterior. No tenía mucho control de los mandos, así que hice que nos estrelláramos contra ella. Los hombres de a bordo comenzaron a disparar contra nosotros. Había unos cuantos más en el interior en penumbra de la boca de la entrada. Gustine respondió a los disparos. Vi a uno de nuestros oponentes caer y aterrizar de espaldas en la otra plataforma, y luego a otro saltar por encima del pasamanos y perderse en el vacío cayendo como una piedra.

Los disparos láser y los proyectiles sólidos acribillaron nuestra plataforma arrancando trozos del pasamanos y arañando la cubierta. La lámpara se apagó atravesada por un disparo.

Tiré de la palanca de mando y me estrellé de lado contra una de las plataformas enemigas, pero esa vez fue de forma intencionada. Nos

pegamos a ella y la empujamos contra la pared de la tumba. El costado de su casco soltó un chorro de chispas con un tremendo chirrido cuando rozó con la pared. Los empujé de nuevo. Nuestros enemigos estaban chillando y disparando a la vez.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Gustine.

Lanzó una granada hacia la boca de la entrada para abrirnos camino.

Se oyó un estallido apagado y vimos un destello, al mismo tiempo que dos figuras salían despedidas por los aires.

Gustine arrojó una segunda granada hacia la otra plataforma, y después saltó por encima del pasamanos hacia la entrada de la tumba, sin dejar de disparar con su rifle láser hacia la nube de humo que allí se alzaba.

Lo seguí, y Cherubael me siguió a mí, flotando a mi espalda.

Me fue muy difícil abrir lo suficiente las piernas para cubrir de un paso el hueco entre la plataforma y la entrada de piedra.

La segunda granada de Gustine abrió un agujero en la cubierta de la plataforma. Se estremeció, y a continuación se desplomó, como un ascensor que bajara descontrolado, envuelta en llamas.

Mucho más abajo, se estrelló contra otras dos plataformas y lanzando al aire personas y restos metálicos.

La sacudida provocada por aquella explosión me llegó en mal momento. Nuestra plataforma se estremeció y se bamboleó como un bote en mitad del oleaje, y yo todavía estaba a mitad de camino, obligando a mis pesadas extremidades a llevarme al otro lado.

Iba a caerme. Sentía que la armazón que me rodeaba pesaba como un ancla, que me arrastraría hasta el fondo.

Cherubael me agarró por debajo de los brazos y me llevó sin problemas hasta depositarme suavemente en la entrada.

Me sentía agradecido, pero no podía encontrar fuerzas para darle las gracias. ¿Darle las gracias a Cherubael? La idea en sí era infame. Aunque también era cierto que la idea de que Cherubael me salvara de un modo voluntario era igual de improbable...

Gustine se estaba abriendo camino desde la entrada. Pudimos ver que era un largo túnel que se ajustaba a las dimensiones de la abertura. Unas cuantas cajas de equipo se encontraban amontonadas al comienzo del mismo, y unos globos de brillo flotaban a intervalos pegados a la pared. Parecía que se extendían hasta llegar muy lejos.

Cuatro o cinco mercenarios y sirvientes de nuestro adversario yacían muertos en el suelo del túnel, y otra media docena estaban más adelante del mismo, disparando para repeler nuestro ataque y echarnos de allí.

Cherubael avanzó hacia ellos y los aniquiló. Lo seguimos, deseé fervientemente poder correr.

El túnel llegaba hasta la otra cara de la pared de la tumba. Echamos un vistazo al interior. Para aquel entonces, yo ya me había quedado completamente anonadado por la escala inhumana de todo lo que nos rodeaba. La tumba era una cripta en la que podía caber perfectamente un continente. Las paredes interiores y el elevado techo de vigas de piedra estaban decorados profusamente con remolinos de escritura y emblemas, y juré que no permitiría que ningunos otros ojos los vieran. Aquélla era la cripta en la que estaba enterrado Yssarile, y las paredes aullaban en alabanza y adoración.

Apenas se podía distinguir nada en la oscuridad que se abría a nuestros pies, pero allí abajo había algo. Algo del tamaño de una gran ciudad colmena imperial. Pude discernir una silueta negra y geométrica que estaba construida con algo que no era ni piedra ni metal, ni siquiera hueso, pero que parecía todos aquellos materiales a la vez. Era algo repelente. Muerto, pero vivo a la vez. En letargo, pero lleno con el profundo poder dormido de un millón de estrellas.

La barcaza del rey demonio. El impío carruaje de batalla de Yssarile, su instrumento de Apocalipsis, con el cual había destruido las fortalezas y las poblaciones de su propia realidad en guerras demasiado horribles como para ser imaginadas.

El trofeo que buscaba Glaw.

Salimos del túnel iluminado por globos de brillo y llegamos hasta un enorme pedestal de ónice negro que se extendía a partir del borde de la pared interior. En su parte superior se alzaba un bloque, un diente pulido de un mineral de color verde de cuarenta metros de alto, hundido profundamente en el pedestal. Estaba rodeado de grabados de espirales.

Unos cuantos globos de brillo flotaban a su alrededor, y varios instrumentos y herramientas yacían a sus pies. Pontius Glaw en persona había estado estudiando aquel descubrimiento, pero el ruido provocado por nuestra violenta entrada lo había puesto sobre aviso. Estaba alerta, y esperándonos.

Salió de detrás del bloque, tranquilo, casi con indiferencia. Su alto y reluciente cuerpo mecánico era igual que el que había visto en la sesión de espiritismo que realizamos en Promody. La capa de cuchillas tintineaba mientras caminaba. La siempre sonriente máscara dorada seguía sonriendo.

—Gregor Eisenhorn —dijo en voz baja—. El cabrón más insistente de toda la galaxia. Sólo tú podías escarbar, investigar y abrirte paso como fuera con tal de llegar hasta mí. Y todo eso, por supuesto, es lo que hace que te admire tanto.

Avancé dando grandes pisotones.

—¡Cuidado! —me siseó Gustine, pero yo hacía tiempo que había pasado más allá de que toda precaución fuese una prioridad.

Me puse cara a cara con Glaw. Era bastante más ancho que yo y mucho más alto. Su capa de cuchillas tintineó cuando pasó una mano de duraloy perfectamente articulada por la superficie del bloque de mineral verde. Luego alzó aquella misma mano y la dejó en alto para observarla con atención.

—Magos Bure realizó un trabajo excelente, ¿verdad? Un artesano magnífico. Nunca te podré agradecerlo bastante que me consiguieras sus servicios. Ésta es la mano con la que lo maté.

—En tus manos hay algo más que su sangre, Glaw. ¿Respondes a ese nombre ahora, o prefieres esconderte detrás del pseudónimo de Kanjar el Afilado?

—Cualquiera de los dos me sirve.

—Tu hija no escogió ninguno de esos dos nombres.

Se quedó callado. Si lograba ponerle furioso, quizá podría obligarle a cometer un error.

—María —dijo finalmente—. Tan testaruda. Otra razón para matarte, aparte de las obvias.

Estaba a punto de decir algo más, pero yo ya había esperado más que suficiente. Canalicé mi poder psíquico a través del bastón rúnico y le lancé una fuerte descarga al mismo tiempo que me abalanzaba contra él con la espada en alto.

El ataque psíquico lo hizo retroceder, y se medio giró. Su capa revoloteó desviando el mandoble de Barbarizadora gracias a sus múltiples cuchillas. Su giro se convirtió en una vuelta completa y retrocedí para esquivar el reborde letal de su capa de cuchillas.

Gustine se unió a la lucha y empezó a dispararle rayos que simplemente se reflejaron en la reluciente figura de Glaw.

Cherubael llegó procedente del otro lado. Su abrasador ataque chamuscó el metal que cubría a Glaw, y le oí soltar una imprecación. Golpeó a Cherubael con la mano abierta a la vez que le salían unas garras recurvadas por la punta de los dedos.

Las garras abrieron la carne de Cherubael, pero no gritó. Se agarró a Pontius Glaw, y el remolino de poderes psíquicos que burbujeaba en el poco espacio que los separaba restalló en forma de rayos y descargas. El mismo aire crujió y se ionizó. Los danzarines pies de Glaw arrancaron esquirlas de ónice del pedestal sobre el que se encontraba. Intenté acercarme para asestarle un golpe y ayudar al demonio, pero era como acercarse a un horno al rojo vivo.

Gustine simplemente se quedó mirando, con la boca abierta de par en par. Aquella situación estaba tan lejos de su alcance, tan lejos de los combates que él había librado hasta entonces, que no era ni divertido.

Glaw le propinó un tremendo golpe a Cherubael que lo hizo girar y alejarse por un momento, y lo siguió atacando con una descarga mental que hizo que el demonio se tambaleara en el aire y cayera al suelo. Cherubael se levantó con lentitud, como un jinete derribado, y se elevó de nuevo en el aire.

En aquel breve espacio de tiempo, me uní de nuevo a la lucha e hice que Glaw retrocediera con ataques alternados de espada y de bastón rúnico, al mismo tiempo que mantenía alzada la pared mental más poderosa que podía entre él y yo.

Glaw destrozó mi protección mental en pedazos invisibles, me golpeó con fuerza y me arrancó el bastón rúnico de la mano. Sus cuchillas me laceraron el brazo y me desgarraron la capa.

Reuní todas las fuerzas que me quedaban y contraataqué con Barbarizadora, efectuando *ulsars* rotatorios y pesados *sae hehts* que resonaron contra su ondulante capa-armadura. El bastón rúnico había caído fuera de mi alcance.

Me agaché para esquivar un ataque alto del borde de su capa, pero me forcé demasiado. Sentí los enchufes craneales saltar, y oí cómo chirriaban los servomotores colocados en mi espalda. Un dolor agudo me recorrió toda la espina dorsal. Apenas logré esquivar su siguiente ataque. Mi esgrima se convirtió en una serie de frenéticas paradas *tahn feh sar*

mientras intentaba retroceder y desviar al mismo tiempo sus garras y las cuchillas de su capa.

Cherubael cargó contra él por la espalda, pero algo lo interceptó en mitad del aire. Vi por el rabillo del ojo a Cherubael trabado en combate cuerpo a cuerpo con una figura incandescente que también estaba flotando en el aire. Se alejaron más allá del pedestal, hacia la inmensidad de la tumba.

—No creerás que eres el único que puede tener una mascota, ¿verdad? —se burló Glaw—. Y mi demonio no tiene su poder restringido como el tuyo. Pobre Cherubael. Lo has tratado tan mal.

—¡Cabrón! —aulló, e hizo girar su capa por debajo de mi guardia.

El grueso metal del armazón que me cubría casi todo el cuerpo desvió lo peor del ataque, pero a pesar de todo sentí que la sangre me salía por unos cuantos cortes.

Trastabillé hacia atrás. El dolor lacerante que sentía en la espina dorsal era lo peor de todo, y estaba seguro de que mi escasa capacidad de movimiento se había visto afectada. Notaba la pierna izquierda pesada, muerta.

Patas de Hierro. Patas de Hierro.

Me atacó de nuevo con sus garras y casi consiguió arrancarme la cara. Logré bloquear su mano en el último momento colocando a Barbarizadora entre sus dedos separados y deteniendo así su ataque.

Me empujó de espaldas. Estaba desequilibrado, y sin asidero para mis piernas mecánicas, pesadas y lentas.

Unos disparos láser rebotaron en la cara y en el pecho de Glaw cuando Gustine intentó ayudarme en vano. Glaw hizo una pirueta, un movimiento tan ágil que yo lo hubiera creído imposible en un gigante como él, y su capa cortó el aire casi en horizontal debido a la fuerza centrífuga.

Cientos de veloces cuchillas afiladas como navajas atravesaron a Gustine con tanta rapidez, de forma tan completa, que no se dio cuenta de lo que le había ocurrido.

Una neblina de sangre impregnó el aire. Gustine se deshizo. Literalmente.

Glaw se giró hacia mí. Había perdido de vista a Cherubael. Me encontraba completamente solo.

Y sólo en aquel momento admití que estaba siendo superado. Glaw era casi invulnerable al daño. Veloz, blindado, letal. Incluso en un buen día, habría sido difícil derrotarlo en combate singular.

Y aquél no era un buen día para mí. Iba a matarme.

Él también lo sabía. En cuanto comenzó su nuevo ataque, empezó a reírse.

Aquello me hirió más profundamente que cualquiera de sus cuchillas. Pensé en Fischig, en Aemos, en Bequin. Pensé en todos los aliados y amigos que habían perecido por su culpa. Pensé en lo que su odio me había costado, y en lo que me había costado a mí llegar hasta donde había llegado.

Pensé en Cherubael. Aquella risa me recordaba la de Cherubael.

Lo ataqué con tanta ferocidad y con tanta furia que el filo de Barbarizadora quedó mellado y roto. Le lancé estocada tras estocada arrancando cuchillas de su capa tintineante. Lo golpeé hasta que dejó de reírse.

Su respuesta fue un ataque psíquico que me hizo retroceder trastabillando diez pasos. Me salió un chorreo de sangre por la nariz, y la boca también se me llenó de sangre. No llegué a caerme. No le daría ese gusto, pero Barbarizadora salió despedida por el aire, aullando, de entre mis dedos flojos.

Me doblé por la cintura apoyando las manos en los muslos, jadeando como un perro. La cabeza me daba vueltas. Pude oírle hacer crujir el ónice mientras se acercaba a mí.

—Habrías ganado ya a estas alturas si hubieras tenido el libro —le dije antes de ponerme a toser para echar la sangre que tenía en la garganta.

—¿Qué?

—El libro. El maldito libro. El Malus Codicium. Eso es lo que realmente buscabas cuando enviaste a aquellos asesinos para que acabaran conmigo. Por eso acabaste con toda mi organización y mataste a todos los miembros de mi equipo a los que pudiste alcanzar. Querías el libro.

—Por supuesto que lo quería —me dijo casi con desprecio. Levanté la vista hacia él.

—Ya te habría desvelado el modo de conseguir lo que quieres. Ya habrías acabado con todo este trabajo infructuoso e interminable. Simplemente habrías abierto la tumba y te habrías apoderado del carruaje del demonio. Mucho antes de que nosotros hubiéramos llegado aquí.

—Saborea ese pequeño triunfo, Gregor —me dijo—. Tu pequeña victoria pírrica. Al impedirme tener acceso a ese libro, has añadido unos cuantos meses... quizás años, a mi tarea. El arma de Yssarile será mía, pero has logrado que sea más difícil conseguirla.

—Bien —le dije.

Lanzó una pequeña risa.

—Eres un hombre valiente, Gregor Eisenhorn. Venga, vamos... Haré que sea rápido.

Sus cuchillas tintinearon.

—Entonces —añadí—, supongo que habría estado loco si lo hubiera traído conmigo.

Se quedó completamente inmóvil.

Metí una mano ensangrentada y temblorosa en uno de los bolsillos de mi abrigo y saqué el Malus Codicium. Creo que lanzó un jadeo de asombro. Lo sostuve en alto, medio abierto, para que lo pudiera ver bien, y fui pasando sus páginas con los dedos.

—Eres un individuo muy, muy estúpido —me dijo con tono burlón.

—Eso es lo que pensé —le contesté.

Arranqué de un tirón brutal las páginas de la cubierta.

—¡No! —gritó.

No lo escuchaba. Fijé mi mente en el puñado suelto de hojas que tenía en la mano y lo sometí al ataque mental más feroz que pude conseguir. Las páginas se incendiaron casi de inmediato.

Las arrojé al aire.

Glaw gritó de nuevo, de rabia y desesperación. Una ventisca de páginas en llamas revoloteó a nuestro alrededor. Intentó agarrarlas. Se movió como un idiota, como un niño, cogiendo las que podía mientras todavía volaban, procurando recuperar algunas, todas las que pudiera.

Las páginas ardieron. Hojas de oscuridad que flotan como una nube por encima del pedestal consumidas por el fuego.

Logró coger unas cuantas, lo intentó con otro puñado, mientras pisoteaba para apagar las que caían al suelo cerca de él.

No me estaba prestando atención en absoluto.

Barbarizadora se clavó con tanta fuerza que casi le arrancó la cabeza. Unas descargas de electricidad comenzaron a saltar del metal partido. Lanzó un grito ronco y se tambaleó. La espada de Carthae cantó en mis manos mientras le desgarraba el pecho y parte de la capa.

Cayó de espaldas, justo al lado del pedestal, y las garras que salían de sus dedos hicieron chirriar la piedra cuando intentó lograr un asidero sobre el pulido ónice. Lancé otro mandoble, esa vez hacia arriba, y le arranqué la máscara dorada, que salió despedida por los aires hacia el abismo. El interior de su cabeza quedó al descubierto. Los circuitos, los cables, el cristal que contenía su conciencia y su ser, colocado en su receptáculo de conexiones y alambres.

—En el nombre del Sagrado Dios-Emperador de Terra —dije en voz baja—, te proclamo diabolus y aquí cumplo tu sentencia.

Mi propia sangre chorreaba por la empuñadura de Barbarizadora mientras la tenía agarrada con los dos puños. Alcé la hoja.

E hice un *ewl caer*.

La espada le partió la cabeza y rompió en mil pedazos el cristal.

El cuerpo metálico de Pontius Glaw se convulsionó, se estremeció de arriba abajo y cayó por el borde del pedestal hasta desaparecer en el abismo, en la oscuridad de la tumba del rey demonio, mientras las cuchillas de su capa seguían tintineando.

Estaba sentado en el pedestal, con la espalda apoyada en la pared de la tumba mientras la sangre formaba lentamente un charco a mi alrededor, cuando apareció una luz en la oscuridad de la bóveda.

Se acercó cada vez más.

Por fin, Cherubael llegó flotando hasta mí. Su cara, sus extremidades y su cuerpo estaban marcados de forma terrible por heridas, quemaduras y cortes.

Levanté la vista para mirarlo. Me resultaba difícil moverme, difícil concentrarme. Tenía sangre en la boca, hasta la tenía en los ojos.

—¿Y el demonio de Glaw?

—Ha desaparecido.

—Me dijo que era más poderoso que tú.

—No sabes lo realmente desagradable que me puedo llegar a poner —me contestó.

Pensé en aquello. Las últimas páginas del libro diabólico habían quedado reducidas a montones de ceniza esparcidos por todo el pedestal.

—¿Hemos acabado aquí? —me preguntó.

—Sí —le dije. Frunció el ceño.

—Voy a tener que llevarte en brazos después de todo, ¿verdad? —dijo con un suspiro.

Informe adjunto

Notas relativas a los personajes que aparecen en este relato

El inquisidor Gideon Ravenor supervisó la anulación de 5213X, también conocido en otros informes como Ghüll, a pesar de los largos debates que se produjeron en el seno del ordos del sector, no se permitió jamás ningún intento por recuperar un artefacto y cierto material de 5213X. La flota de batalla Scarus, bajo el mando del gran almirante Olm Madorthene, recibió órdenes de aniquilar el planeta en 392.M41. Ravenor continuó sirviendo en la Inquisición durante bastante siglos más realizando muchas hazañas notables, incluida la destrucción del hereje Thonius Slyte, pero la mayor parte de su fama postuma se debe a la calidad de sus escritos, sobre todo la incomparable obra *Las esferas del anhelo*.

El inquisidor Golesh Heldane logró sobrevivir a la destrucción del Essene en Jeganda. Sus guardias de escolta se vieron obligados a cortarle la pierna para liberarlo y llevarlo de regreso a su nave. Pasó muchos años recuperándose de sus terribles heridas, que precisaron de una reconstrucción biomecánica todavía mayor de la que ya había sufrido. Regresó al servicio activo, pero su carrera resultó malograda por su reputación. Murió, después de ser herido, en Menazoid Epsilon en 765.M4I.

Harlon Nayl continuó prestando servicio en la Inquisición durante muchos años y, junto a Kara Swole y a Eleena Koi, se unió al personal del equipo del inquisidor Ravenor. Sus acciones individuales no se encuentran registradas en los archivos imperiales, aunque se cree que Nayl murió alrededor del 450.M41.

Crezia Berschilde regresó a Gudrun, donde trabajó como Jefa Medicae (anatómica) en la Universitariate de Nueva Gevae hasta su jubilación debida a motivos de mala salud en 602.M41. Varios de sus estudios y tratados sobre cirugía mecánico-reparadora se han convertido en libros de texto.

Medea Betancore regresó a Glavia y se convirtió en la directora del negocio familiar de flete de transportes, un puesto en el que se mantuvo durante setenta años. Desapareció mientras se dirigía hacia Sarum en el 479.M41, aunque numerosos informes posteriores sugieren que sobrevivió más allá de esa fecha.

El Gran Inquisidor Phlebas Alessandro Rorken se recuperó de su mala salud y se convirtió en el Gran Maestre de la Ordos Helicana después de la desaparición de Leonid Osma. Mantuvo el cargo durante trescientos cincuenta años.

Se cree que el inquisidor Gregor Eisenhorn continuó al servicio de su ordos después de los hechos acaecidos en 5213X, aunque los datos de su vida y de su trabajo registrados a partir de aquella fecha son conjeturas en el mejor de los casos. Su destino final no ha sido consignado en los archivos imperiales.

No existe ninguna mención registrada del ser conocido como Cherubael.